



Jessica Galera Andreu

YNDORIA

Hijos de la Nada

1

**Dicen que cruzar el Yndoria
es como caminar sobre el cielo.**

YNDORIA

Hijos de la nada

1

Jessica Galera Andreu

Todos los derechos reservados.

Primera edición: 2016 – Edición revisada: 2017

© Autor: Jessica Galera Andreu

Ilustración de la portada: Free Photos (Pixabay).

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Dedicado a todos aquellos que perseveran en la lucha por alcanzar sus sueños. Que se levantan cada mañana dispuestos a batallar contra el mundo y a hacer de cada día de su vida, hasta el último, una pelea constante por alcanzar sus anhelos.

PRÓLOGO

Si tus pasos te llevan hasta las escarpadas cimas de las Alboradas, y el valor aún te da para alcanzar el Valle del Miedo, lo atestiguarás con tus propios ojos. Puede que el temerario puente colgante de Yndoria siga uniendo los territorios Norte y Sur de Asthais, donde las Alboradas ejercen de frontera. Se alzan imponentes ante nuestros ojos, altaneras y protectoras frente al desastre pero solo será cuestión de tiempo que la pureza de sus níveas faldas sea mancillada. Las columnas de humo al otro lado son una queja suplicante al cielo, garras etéreas que claman un final distinto al sufrido. Los devastanos. Llevan ya un tiempo de cuenta incierta, perdido en el vacío que dejan tras de sí, sembrando una alfombra de muerte y sangre a su paso. No, no es una guerra; es un exterminio. Las espadas humanas no pueden derrotarlos. Ante ellos, surcan el aire con movimientos desesperados. Porque los devastanos no son tangibles. Están formados de nada, de oscuridad, del vacío ahogado que deja tras de sí la desesperanza. Las hojas de las dagas y las puntas de las flechas los atraviesan como si nada, incapaces de acabar con su existencia. Solo los elementalistas son capaces de blandir un arma que pueda derrotarlos pero sus academias (Ymparta, Dogma, Lonoa, Antalia y Zundrak) no dan al abasto surtiendo a sus ejércitos. Cualquier humano puede convertirse en un elementalista, pues todos descendemos de los zyklos, antiguos guardianes de los elementos. Pero el tiempo requerido para formarse correctamente es demasiado; toda una vida.

La desesperación es tal que no son pocos los que envían a sus hijos, sobrinos y nietos a las academias; muchos de ellos, la mayoría, a una muerte segura. Otros, unos pocos, serán quienes logren dominar las fuerzas de la naturaleza, los poderes del universo y la vida, convirtiéndose en guerreros capaces de unirse a la causa. Pero mientras eso sucede, los hijos de la Devastación no conceden tregua alguna.

No siempre fue así. En los inicios, cuando el caos y el desorden gobernaban en nuestro mundo, los devastanos trajeron equilibrio; ellos trajeron la paz. Después se retiraron. Pero algo los ha corrompido, como ocurrió con los zyklos. Toda creación de los dioses acaba siempre

sucumbiendo a su propio interés. Era ingenuo pensar que preparaban el mundo para otros. Lo querían para ellos mismos.

El olor a quemado llega hasta aquí, empujado por el viento, aliado etéreo, volátil y cambiante; traicionero y mensajero del drama que se vive al otro lado del Yndoria.

El viejo puente colgante era antes conocido como El Paso, nexo de unión entre los territorios y sus gentes. Multitud de corazones valientes arriesgaron todo en la huida hacia una más que dudosa libertad. El Norte aún no ha sido tomado pero lo será, si las cosas no cambian. Sin embargo, para muchos, ser un cadáver es mejor que ser un esclavo. O lo era. Los devastanos tomaron el puente hace más de dos décadas y lo vigilan. Ahora, los viejos lazos de unión del Yndoria solo se reencuentran una vez al año, con motivo de lo que ellos llaman el Sanguinem Fratrís, una macabra competición celebrada en Targon, capital del Sur, por aquel a quien todos conocen como 'el Emperador'. Urian extiende un legado de sangre con mano de hierro y pose inamovible, una sucesión de pruebas que determina a dos vencedores, dos almas dignas de libertad que cruzarán el puente. Llegar hasta los territorios del Norte se ha convertido en el gran anhelo de los sureños, escapar de la barbarie que allí han implantado los devastanos, delirantes de la conformación del imperio más grande jamás soñado. ¿Y cómo huir de eso? ¿Cómo un puente de madera puede marcarse como frontera para dejar atrás el dolor? Es solo una tregua, un descanso en un camino engañoso y plagado de dificultades.

Pero algunos, incluso, conservan sueños de resistencia y libertad, vagas ilusiones con las horas contadas pero única fuente de alimento a la esperanza y a la lucha soterrada en el Norte y también en el Sur. Batallas que discurren entre susurros, al paso de los pies cansados y ensangrentados que escuchan el latir de una tierra, la calidez de un fuego, el soplo del aire y la frescura del agua recordándoles que la vida es aún el bien máspreciado del que disfrutaban y que eso es todo cuanto necesitan preservar.

Pero aquí la desolación dice otra cosa: aquí la impotencia resquebraja corazones asomados a las ventanas de unos ojos llorosos. Miramos hacia allí y no podemos hacer nada. Los elementalistas ya no pueden cruzar el abismo. Cuentan que a veces, incluso los gritos vencidos llegan hasta estas cumbres. Las academias seguirán, mientras tanto, forjando guerreros, voluntades y corazones prendidos en ira que buscarán venganza. Y nosotros esperaremos. Pero no te he traído hasta aquí solo para contarte esto. Nadie salvo tú puede volar al otro lado del Yndoria y buscarlos. Son pocos pero viven. Tráelos de

vuelta y puede que entonces, y solo entonces, tengamos una oportunidad.

LIBRO 1

EL SUR

1 La Antorcha, El Huesos, El Conquistador... y La Chica

Si has llegado hasta aquí, supongo que es porque quieres conocer mi historia. Me llamo Blaze Saukard, tengo 19 y años y... en este momento me pillas un poquito liado pero si me acompañas, prometo que más tarde te contaré todo sobre mi vida. Por ahora, creo que resultará suficiente con que sepas que es de madrugada y que mi amigo Axel y yo estamos esperando en la azotea de lo que antaño fuese una de las herrerías de la ciudad, propiedad de un hombre llamado Fernaud, al que todos conocían como 'Hierro', según nos contaba mi madre. Muy apropiado. Ahora, no es más que un montón de ruinas que los devastanos utilizan para arrinconar basura.

Observo a Axel en silencio y se me dibuja una sonrisa en la cara que trato de no hacer evidente. Está sentado con las piernas abiertas y los codos apoyados sobre sus rodillas. Sus manos hacen girar la empuñadura de la cimitarra que siempre lleva consigo en noches como la de hoy. Si los devastanos le pillasen con ella, por la mañana estaría colgando de una soga en la plaza, acusado de sublevación. Igual que yo, si me requisaran las dos dagas que llevo en el cinturón y la espada corta que guardo en la vaina cruzada en la espalda.

Pero a pesar de todo, el gesto en Axel no denota miedo ni nerviosismo, sino más bien, cierto grado de impaciencia, igual que el dedo índice de su otra mano dando golpecitos sobre su rodilla. Mantiene los ojos cerrados, mientras el viento acaricia su cabello, de un castaño claro. Conozco tan bien todos y cada uno de sus gestos que a veces siento como si Axel fuese un espejo de mí mismo —un poco más ancho de espalda, eso sí—, como si al mirarlo fuera capaz de leer su mente. Él y Lukas son mis mejores amigos. Lo hemos vivido todo juntos: desde la muerte de la madre de Lukas hasta la boda de la hermana de Axel, pasando por el grave accidente que sufrí en los pozos con solo cinco años y que casi me cuesta la vida. Hemos compartido confidencias y anhelos, hemos discutido e incluso hemos llegado a golpearnos entre nosotros; nos hemos reído durante horas hasta ver nacer la

luz del alba y nos hemos confesado nuestros amores platónicos y los no tan platónicos. Después de casi 20 años de amistad incondicional e imperecedera, he llegado a ver a Axel y Lukas como partes de mí mismo, como brazos o piernas, como ojos y oídos, como las voces de mi conciencia, incluso. Y aquí estamos, dispuestos a birlar comida a los devastanos. No es algo que hayamos hecho de forma muy habitual; de hecho esta es la segunda vez, pues las granjas de la explanada son objetivos más fáciles pero éstas no dan ya más de sí y la situación es tan desesperada en Targon que nos vemos obligados a asumir un riesgo que no es pequeño. En la puerta del local de abastecimiento devastano frente al que estamos, hay ligado un cerbero. Se trata de un enorme lobo de tres cabezas, cuya ferocidad conocemos más que de sobra en Targon. Su enorme cuerpo, casi tan alto como cualquiera de nosotros, no tiene pelaje; solo unas repulsivas protuberancias asomándole a los costados, desde las que le cuelgan pedazos de sí mismo, como si las entrañas se le salieran. Unas afiladas espinas recorren su lomo desde la base de su nunca hasta la cola. Su visión, especialmente por la noche, es perfecta pero apenas oyen y tampoco presumen de un gran sentido del olfato, con lo cual lo único que tenemos que intentar es que este no nos vea. De lo contrario dará inicio a una persecución implacable. Los cerberos son rápidos y no suelen dejar escapar una presa; además, sus dientes, una hilera numerosa y afilada, desgarran como un centenar de espadas juntas. Dado que los locales de abastecimiento, o lo que coloquialmente nosotros llamamos 'comederos' se ubican por toda la ciudad, los devastanos se cuidan de dejarlos bien protegidos. Aquí no van a molestarse en construir nada, así que aprovechan las cada vez más numerosas casas vacías que quedan en el lugar.

Axel me mira y sonrío, mientras alza las cejas; el cabello castaño le revolotea sobre los ojos. Lukas posee un sinfín inagotable de virtudes pero el sigilo no es, precisamente, una de ellas. Le oímos llegar unos diez segundos antes de que aparezca a nuestras espaldas, después de trepar el muro de la fachada. Si fuésemos devastanos, habríamos tenido tiempo de tomarnos varias infusiones antes de desenvainar nuestras espadas y rebanarle el pescuezo; por suerte para él, solo somos Axel y Blaze. Y por suerte para él, como decía, los cerberos tienen una audición escasa.

Lukas se agacha junto a nosotros, resollando aún por la carrera que le ha traído desde el complejo devastano hasta aquí.

—Acaban de regresar —nos dice—. Fin de la actividad en el reino de la nada. Salvos las patrullas nocturnas, claro.

—Blaze ha visto dos de camino aquí —explica Axel.

—Si siguen el itinerario que llevaban marcado —intervengo—, tardarán una media hora en llegar hasta este lugar; tiempo más que de sobra.

—Pues adelante, caballeros —nos invita Lukas.

—Cuidado con el perro —concluye Axel.

Nos movemos entre las sombras como una más, como si pudiéramos fundirnos con el entorno ceniciento de la ciudad al caer la noche. A lo lejos, el relinchar de los caballos se mezcla con los ladridos de algún perro en las viejas granjas, en las que aún quedan en pie. Esos son los sonidos de la noche en Targon, como en el resto del territorio Sur de Asthais, al menos desde que llegaron los devastanos. Mi madre solía contarme que antes no era así.

Mientras descendo por el muro de piedra desde el que me encaramé a la azotea de la vieja herrería, recuerdo cómo me hablaba de los veranos en el reino cuando yo apenas era un crío y el tiempo discurría de otra manera, alejado de los segundos que avanzan, lentos pero inexorables, con la particular espada que todos sentimos sobre nuestros cuellos amenazando con sesgar. Ella solía explicarnos que, de niños, el futuro incierto era un océano de eternidad; sin prisas, sin preocupaciones, situación traducida en risas constantes por las calles a las tantas de la madrugada; en pasos de carreras desafiantes y riñas de nuestros mayores; en canciones animadas que teñían el enlosado de la Plaza de Jyra de pies saltarines y danzas improvisadas, asidero de amantes que encontraban la excusa para acercarse a su dama o a su caballero, entre sonrisas cómplices; de esposas y madres que dejaban a un lado sus responsabilidades para esbozarle una carcajada a una vida dedicada a los demás; de hombres sentados en la escalera, descansando sobre el suspiro de la satisfacción al poder tomarse un descanso en sus duras jornadas de trabajo. Los cuentos de los viejos a la lumbre y el crepitar de las llamas de su fuego. Esas eran las melodías que discurrían como fantasmas bajo el aterciopelado firmamento de Targon. Parece que deben haber transcurrido siglos desde entonces.

Doy un saltito y después de asegurarme de que no hay nadie en las calles que circundan el lugar, hago una señal a Lukas y Axel, que me siguen. El cerbero permanece sentado y sus cabezas están gachas. Nunca duermen pero sí bajan la guardia. No nos ha visto cruzar, así que tenemos mucho ganado. Lukas y yo ayudamos a Axel a trepar a través de la fachada del 'comedero'. Cada cierto tiempo llegan diligencias cargadas con comida para los distintos sectores de la ciudad, no para los ciudadanos, sino para los devastanos, por

supuesto. La población lleva meses sin recibir comida, saliendo adelante solo con los mortecinos huertos que hemos logrado recuperar después de que los primeros devastanos llegasen hasta Targon. Y es que el daño de esos malnacidos no está solo en sus espadas. Poco antes de que llegasen, la lluvia dejó de caer, la tierra se secó, los campos perdieron sus cosechas y los animales empezaron a morir, igual que los humanos. La enfermedad se convirtió en un espectro ambulante que danzaba en una macabra melodía, tomando por igual a hombres, mujeres y niños como pareja de baile. Acabar con nosotros es tan fácil para ellos que mantenernos con vida solo puede ser un juego. Mientras reúnen fuerzas para asediar el Norte, se entretienen con el Sur.

Ahora es a Lukas a quien observo mientras Axel trepa. Su desgredada cabellera rubia le lanza mechones a sus ojos verdes; su piel es más pálida que la de Axel y la mía, y es, quizás, algo más delgado que yo. Axel es, a su vez, el más robusto de todos.

Cuando me doy cuenta, me está tendiendo la mano desde la azotea, más alta y difícil de acometer que la de la herrería, y mientras Lukas me empuja desde abajo, él tira de mí hasta que estoy arriba. Resoplo. Aún no me he recuperado del golpe de la semana pasada y la ejecución de ciertos movimientos con el hombro, me provocan un pinchazo que me recorre, después, todo el cuerpo. Pero no hay tiempo que perder. Me arrodillo en el suelo, extendiendo mis manos y, sin el menor esfuerzo, empiezo a emitir un calor sofocante en una zona reducida. Axel se aparta y me observa sin abrir la boca, mientras el calor aumenta hasta que puede visualizarse una pequeña llama que envuelve mi mano sin llegar a quemarme. Lo que sí arde es la superficie sobre la que estamos, el techo del 'comedero', que se derrite como si fuese cera fundida. El agujero creado es pequeño pero lo justo para poder entrar.

—Blaze —me dice Axel, cuando ya estoy introduciendo mis piernas—, salta a la vista que tu hombro no está bien. Entro yo.

—No, tranquilo. Me toca a mí.

—Vamos, no seas cabezota.

—¡Atento! —exclamo, dejándome caer ya al suelo del recinto. Es un habitáculo pequeño y prácticamente sellado. Las ventanas están apuntaladas con gruesos tablones de madera por dentro y por fuera, evitando que algún pobre insensato haga lo que estamos haciendo nosotros, eso sí, seguramente con menos recursos porque, como ya habrás notado, mi paciente y avisado

amigo, no soy alguien normal. Para ser más concreto, no soy normal respecto de lo que existe en tu mundo; aquí no desentono tanto; solo lo suficiente para llamar la atención y no gustar si alguien, a parte de mis dos mejores amigos, me hubieran visto hacer lo que he hecho. ¿Me permites relegar también esta parte de mi vida para cuando haya terminado? Gracias, eres un sol.

Doy un par de pasos y saco la daga de mi cinturón, abro uno de los paquetes que trajeron esta misma mañana y me deleito al ver todo lo que alberga en su interior: arroz, carne, huevos... Ya sé lo que te estás preguntando: ¿Cómo es posible que seres formados de nada coman todo esto? No es para ellos exactamente. ¡¿Cómo, Blaze?! ¡Dijiste que era para los devastanos! Lo dije y lo reafirmo. De un tiempo a esta parte, a los humanos se les ha permitido entrar a formar parte del ejército de la Devastación. Increíble, ¿verdad?

—¡Axel! —exclamo. Él se asoma y empezamos a trabajar. Le paso un par de cajas de huevos con sumo cuidado y él las recoge para, a su vez, dárselas a Lukas, que las irá introduciendo en el saco que debía estar guardando. Después haremos reparto y sobreviviremos durante otra semana más en la Targon devastada.

Como iba diciendo, los devastanos ya no son solo seres formados de nada contra los que resulta imposible luchar si no eres un elementalista. Desde hace ya varios años, en sus filas están entrando humanos, hombres y mujeres por igual, hartos de la esclavitud a la que estamos sometidos o desesperados por salir de la situación de hambre y pobreza. Convertirse en un devastano les ofrece una salida a todo eso: como parte del imperio se les alimenta todo lo bien que puede verse en un 'comedero' de estos. Pero renunciar a los grilletos conlleva un precio mucho más alto: en poco tiempo, ni siquiera recuerdas cómo te llamabas y serías capaz de ensartar a tu madre con una espada si eso respondiera a una orden devastana.

Ahora extraigo los pequeños sacos de arroz, cinco y los lanzo hacia arriba para que Axel los cace al vuelo.

A lo que iba, ¿en serio pueden existir personas capaces de convertirse en uno de esos que siembran el terror y la muerte entre su propia gente? Sí, existen. Entiendo que el hambre y la enfermedad pueden hacer estragos, yo mismo los he sufrido en mis carnes pero también creo que las penurias pueden agudizar el ingenio y que cualquier cosa es mejor a pasarse al lado de los vacíos, como todos los llamamos.

Por todos los dioses, tengo en mi mano la carne más fresca que he visto

desde hace años. Los animales que se cuidan en las granjas de Targon y alrededores no darían una carne así ni en mil años, famélicos y enfermizos como están. Me pregunto de dónde vendrá todo esto. ¿Acaso en el Norte estarán abasteciendo a los devastanos? ¿Es posible que estos les hayan prometido inmunidad a cambio de comida? El solo hecho de pensarlo me hace sentir mareos pero... no, no es probable. Las academias elementalistas siguen forjando guerreros y aunque cada vez ocurre con menos frecuencia, muchos de ellos llegan hasta aquí para luchar, días en los que renovamos la esperanza que pocas horas después muere de nuevo. Los devastanos son más y mejor preparados; máxime desde que los hombres y las mujeres se unen a su causa y luchan contra su propia libertad. Paradójico, ¿no? Ellos sí pueden morir pero no importa a cuántos de estos mates; por cada uno de ellos, siempre habrá, al menos, dos auténticos devastanos más. Por contra, los elementalistas son, generalmente, niños recién salidos de las academias con mucho conocimiento pero nula experiencia. Plantan cara, ofrecen batalla pero por ahora, ninguna victoria definitiva.

Cielos, casi puedo percibir la salvación de Axel cuando le paso la carne. El último paquete que le lanzo vuelve a caer en el suelo del 'comedero', con un fuerte impacto que ha alzado una más que considerable polvareda.

—¡Axel! —exclamo.

Pero Axel no está. Miro hacia arriba y descubro que su rostro expectante y sus manos anhelantes han desaparecido. Trato de no moverme para no propiciar que los tablones sueltos que conforman el suelo crujan y poder escuchar así cualquier sonido extraño que se esté dando ahí fuera. Lo único que oigo es la exclamación de Axel cuando regresa.

—¡Blaze!

—Joder, me has asustado.

—Pues más te van a asustar ellos. Vienen hacia aquí, hay que irse.

Le lanzo la caja vacía de la que he sacado toda la comida; si la dejo aquí, se darán cuenta. Axel la recoge al vuelo y después me tiende el brazo. Reculo para tomar carrerilla y doy un salto para agarrarme a su mano. Subo en peso muerto, ya que no puedo apilar nada para encararme, dejando evidencias de mi paso por aquí. Como tengo que sujetarme con las dos manos, el hombro vuelve a darme un latigazo y cierro los ojos, los aprieto y me muerdo la lengua para comerme una maldición. Axel se da cuenta pero no puede soltarme; más vale un hombro dislocado que un cuello partiéndose en las sogas devastanas. Tira de mí con fuerza y en pocos segundos estoy de nuevo

en el tejado, respirando el aire fresco de la noche, que intercambio por el polvoriento olor a humedad de los 'comederos'. Extiendo mis manos de nuevo, en la zona que antes derretí y que ahora intentaré soldar, de algún modo, lo mejor que pueda. El calor que irradian de nuevo hace ceder la estructura de la zona en la que lo aplico y aun ardiendo, no tengo el menor problema en tratar de moldear la superficie, pegándola como si fuera arcilla.

El cerbero se ha puesto en alerta y emite gruñidos y todo tipo de sonidos indescriptibles. Tira con fuerza de las cadenas que lo atan al local y la estructura tiembla con cada brusco movimiento.

Los caballos devastados asoman ya por el horizonte, negras sombras entre más sombras al acecho de cualquier pobre incauto que trate de ampararse en ellas para moverse por la ciudad. Incautos o temerarios. No me da tiempo a cerrar el boquete por completo, así que mucho me temo que se enterarán de lo sucedido.

—¡Chicos, hay que irse! —nos apremia Lukas.

Primero salto yo, que caigo de pie sobre la tierra, aunque la altura me obliga a agacharme en el impacto. Detrás de mí, lo hace Axel, al que Lukas y yo sujetamos para evitar que se estampe de morros contra el suelo. Lo que no podemos evitar es la forma en la que ha puesto el pie en el enlosado, dejando tras de sí un crujido que me pone los pelos de punta. A pesar de eso, Lukas lo empuja y le dedica un mudo reproche por haberse dejado caer de aquella manera.

—¿Estás bien? —le pregunto a Axel, colocando una mano sobre el pecho de Lukas. Lo único que nos falta ahora es ponernos a pelear aquí.

—No ha sido nada —responde él.

No estoy seguro de que esté siendo sincero pero ahora no hay tiempo para elucubraciones, así que nos fundimos de nuevo con las sombras e iniciamos una sigilosa huida a través de los callejones oscuros de Targon. El reino que antaño despertase la admiración de otras grandes ciudades, ahora es un laberinto espectral de fantasmas que pululan por sus calles vacías. Los muchachos y yo conocemos cada rincón, cada atajo y cada escondite, con lo cual la huida suele convertirse en una especie de juego.

Si las antorchas devastadas asoman por el norte, localizamos una huida hacia el sur. Si los pasos enemigos acercan la bocacalle, las fachadas nos ofrecen un camino vertical hacia un escape en otro nivel: los tejados. Las calles son demasiado estrechas en este lugar, por lo que resulta muy complicado que puedan vernos por ahí. Incluso localizamos un pequeño túnel

que conduce desde los patios de los cuarteles del antiguo ejército de Targon hasta las afueras, cerca del río, cruzando buena parte de la ciudad desde su subsuelo. Solemos utilizarlo poco, pues aún no hemos asegurado los distintos accesos que se bifurcan con el camino central pero en situaciones de emergencia, resulta todo un as en la manga. Y la de hoy, lo requiere. El hombro se me ha desencajado y empiezo a sentirme mareado; me detengo momentáneamente y resoplo. Sé que hace rato que lo tengo fuera de su sitio, concretamente desde el momento en el que salí del 'comedero', pero solo ahora percibo mi rostro perlado en un sudor que se me antoja gélido y que me produce escalofríos. Aunque trato de seguir avanzando, me duele horrores, casi tanto, seguramente como el pie a Axel. Él apoya su espalda sobre la pared y se deja caer hasta acabar sentado en el suelo.

—¿Qué os pasa? —exclama Lukas, deteniéndose.

—Yo estoy bien —miento, acercándome a Axel—. No puede estar roto, no habrías dado ni un paso.

—Roto no —responde Axel—. Creo que está astillado. No puedo seguir.

—Maldito seas, Axel —exclama Lukas.

Se acerca, furioso y tira del brazo de Axel al mismo tiempo que lo hago yo. Lo ponemos en pie y Lukas me mira.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

—Sin problema —respondo.

—Blaze —murmura él, frunciendo aún más el ceño.

—He dicho que sin problema, Lukas.

Suspira y en su mirada sé que no me cree pero este es uno de esos momentos en los que toca establecer un orden de prioridades. Sobre todo cuando atisbamos la silueta del cerbero al final de la calle.

—Genial —mascullo.

Lukas y yo corremos, arrastrando prácticamente a Axel, hasta la tapa de la alcantarilla, que el propio Lukas aparta para dejarse caer en la negrura. Los devastanos gritan a nuestras espaldas y los caballos se acercan veloces por detrás del cerbero, que se vuelve loco por tratar de alcanzarnos. Nos ha visto, así que ahora toca desaparecer. Me vuelvo y ya puedo ver el resplandor de las teas. Cuando doblen la esquina también ellos nos verán. ¿Cómo hemos podido dejar que se nos acerquen tanto?

Hago de tripas corazón con el dolor del hombro y dejo caer a Axel con todo el cuidado que puedo para que Lukas lo sostenga. Después salto yo, sin llegar a caer al suelo y, con las rodillas apoyadas en los hombros de Lukas,

que me sujeta a duras penas, trato de devolver la tapadera de la alcantarilla a su sitio justo en el momento en el que el cerbero llega hasta aquí. Alcanza a introducir dos de sus cabezas antes de que pueda cerrar.

—¡Blaze! —grita Axel.

Los dientes del cerbero buscan arrancar piel; se mueve con virulencia, con desesperación, mientras yo hundo mi daga en su dura piel una y otra vez; en sus ojos, en su hocico, en su boca. La sangre me salpica en la cara cada vez que lo hago pero si no lo espanto antes de que lleguen los devastanos estaremos perdidos. Lukas me sostiene a pesar del forcejeo entre la bestia y yo.

—¡Vamos, Blaze! —me apremia.

El hombro me sigue matando pero continúo hendiendo las dagas en la cabeza del cerbero hasta que finalmente, hundo las dos a la vez en lo que han de ser sus oídos. El animal gime y lloriquea, sacudiéndose la cabeza malherida. La otra se retira y a la que sigue quejándose, le asesto un soberbio puñetazo, dos y tres hasta sacarla de la alcantarilla. La tapa cae y Lukas me agarra, amortiguando mi caída. Permanecemos agazapados en el interior del túnel sin ver absolutamente nada. Fuera, se escuchan los cascos de los caballos y los gritos de los devastanos. También los alaridos del cerbero, que se cortan en seco. Lo han matado.

Uno de los devastanos pregunta por las voces y los pasos; otro, por la actitud del cerbero y otro más, le resta importancia. Después de unos minutos de tenso nerviosismo, al fin desaparecen.

—Capullos, ¿estáis ahí? —pregunta Lukas, con apenas un susurro.

—Presente —murmura Axel.

—¿Adónde pretendes que hayamos ido? —consigo preguntar yo.

Haciendo uso de un 'truco' similar al que utilicé para abrir el techo del 'comederio', prendo una pequeña llama de fuego en mi mano, que nos concede algo de luz aquí abajo. Lukas está de pie, con la espalda pegada a la pared, mientras Axel permanece sentado, con una pierna encogida y la otra estirada.

—Estás hecho un asco, Saukard —me dice Lukas, siempre todo sutileza. Me limpio la sangre de la cara con las manos. Una de ellas sigue en llamas pero no me quema. EL fuego nunca me ha quemado.

—Ha ido de poco —interviene Axel—. ¿Estás herido?

—No, solo arañazos —le digo—. Pero podría dar clases sobre la anatomía bucal de un jodido cerbero. ¿Sabíais que tiene púas en la lengua?

—Muy interesante, Blaze —responde Lukas—. Al final vamos a acabar

echando de menos a la zopenca de Brianna.

Sonrío y niego con la cabeza. No le falta razón. Brianna solía ser la cuarta integrante en nuestras particulares expediciones de abastecimiento pero desde que ha empezado a frecuentarla el bueno de Zach, *El Lechugas* parece que ha encontrado mejores inversiones para su tiempo. No me mires así, el mote se lo debe a Lukas. Zach dedica buena parte de su tiempo a cuidar de la granja de su tío, una de las pocas que ha sobrevivido a la Devastación y como recolecta lechugas y otras tantas frutas, hortalizas y verduras, Zach decidió unirlo a la pandilla de algún modo, y hacerle pasar por el protocolario ritual del bautizo: yo soy *La Antorcha*, por razones obvias que pronto te contaré; Axel es *El Huesos*, encargado siempre de curar nuestras heridas y devolver huesos a su sitio cuando procede. Y Lukas es *El Conquistador*. Es evidente que los nombres los asigna él. Brianna es simplemente *La Chica*. Puede resultar dudoso si Lukas es o no es un *Conquistador*; lo que está claro es que *El Creativo* le habría hecho aún menos justicia.

—Vamos, salgamos de aquí antes de que acabe desmayándome, entre el tufo y el calor —nos dice.

—No puedo caminar —se queja Axel—. Tengo el pie astillado —añade, mientras trata de moverlo con las manos.

—¿Has corrido desde el 'comedero' hasta aquí y no vas a poder hacer un esfuerzo más andando? —le recrimina de nuevo Lukas.

—Puedo hacerlo pero con cuidado; podría terminar por romperse.

—Vamos, te ayudaremos —intervengo.

—Oh sí, claro —responde Lukas—, como tú estás mucho mejor. Os estáis haciendo viejos de forma indigna. Si no espabiláis acabaré teniendo que cambiar de compañeros de expedición. Puede que *El Lechugas*....

Se echa a reír, y Axel y yo terminamos por hacer lo mismo. Imaginar al pobre Zach encaramado al tejado de un 'comedero', colándose en su interior y robando comida devastana a las tantas de la madrugada casi resulta cómico. Por no hablar ya de una hipotética huida.

—Deja que vea ese hombro —me dice Axel, incorporándose de forma penosa. Con el simple hecho de ponerme la mano encima, hace que un calambrazo me cruce de pies a cabeza—. Está fuera de sitio.

—¿En serio? —exclamo, con ironía.

—Habrá que devolverlo —observa él, ignorándome.

Asiento. Detesto con todas mis fuerzas este momento pero sé que es necesario. Lukas me sujeta de la cara y me obliga a mirarlo.

—Hablando de Brianna —me dice—, me he acostado con ella.

—¿Qué? —exclamo.

Lo que el cerbero no ha sido capaz de hacer, al intentar sacarme los ojos, lo va a lograr Lukas sin tan siquiera tocarme. Los abro como platos y entonces Axel efectúa un brusco movimiento tirando de mi brazo, que me hace emitir un grito sordo y doblarme sobre mis piernas.

—Joder, Blaze —se queja Lukas—. Vas a traer de vuelta a los devastanos.

Arrodillado aún en el suelo, me llevo la otra mano al hombro, que ya está en su sitio y continuo resoplando. El fulgor que sostenía en mi mano se ha apagado.

—¿Puedes prender de nuevo la luz, oh, Blaze, señor todopoderoso? —murmura Lukas, como si recitase una oración.

Lo hago y me incorporo otra vez.

—Eres idiota —le digo—. Y Brianna te partiría la cara si supiera lo que acabas de decir.

Él sonrío.

—Vamos —nos apremia.

Axel se apoya en Lukas y en mí, echándonos el brazo por encima del hombro, y empezamos a caminar lentamente hacia la salida.

—Solo era una burda artimaña para distraer tu atención. Eres un malagradecido, Blaze. Además, ¿qué tendría de raro que ella y yo...?

—Bri está enamorada de Zach —interviene Axel—. Y la conoces desde antes de que ambos tuvierais dientes.

—Sí pero además de verle salir los dientes, también le he visto salir otras cosas. Brianna ya no es la mocosa que babeaba y te golpeaba en la cara con las trenzas. Y aunque vayáis de caballeros andantes y honrados hombres de bien, sé perfectamente que os habéis dado cuenta, igual que yo.

—No somos ciegos —responde Axel, sonriendo—. Brianna se ha convertido en una chica preciosa. Pero es nuestra amiga y hablar así de ella debería darte vergüenza.

—Si la tuviera —apostillo yo.

—¡Ja ja ja! —exclama el interpelado—. Disculpádmelo, castos caballeros, ninguno de los dos dos le ha echado el ojo a su trasero ni a sus...

—¡Lukas! —exclama Axel, casi escandalizado.

Yo no puedo evitar reírme a carcajadas. Si Brianna estuviera aquí nos daría collejas a todos hasta el amanecer. Puede que más, pues no ha de faltar tanto para el alba. Lukas tiene razón. —Ni se te ocurra decírselo—. Bri ya no

es esa cría revoltosa de trenzas rubias y complexión robusta con la que nos bañábamos en el río cuando éramos mocosos; la que más salpicaba al tirarse al agua, la primera en atreverse a saltar desde la loma o la que nos propuso robar comida a los devastanos ante nuestro propio estupor. Esa niña dejó paso a una joven preciosa de dorado cabello ondulado, vivarachos ojos azules y cautivadora sonrisa. Su sinuoso cuerpo gira más cuellos por la calle que las manos devastanas. Aunque a veces parece que ni ella misma es consciente de eso. Y ahora estarás pensando que mi descripción deja en evidencia una más que notoria atracción por Brianna. Pues tu gozo en un pozo. Igual que Lukas y Axel son mis mejores amigos, ella es mi mejor amiga. Las palabras empleadas para transmitirte su imagen son, literalmente, las que utilizó Zach hace poco menos de un mes cuando vino a confesarme su amor por ella y a preguntarme acerca de sus posibilidades si daba un paso al frente. No puede darle una contestación hasta haber tanteado el terreno con Brianna y llevarme una gran sorpresa. Zach no es el tipo de chico que uno asociaría con ella: temeroso, cauto, tímido y bastante torpe. Ponerle una espada en la mano puede tenerte horas llorando, o de la risa o de la pena. Pero es un buen chico, trabajador, honrado y, lo que es más importante, está sincera y profundamente enamorado de Brianna. Así que por extraño que inicialmente nos pareciera, llevan ya tres semanas saliendo a dar paseos juntos, cogiéndose de la mano con disimulo y modificando sus rutinas, al menos lo suficiente como para no haber podido contar con ella en las dos últimas expediciones de abastecimiento. Sí, robos, si prefieres ser más directo. Uno de ellos, específicamente el que acabamos de llevar a cabo, más que complicado.

En mitad de la discusión sobre los evidentes cambios físicos de Brianna y su vida amorosa, hemos llegado a la salida del túnel, en las afueras de Targon. Aquí, la oscuridad de la ciudad se percibe de un modo menos amigable; las sombras no son cómplices que nos ocultan de los devastanos, sino un gigante amenazador y oscuro que abraza a un reino decadente. Nuestro reino.

Suspiro. Hora de hacer el reparto y de irse a casa. Lukas y yo dejamos a Axel en la suya y después llegamos a la solitaria chabola en que *El Conquistador* habita y donde llevo hospedándome alrededor de tres meses. Demasiado tiempo. Mañana te contaré el por qué. Por qué llevo tres meses fuera de mi casa y por qué soy capaz de prender fuego en mis manos. Mañana te contaré quién soy y también quién eres tú. Mañana.

2 Edrych

Cuando abro los ojos, Lukas ya se ha ido. Nunca he logrado comprender cómo es capaz de dormir tan poco.

Me llevo la mano al hombro y resoplo; apenas duele pero el simple hecho de recordar las vivencias de la noche anterior, me hace sentir escalofríos. La noche anterior. Te prometí que hoy te explicaría más detalles acerca de mi vida y así lo haré. Me levanto, haciéndome crujir los huesos del cuello y me acerco hasta la jofaina con agua fría que hay junto a la puerta. El cuarto de Lukas era un establo tiempo atrás, un lugar que él mismo acondicionó para darle un aspecto lo más acogedor posible. No estoy seguro de que lo haya conseguido pero lo cierto es que este sitio es lo más parecido a un hogar que he tenido en los últimos tres meses, el mismo tiempo que ha transcurrido desde que me fui de mi casa. O mejor dicho, desde que mi padraastro me echó de ella. Pero creo que eso es algo que puedes esperar a conocer. Anoche te dije que hoy sabrías quién soy y también quién eres tú. Dado que tú ya conoces mi nombre, permíteme que puedas, también, conocer el tuyo en este mundo. Sí, has leído bien, Edrych. ¿Que quién es Edrych? Tú, por supuesto. En estas curiosas vivencias bilaterales en las que descifras una simbología escrita para entrar de lleno en mi mundo, tú me ves en tu imaginación como un chico alto, moreno, tanto de piel como de cabello; ojos de un tono ocre que se aclara con el sol y se oscurecen con la ira. Cuerpo bien proporcionado, o como decía Laelia —mi último amorío—, con todo perfectamente colocado en su sitio. No quiero pecar de soberbia pero digamos que el ejercicio físico —también mental— que exige vivir en una jungla donde las únicas leyes que imperan son ninguna, obligan a estar bastante en forma. Aquí, robar es legal; matar, también. Salvo a los devastanos, claro está.

Bien, a tu manera, te harás una imagen más o menos nítida de mi. Y yo haré lo mismo contigo, Edrych. En uno de los idiomas del mundo en que tú habitas 'edrych' significa 'mirada'. Eso eres tú para mí. Una mirada que desentraña símbolos para vivir una historia mágica. ¿Acaso no lo es ya? Un día aprendiste algo que, varios años después, te traería hasta mí. ¿Crees en el

destino? Deberías. Pero no estás aquí solo para ser un mero testigo. Hace ya mucho tiempo desde que los druidas nos advirtieron de tu llegada: eres el enviado y tienes una misión, aquí conmigo. Aquellos vaticinios los llevaron a morir en la hoguera, como le ocurre a todo aquel que ose poner en tela de juicio el futuro del imperio de un modo activo. Pero mi hermano Liam solía decirme que estaban en lo cierto, que debíamos esperarte y que un día vendrías a por mí. ¿Por qué a por mí? Buena pregunta. No tengo ni la menor idea.

Después de asearme un poco, abro la puerta y me zambullo en la jungla de Targon. Como no podía ser de otro modo, el ambiente está caldeado en la ciudad y no solo porque los devastanos se hayan enterado de que alguien ha robado en uno de sus 'comederos', sino porque en unos pocos días dará inicio la Sanguinem Fratris.

Cuanto menos, resulta indecente hablar de 'diversión' cuando la gente se muere cada día a tu alrededor, pero así es como lo exponen los devastanos y por eso eso, traen hasta Targon a todo aquel con fuerzas y medios suficientes como para llegar hasta aquí. Se organizan desde que tengo uso de razón y después de varios días de pruebas, veinte almas serán las 'afortunadas' que partan desde aquí hasta las Alboradas del Sur, una enorme cadena de montañas que se rompe en los abismos del puente colgante más largo jamás construido; por los dioses, según dicen. De esos veinte, solo dos llegarán al otro lado después de cruzarlo, hacia la libertad. En eso se ha convertido para nosotros el Yndoria, en un símbolo de libertad. Para los devastanos, en un temerario, y por ende, divertido juego. Se necesitan dos jornadas completas, con sus días y sus noches, según cuentan, para cruzarlo. El cielo te abraza por arriba y también por abajo, pues es todo cuanto se ve desde allí. Nadie sabe qué hay al final de la caída, si es que hay algo. El paso está vigilado, por lo que es inútil llegar hasta allí si no es en la maldita Fratris, como todos conocemos a las pruebas.

Mientras camino detecto el mismo miedo de siempre en los ojos de la gente, es como un siniestro lienzo. Caminan encorvados y tristes, asustados. De vez en cuando cruza entre nosotros un soldado devastano —de los nuestros ya no quedan— y las madres sujetan con más fuerza a sus hijos; los hombres cambian, disimuladamente el trazado por el que avanzan y los ancianos apresuran el paso. No hay, prácticamente, ni un solo ciudadano en este maldito reino que no los tema. Casi. Mi odio hacia ellos es mayor que mi prudencia y eso me ha acarreado bastantes problemas en general por mi

impulsivo afán de no quedarme callado cuando veo algo que no me gusta. Sé que cada altercado que sufro con ellos es una continua provocación para que me atreviesen con la espada y acaben de una vez por todas pero supongo que me ven como un problema menor; alguien incluso con quien divertirse, de modo que, por lo general y salvo 'delitos mayores', unos cuantos latigazos o un poco de tortura es, para ellos, suficiente. Antes solía preguntarme por qué no me matan; por qué tantas y tantas veces nos arrastran a prisiones, sótanos o mazmorras, manteniéndonos con vida en lugar de arrebatárnosla. Pero el sufrimiento y la agonía parecen parte de la 'diversión'.

Como te iba diciendo, mi hermano mayor me dijo un día, cuando apenas teníamos 10 y ocho años respectivamente, que vendrías a buscarme por algo relacionado con mi dominio del fuego. No soy el único que sabe hacerlo. Liam también sabía. De hecho, fue él quien me enseñó a prender la llama en mi mano para guiarme durante la oscuridad y poder calentar la comida. No quería que aprendiese nada más, pues según él un mayor dominio me pondría en evidencia y, por ende, en peligro, como le ocurrió a él. Aquel sencillo aprendizaje, por contra, me resultaría más que útil en mi día a día. Solo ahora me doy cuenta de que, en cierto modo, me preparaba para una vida sin él. Pero mi hermano era capaz de cosas increíbles con el fuego. Y de hecho, eso acabó costándonos muy caro.

Todo esto te lo cuento mientras camino hasta la casa de mi padrastro; confío en no encontrarlo allí a esta hora. Hubiera querido llevarles buena parte de la comida que robé anoche pero sé cómo son las cosas aquí y caminar hoy con todo el cargamento sería toda una imprudencia. En cualquier momento me registrarán, al igual que están haciendo ya con muchos otros. Sin embargo, quiero que Megan sepa que esta semana no pasarán hambre y que en cuanto me resulte posible, se lo llevaré. Ella y Tania son mis hermanastras, las únicas capaces de vivir con mi padrastro en circunstancias de sosiego, lo cual por un lado me tranquiliza. Son sus hijas biológicas, sangre de su sangre y supongo que eso le tira incluso a un borracho de mierda como él. No voy a disculparme por la expresión. Ese hijo de puta nos destrozó la vida a todos y aún rezo a los dioses cada día para que se muera pronto y mi madre pueda enviarlo de una patada al infierno. Fueron años de malos tratos constantes a ella, de palizas a mi hermano y a mí cuando, siendo apenas dos críos, tratábamos de defenderla. Un día, cuando Liam tenía nueve años y yo siete, topamos con la misma escena de siempre al llegar a casa: mi madre llorando a gritos y él golpeándola como si no oyera nada, como si no

viera nada más que una furia ciega y desmedida que descargaba sobre la mujer que nos dio la vida. Nunca olvidaré aquel día. El grito de Liam se impuso por encima de los demás y de pronto su figura prendió en llamas; un fuego abrasador que se avivaba a medida que lo hacía su furia, dirigida hacia nuestro padrastro, completamente aterrado. Las llamas acabaron por alcanzarlo y en pocos minutos, mi madre nos obligaba a cargar con él hasta la casa del sanador, que curó sus quemaduras y heridas. Evidentemente nadie le creyó cuando refirió todo cuanto había sucedido en casa pero mi madre sabía —todos sabíamos— que no se quedaría de brazos cruzados. Liam y yo nos habíamos convertido en auténticos incordios para él. Pasamos de ser niños asustados que se escondían acurrucados con cada paliza, a plantarle cara, dar y recibir golpes y, para más *inri*, mi hermano podía achicharrarlo prácticamente con la mirada, de modo que a nuestro padrastro le urgía deshacerse de nosotros, principalmente de Liam.

Cuando se le calentaba la boca en las tabernas, empezaba a narrar lo mismo una y otra vez, despotricaba de su hijastro mayor y lo acusaba de brujería y demás estupideces. Al principio, todos se burlaban pero su insistencia empezó a ser escuchada y mi madre temió que acabase llamando demasiado la atención, no ya solo de los devastanos, poco dados a atender las divagaciones de un borracho, sino incluso la de la muchedumbre, bastante más proclive a creer en sandeces como la brujería y a actuar en consecuencia. Fue entonces cuando mi madre quiso enviarlo a una academia de elementalistas. Ella estaba convencida de que su dominio del fuego tenía que ser una señal de los dioses, una llamada para que su hijo luchase contra los devastanos, de modo que buscó la forma de hacerlo llegar hasta una de las cinco academias que hay en los territorios Norte de Asthais antes de que fuese demasiado tarde para él: como ya sabes, los devastanos están abasteciendo a sus ejércitos también de humanos. Pero algunos de ellos acababan rebelándose en lugar de sucumbir a la nada y el olvido; ocurría muy pocas veces pero fueron las suficientes como para modificar el sistema de reclutamiento. Desde hace ya varios años, entran en las casas como embestidas y arrastran a los niños para convertirlos. Un crío olvida pronto y es fácilmente influenciable, con lo que dándole una buena instrucción, el niño subirá convencido de las credenciales del imperio, matando y muriendo por Urian, el 'Emperador' y sesgando las vidas de los suyos propios, si fuera necesario. Nada de rebeliones ni sublevación. Y eso fue exactamente lo que mi madre trató de impedir con mi hermano. Ni mis hermanastras ni yo

estábamos en casa aquel día pero de algún modo que ella nunca nos explicó, se las ingenió para hacer salir a Liam de casa y enviarlo a una academia elementalista cuando él solo tenía 10 años, evitando así acabar convertido en un devastano, que es lo que mi padrastro había buscado para él. Quería a Liam lejos pero no en una academia elementalista, curtiéndose para ser alguien aún más poderoso; lo quería sufriendo, al menos hasta que empezase a olvidarse de los suyos para convertirse en alguien tan vacío como los auténticos devastanos, esos que están formados de nada, esos que son solo apariencia, aunque siembran el auténtico miedo cuando se dejan ver.

La vida siguió adelante en casa, sin Liam y con la misma estampa de siempre: golpes, insultos y ofensas. Pero mi madre siguió justificando a su esposo: «Es un hombre enfermo, esclavo de los vicios y las adicciones. Él no tiene la culpa», repetía. Tal vez la tuviera yo. O alguno de los perros famélicos que vagaba por las calles buscando comida. Puede que las nubes que ocultaban el sol fuesen las culpables. Cielo santo, nunca entenderé esa clase de amor malsano que lo justifica todo, que no ve más allá y que admite la basura como alimento, el dolor, el llanto y el sufrimiento. Eso no puede ser amor.

El caso es que fuese lo que fuera, mi madre lo llevó hasta el final y aún en su lecho de muerte, me pidió que tratase de arreglar las cosas con él, que lo perdonase y tratara de entenderlo. Me pidió que se lo prometiese y fui incapaz de hacerlo. Ese será un fantasma que me persiga de por vida. ¿Acaso no debe prometerse a un moribundo, algo con lo que no cumplirás solo para concederle la tranquilidad de partir en paz? ¿No es eso un acto de bondad? Mil veces me repito que sí pero otras mil le rebaten a ese argumento que lo último que iba a entregarle a mi madre no podía ser una mentira.

Para tu fortuna, he llegado a casa de mi padrastro. Lamento que hayas tenido que conocer todo esto pero probablemente, todo eso te ayude a saber quién soy, a entenderme un poco más. Sufro mil altercados con los devastanos pero siempre, antes de herir a alguno, me aseguro de que no sea él. Supongo que a día de hoy Liam será ya un elementalista con todas las de la ley, alguien a quien busco en los escasos encuentros que he mantenido con los soldados elementales. Por suerte o por desgracia, nunca he topado con él. Todavía. Pero no pierdo la esperanza de que un día venga a sacarme de aquí.

Golpeo la puerta con los nudillos y espero un rato. El apesadumbrado rostro de Megan asoma desde el otro lado y se ilumina con una sonrisa al verme. Se abalanza sobre mi, abrazándome e inundándome de una sensación

que anhelaba, aunque hasta ahora no me había dado cuenta de eso.

—¡Blaze! —exclama, aún sin soltarme—. Te echábamos tanto de menos. ¡Tania, ven aquí!

Me sujeta con fuerza de la mano y me arrastra hasta dentro de casa, donde todo sigue igual que siempre. Megan tiene 16 años pero siempre pareció más joven; también eso sigue igual. Un pequeño pinchazo me para por un segundo el corazón. Solo llevo tres meses fuera de aquí pero estoy tan acostumbrado al cuartucho de Lukas que es como si llevase años. Por momentos veo a mi madre moviéndose con rapidez en la cocina, a Liam aparecer desde la puerta trasera, con la sonrisa en la cara. Por momentos veo plasmados recuerdos de una niñez que me ahogaba, que llegué a detestar, pero de la que consigo rescatar sonrisas.

—Supongo que el viejo no está, ¿no? —pregunto al entrar.

Niega con la cabeza sin dejar de sonreír. El corazón se me deshace cuando Tania, de 12 años, baja la escalera corriendo y se me abalanza encima también.

—¡Blaze!

—Hola, preciosa.

Por todos los dioses, tres meses fuera y me parece verla enorme, una pequeña mujercita.

—¿Cuándo vas a regresar? —me pregunta, apartándose.

Suspiro. Prefiero guardarme para mí la respuesta sincera.

—No lo sé, Tania. Cuando las cosas se calmen un poco.

—Papá está más tranquilo —me responde—. Lleva una semana sin beber.

Sonrío con amargura. Una semana. Mi pequeña Tania está esperanzada en que las cosas se arreglen y yo regrese pronto porque su padre lleva cinco días sin emborracharse. Volverá a hacerlo pero prefiero no decírselo.

Megan se acerca a la ventana y observa con temor.

—¿Has visto cómo están las cosas hoy? Dicen que han robado en un local de abastecimiento. Me da terror salir a la calle en días así.

—No salgas —respondo, abrazado aún a Tania. Ella se aferra a mi cintura y nos movemos como si bailásemos—. No es necesario.

—Tengo que pasar por las granjas. Dicen que allí no hay comida pero hace días que no...

—Traeré comida después, Megan. Ahora resultaba imposible, pero quería que lo supieras.

Megan frunce el ceño.

—Blaze... —murmura—. ¿Has sido tú?

No respondo y Tania sonrío.

—Eres un héroe, Blaze. ¡Mi héroe!

—No, no es ningún héroe —exclama Megan, molesta—. Es un maldito inconsciente. Estás metido en líos con devastanos un día sí y otro día también y ¿te dedicas a robarles comida de su propia casa?

—Targon no es su casa —repongo.

—Ahora sí y más te vale aceptarlo de una vez, Blaze. No quiero verte en la horca.

—No me verás en la horca, Megan. Pero tampoco arrodillado ante esos desgraciados. Tal vez tú aceptes que Targon es suya; yo no.

—¿Y qué piensas hacer? —me pregunta Megan.

—Tal vez ya esté haciendo algo. —La voz de mi padrastro interrumpe la conversación y percibo la tensión repentina que se crea en el cuerpo de Tania. Se aparta de mí como si tuviera la peste. Megan la abraza.

—Padre, ¿qué haces aquí tan pronto? —le pregunta.

—Tomar un más que merecido descanso —responde él, con acritud—. ¿Algún problema?

Por un efímero momento, busco a Tania con la mirada. Fin de la tregua, preciosa. Tu padre vuelve a estar como una cuba otra vez. Leo la decepción en sus ojos y me maldigo interiormente porque soy incapaz de transmitirle con la mirada algo que pueda consolarla.

—Marchaos —les dice a las dos. Casi lo prefiero.

—No le hagas daño, padre... —le pide Megan.

Yo le sonrío.

—Tranquila —respondo, mientras me acerco para darle un beso en la cabeza, a ella y a Tania—. Él ya no puede hacerme daño.

Las dos se despiden de mí con un beso.

—Os quiero —les murmuro, ante el atezado silencio de las dos. Detecto un pavor tal en sus miradas que no puedo evitar la pregunta, saliendo disparada de los labios:

—¿Les has puesto una mano encima?

El tipo se ha sentado y vacía una botella en un vaso de cristal mientras sonrío.

—Claro que no. Ellas sí son mis hijas.

Sonrío con sarcasmo. Liam y yo nunca fuimos nada para él. Por suerte, familiarmente no tenemos nada que ver. Moralmente, menos todavía.

—¿En qué estás metido, Blaze? ¿Conspiras contra el imperio?

—Conspiro contra cualquier forma de abuso y tiranía.

Vacía el vaso de un trago y me mira.

—No quiero que vuelvas a poner un pie en mi casa. Lejos de traer comida o dinero, no traes más que problemas.

—También era la casa de mi madre.

—Tu madre ya no está.

—Por suerte para ella.

Se pone en pie, haciendo caer la silla en la que estaba sentado.

—¿Te alegras de que esté muerta?

—Me alegro de no verla contigo.

—Eres un malnacido. Tú sí que deberías estar muerto.

Sonrío y camino hacia la puerta. Fin de la visita, porque no quiero formar una escena que amargue el día a mis hermanas.

—¡Megan, Tania! —grito—. Os quiero.

—¡Lárgate! —me grita él, empujándome.

Como ya estamos en la calle, me giro pero trato de seguir conteniéndome.

—No me toques.

Me da un bofetón y sonrío. Aprieto los puños y continúo caminando. Pero el muy cerdo se me acerca por detrás y sin previo aviso me asesta un puñetazo que, ahora sí, hace que me vuelva y lo agarre del cuello.

—¡No lo hagas, Blaze! —grita una voz tras de mí.

Me quedo quieto al ver a Lukas y Axel. Megan y Tania se asoman a la puerta y me miran mientras se abrazan. No puedo hacerlo; no con ellas delante. Ya han visto y vivido suficiente violencia.

—Vamos, valiente —me apremia mi padrastra—. Golpéame, si te atreves. ¡Pégame, malnacido! —grita.

Lo suelto de un empujón y lo hago caer al suelo. Doy media vuelta y me largo, seguido de cerca por mis dos amigos. Axel se coloca a mi lado.

—Las cosas están hoy muy tensas con el asunto del robo, Blaze. Si armas lío, acabarás metido en problemas. Están registrando casa por casa desde el barrio de las espadas.

—Yo no he buscado problemas.

—No importa si los has buscado tú o no.

Solo ahora reparo en que Axel cojea pero aun así y a pesar de que avanzo como una embestida, es capaz de seguirme el paso. Tengo sangre en el pómulo. Detesto que ese malnacido sea capaz de herirme pero me sorprendió

por la espalda, a traición, como el asqueroso cobarde que es.

Suelo pasar muy poco tiempo en el cuarto de Lukas durante el día porque no es mi casa y siento que invado su intimidad, que puedo coartarle de hacer o deshacer lo que le plazca, de traer o llevar a quien le venga en gana. Pero hoy salgo disparado hacia allí; no tengo cabeza ni ganas para hacer nada más y sé que, en el estado de alteración en el que me muevo, hoy acabaría metido en un lío. No me preocupan los registros, pues la comida no está allí.

Axel y Lukas me han seguido sin decir nada más. Cuando llegamos, yo me siento en un pequeño taburete y hundo la cara entre mis manos. Lukas se apoya sobre la mesa, y Axel permanece delante de mí, con los brazos cruzados.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Alzo la cabeza y los miro.

—¿Qué hacíais allí?

—Seguirte —responde Lukas, que mastica algo.

—Te vimos cruzando la plaza y dedujimos que ibas a tu casa. Sabíamos cómo terminaría esto, así que...

—Fue una maldita inconsciencia que fueras. ¿Qué ha cambiado para que las cosas fuesen a ir mejor esta vez? El mismo borracho, la misma mierda, el mismo Blaze...

—Llevaba tres meses sin abrazar a Tania y Megan. Solo quería estar con mis hermanas y que supieran que iba a llevarles comida. Estoy hasta las narices de cruzármelas por la calle y fingir que no las conozco porque esas son las órdenes que les da, que no se acerquen a mí, que ni siquiera me miren, que no acepten de mí ni una migaja de pan.

Axel se aproxima y coloca una mano sobre mi hombro.

—Tranquilo, Blaze.

Asiento pero vuelvo a hundir mi cara entre mis manos y deslizo mis dedos a través de mi pelo.

—No va a poder quedarse tranquilo hasta que se desahogue —interviene Lukas. Acaba de comerse lo que fuera que estaba engullendo y se coloca delante de mí, obligándome a levantarme—. Pégame.

Busco a Axel por encima del hombro de Lukas, preguntándome qué demonios ha fumado esta mañana. Axel pone los ojos en blanco y niega con la cabeza.

—Hazme caso, Blaze, te sentirás mejor —insiste Lukas—. Te has ido sin romperle la cara a ese hijo de puta y ahora vas a estar como un león enjaulado

todo el día, a menos que des rienda suelta a esa ira que te corroe. Me ofrezco voluntario, así que dame.

—Lukas, eres idiota —respondo. Lo esquivo, buscando el camino hacia mi camastro. Él me agarra del brazo.

—Pégame, *Blazie*.

—No me llames así.

—*Blazie, Blazie, Blazie, Blazie...*

Sé lo que estás pensando: Lukas, *El Infantil* tampoco le hubiera venido mal. Te pido que resistas aquí a pesar de él, por favor. Acabarás tomándole cariño, palabra. Pero el mío ahora empieza a eclipsarse. Tiene razón en que me he quedado con las ganas de partirle la cara y él está comprando todos los boletos para convertirse en mi desahogo.

—Lukas, aparta —le digo cuando me traba el paso.

—Apártame tú.

—Lukas, ya basta —interviene Axel.

Empieza a ponerme la mano en la cara, increpándome y molestándome; me da pequeños bofetones que minan mi paciencia y mi aguante. Sé que busca provocarme pero está jugando con fuego y lo digo en sentido literal. Porque logra encenderme como el cabrón de mi padrastro encendía a Liam. El fuego emerge en mi corazón y recorre cada parte de mi cuerpo hasta el puño, que acabo estampándole a Lukas en la cara. Él cae hacia atrás, con la mejilla amoratada y humeando. Me mira tan absorto como Axel. Y aunque no quería hacerlo, me largo de aquí.

Cuando cae la noche regreso a casa de Lukas pero no está. Falta poco para el toque de queda, hora en la que se prohíbe a la gente salir a la calle y no puedo evitar sentirme inquieto. Le debo una disculpa pero no he tenido, si quiera, el valor de venir antes. Necesitaba alejarme de todo y el día que quería pasar metido en la cama, lo he pasado tendido junto al río. Cualquier paso por la ciudad, hubiera podido convertirse en uno en falso, así que he preferido evitarlo todo. Estar tendido en la fresca hierba con la silueta del Yndoria cruzando la luna y sesgándola como haría una espada con una fruta madura me sume en una sensación de paz inigualable. A veces imagino cómo será la vida al otro lado del puente. Cada año son cientos los hombres e

incluso las mujeres que recurren a la Fratrís con la ilusión de comprar su libertad. Solo dos llegan a hacerlo y no puedo evitar preguntarme qué se les pasará por la cabeza cuando ponen un pie en los territorios del Norte; cuando dejan atrás el yugo de los devastanos y se abandonan en brazos de la calma, cuando vuelven a dormir sin miedo, a comer cuando hay hambre y la vida pone en sus manos las herramientas suficientes para calmarla. Cómo debe ser respirar aire puro, sin atisbo de represión. Y sobre todo, cómo se sobrelleva el haber tenido que matar a personas inocentes para alcanzar todo eso.

Cuando los devastanos llegaron arrasando con todo, yo tenía dos años. Ni Megan ni Tania han vivido jamás en ese estado que yo ya ni siquiera recuerdo, y cuyas imágenes me vienen a la cabeza solo en base a lo que mi madre nos contaba de pequeños.

Sumergido en todos esos anhelos, pensamientos y recuerdos ha transcurrido la tarde y ahora, llevo ya un buen rato sentado en el peldaño que conduce a la entrada del cuarto de Lukas, esperándolo mientras afilo mi daga.

Sin embargo y para mi sorpresa, la silueta que aparece no es la de mi amigo. Tiene demasiadas curvas y una trenza que le llega hasta la cintura. Pese a la poca luz, la distingo sin problemas. Brianna. Son casi las nueve de una noche oscura y la ciudad está hoy patas arriba por el asunto del robo. Los devastanos no necesitan excusas para llevar a cabo cualquier asesinato o detención pero a pesar de todo eso, ella pasea con una tranquilidad aplastante. Eso sí, distingo el brillo de la hoja de su daga desde aquí. Viene y se sienta a mi lado sin abrir la boca.

—Dichosos los ojos que te ven —le digo, sonriendo.

Ella me mira, ahora sí.

—¿Te has peleado con Lukas? —me pregunta. Mi sonrisa se esfuma pero no respondo—. Lo he visto en la taberna hace un rato —continúa diciendo—. Tiene un buen mamporro y por lo que veo, tú también vas servido. ¿Un lío de faldas?

La miro, incrédulo. ¿Cuándo nos hemos peleado Lukas y yo por una chica? De acuerdo, Saura Limias no cuenta.

—Nada que ver —respondo—. ¿Qué tal las cosas con Zach?

—Bien. A decir verdad... estaba aquí por eso.

Continúo afilando la espada.

—¿Por Zach?

—Llevamos tres semanas... juntos y... creo que va a hacerlo, creo que va a besarme.

—¿Cómo? ¿Aún no os habéis besado?

—Lo nuestro va en serio, Blaze. No quiere precipitarse y yo tampoco.

Sonrí y niego con la cabeza, incrédulo.

—Necesito que me ayudes con algo —me pide.

—Tú dirás.

—Necesito que me enseñes a besar.

Acabo de cortarme con la daga, algo sin importancia. De hecho, lo que me sorprende es haber sangrado. Alzo la mirada y la clavo en una convencida Brianna.

—¿Cómo dices?

—¡Oh, no empieces tú también con remilgos! —exclama. Se pone en pie y se aleja un par de pasos—. Ya lo he intentado con Axel y también con Lukas. Eres mi última esperanza, Blaze.

—Espera, espera, espera. —Dejo la daga en el suelo y me incorporo—. ¿Le has pedido a Axel y Lukas que te enseñasen a besar?

—Sí —responde con toda la naturalidad del mundo; así es Brianna, espontánea y natural—. Sois mis amigos, habéis hecho esto cientos de veces.

—¿Y por qué soy yo el último?

Brianna sonrío.

—No me digas que estás celoso.

—Sorprendido, más bien. Tocado en mi orgullo, hundido, de hecho. Puedo entender que recurrieras a Axel; es un trozo de pan pero... ¿Lukas?

—Sí, bueno, el trozo de pan lo ha intentado pero no se atreve; dice que podría con cualquier otra chica pero no conmigo porque sería como besar a su hermana. En cuanto a Lukas... no sé, últimamente me mira como si... como si no fuera yo. Tengo la sensación de que si empezase a besarme, no lograría quitármelo de encima. Además, con el golpe que le has dado, es posible que ni siquiera pueda mover la cara.

—Y entonces has pensado: bueno, siempre me quedará el pobre Blaze, el último recurso, la última hogaza de pan, esa que todos se dejan sin que...

—¿Quieres dejar de dramatizar? —me interrumpe.

Suspiro sin borrar del todo mi estupefacta sonrisa. Al menos la loca ocurrencia de Brianna hace que atenúe el recuerdo de lo vivido esta mañana.

—De acuerdo, tú lo has querido —me dice—. Confiaba en que fueses lo suficientemente maduro como para no tener que decirte esto pero... Cuando tenía 14 años me colé por ti.

—¿Cómo? ¿Tú por mí?

—Sí, por todos los dioses. —Detecto cierto rubor en sus mejillas y eso es algo realmente sorprendente, pues ni siquiera se ha sonrojado para efectuar su estrafalaria petición—. Mi hermana creía que si te lo pedía a ti había la posibilidad de... despertar esos sentimientos, así que me sugirió que buscara a cualquier otro salvo a ti. A ti no. A ti no —repite, como si estuviera visualizando a Samina, su hermana mayor.

—¿Tu hermana está de acuerdo en la locura de que alguien que no sea tu novio te enseñe a besar? Creí que Samina era más cuerda.

—Blaze, no tiene nada de malo. Solo... solo quiero hacerlo bien.

—A él no le importará si lo haces bien o mal. Es más, conociendo a tu chico, es probable que él se estrene contigo y es... bonito que aprendáis juntos.

—Corta el puñetero rollo y dime si vas a enseñarme o no.

Río, no puedo evitarlo. Besar a Brianna es algo tan... surrealista.

—Blaze, por favor —me suplica, cogiéndome la mano.

—¿Qué pasa con lo que te sugirió tu hermana?

—Tengo mis propias conclusiones: yo era una cría cuando me colé por ti; ahora tengo 18 años y estoy enamorada de Zach. Lo tengo claro. Y aun en el hipotético caso de que besarte despertase algo, ¿no es mejor que suceda eso a que acabe haciendo daño a Zach?

—¿Estás aceptando la posibilidad de que te enamores de mí, Bri? —le pregunto en tono jocoso. No encuentro otra forma de tratar todo esto; tengo la sensación de que en cualquier momento me despertaré y Axel, Lukas y yo seguiremos en los túneles, hablando de los evidentes cambios de Brianna.

—Estoy cerrando todas las posibilidades, Blaze —me responde ella—, aunque tenga claro que no se darán. ¿Vas a enseñarme o tengo que ir a buscar voluntarios a la taberna?

Suspiro. La conozco y no va a parar hasta que alguien a quien ella considere experimentado en las lides del beso, le ponga una matrícula de honor.

—De acuerdo... —murmuro. Lo hago con menos convicción que cuando Axel me dice que debe ponerme el hombro luxado en su sitio. Aún siento la cabeza embotada y ni yo sé lo que estoy haciendo.

Brianna sonrío y se coloca delante de mí, en pie y yo también me levanto, dejando la daga en el suelo.

—Vale, ¿qué hago?

—Bien... —Me froto la nariz con la mano. ¿Cómo diantre puede ser tan

difícil algo que hago con naturalidad con desconocidas y que ahora voy a hacer con mi mejor amiga?—. Tienes que estar relajada.

—Estoy relajada —me interrumpe—. Más bien, el que debería relajarse eres tú. Soy yo, Blaze, esto no tiene la menor importancia, ¿de acuerdo?

—De acuerdo...

—¿Cómo pongo la boca?

Me río, no puedo evitarlo. Ella me golpea con la mano sobre el brazo y se da media vuelta con la intención de marcharse.

—Bri, lo siento. Perdóname.

Se voltea de nuevo y me mira.

—Blaze, sé que esto puede parecerme irrisorio pero para mí es importante, ¿vale?

Hago desaparecer la sonrisa y asiento.

—Lo tomaré en serio, de veras.

Ella regresa sobre sus pasos y se coloca otra vez frente a mí.

—De acuerdo, tienes que dejar los labios entreabiertos, ligeramente separados, como si dijeras mi nombre.

Ella asiente y dibuja mi nombre con la boca sin llegar a pronunciarlo.

—¿Y la lengua? —pregunta después.

Alzo las cejas. Por todos los dioses...

—¿Quieres que nos besemos con lengua?

—Él lo hará, ¿no? Es decir, es lo normal. No quiero parecer estúpida si me mete la lengua en la boca y no tengo ni idea de lo que debo hacer con ella.

«Blaze, te estás metiendo en un lío. Páralo».

—Vale, labios entreabiertos y actitud relajada. La lengua... la metes con suavidad en mi boca y yo hago lo mismo en la tuya, que... que se toquen. No lo hagas como una rana cazando a su presa, sino de forma suave, lentamente.

—De acuerdo, venga.

Se me acerca más. Trata este asunto con tal naturalidad que llega a hacerme sentir ridículo. No estoy acostumbrado a que ellas dominen la situación más que yo. Pero la que tengo delante es Brianna. «Sí, Blaze, Brianna; aunque aún no te lo creas».

Me acerco más a ella.

—¡Espera! —grita.

—¿Ahora qué?

«¿Ahora qué? ¿Por qué estás tan impaciente?».

—¡Las manos! Estaré nerviosa, no sé qué hacer con ellas cuando me

pongo nerviosa y lo notará.

Sonrío.

—Bri, no seas tan técnica con un beso. Solo... déjate llevar.

—¿Dónde las coloco? —insiste ella, como si yo no hubiera dicho nada.

—Lo probable es que él te coja de la cara. —Coloco mi mano abierta en el lateral de su cuello, con los dedos en su nuca y el pulgar acariciándole la mejilla—. Y tú puedes colocar tus manos sobre mi cintura, en los costados. —Lo hace. Y ahora sí.

—¿Preparada?

Brianna asiente, sonriendo.

Me acerco despacio a ella, que me mira expectante.

—Cierra los ojos —susurro. Me obedece y aún venzo una última vacilación antes de colocar mis labios sobre los suyos. Primera toma de contacto y percibo cómo responde. Me aparto despacio y vuelvo a buscar su boca, esta vez con la lengua dispuesta a dar con la suya. La encuentro con suma facilidad y le concedemos intensidad al beso. Aprieto mis dedos entre las ondas rubias de su pelo y siento cómo sus manos se aferran con fuerza a mi camisa. Da un paso al frente y su lengua se enreda con la mía, que invade cada rincón de su boca, como si fuese el máspreciado reino. Mis labios aprisionan a los suyos y nuestras respiraciones empiezan a dispararse. Brianna llega a morderme el labio inferior, lo cual hace que me aparte un poco, no porque me disguste, sino porque por un momento me hace dudar de si realmente no ha hecho esto nunca. Ella vuelve a buscarme y me encuentra. Aparta sus manos de mi cintura y sujeta mi cara, me empuja desde la nuca y continuamos enredando nuestras lenguas, recorriendo con ellas cada rincón de nuestras bocas, explorando un territorio extrañamente desconocido. Ahora soy yo el que desciende la mano desde su espalda hasta su cintura para apretarla aún más contra mí —si es que eso es posible—. A Brianna se le escapa un jadeo y oírlo me dispara el corazón. Estamos alargando esto de forma peligrosa pero ninguno de los dos cede. Casi me sorprende estar siendo capaz de hilvanar un pensamiento cuerdo en medio de esta situación pero lo hago y me pregunto por qué no se aparta, ¿solo quiere tener la plena certeza de que lo está haciendo bien o acaso le está gustando? Aunque, más bien debería preguntarme por qué no me aparto yo. Es más que evidente que si de verdad no ha besado nunca, sabe hacerlo como los ángeles. Podría parar y decírselo: «Bien, Brianna, puedes estar tranquila. El bueno de Zach va a alucinar con tus besos». Pero sigo. Y sigo. Y sigo. Y me aparto. Ella aún me

da un último beso, más corto, con la lengua guardadita ya en su sitio. Mantiene su frente pegada a la mía y sonrío.

—Ha sido alucinante, Blaze.

Yo trago saliva y no digo nada.

—¿Cómo he estado? —insiste ella. Ahora sí, se aparta del todo sin soltarme las manos.

—No ha estado mal —respondo—. Para ser la primera vez, quiero decir.

—¿Podemos repetirlo?

—No creo que sea buena idea.

La suelto y me llevo los dedos índice y pulgar a las comisuras de los labios, donde aún tengo rastros de su saliva.

—¿Por qué? —exclama ella—. Dijiste que lo había hecho bien.

—Lo has hecho de fábula, Bri; no necesitas practicar más. Pero ahora tienes un gran problema.

Frunce el ceño y por un momento parece aterrada.

—¿Qué?

—Las comparaciones —respondo, tratando de restarle hierro al asunto, sobre todo para mí porque ella parece de lo más tranquila—. Las habrá, son inevitables y deberás buscar a tu novio entre el betún.

Brianna sonrío y me golpea en el hombro.

—¡Idiota! Ha sido alucinante besarte, Blaze pero sé con él lo será aún más. No te ofendas.

—Tranquila. Después de saber que he sido tu último recurso para esto, hoy ya nada puede ir peor.

Mantiene la sonrisa en los labios, esos labios que he saboreado hace solo unos segundos y que me dejan, tras de sí, la sensación más extraña de mi vida, un anhelo de más y ganas de salir huyendo.

—Gracias por ayudarme —me dice ella. ¿Cómo demonios puede estar tan tranquila? ¿Es normal besar a tu mejor amigo y ni siquiera inmutarte? ¿El problema es mío?

—Que no sirva de precedente. No voy a estar ahí cuando quieras aprender lo que viene después de los besos.

Brianna espeta una carcajada.

—En eso ya nos apañaremos Zach y yo. Gracias.

—Lo celebro.

—En serio, Blaze, muchas gracias.

—No tienes nada que agradecerme. Solo ha sido... solo ha sido un beso.

Ella sonríe y me da otro en la mejilla, uno que me sabe a poco, a muy poco.

Cuando se va, vuelvo a sentarme en el peldaño que ocupaba antes de su llegada y bajo la cabeza.  Qu  cojones he hecho? Cierro los ojos y los aprieto con fuerza.

Entre todos los besos que he dado en mi vida, este es el único que me sabe diferente y me aterra pensar que hayamos podido traspasar una línea sin vuelta atrás. Brianna es mi mejor amiga y no quiero perderla. Tal y como hablábamos en el túnel anoche, los juegos de niños con ella quedaron atrás y esto es algo que lo hace evidente. Lukas, Axel y yo admitimos habernos dado cuenta del cambio físico de Bri pero nunca le había dado importancia más allá de ser algo llamativo, y espero que pueda seguir siendo así, aunque lo cierto es que no me gusta la sensación que me deja su beso, no me gusta que me haya encantado de esta forma y mientras me golpeo en la frente, trato de convencerme a mí mismo de que lo único que diferencia los besos de Brianna de los del resto de chicas es que con ella hay sentimiento pero uno de amistad, simple y llanamente. Lo verá así cuando el estado de alteración me conceda una tregua. Y todo volver  a ser como siempre.

—Blaze...

Alzo la cabeza y me encuentro con que aún no se ha ido. Mala forma para empezar a reconducir las cosas.

— Qu  ocurre?

—Eso me pregunto yo —responde mientras vuelve sobre sus pasos. Por un momento temo que las dudas que me torturan por dentro, la est n machacando también a ella. Brianna regresa y se agacha delante de mí. Pero la conozco tanto que no necesito que me diga nada más. Sin embargo, ella sí ha venido a buscar una explicación.

—Mi padrastro —murmuro—. He estado en casa esta mañana.

Pasea el dedo sobre la herida del pómulo y me trago las infames e injustas ganas de gritarle que se vaya. Otro gesto habitual que ahora es diferente. Me abraza y me rindo. Por hoy no pienso luchar contra las reticencias. La rodeo entre mis brazos y siento el beso amistoso que me da en la cabeza antes de abrazarme de nuevo para hacer que mi cara se hunda en su cuello. Me muevo un poco y entre los mechones rubios de su pelo, distingo entonces las figuras de Lukas y Axel.

— Sigues intentándolo, Bri? —pregunta el primero de ellos.

Brianna me suelta y yo me pongo en pie. Camino hacia ellos y me planto

frente a Lukas.

—Lo siento. Lo siento muchísimo. Devuélvemelo.

Axel se lleva las manos a la cara y camina junto a Bri.

—Por todos los dioses, no soporto a ninguno de los dos. ¿Vais a estar devolviéndoos puñetazos por los siglos de los siglos?

—La tentación es grande, Saukard —responde Lukas, aludiendo a mi apellido.

—No te contengas. Me he pasado. Te juro que no sé cómo... No sé lo que me pasó pero... No importa. Vamos.

Para mi sorpresa, Lukas me sujeta por los hombros y hace que me dé la vuelta, quedando de frente a Axel y Brianna. Me empuja hasta que llego junto a los dos, con él a las espaldas.

—Somos amigos, Blaze —me dice, echándome el brazo por encima del hombro—. Nos llenamos de cosas buenas y nos vaciamos de la basura. Nos partimos la cara unos por otros y... qué demonios, entre nosotros también, si la ocasión lo requiere.

Axel y Brianna sonrén.

—Y aunque *La Chica* nos haya abandonado en las dos últimas expediciones, una de ellas para robar a los devastanos —añade Lukas, mientras Brianna lo imita, haciéndole burla—, siempre, siempre, siempre, estaremos juntos. ¿De acuerdo?

Axel le echa un brazo por encima del hombro a Brianna, apretándola contra sí. Ella extiende el otro brazo, una muda invitación a que me acerque. Lo hago y Lukas también se une al improvisado círculo que hemos conformado.

—Cerrad los ojos —nos pide.

—¿Qué estupidez has inventado ahora? —espeta Brianna.

—¿Por qué rompes la magia, señora de *Lechugas*?

—Vete al cuerno, Lukas.

Él sonrén, igual que Axel y yo.

—Desde aquí no lo vemos —añade—. Pero podemos imaginarlo. Eterno, cruzando el abismo, marcando el camino hacia la libertad. Un día cruzaremos el Yndoria, muchachos... y *chica*. Y seremos libres. Tan libres en cuerpo como ya lo somos en alma. Juntos.

—Estás borracho, Lukas —responde Axel—. Pero estoy contigo. Es un bonito sueño: cruzar ese maldito puente hacia los territorios del Norte. ¿Qué me decís?

—Que ojalá no tengamos que hacerlo —responde Bri—. Y Norte y Sur respiren la misma libertad.

—Aguafiestas... —se queja Lukas—. ¿Blaze?

—Norte o Sur... Pero juntos. Siempre.

Lukas está a punto de desplomarse en el suelo pero lo agarramos y yo cargo con él sobre mi hombro sano.

—Hora de irse a dormir, chicos —les digo.

—Sí, además, el toque de queda está a punto de sonar —responde Axel—. Bri, te acompaño.

—Brianna —la llamo antes de que Axel y ella se marchen—, necesitaría que me hicieras un favor, mañana.

—Claro, ¿qué es?

—Llevarle algo a Megan. Si vuelvo a mi casa, puede liarse muy grande.

—Cuenta con ello. Te veo mañana, Blaze.

Me dedica una sonrisa cómplice y después da media vuelta, alejándose junto a Axel. Yo acuesto a Lukas en su cama y pongo punto y final a un día que empezó de forma desastrosa y que terminó de forma... confusa.

Buenas noches, Edrych.

3 Justos por pecadores

En armonía con el día, la noche ha sido extraña. He logrado dormir por momentos y, por momentos de igual manera, no he dejado de dar vueltas a varias cosas. Trato de soterrar el beso de Brianna por debajo de otros quebraderos de cabeza: mi padrastro me negó haber golpeado a Megan y Tania pero tampoco puedo esperar que fuese a admitirlo, si realmente ha ocurrido. Ellas dos fueron la única razón por la que no me largué de casa mucho antes. Cuando faltó mi madre, me negué a dejarlas solas con aquel ogro pero supongo que la sangre le tira lo que no fue capaz de hacerlo la simple responsabilidad o la empatía hacia dos críos

Las palabras de Lukas también martillean en mi cabeza: «Algún día cruzaremos el Yndoria y seremos libres». En unos días arrancan la Fratrís. Incontables hombres y mujeres se inscribirán y pugnarán por ser esas dos almas que crucen el puente y alcancen los territorios del Norte. A mis 19 años, jamás me he presentado a la condenada prueba y tengo muy claro que jamás lo haré. Como todo aquello que está relacionado con los devastanos, la Fratrís no es sino una excusa más para teñir Targon de sangre, para minar más nuestra ya agonizante moral. El nombre lo dice todo: Sanguinm Fratrís: Sangre de hermanos. La nuestra, la que se derrama. Combates inacabables a vida o muerte, comer tierra o lamerle los pies a un devastano; trepar por una tapia prácticamente vertical, deshaciéndote de todo aquel a quien te encuentres; golpear a quienes ellos te pongan delante, matar... en definitiva: un circo donde nosotros somos la gran atracción. Todo eso para demostrar cuánto ansias tu libertad, qué estarías dispuesto a hacer por alcanzarla. Los ocho que salen con vida y cabeza de toda esa basura, llegan hasta el Valle del Talka, donde arranca el inestable recorrido del Yndoria. Y ahí empieza otra lucha encarnizada, la enésima: solo dos podrán poner un pie en el Norte, de modo que las peleas para deshacerse de rivales están a la orden del día. Juro que ansío la libertad más que a nada en este mundo pero sentiría un asco insostenible hacia mí mismo si la consiguiera de ese modo, a ese precio. No lo haré pero tampoco renuncio a ella por otros cauces.

El abrasador sol del mediodía golpea con justicia sobre la devastada Targon. Me muevo entre el gentío que se agolpa en la plaza; jornada de hacer cola para las malditas inscripciones de última hora. Estos son los únicos días en los que ves algo parecido a la esperanza reflejado en los rostros de los tárganos y de los foráneos que llegan hasta aquí. Engañoso. Es como si olvidasen el horror vivido en la última Fratrís o el que los rodea día a día; como si cada vez les importasen menos cosas con tal de conseguir su ansiada libertad. No los entiendo. ¿De verdad puede uno sentir que ha roto las cadenas de su esclavitud cuando su liberación se sostiene sobre cien cadáveres? ¿Hemos llegado al punto en el que solo importa la vida propia y en absoluto la de los demás?

Me detengo un momento cuando he dejado atrás las colas y compruebo que el cadalso en la plaza atrae a otros tantos curiosos. Un hombre de espesa barba oscura y desgredado cabello permanece maniatado y con la soga al cuello mientras el devastano que lo sujeta del pelo, vocifera:

—Por cada día que transcurra sin que el culpable del robo en el local de abastecimiento dé la cara, uno de los vuestros morirá.

Siento un vuelco en el estómago y una asfixiante sensación de mareo. No tengo muy claro qué voy a hacer pero algo más fuerte que yo me empuja a avanzar entre la gente, me deslizo como una serpiente entre las rocas inmóviles que conforman los cuerpos de aquellos que se han reunido aquí. No sé si siento más asco por los participantes de la Fratrís o por esta panda de buitres carroñeros, que acuden atraídos por el olor a sangre.

Sigo avanzando entre la muchedumbre, levantando algún impropio hasta que una mano me aferra del brazo; la mano de Axel. Siento sus dedos clavados en mi piel, en absoluto dispuestos a soltarme mientras me obliga a regresar sobre mis pasos, a desandar lo andando. Dejamos atrás a la gente y me empuja junto a la fontana, donde Lukas permanece apoyado.

—Te dije que iba directo —espeto, mientras niega con la cabeza.

—¿Estás loco o es que simplemente eres idiota? —exclama Axel, encarándose conmigo.

—Van a matar a un hombre inocente —me defiendo.

—Si no lo matan hoy, lo harán mañana. Y si no es por la jodida comida robada, será porque hay dos nubes en el cielo. Son devastanos, Blaze, guerreros de la Devastación. Matan, asesinan, violan y no necesitan justificación alguna. ¿Qué maldita parte de tus 17 años de esclavitud te has perdido?

—No voy a permitir que ese hombre muera por nuestra culpa —exclamo, alterado.

Algunas personas se dan la vuelta, murmuran y devuelven la atención a la horca, donde el verdugo devastano aprieta la soga alrededor del cuello de aquel pobre hombre.

—Claro que lo vas a permitir —masculla Axel—. Se llama supervivencia.

—¿A costa de la vida de otro? ¿Por qué no os apuntáis a la puta Fratrís? Sesgaríais mil vidas y llegaríais tan tranquilos a Yndoria. Seríais libres.

Lukas da un saltito y se coloca frente a mí.

—Te sugiero que te calmes un poco, hermano. Hace dos noches robamos comida y no tienen ni la menor sospecha de que fuimos nosotros. Como Axel dice, si no lo matan hoy, será mañana; y si no es por esto, será por lo otro.

—No puedo creerlo... No puedo creer que...

La tabla de madera que sostenía los pies de aquel pobre infeliz cede y mientras el nudo de la soga se estrecha en su cuello, él patalea y gorgotea sin que nada vaya a servirle. Sus ojos son dos platos, asustados y llorosos, clamando ayuda, un milagro. Pero nadie se mueve. Los murmullos prenden de boca en boca y se multiplican cuando el devastano le corta una mano al hombre, aún vivo, que intenta gritar pero no puede.

—Robar al imperio se castiga con la muerte —grita el verdugo—. Callar como una rata cobarde, se castiga con muchas muertes.

Mis dedos recorren mi pelo, tratan de arrancarlo; me siento desesperado, impotente y avergonzado. Te juro, Edrych, que estoy a punto de vomitar y de hecho, acabo haciéndolo en el mismo momento en el que Brianna aparece allí, junto a Zach.

—¿Qué está pasando? —pregunta ella.

—El ladrón de comida —responde Lukas—. Lo están buscando.

Brianna dirige su mirada al cadalso y después la fija en mí. Sabe perfectamente que fuimos nosotros quienes robamos la comida y por un momento, temo que vaya a escupirnos nuestra cobardía, a recriminarnoslo. Pero guarda silencio mientras Zach la abraza, invitándola a no mirar. Un chispazo de celos me revuelve el estómago... o es la angustia ante lo que acabo de vivir. Me siento como un miserable por ser capaz de pensar en cualquier otra cosa en el mismo momento en el que un hombre, que probablemente tuviera una esposa o hijos, muere en la soga, sufriendo por algo que no hizo él, sino yo. El otro devastano que hay junto a su cuerpo, ya inerte, le corta la otra mano y la lanza sobre la multitud, como ya hizo con la

primera. La gente se echa a un lado, gritando horrorizada.

Aparto a Axel de un empujón y me largo. Necesito salir de aquí, alejarme. Pero alguien me sujeta de la camisa y me revuelvo de forma agresiva... hasta que descubro que es Brianna. Zach camina detrás de ella.

—¡Eh! —exclama—. Ten cuidado con lo que haces.

Lo miro y compruebo que está temblando. Sabe que yo podría darle una paliza sin despeinarme pero saca valor de donde no lo tiene porque he tenido un gesto reprochable con la persona de la que está enamorado. Supongo que su actitud esta mañana es bastante más loable que la mía pero a pesar de eso, le dedico un vistazo rápido y cada vez se me hace más incomprensible que Brianna haya podido poner sus ojos en él: no está obeso pero tampoco fibrado. Su cabello, de un castaño claro, le cae sobre los ojos y lleva barba de pocos días. Sus ojos negros entrañan un gran misterio, tanto como el que genera su personalidad reservada. Sabemos poco de Zach *El Lechugas* pero hoy tengo la impresión de que sé mucho más de lo que me gustaría.

Doy media vuelta y continúo caminando. Brianna no tarda en colocarse a mi lado y avanzar junto a mí. Me vuelvo de nuevo y compruebo que Zach ya no nos sigue, supongo que después de que ella se lo pidiera.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—De fábula —respondo. Demasiada carga de ironía; ella no tiene la culpa de nada. O tal vez la tiene en buena parte.

—Blaze... —Me sujeta otra vez del brazo y ahora sí me detengo, mirándola—. Quítate esa imagen de la cabeza y también la culpa.

—Sí, claro. Muy fácil.

—Tú no lo has matado. Han sido ellos.

—Por algo que hice yo.

—Blaze, por favor. Estás tratando la situación como si esos malnacidos fuesen por ahí impartiendo justicia y castigando a quienes actúan de forma incorrecta. Matan y torturan. Generar sentimientos como la culpa es parte del juego para ellos, ¿no lo entiendes?

—¡Mañana matarán a otra persona! —le grito—. Y pasado, a otra y así durante cada maldito día hasta que el responsable dé la cara.

Brianna enmudece. No tenía ni idea de esa parte del asunto.

De nuevo me giro y avanzo de forma costosa. Observo las caras que me rodean y me pregunto quién será el que mañana cuelgue de la soga. Hombres, mujeres y niños podrían hacerlo por igual y sé que cada vez, los devastanos buscarán hacer más daño. No puedo permitirlo.

—Blaze... —Brianna aún me sigue—, dijiste que querías que entregase algo a tu hermana.

—Comida manchada de sangre... —murmuro.

—Comida. Punto. Dámela y se la llevaré.

Niego con la cabeza.

—Prefiero hacerlo yo. Si te pillan con ella...

—No seas idiota. ¿Quieres ponerle a tu padrastro en bandeja la posibilidad de golpearte de nuevo?

—Me importa una mierda ese tipo.

—A ti, seguramente sí pero si puedes escatimarles escenitas a Megan y Tania, seguro que te lo agradecerán. Dame la maldita comida de una vez.

Ninguno de los dos abre la boca mientras abandonamos el bullicio de la plaza y nos perdemos en el serpenteante laberinto de calles que nos llevan hasta el cuarto de Lukas. No llegamos a entrar, sino que lo pasamos de largo hasta una pequeña casita de arcilla abandonada. Hasta hace apenas unas tres semanas era el hogar de una pareja de ancianos. No los veo desde hace 13 días y todo conserva el mismo aspecto, haciendo evidente que nadie entra allí, nadie sale de allí; nadie vive ya allí. Echo un vistazo a ambos lados de la calle y, después de cerciorarme de que estamos solos, entro la casucha, extraigo la bolsa de tela en la que guardo lo robado y me trago el nudo que se me aprieta de nuevo en la garganta antes de abandonar el lugar.

Brianna me arranca la bolsa de las manos, tumbando mis reticencias por meterla en esto. La primera vez que robamos comida a los devastanos, ella formaba parte de nuestra particular expedición. En aquel entonces, las cosas no llegaron tan lejos y la acción quedó saldada con una advertencia, una amenaza que hoy se ha visto cumplida: «Si vuelve a repetirse, habrá consecuencias». Y probablemente estas no habrían existido si hubiese tenido tiempo de cerrar el maldito boquete en el techo del 'comederio'. Ni siquiera se hubieran dado cuenta.

Caminamos calle abajo hasta llegar, de nuevo, al cuarto de Lukas, donde yo me detengo. Brianna se voltea y me mira:

—Necesito saber que estarás bien.

—Lo estaré —respondo tras un corto silencio.

Ella asiente.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

Supongo que mentirle a alguien que está viva y sana es más fácil que

hacerlo con quien está en su lecho de muerte. ¿Por qué todos me piden promesas imposibles?

—Bri —la llamo antes de que se vaya—, quédate tú con una parte. Hay de sobra.

Ahora niega con la cabeza.

—Me ausenté anoche; esto no es mío.

—Megan y Tania tendrán suficiente y las cosas están muy complicadas. Si lo hemos hecho, que sirva de algo. Toma una parte.

Sonríe y se me acerca.

—Eres mucho mejor de lo que tú mismo crees, Blaze.

Coloca su mano sobre mi mejilla y el tiempo se para mientras me mira a los ojos. Deseo que se vaya, que ponga tierra de por medio y fin a esta sensación. También podría hacerlo yo, sí, pero no lo hago. Y después de unos segundos eternos, traga saliva y se va. Sin más.

A la mañana siguiente veo mi reflejo en el agua de la jofaina y prácticamente no me reconozco. Por la noche fui incapaz de comer y de dormir. La única vez que logré darme una cabezada, una pesadilla recurrente volvió a anidar en mi cabeza: la gente caminaba por las calles apartando las sogas que pendían del cielo. Una para cada uno de nosotros porque ninguno se librará de su destino. De pronto los cabos de cuerda, caían al suelo y empezaban a reptar como serpientes, siseando. Hombres, mujeres y niños tropezaban, cayendo al suelo, donde morían ahogados por el férreo agarre de las sogas, de las serpientes. Los gritos pronto se tornaban en silencio; los llantos se apagaban y solo las estruendosas risas devastadas se alzaban mientras a lo lejos, el viejo puente de Yndoria se derrumbaba, mientras la voz de una mujer pronunciaba mi nombre a voz en grito. Llevo soñando con eso tantas noches que empieza a darme pavor el simple hecho de cerrar los ojos. Pero a veces el cansancio es demoledor y me puede; me abandono en sus brazos como un amante y de nuevo, me envuelve. Tengo los ojos hinchados y el pómulo ligeramente inflamado y amoratado.

A diferencia de lo que suele suceder, hoy Lukas está aún durmiendo en su cama, así que me largo sin hacer más ruido. En cuanto abandono el entresijo de calles, con el estómago encogido por saber quién será la próxima víctima

devastana, llego a la plaza, que sigue igual de atestada que ayer. Las personas, sin embargo, parecen fantasmas andantes. Sus rostros demacrados delatan lo días sin comer. Algunos se detienen, apoyándose en cualquier sitio y resollando, mientras a otros se les doblan las piernas y caen muertos en mitad de la calle. El olor hace evidente esta circunstancia. Pero muchos están entusiasmados con la maldita Fratrís, convertida en asidero de su único anhelo, ignorando esta catastrófica realidad.

Como te decía en una ocasión, la extrema necesidad agudiza el ingenio y en esas estoy desde que era prácticamente un crío. Soy capaz de obtener comida cada vez que lo necesito, cazando o pescando —lo poco comestible que queda por aquí—, así como robando. El sentimiento de culpabilidad quedó atrás hace mucho; primero por adueñarme de lo que no es mío y después por estar siendo capaz de comer cuando otros menos habilidosos se desploman frente a mí. No puedo alimentar a todos.

Observo el cadalso y compruebo que no hay nadie. Respiro aliviado pero sé que es solo cuestión de tiempo.

Los crecientes murmullos atraen mi atención a mis espaldas y cuanto me doy la vuelta, observo la enorme columna de humo que se alza a lo lejos, hacia el Oeste. Lixa o Zúntaron, deben ser, a juzgar por la distancia. Otro reino más que ha caído sin que los elementalistas hayan sido capaces de hacer nada. Targon dejó de ofrecer resistencia hace ya mucho tiempo. Su ejército plantó cara con valentía y coraje pero no sirvió de nada. Un batallón de elementalistas llegó en el tercer o cuarto día de lucha y logró hacer huir a los devastanos pero apenas un mes después, cuando todavía tratábamos de reponernos del golpe asestado, los devastanos regresaban con banderas de victoria bajo el brazo y sin que volviéramos a saber nada más de los elementalistas. Todos los soldados de Targon, sin excepción, fueron ejecutados. La población civil, simplemente, abandonada a su suerte hasta hoy.

Entre la marea de cabezas, logro distinguir a Megan, que cubre su pelo oscuro con un pañuelo violáceo que la protege del sol. Va sola, así que me falta tiempo para ir en su busca. Generalmente no lo hago porque mi padrastro le impide acercarse a mí pero me corroen ciertas dudas que solo ella, si es sincera, podrá despejar.

Da un gritito cuando coloco mi mano sobre su hombro. Tal y como ella misma dijo, salir a la calle es todo menos seguro, máxime si eres una muchacha joven y hermosa como ella, y además vas sola. Cuando comprueba

que soy yo, respira, aliviada.

—Por todos los dioses, Blaze —exclama, tratando aún de normalizar su disparada respiración. Retoma el paso y yo camino a su lado.

—Lamento haberte asustado. ¿Por qué has salido? ¿No te dio Bri...?

Me sujeta del brazo y observa su alrededor con recelo, tratando de asegurarse de que nadie nos escucha.

—¡Shhh! Sí que me lo dio...

—Ten cuidado con dónde lo guardas.

—Descuida... y muchas gracias, Blaze.

—No tienes que dármelas. ¿Por qué has salido? —insisto.

—Necesitaba ver a la curandera. No me he sentido muy bien en los últimos días. La cabeza me da unos dolores horribles, de modo que hoy no tenía más opción.

—¿Estás enferma?

Me detengo y Megan también lo hace.

—No... No es nada serio. La tensión constante, los nervios... el hambre.

—Megan, ¿te ha golpeado alguna vez? —Lo pregunto de forma clara y directa. ¿Para qué andarse con remilgos si ella sabe perfectamente cómo es su padre?—. ¿A ti o a Tania?

—No —responde ella, con calma—. No, Blaze, te juro que no.

Asiento, mucho más tranquilo.

—Si alguna vez, lo hace...

—Serás el primero en saberlo. Te lo prometo.

No le falta razón a Megan cuando habla de tensión y nervios. La plaza bulle ahora desde el otro lado y observo que, ya sí, hay movimiento en el cadalso. Megan me mira, aterrada.

—Márchate —le ordeno.

Ella asiente y nos despedimos con un abrazo.

—¡Megan! —la llamo otra vez. Ella se detiene y se vuelve—. Dile a Tania que la quiero. Y a ti también.

Sonríe con una mezcla de miedo y tristeza, y empieza a correr entre el gentío en la dirección opuesta en la que lo hago yo. Me abro paso a codazos, empujones y disculpas poco amables, igual que la mañana anterior. Como hoy hay todavía más personas que ayer, me encaramo a lo alto del muro que cierra la plaza por la zona norte y desde ahí, puedo ver la atrocidad que pretende cometerse con meridiana claridad: una mujer permanece con las muñecas atadas y los brazos en alto mientras un devastano sujeta la cuerda

que la hace quedar en esa posición. Ella llora sin parar y murmura palabras que no alcanzo a entender; súplicas, quizás o una oración, tal vez. Tres niños de no más de 12 años aguardan sentados frente a ella, aterrados, abrazados y sollozando. El mayor de ellos sujeta al más pequeño, que trata de incorporarse para caminar hasta su madre. Al fondo del cadalso, cinco devastanos sujetan la cadena de un cerbero, que trata de embestir a todo lo que se mueve.

—¿Seguro que aún nadie tiene nada que confesar? —grita aquel que la sujeta.

La voz de Lukas ni siquiera me sobresalta.

—Llamarlos hijos de puta es quedarse muy corto —me dice—. Son la esposa y los hijos del infeliz de ayer. Probablemente mañana les toque a los críos.

Vuelvo la mirada y topo con el rostro grave de Lukas. Lleva puesta la capa y eso suele indicar que se va de caza, pues los holgados ropajes cubren el arco y la aljaba; al igual que todo lo que pueda causar dolor, terminantemente prohibido entre los tárganos.

—¿Sigues pensando que tenemos que quedarnos de brazos cruzados, Lukas?

Suspira. Claro que no lo cree.

—¿Cuál es el plan, Blaze?

Paseando la mirada entre el bullicio reparo en el rostro de Axel, que me saluda con la cabeza y se coloca una capucha gris. No es difícil entender que al enterarse de lo que iba a suceder hoy en la plaza, han tenido más que claro que la indiferencia no era una opción; que esta vez, mirar hacia otro lado no era una posibilidad honorable, así que cada uno de ellos ha tomado posición para llevar a cabo lo que se nos ocurra, sea lo que sea.

—¿Cómo tienes el tiro para el devastano que está sujetándola? —le pregunto a Lukas. Pura cortesía, puedes considerar. Lukas es el mejor tirador con arco que he conocido en mi vida. Sería capaz de darle al mismísimo puente de Yndoria, cuya estructura se visualiza a lo lejos, de forma difusa. Se despoja de la capa y toma el arco; extrae una flecha y apunta, sonriendo.

—¿Dónde quieres que le dé? ¿Ojo derecho, ojo izquierdo? ¿O en la mismísima punta del...?

—Tira donde quieras pero no a matar —le interrumpo.

Abre el ojo que mantenía cerrado y me mira; solo un momento. Después, vuelve a tomar posición para un disparo limpio y certero. Sabe que no

arriesgaré la vida de ningún devastano convertido, es decir, ningún muchacho o muchacha que haya sido arrastrado al ejército de la devastación. Puede resultar una reticencia estúpida, pues cualquiera de ellos me arrancaría el cuello, si se terciase o me sacaría el corazón con una daga. Pero una efímera esperanza en mi interior quiere pensar que debe haber una forma de revertir aquello y recuperar a esos críos que hoy lo han olvidado todo y se enfrentan a los suyos. No son culpables de nada y matarlos es, para mí, una última y desesperada opción. Tienen padres y madres; muchos de ellos, hermanos. Y cada vez que me encuentro con uno, no puedo evitar que las vivencias de mi niñez con Liam se prendan en mi cabeza, a veces de forma insana; otras, de forma salvadora: Conservo buena parte de nuestros recuerdos juntos y en momentos de gran dificultad, evocar su voz, sus consejos o el brillo de su mirada, aunque en ojos de un niño de apenas 10 años, ha sido mi soplo de aire fresco. Sin embargo, hoy voy a tener que desoír, probablemente, la mayor sugerencia que me hizo nunca porque es el único modo que se me ocurre de salvar a esa pobre mujer de la muerte y a sus hijos, del trauma de verla desde primerísima fila.

Axel me está observando y le hago un gesto con las manos: junto mis muñecas y las separo, indicándole que su misión en esto ha de ser la de liberar a la rea. Axel me mira como si no lo tuviera muy claro pero mi siguiente gesto le indica que lo tendrá. «Espera». Lo trazo con los labios, sin llegar a pronunciarlo y extendiendo la mano con la palma hacia abajo. «Paciencia, Axel».

Ahora extendiendo la otra mano y siento el fuego reuniéndose en ella desde todas y cada una de las partes de mi cuerpo. Alzo la mirada y observo a la mujer que sigue en el cadalso; le ocasionan heridas con una daga, rasgando su camisa y ella grita ante los llantos desconsolados de sus tres pequeños. El devastano le lame un pecho y en ese repugnante gesto reconozco la bajeza del género humano. Los devastanos de verdad, los vacíos, nunca caen en ese tipo de cosas. Son abominables, implacables, dañinos y crueles pero no les arrastra la lascivia ni la necesidad de humillar porque sencillamente no hay sentimientos en ellos. Solo la necesidad de provocar dolor. Por el contrario, los humanos convertidos, ya fuese por voluntad propia o especialmente los niños que fueron arrastrados a los complejos devastanos, también violan, roban y se mofan de sus víctimas, actitudes que pugnan interiormente en mí con esa esperanza de salvación que me empeño en concederles. No es culpa suya, me repito. Actúan así porque los devastanos los han convertido en

basura.

Los que sujetan al cerbero lo dejan acercarse un poco, lo justo para intimidar. Lo soltarán cuando ella esté colgando de la cuerda, punto al que no les permitiré llegar.

La ira que se acumula en mí al ver todo aquello, potencia el fuego a un nivel que me asusta a mí mismo. No tengo claro cuál es el límite en mí pero tampoco tengo reparos en comprobarlo. Hoy no. «Perdóname, Liam».

—Ahora —le digo a Lukas.

Él suelta la flecha y esta se clava, directamente, en el hombro del devastano. La gente se vuelve y en un momento me encuentro con cientos de ojos clavados en nosotros. Alzo más mis brazos, ocasionando que la bola de fuego que crece y crece entre mis manos, les haga imposible a todos distinguírnos.

—Márchate, Lukas.

Él me mira con los ojos como platos, aterrado, sorprendido y fascinado a partes iguales. Cuando logra reaccionar, me obedece y se marcha, saltando por la parte posterior del muro y corriendo para abandonar la plaza

—¡Corred! —grito entonces—. Despejad la plaza, largaos. ¡Vamos!

Apenas concedo diez segundos para que la marea de gente se abra y me den vía libre hasta los verdugos sin sesgar vidas por el camino. No sé si lo logre pero no puedo esperar más. La explosión me tumba de espaldas y el fuego sale proyectado desde mis manos, recorriendo la plaza como una garra avariciosa que araña cada rincón.

Los gritos de la gente añaden dramatismo a la escena. Probablemente, vaya a arrastrar a unos cuantos inocentes en todo esto. Salvaré a esa mujer y a sus hijos pero a cambio, morirán otros tantos. «¿Ha servido entonces de algo, Blaze?».

Observo a Axel llegar hasta el cadalso y cortar las cuerdas que mantenían presa a aquella pobre mujer. Después, el humo, el fuego y el caos me hacen perderlo de vista. Y mientras reculo, despacio, trato de consolarme a mí mismo: la viuda no tenía la culpa de nada. Tampoco su marido ni sus hijos. Pero muchos de los que pueden sucumbir hoy al fuego que ha estallado desde mí, lo hacían regocijándose, de algún modo, en el sufrimiento de esa mujer y sus hijos. Tal vez, ellos no pudieran hacer nada por salvarla pero tampoco se les obligaba a verlo, a sumar a una expectación vomitiva. En cierto modo, quiero pensar, que lo merecen.

Salto desde el muro y el caos sigue siendo total en la plaza. La gente corre

de un lugar a otro, caen y se levantan; tropiezan y vuelven a alzarse. Los devastanos dan órdenes y corren también, tratando de averiguar qué ha pasado y quién es el responsable. Esto es nuevo para ellos y aunque en algún momento el peso de todo pueda caer sobre mí, ahora solo te confieso, Edrych, que me siento enormemente satisfecho, eufórico casi.

Cuando llego al cuarto de Lukas me lo encuentro sonriendo, mientras niega con la cabeza.

—Ha sido bestial —exclama, triunfante.

Sonrío y nos abrazamos. Han transcurrido unos veinte minutos desde lo sucedido y he dado un par de vueltas por la ciudad antes de llegar hasta aquí. Algo en mí me pedía asegurarme de que no había personas conocidas entre los posibles heridos. A Megan le dio tiempo a marcharse antes de que todo estallase; Tania no estaba con ella y Brianna pasa todas las mañanas con su hermana, ayudándola en la casa de sanación. Sin embargo, cuando llego:

—¿Dónde está Axel? —le pregunto a Lukas—. ¿No vino contigo?

A él se le borra la sonrisa del rostro.

—No, pensé que estaríais juntos aunque...

Brianna entra en ese momento, sin tan siquiera llamar. Zach la sigue, como su sombra, esa en la que se ha convertido de un tiempo a esta parte, aunque confieso que nunca me había molestado tanto verlo como hoy. El rostro de ella es la viva imagen de la preocupación.

—¿Dónde está Axel? —pregunta, convertida en eco de mi anterior pregunta. Lukas y yo nos miramos pero ninguno de los dos responde.

—Has sido tú, ¿no? —me pregunta. No es la primera vez que veo la furia en su mirada. Brianna es una chica con muchísimo carácter y a nosotros nos ha tocado comprobarlo en más de una ocasión. Sin embargo creo que nunca me había afectado tanto verla así. ¿Cuántas cosas más cambiarán con ella desde ese desastroso momento en el que nos besamos? Una, al menos, sigue igual: la nula necesidad de que yo responda para que ella acierte la respuesta.

Brianna atraviesa la habitación en dos zancadas y me cruza la cara de un bofetón; después, golpea a Lukas en el pecho repetidamente hasta que él la sujeta de la muñeca y Zach da un instintivo paso al frente.

—¡Sois unos malditos inconscientes! —grita ella—. ¡Has hecho arder toda

la maldita plaza! La gente está aterrada, todo está calcinado allí y encima no tenéis ni puta idea de dónde está...

Axel entra en ese momento y la tensión se desploma sobre nuestras cabezas, como un guerrero exhausto. Casi puedo sentirlo. Brianna da media vuelta y lo abraza con fuerza. Él sonríe y le da un beso en la cabeza, un guiño fraternal que me hace sentir mal porque es la misma clase de gestos que yo debería mantener con ella. Axel se negó a besarla porque siempre la ha visto como una hermana, igual que la veía yo. Pero yo sí accedí, yo sí aproveché la situación. «Por todos los dioses, ¿no tienes un mejor momento para seguir sumando culpas?».

—Estoy bien, chicos —dice Axel—. Lamento la tardanza; solo quería asegurarme de que todo estaba bien por allí.

Bajo la mirada. No me atrevo a preguntar.

—No hay muertos, Blaze.

Cierro los ojos y suelto el aire contenido. Si ver entrar a Axel por la puerta me liberó de un peso asfixiante, saber que no he ocasionado víctimas mortales me devuelve la vida. Traté de convencerme de que, probablemente, muchos lo merecían pero no lo conseguí. Yo no soy nadie para decretar quién merece la vida y quién la muerte. Asiento en un mudo agradecimiento a Axel.

—No los ha habido pero no gracias a ti —me escupe Brianna, con una furia asesina—. Has podido ocasionar una masacre, Blaze; para salvar a una mujer.

—Bri... —murmura Axel.

—¿En qué estabas pensando? —insiste ella. Vuelca tanto enfado en mí que por un momento me pregunto si existe entre nosotros alguna cuenta pendiente que pudiera estar aprovechando para cobrarse. O tal vez se haya dado cuenta, igual que yo, de que no debí aceptar 'ayudarla' con el asunto del beso y que el haberlo hecho me convierte en un cerdo al que odia.

—Basta ya, Brianna —vuelve a decir Axel, en tono conciliador—. No ha pasado nada y eso es lo importante.

—Al único que has tenido cuidado de no matar ha sido al devastano —sigue diciéndome—. Los demás te dimos todos igual.

—Eso no es cierto —exclamo, alterado—. Tú ni siquiera tenías que estar ahí.

—Pues estaba. Y has podido matarme, igual que a todos los demás.

—Brianna... —interviene Lukas. Y eso da una idea de la gravedad del

asunto porque a él le encanta presenciar, inalterable, las discusiones entre *La Chica* y cualquiera de nosotros.

—Sigues siendo un imbécil y un inconsciente, Blaze.

Zach le coloca una mano sobre le hombro pero ella se aparta y avanza de nuevo hacia mí.

—¿Te das cuenta de las consecuencias que puede acarrear todo esto?

—Cálmate de una vez, Bri —le dice ahora Axel—. Nadie nos ha visto.

—¿Y cuántas malditas personas son capaces de hacer lo que Blaze ha hecho?

—Ninguna, cariño —responde de nuevo Lukas— pero nosotros tres ya lo sabíamos y no diremos nada. Y en cuanto a tu novio, más le vale hacer lo mismo si no quiere tener problemas.

Zach traga saliva. Genial. Acaba de enterarse de que puedo dominar el fuego de un modo nada común. No es que el novio de Brianna me genere una especial desconfianza pero que otras personas, a parte de mis amigos, empiecen a saberlo, me produce de todo menos tranquilidad. Pierdo, en buena parte, el control de la situación.

—¿Qué hay de tu padrastro, Blaze? —exclama Brianna, por fin algo más tranquila.

Mi padrastro. Él tampoco tiene ni idea de lo que puedo hacer pero es evidente que en cuanto se entere, atará cabos y relacionará lo sucedido con mi hermano Liam. Ni siquiera lo había pensado.

—Sabrán que has sido tú y te matarán.

—Muy alentador, Bri —añade Lukas.

Nada alentador, desde luego. Pero supongo que no le falta razón.

—Tú... ¿tú has hecho eso en la plaza?

El bueno de Zach parece despertar de su letargo.

—Deberías regresar a tu casa —le dice Axel—. Hay cosas que es mejor no saber.

—Sí, ya, bueno, creo que es un poco tarde para eso, ¿no? ¿Cómo lo haces?

Alzo los brazos y coloco mis manos sobre mi cabeza, mientras apoyo la cadera en la mesa. Lo último que me faltaba es tener que explicarle al *Lechugas* cómo invocar y dominar fuego. Espero que la mirada asesina que le estoy lanzando resulte suficiente como para que deje de preguntar.

—Bri —vuelve a decir Zach, al ver que no respondo. Parece que mi plan surte efecto—, ¿por qué no nos vamos?

Ella mantiene la mirada fija en mí y yo la mantengo fija en ella. Pero algo

dentro se me nubla cuando asiente y accede a largarse con él. No tiene nada de especial; es su novio y la situación es complicada en las calles. Debería irse pero el hecho de que lo haga es como si accediera a la muda advertencia de Zach para que no se acerque a mí. Soy peligroso. Domino el fuego como si fuese arcilla y atraigo a los problemas; los busco, de hecho. Cuando Brianna estaba sola era simplemente Bri, nuestra amiga, mi amiga. Ahora es la novia de Zach y lógico es, pues, que él la quiera a salvo y lejos de los problemas. Lo que me duele, en una egoísta apreciación, es que también ella quiera a los problemas lejos de sí.

Suspiro y me dejo caer sobre la silla cuando Brianna y Zach desaparecen sin decir nada más. Lukas camina hasta la puerta:

—*Zachary*, si dices algo, considérate muerto. Te lo juro por todos los dioses de Asthais.

—Y por el Yndoria —añade Axel, asomándose también a la puerta—. Llegaremos hasta el puente y lanzaremos tu cuerpo desde él si abres la boca.

Cierran la puerta y me miran, sonriendo. Consiguen que la preocupación me conceda una tregua y les devuelvo la sonrisa.

—Gracias por lo que habéis hecho hoy. Estoy orgulloso de vosotros, de ser vuestro amigo.

—¡Por los dioses, corta! —exclama Lukas. Pasa por mi lado y me revuelve el pelo—. Pareces mi jodido padre y eso que no sé quién es pero si lo supiera, seguro que me diría cosas como las que tú dices, *Blazie*.

Niego con la cabeza y busco la serena mirada de Axel.

—Bri tiene razón —me dice—. Lo que ha pasado hoy tendrá consecuencias. Esto no ha hecho más que empezar. Lo sabes, ¿verdad?

Asiento. Lo sé.

4 La rebelión de Viglio

Han pasado horas desde el altercado en la Plaza de Armas y la gente aún corre por las callejas de Targon.

Durante el día, las columnas de humo se han intensificado en el horizonte. Hace tiempo que eso ya no sorprende; solo es un golpe más, el enésimo de gracia, aquello que trata de confirmarnos que esto nunca terminará, que por más elementalistas que lleguen hasta los territorios del Sur, todo aquí está perdido. Pero yo no me doblego ante tan catastrófico anuncio, Edrych. Como te dije, no pasaré por la tortura de la Fratrís para ver rubricada mi libertad pero eso no significa que no vaya a pugnar o que no esté pugnando ya por ella, por la de los míos.

Doblo la esquina de la calle y a lo lejos, me encuentro con un grupo de jóvenes; concretamente cinco. Tres de ellos están sentados en las escaleras de acceso a un edificio medio derruido; los otros dos, permanecen de pie al otro lado de la angosta calle. Hay que pasar por el medio para rebasarlos y no me resulta ajena la forma en que me miran. En las zonas más recónditas de Targon, robar y matar está a la orden del día. Aquí nada importa. Aunque lo cierto es que tampoco es que tuviera mayor relevancia que lo hicieran en plena Plaza de Armas. Nadie movería un solo dedo para ayudar a otro que no sea uno mismo.

Me llevo la mano a la daga y, en cuanto los dejo atrás, escucho los pasos, las exclamaciones y los movimientos. Doy con uno de ellos al voltearme, le asesto un puñetazo en la cara con la empuñadura de la daga y le propino un empujón que arrastra a un segundo. Sin aguardar reacciones, extraigo la otra daga y hago un par de filigranas con la dos, a la espera de mi siguiente rival. Sonrío. A veces me asusta que este tipo de situaciones me resulten divertidas. No quiero convertirme en uno de ellos, ni en algo similar a un devastano ni tampoco en una de esas personas que solo buscan su propio bienestar, a las que les resulta indiferente la suerte o la vida de los demás. Al fin y al cabo, estos chicos son víctimas de las circunstancias, igual que los demás.

Todos se mantienen inmóviles y tengo la sensación de que saben perfectamente que lo que no han visto es mucho más que lo que sí. Apenas un golpe y un empujón pero también la tranquilidad dibujada en mi rostro, una muda invitación a que uno más venga a por mí. Una muda advertencia, también, de que es mejor no hacerlo.

Doy media vuelta y guardo las dagas. Una es mía; la otra era de Liam. Mi abuelo se las dejó a mi padre y este, que murió muy joven, le encargó a mi madre que nos las entregase. Ella odiaba que jugásemos con este tipo de cosas que podían herirnos pero recuerdo de forma vaga e imprecisa, algún que otro combate con mi hermano.

Desecho todos aquellos pensamientos cuando llego a mi destino. Las pocas veces que he venido aquí, lo he hecho de forma más discreta, a horas más intempestivas pero tal y como están las cosas en la ciudad, creo que las mayores sospechas se alzarían, precisamente, a las horas menos sospechosas. Llamo a la puerta y espero a que el viejo Viglio me abra. Tarda unos segundos en hacerlo y cuando me ve, se le ponen los ojos como platos.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Entro sin esperar invitación y él cierra como si el diablo pudiera colársele en casa. O quizás, como si ya lo hubiera hecho.

—Supongo que estás al tanto de los últimos acontecimientos —le digo. Me doy la vuelta y lo miro.

—¿Y quién no lo está? Han calcinado la plaza, dispersando lo que iba a ser una ejecución. Los devastanos andan locos, casa por casa, buscando al responsable y tú vienes a visitarme como si fuéramos un par de colegas charlando sin más. Pueden presentarse aquí en cualquier momento y si se enteran del asunto que tratamos, estaremos muertos.

—¿Acaso no somos colegas, Viglio?

—¡Claro que no!

—Dijiste que tendrías noticias en pocos días y llevo casi un mes esperando. Esto solo va de mal en peor y aquí no llega nadie.

—Las cosas no son tan fáciles como piensas, muchacho.

—No he dicho que sea fácil pero 'El Emperador' llegará en pocos días y si no aprovechamos entonces, habremos perdido la oportunidad.

—Lárgate de mi casa.

Viglio camina hasta la puerta pero la cierro de un manotazo en cuanto la abre.

—No voy a irme sin información clara. Dijiste que un ejército de

elementalistas estaría aquí antes de la Fratrís y queda menos de una semana. ¿Dónde están?

—No es tan sencillo reorganizarse.

—Solo dime que no son los mismos que han caído en Lixa.

Olvidé comentártelo, Edrych. La gente habla demasiado, incluso cuando sus vidas corren peligro. Las columnas de humo procedían de Lixa, que ha caído bajo el dominio devastano tras una resistencia digna de elogio.

Los elementalistas llegaron allí mucho antes de lo que lo hicieron aquí. Pero a ellos tampoco les ha servido de nada.

—Te exigí que no contactases conmigo —vuelve a decir Viglio. El hombre cierra las cortinas de cada ventana y escruta las calles, aterrado. Solo puede pensar en el miedo que siente. ¿Cómo alguien tan sumamente cobarde puede estar planeando una rebelión? Por momentos —y no es hoy la primera vez— dudo de sus verdaderas intenciones, aunque sería absurdo que tratase de convencerme de que pretende llevar a cabo un ataque sorpresa contra Urian, el 'Emperador' con ayuda elementalista si realmente no es cierto. ¿Qué iba a ganar con mentirme a mí?

Viglio me mira y se topa con la duda en mis ojos. Suspira, enfadado y cierra los postigos de las ventanas.

—Siéntate —me dice.

Dudo durante unos segundos pero por primera vez en mucho tiempo parece dispuesto a hablar, así que obedezco y aguardo a que él tome asiento frente a mí, en la pequeña mesa cuadrada que marca el centro de esta angosta habitación.

—Los elementalistas me exigen que solo los busque si aparece.

—Si aparece ¿quién?

Viglio suspira y se rasca la cabeza. Es un hombre de unos 70 años pero bastante castigado por la vida; aparenta algunos más. Las arrugas y las cicatrices surcan su piel por igual pero en sus ojos, sitiados siempre por un ceño fruncido y una expresión grave, distingo el anhelo de la libertad; no del mismo modo que puedo hacerlo en cualquier otra persona, sino un paso más allá, alguien dispuesto a luchar por conseguirla y no a limitarse a suspirar por ella, mirando al Yndoria. Lo único que me hace dudar es cómo de dispuesto estará a compartir con los demás sus ideas y sus planes. Solo no puede conseguirlo, eso está claro. Pero en Targon la confianza es un bien tanpreciado como la propia vida y entregarla exige, muchas veces, un acto de fe para el que probablemente, después de tanto dolor, no estamos preparados. Ni

él ni yo.

Después de una larga vacilación que no interrumpo, Viglio parece decidido a hablar:

—Edrych —murmura.

Vaya, ese eres tú, ¿no?

—¿Quién es exactamente Edrych? —pregunto.

Viglio traga saliva.

—Un enviado de los dioses, el encargado de encontrarlos. Solo cuando las páginas del libro de la Devastación se abran, será el momento de empezar a mover las fichas de este enorme tablero —me dice. Casi parece que pronuncie las estrofas de algún tipo de cuento o canción—. Solo Edrych podrá ponerle fin a toda esta desgracia; un mensajero de los dioses.

—Has dicho que es el encargado de encontrarlos. ¿Encontrar a quién?

Cada respuesta que Viglio da, genera un sinfín interminable de nuevas preguntas y estoy empezando a exasperarme pero como te digo, nunca ha sido habitual, desde que conozco a este viejo chiflado, que se muestre por la labor de soltar la lengua, de modo que trato de no apremiarlo y limitarme solo a efectuar las preguntas precisas.

—A los diluvianos.

—¿Diluvianos?

—Descendientes de los zyklos —me susurra, como si estuviera contándome un secreto ancestral. Como si las paredes pudieran oírnos. Sin embargo, todo lo que su respuesta genera en mí es una risa y el desplome absoluto del estado de tensión en el que me había sumido.

—Los zyklos son seres que ya no pueblan este mundo, Viglio —respondo, como si hablase con un niño que me pregunta por el monstruo de sus cuentos.

—He dicho a sus descendientes, muchacho. Claro que ellos ya no existen pero...

Se pone en pie y camina con las manos en la espalda, como lo haría cualquier viejo paseando por la plaza en una situación más tranquila. Pero Viglio no destila tranquilidad. Yo me mantengo sentado en mi sitio y lo escucho hablar:

—Cuando los dioses crearon este mundo, pusieron sobre él a los zyklos como únicas criaturas para habitarlo, guardianes, de los cuatro elementos: los elores dominaban el agua; los terráneos, la tierra; los aeros, el aire, y los ífugos, el fuego. Pero en aquel entonces todo fue caos. Los zyklos se mezclaban sin orden ni concierto, provocando el choque de elementos

destinados a respetarse y mantenerse en sus respectivos cauces. El caos fue total; la vida, insostenible. Las iras empezaron a prenderse y pronto estalló una guerra absurda entre ellos. Irritados, los dioses enviaron a los devastanos para establecer el orden, un orden que pasaba por eliminar a los zyklos que no aceptasen ser despojados de su poder para acabar convertidos en humanos. No estaban preparados para vivir en este mundo, no sin establecer antes unas normas que fuesen después respetadas. Los devastanos lo consiguieron, pues aunque muy poderosos, los guardianes de los elementos, iban por libre. Ni siquiera en aquel momento unieron sus fuerzas en pos de un enemigo común, que aprovechó la división para destrozarlos. Los que no aceptaron ser convertidos en simples humanos, fueron eliminados. Después, los dioses provocaron un diluvio que duró setenta y cinco días para eliminar todo el rastro del caos causado. Cuando ya no quedó ningún zyκλο, los devastanos se retiraron y los humanos vivieron en paz pero el mundo reclamaba a sus guardianes. El agua no fluye sin elos ni el fuego, sin ífugos. El aire no se sostiene sin aeros ni la tierra sin terráneos, de modo que los dioses concedieron a los humanos el poder de aprender a dominar las fuerzas de la naturaleza pero todas a la vez.

—Elementalistas —murmuro, interrumpiendo por primera vez a Viglio.

—Así es —responde él, mientras asiente—. Los humanos empezaron a dominar los cuatro elementos; uno neutraliza al otro; uno equilibra al otro, de modo que nada en su existencia provoca caos. Pero no todos los zyklos habían sucumbido al asedio de los devastanos; no todos habían aceptado ser desposeídos de su poder y convertidos en humanos. Tras el diluvio, algunos vivieron ocultos, alejados y de forma discreta. Prolongaron su estirpe y aunque hoy ya no quedan, los descendientes de los últimos zyklos, conocidos como diluvianos por haber sobrevivido al citado diluvio, son especiales.

—No puedo creerlo...

—Pues créelo, Blaze Saukard. Ellos son la llave en esta guerra.

Frunzo el ceño. Resulta muy difícil de creer lo que me cuenta pero no tengo a Viglio por alguien dado a ensoñaciones; puede que sí a mentiras pero creíbles y no cuentos de niños.

—Los devastanos, por su parte —me sigue explicando— habían servido mucho y bien, de modo que estaban en disposición de solicitar un favor a los dioses. Y lo hicieron: pidieron ser liberados.

—¿Liberados?

—Actuaban siempre bajo la voluntad de los dioses, bajo su yugo. Pero

habían demostrado estar capacitados para formar parte de la creación. Fueron liberados de sus lazos con los creadores y se convirtieron en uno más. Ignoro si todo formaba parte de un plan establecido o si la corrupción los alcanzó más tarde pero ya ves qué es lo que querían realmente.

—El mundo para ellos.

—Así es. Y aunque los elementalistas están capacitados para plantarles cara, lo cierto es que, como te digo, la llave son los diluvianos, descendientes de los últimos zyklos.

—Zyklos... increíble.

Me llevo dos dedos al puente de la nariz y trato de digerir toda la información que Viglio me ha dado. Había oído cientos de historias diferentes de los zyklos y los devastanos; no tantas de los diluvianos pero esta es nueva y lo cierto es que le confiero más credibilidad que a cualquier otra de las que he escuchado. No sé por qué.

Viglio permanece inmóvil dándome la espalda, observando alguna especie de lienzo que cuelga en la irregular pared de su chabola.

—¿Por qué la llave son ellos, los descendientes de los zyklos rebeldes? — le pregunto, incorporándome.

—Porque ellos poseen la fuerza de los elementos en estado puro, salvaje, potenciada. —Ahora se vuelve—. Los elementalistas son guerreros muy jóvenes, preparados y que han superado durísimas pruebas para estar donde están pero cuando salen de las academias afrontan la guerra por vez primera. Y eso se nota. No todos son novatos en esas lides, cierto pero ni siquiera la fuerza de los elementalistas más veteranos podría equipararse a la de un diluviano. Matan devastanos y ganan batallas pero los elementalistas están incapacitados para ganar la guerra solos. Necesitan ese mayor potencial, adquirido de los zyklos, la élite de sus ejércitos, por así decirlo. Pero encontrar diluvianos... no es tarea sencilla. Quedan pocos y cada vez serán menos, pues su poder se debilitará de generación en generación hasta desaparecer.

No puedo evitar que lo sucedido en la plaza vuelva a mi mente; mi dominio del fuego. Mi incapacidad para controlarlo y mi ignorancia respecto de hasta dónde puede llegar. ¿Acaso es posible...? Tú viniste a buscarme, Edrych. ¿Quiere eso decir que soy uno de los descendientes de los últimos zyklos? ¿Quiere decir que soy un diluviano? ¿Lo era mi hermano Liam? Puede que él lo supiera y que por eso me previniera acerca de la necesidad de ser discreto. Si ellos son la mejor arma contra los devastanos, lo lógico es que

también sean el primer objetivo de estos. Liam dijo que un día vendrías a buscarme, tal y como los druidas habían predicho. Mi madre solía reñirle por pasar tanto tiempo con esos 'viejos locos que solo traen problemas' pero él se las ingeniaba para encontrarse con ellos en secreto. Dijo que vendrías. Y aquí estás.

—Diles a los elementalista que lo has encontrado.

Viglio me mira como si hubiera dicho el mayor disparate que haya oído jamás.

—Prueba tú a mentirle a un elementalista —responde con poca convicción—. Desde luego no seré yo quien lo haga.

—Edrych ha abierto el libro —le digo, acercándome más a él—. Está aquí. Ahora, leyendo esta historia.

Viglio alza la mirada al techo, como si así pudiera verte. Después vuelve a fijar sus ojos pequeños y oscuros en mí.

—¿Cómo lo sabes?

—Vino a buscarme. Mi hermano me lo advirtió. Los druidas lo habían anunciado.

Exhalo una amplia bocanada de aire y reprimo un amago de sonrisa, mientras camino hasta la puerta.

—Diles que has encontrado a un diluviano, el descendiente de un ífugo.

Por la mañana, cuando me levanto, algo es diferente. Los sinsabores de días atrás parecen quedar relegados y algo dentro de mí se siente eufórico. Durante muchos años he guardado en mi mente los vaticinios de Liam y los druidas, la llegada de Edrych, un asidero en el que sostenerse en los días de mayor oscuridad, un argumento para no sucumbir a la desesperanza. Unas palabras en las que siempre he creído ciegamente. Pero palabras, solo palabras. Por primera vez en años, lo etéreo de estas empieza a dibujarse en hechos. Tú estás aquí y has venido a buscarme. Mi dominio del fuego ha crecido día a día desde que Liam me enseñase lo más básico y primordial.

Y lo que está claro es que no soy ningún elementalista porque no he pisado en mi vida una academia. ¿Cómo, entonces, puedo dominar un elemento?

Mientras abandono el cuarto de Lukas, que hoy tampoco está, me asalta

solo una ligera inquietud: ¿Cómo de prudente habrá sido insinuarle a Viglio que soy un diluviano? ¿No le faltará, acaso, tiempo para correr a venderme? En ese caso, ¿quién llegará primero, mi padrastró o él? Niego con la cabeza ante lo estúpido de mi cuestión. «No es divertido, Blaze; no deberías reírte».

Me detengo en mitad de la calle cuando topo con devastanos. Devastanos de verdad. Montan sobre caballos negros, tan siniestros como ellos mismos. No es extraño verlos, además de a los humanos convertidos, pero habitualmente toman el control de las ciudades que conquistan y luego, dejan al mando a los humanos. No hay miedo a posibles rebeliones en ellos, pues están tan vacíos y podridos como sus creadores. Han vivido toda la vida en los complejos devastanos, de modo que de los niños y niñas que un día fueron, recuperables o no, por el momento no queda nada. La idea ensombrece mi ánimo. Pero trato de sacudírmela de la cabeza. Tampoco es extraño que los vacíos estén regresando a Targon: la cercanía de la Fratrís blindada la ciudad y sus ejércitos son tan numerosos que pueden permitirse el lujo de seguir conquistando y barriendo el Sur mientras otros tantos asisten a la competición.

Los tambores en la plaza llaman mi atención y la desvían de los devastanos. Una ejecución. Casi me había olvidado del asunto del robo de comida. Puede que lo de ayer fuese una imprudencia, como Brianna me dijo pero confiaba en que los devastanos lo tomaran también como una advertencia, que supieran que hay gente dispuesta a plantarles cara y con posibilidades de hacer más daño del que creen. Ingenuo. Lo único que logré fue crispar más sus ánimos, provocarlos.

Camino de forma apresurada hasta la plaza, donde el rastro de lo sucedido ayer continúa latente, a pesar del gentío que una vez más la atesta. El suelo está ennegrecido y el cadalso también. Parte del muro que cierra la plaza en el sur se ha fundido y la fachada de la vieja catedral también guarda un rastro negro como un gigante que trepa, sigiloso.

Un devastano sube hasta el cadalso con alguien maniatado. Es una mujer a quien obligan a ocultar el rostro bajo una bolsa de tela raída. Me aterra pensar que pueda ser de nuevo la pobre viuda de ayer. Y aunque no sea ella, será otra alma inocente. No puedo volver a incendiar toda la plaza pero ¿qué hago? Dejar morir cada día a un inocente es una posibilidad que ni siquiera me planteo y si no voy a poder idear cada día una artimaña para liberar a la víctima de turno, lo único que me queda es confesar. Valoro la opción durante unos segundos pero el pensamiento se me nubla cuando la mujer es

despojada de la bolsa que cubría su rostro: es Brianna. Tiene golpes en la cara y la trenza se le deshace, liberando unos mechones tan salvajes como ella misma. Hacen falta dos devastanos para sujetarla. La mantienen arrodillada en el suelo; uno la sostiene de los hombros y el otro, la agarra por el pelo. De nuevo y, como ayer, cinco devastanos se acercan, sujetando a un cerbero hambriento, al que retienen con esfuerzo.

El primer día después del robo, el elegido para pagar los platos rotos fue un hombre sin ningún tipo de relación conmigo; el segundo día, fue su esposa. Al dolor que la pobre mujer ya debía sentir, le sumaba el temor por la amenaza de muerte, sufrida ante los ojos de sus tres vástagos. Y hoy, de pronto, la cadena de relación se rompe y a los pies de la soga está mi mejor amiga. No creo que en las casualidades y corroboro que esta no lo es cuando mis ojos se encuentran con los de mi padrastro. Sonríe de forma ladina, oscura y siniestra. En esos gestos lo reconozco plenamente. Brianna tenía razón. En su día quiso delatar a a mi hermano, sin llegar a lograrlo y ahora me ha delatado a mí.

Un empujón rompe el contacto visual que mantenía con él. Lukas y Axel están aquí, junto a un lloroso y tembloroso Zach.

—¿Qué se te ocurre hoy, Saukard? —me pregunta Axel—. Porque hoy sí es urgente.

—Debería ser este infeliz el que diese la cara y asumiera la culpa — exclama Lukas, furibundo. Sacude a Zach de un empujón y este se encorva más, aterrado—. Tendríamos a un maldito culpable y toda esta mierda acabaría ya. Pero tú tienes muy poco de caballero andante, ¿verdad? Aunque la ejecutada vaya a ser tu chica.

Zach no responde.

—Lo sorprendimos huyendo de la plaza —me aclara Axel.

—¡No quiero ver esto! —grita él, alzando la voz por primera vez.

Axel sujeta a Lukas cuando este se dispone a golpearlo.

—Si la quisieras de verdad darías un paso al frente —le reprocha, sin embargo.

Pero el que da un paso al frente soy yo. Y dos. Y tres.

—¡Blaze!

El grito de Lukas es lo último que oigo.

Me abro paso entre el gentío con mi habitual falta de sutileza —hoy menos que nunca puedo hacer uso de ella—. Los devastanos le colocan la soga en el cuello a Brianna, que ya no opone resistencia. La conozco

demasiado bien como para saber que ha peleado por no llegar hasta allí, por escapar en cualquier mínima oportunidad pero que, perdida la ocasión, asumiré la muerte con honor, con la cabeza alta y sin vacilar. Sin gritar. Sin llorar. Esa es mi Bri.

El devastano le ocasiona un corte en el pecho y la sangre empieza a empaparle la camisa. Juro por mi vida que lo mataré, aquí y ahora, aunque sea lo último que haga. Mientras continúo abriéndome paso, cada vez de peor manera, compruebo cómo el devastano introduce la hoja de la daga en la camisa, tratando de abrirla.

—¡Basta! —grito. Ya estoy llegando al siniestro estrado.

Todo se detiene y me encuentro con la sorprendida mirada de Bri, que niega con la cabeza. Pero yo ya estoy a su lado en ese momento, frente a los devastanos.

—Fui yo quien robó la jodida comida. Fui yo.

Los devastanos cruzan sus miradas y sonrían.

—¿Y quién eres tú? —me pregunta uno de ellos. Su voz es vacía, carente de tono, de expresión, de vida. Visten de negro o con ropajes oscuros. Muchas veces cubren su rostro con pasamontañas y resulta más difícil distinguir sus escalofriantes facciones. Las ganas de sacar las dagas y ensartarlo aquí mismo me provocan continuamente a pesar de que sea un convertido. Pero tengo que evaluar las posibilidades. No puedo lanzarme a lo loco sin atisbar antes una escapatoria y un modo de indicársela también a Brianna. Aquí, sin embargo, no veo nada, ni una mínima vía de escape, ni un atisbo de posibilidad.

Me coloco frente a ella y sin que nadie lo impida, le quito la mordaza que la mantenía con la boca cerrada. De lo contrario, habría puesto verdes a los devastanos. Con la cabeza alta y con honor pero despotricando.

—Eres idiota, Blaze —murmura ella, ahora sí, conteniendo las lágrimas.

—Un idiota con la conciencia limpia.

—Idiota al fin y al cabo...

Las lágrimas empiezan a brotarle de los ojos y esta sí que es una imagen novedosa; no es la primera vez que la veo llorar pero puedo asegurar que cuesta horrores hacerlo. La sujeto de la cara, igual que el día en que nos besamos, y de nuevo me acerco a ella, aunque esta vez mis labios buscan su frente.

—Soltadla —les exijo a los devastanos—. Ya tenéis al culpable.

—¿Lo hiciste solo?

—Lo hice solo.

No pienso darme la vuelta porque sé que si los ojos de Lukas y Axel topan con los míos, acabarán delatándose. Desde su posición es más que probable que no estén escuchando nada de lo que decimos, y sea lo que sea lo que vaya a acabar sucediendo, tengo claro que voy a mantenerlos al margen.

Uno de los devastanos se aproxima; su apariencia es la de un hombre joven, de ojos marrones y barba espesa. Acerca la espada a las cuerdas que mantienen las manos de Brianna unidas. Alzo la mirada fugazmente y topo con sus ojos vacíos, carentes de vida y expresión, como todo en ellos. Sin embargo, un chispazo extraño, un fugaz fogonazo. No sabría describir cómo o dónde lo distingo pero sé que no va a soltarla y mi acto instintivo es el de apartarme, arrastrar a Brianna del brazo y asestarle una patada en las manos al devastano para que pierda su arma. Todo sucede muy deprisa pero lo consigo. Bri cae al suelo, la espada se pierde entre la gente que hay abajo y el otro devastano se lanza a por mí. Extraigo mis dagas a gran velocidad y golpeo con los puños al que me ataca. Brianna le asesta una patada al primero y lo hace caer.

—¡Bri!

Sin necesidad de que le diga nada, extiende los brazos y corto, con un movimiento rápido y sesgado, las ligaduras de sus muñecas. Después lanzo una daga al aire que ella atrapa al vuelo y cada uno de nosotros se ocupa de un devastano. Menos de diez segundos y los dos están muertos. Pero no hay tregua ni tiempo para procesar la situación: han soltado al cerbero. La bestia arranca a correr plaza a través, sembrando el terror y haciendo que, ahora sí, la gente se disperse entre gritos y llantos. Mientras vemos cómo el cerbero atrapa a un hombre entre sus mandíbulas, uno de los devastanos que lo sujetaba nos echa, a Brianna y a mí, un cubo de sangre por encima. Repugnante pero efectivo para atraer la atención del monstruo que, con rápidos movimientos de la cabeza en cuyas fauces portaba el débil y quebradizo cuerpo de aquel pobre infeliz, lo deja caer y se encara hacia nosotros. El rojo es el color más llamativo para él y lo deja patente olvidándose de todos aquellos con los que se cruza, directo a por nosotros. Brianna está detrás de mí; siento su mano sobre mi cintura y escucho el roce de mi espada al desenvainarse.

—¿Preparado, Saukard? —me pregunta.

—Preparado —respondo—. Ve a los oídos.

Ella no dice nada. En cuanto el animal llega hasta nuestra posición, nos

abrimos a cada lado y hundimos las hojas al unísono. Brianna, con la espada y yo, con las dagas le hemos causado una herida considerable en el cuerpo pero eso no será suficiente. No es fácil buscar sus oídos con esas tres cabezas moviéndose continuamente. El cerbero frena y se prepara para una siguiente arremetida. «Ahora sí», me digo. Le guiño el ojo a Bri y ella sonríe con poco convencimiento. Aguardamos el siguiente envite, la siguiente intentona y esta vez, nos acercamos más. Brianna le causa una importante herida a una de las dos cabezas y yo aprovecho el momento en el que se detiene, aturdido, para acercarme lo más posible y hundir repetidamente las dagas sobre su nuca. Después, se las clavo en los oídos. El cerbero gruñe y se sacude, momento que Brianna aprovecha para asestarle un sorprendente ataque con su espada a la segunda cabeza. Hunde la hoja en la sien y yo repito el movimiento con la daga en el otro lateral de la cabeza. La bestia se desploma en el suelo y sigue gruñendo, tratando de alzarse desde la última cabeza sana que le queda. El cuerpo le pesa y apenas logra arrastrarse. Aún está vivo pero, y aunque su situación es límite, un cerbero no es nunca inofensivo. Doy un salto y regreso sobre el cadalso para darle desde allí el golpe de gracia. Si salto encima de la bestia y hundo mis dagas en la base de su nuca, se acabó. Pero Brianna no aguarda; me vuelvo cuando la escucho gritar, hundiéndolo repetidamente y con saña la hoja en el oído del cerbero, cuya tercera cabeza cae al suelo, desplomada, igual que antes lo hicieron las otras dos. Aun así, Brianna sigue y sigue. Si no le hubieran vertido un cubo de sangre sobre la cabeza, ahora estaría exactamente igual. Se detiene y me mira, con la respiración tan disparada como la mía, consecuencia del cansancio. Yo asiento. Entiendo la rabia que lleva dentro y la satisfacción que produce ver muerto a uno de estos monstruos, poder descargar sobre ellos, al menos una mínima parte de todo cuanto llevamos acumulado como consecuencia de tantos y tantos años de infierno. Busco con la mirada a los devastanos que aún debían quedar con vida pero allí ya no están.

La gente nos mira, expectante. Han despejado el sitio pero muchos se han mantenido simplemente algo más apartados. La mayoría sonríe con disimulo, aunque la mueca mayoritaria entre la gente es la incredulidad. Una incredulidad que no tardan en transformar: los devastanos con los que me crucé al llegar allí aparecen, los de verdad; un batallón de unos diez o quince, montados sobre sus caballos, ataviados de negro y armados hasta los dientes. Entran por el acceso sur a la plaza y avanzan lentamente, dispersando a la ya escasa gente que se agolpa. Poco antes de llegar al centro, se detienen y solo

uno de ellos desciende de su montura. Se acerca despacio, sin prisa pero sin pausa, sin vacilar, sin dudar pero sin mostrar impaciencia. Antes de llegar junto al estrado desenvaina su espada.

—Márchate —le ordeno a Brianna. Pero ella no se mueve de allí.

Y de pronto, otro cerbero más aparece a través del mismo acceso por el que han llegado ellos. ¡Mierda! Subo al cadalso de nuevo para esperar allí su embestida con algo de ventaja, si es que eso es posible. Al menos aquí podremos atacarlo desde una posición de superioridad. Brianna extiende el brazo y yo tomo su mano para ayudarla a subir conmigo. Sin embargo, la bestia disminuye el paso cuando llega a la altura del devastano, que ya casi ha llegado hasta el cadalso. Él lo trata como una mascota dócil y el cerbero responde, aunque sigue mostrándonos unas ganas incontenibles de arrancarnos las entrañas. Descubrir el punto débil de esos demonios ayuda a enfrentarlos pero no sé cuántas peleas con ellos seremos capaces de soportar.

El cerbero embiste la estructura del cadalso con ferocidad, haciéndola tambalearse pero el devastano lo sujeta con una mano, haciéndole emitir un quejido patético. Increíble pero la bestia cae fulminada al suelo sin que su dueño, y a la postre su asesino, se inmute. Él sube la escalera para llegar hasta nosotros, y la situación empeora por momentos: quiere ser él mismo el que se ocupe de nosotros. Podría sentirme adulado al ser capaz de despertar tales atenciones en devastanos auténticos pero ahora mismo tengo otra prioridad: sacar a Brianna de aquí.

—Lárgate —le murmuro. Lo hago sin dejar de mirar al recién llegado, que se sitúa ya enfrente.

—No —responde ella. Brianna aguarda detrás de mí. Percibo su mano aferrada a mi camisa.

—Tienen que curarte esas heridas, Bri.

—Puedo esperar.

—Si me tengo que ocupar de ti, estoy jodido, *Chica*.

Subo el tono y empleo recursos que sé que la molestarán. Necesito que se enfade y se largue, sacarla de una vez de esto. Pero es horrorosamente obstinada.

—No necesito que te ocupes de mí, Blaze.

Desvío la mirada momentáneamente y compruebo que Lukas se ha acercado hasta aquí; también Axel. Ambos están muy cerca del estrado. A Zach lo veo algo más apartado, junto al muro, perdido entre la gente. Les hago una señal a mis amigos y ambos asienten.

Miro a Brianna fugazmente y le quito mi espada, que aún lleva en la mano. Me dispongo a decirle algo a mi amiga pero algo me coarta.

—Lo siento —es lo único que me sale antes de empujarla sutilmente.

Lukas y Axel la sostienen, soportando sus golpes y sus improperios. Por suerte y a pesar de la resistencia opuesta por Brianna, consiguen arrancarla del lugar. Me doy cuenta de que Zach desaparece también. Yo devuelvo mi atención al devastano, mientras él sigue acercándose, desafiante. Los cuerpos de los otros dos a los que Bri y yo derrotamos siguen tendidos en el suelo de madera. Cuando llega a la altura de aquel al que Brianna ha liquidado, le asesta una patada y lo hace caer del estrado. Después se aproxima un poco más y hace lo mismo con el que yo maté hasta que ya no quedan obstáculos entre él y yo.

Sujeto mis dagas con fuerza. No tengo ninguna opción frente a un devastano de verdad. Todo el mundo sabe que únicamente los elementalistas pueden plantar cara a estos monstruos y vencerlos con sus armas. Pero salir corriendo no es una opción demasiado honorable. De honor no se vive pero con él sí se muere.

Cuando la espada del devastano descarga sobre mí, alzo mis brazos y contengo el golpe con las dagas. Casi puedo sentir el quejido en las hojas, como si fuesen a quebrarse. Grito al tiempo que lo empujo y, para mi sorpresa, recula un poco. Si fuera capaz de transmitir emociones, diría que está confuso, que vacila; al menos, el tiempo suficiente para que yo saque la espada corta de mi vaina. La pobre casi parece ridícula frente al acero devastano pero te aseguro que está dispuesta a plantar cara y ofrecer batalla. Trato de sacudirme la sensación de opresión que los devastanos —los verdaderos— imponen siempre y me lanzo yo al ataque. Ahora es él quien cruza su espada, conteniendo la embestida de la mía. Me aparta y descarga otra vez; me repongo y lo esquivo. Damos inicio a un intercambio de golpes más que interesante hasta que su paciencia —si es que usa de eso— se gasta y me propina, de forma inesperada, un fortísimo bofetón. Caigo al suelo con la nariz sangrando y la cara escociéndome. Estaba tan centrado en su maldita espada que olvidé que disponía de otra mano, una mano muy larga, por cierto. Ni siquiera espera a que me levante y, agarrando la empuñadura de su arma con las dos manos, la hunde en el suelo del cadalso, atravesando los tablones después de que me haya apartado justo a tiempo para no quedar ensartado. Corro hasta situarme detrás de él y, balanceándome en la soga, le propino una patada en la espalda. Él se da la vuelta y trata de golpearme otra

vez con la mano pero yo me impulso de nuevo y esta vez, la patada se la doy en el pecho. Él recula pero vuelve a avanzar unos pocos pasos y logra sujetarme por la pechera. Me deja caer al suelo, empujándome en el descenso y caigo sobre la madera, sintiendo cómo la espalda se me quiebra en mil pedazos. «Solo es una sensación, Blaze. Continúas de una pieza». El devastano se coloca a mi lado y sitúa la punta de la espada sobre mi pecho. Sin moverme, proyecta la daga hasta su cuello, clavándosela, y el devastano empieza a gorgotear. Se lleva la mano a la herida y aunque parece aturdido, vuelve a sacarse la hoja como si nada. Me arrastro, completamente dolorido e intento ponerme en pie, alejándome de él. Me duele todo y percibo sangre en mi boca. Cuando casi lo consigo, me propina una patada y me hace caer abajo, de nuevo. El devastano salta a mi lado, me agarra y me alza como si yo fuera un papel; después, me lanza de nuevo sobre los tablones del cadalso. El golpe es más que considerable, pues llego a desencajar dos tablas de madera del escenario de las ejecuciones. Me sangra la sien y me siento mareado, como si toda la plaza me hubiera apaleado en la cabeza. Él vuelve a subir a mi lado, de un salto. Supongo que podría haber acabado ya con todo esto pero alargarlo le divierte. Aún intento levantarme una última vez. Será la última, me lo prometo a mí mismo. Después se acabó, no más sufrimiento; otra forma de libertad.

Alzo la mirada pero no la fijo en él. Sobre sus hombros, asoma la lejana silueta del Yndoria y las palabras de Lukas me espolean: “Un día cruzaremos juntos el puente”. Las de Viglio se suman, como necesarios refuerzos: “Los elementalistas solo vendrán si aparece”. Y tú estás aquí, Edrych. No has venido para verme morir. Busco rostros entre la multitud disgregada: los de mis amigos, que, por supuesto no se han ido, me miran con distintas expresiones: Brianna sigue llorando; Lukas se guarda la rabia contenida y Axel mantiene la tensión en cada músculo de su cuerpo. Algo más allá, mi padrastro. Se le ha borrado la sonrisa de la cara. No está arrepentido pero tampoco esperaba una caída así, luchando, alzando la cabeza que tantas veces quiso doblegarme a palos, mostrándome orgulloso de todo aquello que él siempre ha detestado en mí. Incluso el inescrutable semblante de Viglio asoma entre la gente. No proyecta nada, no expresa nada, como un devastano. Y por último, Tania. Trato de localizar a Megan pero mi hermana pequeña está sola. Lloro, abrazada a otra muchacha, alguna amiga suya. Se lleva el puño al corazón, se da dos golpecitos, después se lo besa y alza la mano abierta, como si lanzase suavemente algo al cielo. Sonrío. “Si has

puesto el corazón en lo que haces, date por satisfecho, aunque la causa se esfume, aunque no sirva de nada”. Siempre me lo repite.

No sé qué es ni de dónde sale pero una fuerza renovada me empuja, me abrasa y me alza. Un último y fugaz vistazo al Yndoria se convierte en prolegómeno de todo: el devastano alza la espada y la deja caer con furia. Cruzo la mía y detengo el golpe. El reflejo del fuego brilla en algún lugar de mi interior y siento la mano más fuerte, más poderosa. Grito con todas mis fuerzas y hundo la espada en el pecho del devastano, que se desploma en el macabro escenario. No hay sangre, no hay exclamaciones por su parte ni ningún tipo de agónica súplica. Solo su cadáver ataviado de negro, tendido en el lugar donde ellos ejecutan a otros. Qué ironía...

Cuando está en el suelo, hundo más mi espada, con rabia, con furia. Por cada una de las muertes que esto está costando; por haber destruido a mi familia, a mi mundo; a mí mismo en cierto modo. Cuando la punta de la espada empieza a arder, la suelto y me aparto. No quiero que Targon al completo se entere de lo que soy. Suficiente hay ya de lo que hablar. He sido capaz de matar a un devastano, a uno de verdad y eso me sume en una confusión tan creciente como los murmullos que se prenden a mi alrededor. Mi respiración fatigosa trata de tranquilizarse pero no puedo. He matado a un devastano. Y todo el mundo lo ha visto. He matado a un devastano pero no hay sonrisas ni vítores porque es evidente que esto tendrá consecuencias; quizás ya las tenga. He matado a un devastano.

Otros tres bajan de sus caballos, mientras el resto permanece tan impassible como lo estaban al llegar. Resoplo. Si enfrentarme a uno ya me pareció imposible, medirme a tres hace que me lo confirme interiormente. Ni siquiera sé en qué pensaba, aceptando el desafío de uno de ellos; supongo que en cierto modo, acorralado y sin esperanza, lo único que trataba de hacer era enviar un mensaje a mi gente: «Luchad, aunque creáis que no hay salida, no dejéis nunca de luchar». «Sí, Blaze, muy heroico pero lo único cierto es que tu orgullo te impedía salir corriendo delante de un montón de gente». Como fuese. El caso es aquí estoy yo; enfrente, un devastano muerto y, de camino, otros tres más.

Recupero la espada que había dejado clavada en su pecho y la agarro con fuerza; me preparo de nuevo para lo que viene. Pensado fríamente la situación no es distinta a la de mi primer envite: pensé que iba a morir; lo sabía, de hecho pero aun así lo afronté. Porque esto es todo cuanto puedo hacer: afrontar. Venga lo que venga, sea más fácil o más difícil; posible o

imposible, lo único que puedo hacer es encararlo de la mejor manera posible.

Sin embargo, ninguno de los tres devastanos que sube al cadalso desenvaina. Caminan a mi alrededor y actúan de manera veloz. Estos no vienen a divertirse: uno me sujeta de un brazo; el otro, del otro. Y el tercero, el que se coloca frente a mí, me golpea en la cara con tal fuerza que pierdo la consciencia al instante.

5 Doblegarse para sublevarse

Abro los ojos pero no me muevo. No puedo. No quiero. Siento la cara como si la hubiera metido en una colmena: me duele, me late, me hierve. La cabeza está a punto de estallarme, como si tuviera a un montón de duendecillos saltándome en su interior, y la sangre seca que tengo en el rostro me impide hasta gesticular. Cierro los ojos de nuevo y trato de evadirme del olor insoportable que me ahoga; trato de ignorar el contacto de las personas que yacen aquí sentadas conmigo, afinadas como ganado. Sé perfectamente dónde estoy porque llevo ya cuatro días aquí: las prisiones de Targon. Era previsible que acabase en este lugar después de haber matado a un devastano; quizás lo que no era tan previsible es haber podido matarlo. Aquí nadie nos da de comer más de un par de veces por semana –si podemos llamar comida a la pasta verdosa que nos sueltan en medio de la celda para que nos peleemos por ella– y cada uno hace sus necesidades donde quiere o puede. En cada una de las celdas, hay por lo menos una veintena de personas. ¿Por qué no nos matan? ¿Por qué prolongan esta muerte en vida? Algunos llevan aquí años, y no lo sé precisamente por haber entablado conversación con nadie, sino porque son ya incontables los que hablan solos, los que murmuran sus propias historias como ecos perdidos en la nada de un desierto inhabitado. Los cadáveres comparten también metros cuadrados con los vivos. De aquí no se llevan ni a los muertos. Pasé los dos primeros días con el cuerpo de una mujer recostado sobre mí, apoyando su cabeza sobre mi regazo. Hasta que descubrí que estaba muerta. El único modo de soportar esto durante los primeros días es cerrar los ojos y tratar de evadirte, imaginar algo muy lejano y muy distinto. Sé que el paso del tiempo acabará arrastrándome a la sinrazón, donde tantos de estos hombres y mujeres viven instalados. Es imposible resistir durante años a esto sin volverte loco. Mires donde mires hay desolación; mires donde mires, muerte, agonía, sufrimiento. El olor es vomitivo; el calor, insoportable.

—Muchacho.

Me tapo los oídos. «¿Ya empiezas, Blaze? Solo llevas aquí cuatro días y has venido por matar a un devastano. Échale un poco más de narices y aguanta al menos un año hasta empezar a escuchar voces».

El impacto seco de algo sobre mi pecho me hace abrir los ojos. Si en mi locura, evoco a Viglio es que las cosas están peores de lo que creí. A menos... que no sea una visión. El viejo permanece agachado al otro lado de la celda, frente a una mujer que se aferra a los barrotes mientras le habla.

Aparto el enésimo cuerpo que se desploma sobre mí; ahora mismo prefiero no saber si está vivo o muerto. Total, tampoco iba a variar en nada su suerte. Repto hasta los barrotes oxidados y observo a la mujer que le habla; parece hacerlo en un idioma extraño. Su rostro está lleno de mugre y su pelo, castaño, se apelmaza, grasiento.

—¿Quién es? —le pregunto a Viglio.

—Y yo qué sé —responde él—. Pero antes muerto a que me relacionen contigo. He venido a ver a esta pobre infeliz, sea quien sea.

No respondo. Es Viglio el que sigue hablando.

—¿Cómo demonios lo hiciste? —me pregunta con un hilo de voz.

—No lo sé. Hay... cosas que puedo hacer...

¿Qué me importa ya confesárselo, si de todos modos estoy muerto?

—¿Con los elementos? —me interrumpe él.

Desvío de nuevo mi atención desde la mujer que le habla hasta él mismo. Asiento.

—Con el fuego.

Viglio oculta una sonrisa.

—¿Fuiste tú quien calcinó la plaza?

Ahora asiento yo.

—Demonios... —masculla él—. Escúchame bien. Los elementalistas están aquí.

Me yergo como un resorte y siento dolor en cada músculo de mi cuerpo.

—¿Dónde?

—No en Targon, lógicamente, sino más allá del bosque. Hasta aquí no vendrán. Y tú no puedes salir.

—Si me llevan al cadalso...

Viglio ríe.

—¿Al cadalso? Este es tu cadalso, muchacho. Y tu tumba.

Algo en mí se derrumba. Desde que me trajeron aquí, mi única esperanza ha sido que me saquen para ahorcarme en la plaza, una muerte con honores,

frente a todos; más lenta o más rápida pero en ninguno de los dos casos, superaría los cinco minutos. Esto es otra cosa: una muerte lenta y agónica, una podredumbre en vida. Matar la mente poco a poco, el corazón y después, el cuerpo. No quiero morir así, con la sensación de no poder luchar. Puedo perecer ante un devastano, en la horca, donde sea pero no así, no sentándome a esperar. Así no.

—Hay una posibilidad de que abandones este sitio infame —me interrumpe Viglio, como si hubiera podido atisbar la visión de mi mente. Lo miro, impaciente—. La Fratrís.

Me vuelvo y apoyo la espalda sobre los barrotes de la celda, alzando los brazos y sujetándome con ellos a las barras metálicas que nos encarcelan.

—No participaré en ellos.

—¿Tanto miedo les tienes?

Bajo los brazos y giro la cabeza.

—No es miedo. No pienso someterme a las humillaciones de los devastanos para pugnar por una libertad cuya precio nunca lograría asumir. Demasiadas muertes en el camino.

—No se trata de eso, muchacho. Es algo mucho más sencillo: salir de aquí. Hablar con los elementalistas. Eres un prisionero y estás condenado a muerte pero ni siquiera a esos se les impide participar en la Fratrís. Hazlo, déjate apalear, si quieres; no destaques en nada; sé uno más y después, vuelve a esta asquerosa madriguera si es lo que quieres. Pero al menos habrás podido hablar con ellos y si algo de lo que puedes decirles o algo de lo que ellos pueden decirte a ti, le sirve a quienes aún no se han rendido, bienvenido sea.

—Yo no me he rendido.

—¿En serio? ¿Y a qué esperas aquí? Mira a tu alrededor. Solo aguardas a la muerte. Y eso es precisamente lo que ellos necesitan. Fortaleces a tu enemigo con la desesperanza, con la rendición y el abandono de tus sueños. De eso se nutren.

La mujer que está frente a Viglio me tiende la mano, temblorosa. Está llorando y no deja de parlotear por lo bajo, frases inconexas y sin sentido, ahora sí, en nuestro idioma: “mi hijo”, “la mesa estaba sucia y tuve que irme a otro sitio”, “¿vas a volver?”, “no harás lo que tú quieras, sino lo que yo te diga, jovencita”. Yo sigo sentado de espaldas a los barrotes, con la cabeza también apoyada sobre ellos. Le doy la mano y ella sonrío; me la besa y se aferra a ella como si fuera lo único que le queda, un preciado tesoro. Puede que no resulte tan difícil después de todo devolverle la esperanza a las

personas. Un nimio gesto de cariño, de apoyo. Y se alzan. Viglio tiene razón: nuestro abandono los hace más fuertes. Por eso no nos matan. Por eso nos traen aquí, dejándonos morir poco a poco y generando en nuestros corazones lo que ellos necesitan para existir: vacío. Nada.

Aprieto los dedos de aquella desconocida y, sin mirar a Viglio le respondo:

—Participaré.

—Bien —responde él, incorporándose de forma costosa—. No lo anuncies ahora; te asociarían conmigo. Deja pasar unas horas desde que yo me haya ido.

Abro y cierro los dedos de la mano. Cuando te inscribes como participante para la Fratrís, te tatúan el brazo de arriba a abajo, para identificarte. Como prisionero y condenado a muerte, además, llevo un humillante grillete rodeándome el cuello. Es estrecho, muy estrecho y la piel se me irrita al roce con el hierro oxidado. Pero ni siquiera eso logra eclipsar la sensación que me abraza cuando el sol me golpea en la cara. Cierro los ojos. Primero para acostumbrarme a la luz tras cinco días de oscuridad, de penumbra. Y después para dejarme acariciar por los rayos del astro que nos gobierna. Es curioso cómo aprendemos a valorar las cosas de un modo especial cuando las perdemos; cómo las convertimos en auténticos regalos de los dioses cuando habitualmente no eran sino aquello que siempre había estado ahí, sin mayor ni menor importancia.

Mientras duren la Fratrís y hasta su finalización, soy libre; al menos en el sentido más estricto que nuestra situación puede concederle al término. No tengo que estar en las prisiones pero sí habré de pasar todo el tiempo en que no estemos participando, en los complejos devastados; allí duermen todos los participantes y allí controlan que no falte ninguno, más allá de aquellos que irán muriendo en cada prueba. Escapar está prohibido y una vez inscrito, ya no hay vuelta atrás. Así que esta es la última noche que paso donde quiera y con quien quiera.

Abro los ojos y sonrío al verlos llegar. Lukas, Axel y Brianna. El primero de ellos da un salto y me abraza de forma brusca. Axel se me acerca por detrás, me agarra de la cintura y me alza hacia arriba, a punto de romperme

las costillas. Tampoco es muy sutil. Creo que la espalda me ha crujido ya unas 40 o 50 veces pero qué importa. El saludo con Brianna es diferente, más delicado, cuanto menos. Aún conserva en su rostro la expresión que mantenía en la plaza, con la diferencia de que ya no llora. Se me acerca y me abraza con fuerza. Tarda unos 50 segundos en separarse de mí. «Blaze, ¿por qué los cuentas?». Después se aparta y es Lukas quien la abraza.

—¿Cómo estás? —me pregunta Axel.

—Bien —respondo.

—Joder, Blaze —exclama Lukas. Aún mantiene el brazo sobre el hombro de Brianna, que a su vez, rodea la cintura de Lukas—. Toda Targon habla de ti. Eres una maldita leyenda. Estoy orgulloso, demonios.

Suelta a Brianna y se me cuelga por la espalda. Ella sonrío mientras niega con la cabeza.

—¿Son las prisiones tan horribles como las pintan? —vuelve a preguntarme Axel.

—No, son mucho peores. Pero prefiero no hablar de eso, si no te importa.

—Claro.

—Entonces ya es oficial, ¿no? —interviene Brianna—. Vas a participar en la Fratrís. Después de tanto renegar de ella...

—Eso o morirme allí dentro. Me temo que no hay elección.

—Siempre hay elección, Blaze —exclama Lukas, remangándose la camisa y mostrándome el brazo tan tatuado como el mío—. Pero nosotros siempre escogemos la valiente.

Axel sonrío y se coloca junto a Lukas. Hace lo mismo con la manga de su camisa y me muestra, también, el tatuaje de los participantes.

—Lukas tiene razón. Dejarte morir allí era una opción; poco honorable pero una opción. Sin embargo eliges luchar. Y nosotros elegimos luchar contigo.

Enmudecida mi boca, mis ojos buscan a Brianna, que no dice nada. No sé si deseo que se una a esta locura o prefiero que se mantenga al margen. Por suerte, la voz de Axel me saca del dilema.

—Dado que esta es la última noche que podemos pasar donde nos dé la gana antes de que nos recluyan en los complejos, habíamos pensado que podíamos pasarla en la rivera, con la sombra del Yndoria sobre nuestras cabezas, alentándonos. ¿Qué te parece?

—No sé si pueda. Tengo algo que hacer esta noche.

Lukas sonrío y echa la cabeza hacia atrás.

—Sí, claro... Nuestro *Blazie* quiere despedirse en las tabernas, ¿no?

—No es eso...

Bajo la mirada avergonzado. Por el cielo, claro que no es eso. La mirada de Brianna me hace sentir incómodo. Lukas piensa que quiero pasar mi última noche libre con alguna mujer, tabernera, prostituta o quien se qué pero mi intención está lo más alejada posible de eso. Nunca les he hablado a los chicos —ni a *la chica*, que diría Lukas— de mi trato con Viglio; nunca les he contado mis planes conspiratorios contra el imperio devastano. Estarían de mi parte, lógicamente pero es demasiado peligroso y poco inestable. Hasta hace apenas unos pocos días ni siquiera había logrado hilvanar con Viglio más de cuatro frases seguidas. Las evasivas habían sido nuestro día a día y mi fe en él, todo cuanto tenía. Demasiado inconsistente como para arrastrar a Lukas, Axel y Bri. Ahora parece que las cosas empiezan a materializarse pero aún no he hablado con los elementalistas y no sé qué puedo esperar de ellos. O qué pueden esperar ellos de mí. Esta es mi última noche libre y necesito resolverlo porque, mucho me temo, las oportunidades escasearán mucho desde mañana, si es que existe alguna.

—¡Blaze! —exclama Lukas. Me he sumergido en mis pensamientos pero el grito de mi amigo me trae de vuelta.

—Tomar parte en la *Fratris* es una locura —digo sin más—. No quiero que lo hagáis por mí.

Lukas y Axel se miran y sonríen. No puedo ser sincero con ellos: no me inscribo porque quiera enfrentarme a mi propia gente, matar y ganarme, con su sangre, el pasaporte a la libertad en los territorios del Norte. Ni siquiera sé si pretenda ir más allá de la primera prueba. Quizás me resulte suficiente con no dejarme matar, con superar las justas que me devuelvan a las prisiones y esperar a que los elementalistas puedan sacar algo en claro de lo que hablemos y actuar; liberarnos. Lukas y Axel no pueden arriesgar su vida por una causa en la que yo no creo. Además, el hecho de que ellos estén ahí haría que, alcanzado un determinado punto, debamos empezar a competir entre nosotros. Razón de más para no afrontar esto. Lo único que necesitaba era lo que va a suceder esta noche.

—Blaze, resulta ofensivo que pienses que vamos a dejarte solo en esto —dice Axel.

—Preferiría estarlo, la verdad. Ninguno de nosotros quiso nunca participar en esta mierda.

—No vamos a dejarte colgado —responde Axel—. Puede que las cosas se

complican más adelante pero de inicio, esto será una jungla en la que deberemos ayudarnos todos para mantenernos con vida.

—O casi todos —interviene Lukas, mirando de reojo a Brianna.

—Lukas, ya lo hemos hablado —le recrimina Axel.

—Si participo en la Frataris no será porque tú me empujes a ello, Lukas —le dice Brianna.

—Oh, no, claro que no. De un tiempo a esta parte, lo único que te mueve es lo que dice tu valiente caballero. Pídele permiso y a ver qué te dice.

—No necesito el permiso de Zach.

—¿Sigues con él?

Me arrepiento al instante de la pregunta. Me ha brotado sola de los labios pero por el cielo que deseaba hacerla desde el primer día en que Bri nos insinuó que estaban juntos.

—¿Y por qué habría de haberlo dejado? —me pregunta ella, perforándome con la mirada.

—¿Porque es un asqueroso cobarde que no tuvo el valor de intentar ayudarte? —interviene Lukas.

—No todo el mundo tiene por qué ser valiente —exclama Brianna, molesta—. El valor no es la única cualidad que puede tener un hombre.

—Iba a dejar que te colgasen en la puta plaza —grita Lukas.

—Ya hemos hablado de esto y no...

—Blaze, ya sabes dónde estaremos por la noche —la interrumpe Lukas de nuevo—. Si quieres ir, te esperaremos. Y si no, ya nos veremos en los complejos mañana.

Se va. Axel nos mira, a Bri y a mí.

—Nos vemos... —murmura.

Después se marcha tras los pasos de Lukas. Brianna me esta mirando de forma acusadora.

—Ellos se han hartado a inflarme la cabeza con Zach desde el primer día, pero tú nunca habías dicho nada. ¿También tienes algo que alegar?

No respondo. ¿Qué se supone que debo decir?

—Blaze, creí que te parecía un buen chico.

—No creo que sea un mal chico. Solo me hubiera gustado verlo dar un paso al frente el otro día en la plaza.

—Tenía miedo. Todo el mundo lo tiene.

—Exacto. Todos lo tenemos. Pero cuando ves a la persona de la que estás enamorado con una soga al cuello, no piensas en las consecuencias o en lo

que pueda ocurrirte. Solo te guía un deseo ciego de estar ahí, de acudir; aunque cuando llegues solo puedas darte cuenta de que lo único a lo que aspiras es a morir con ella.

Los ojos empiezan a brillarle y sonrío débilmente.

—Morir con ella... ¿es malo que me guste esa frase?

Yo también sonrío.

—Yo prefiero 'vivir con ella'.

Brianna asiente.

—Parece que sepas de lo que hablas, Blaze Saukard. «Cuando la persona de la que estás enamorado tiene una soga al cuello...». No habrá causado estragos en ti el beso del otro día, ¿no?

«No tienes ni la menor idea».

Solo me río cuando veo que ella lo hace también, un poco tarde, quizás. Ha debido darse cuenta de mi vacilación, pero si es así no dice nada.

—También es válido con tu mejor amiga —le aclaro—. No me hagas caso, Bri. Si estás enamorada de él, entonces que no te importe lo que Lukas diga, ni lo que diga Axel. Ni lo que diga yo.

No sé qué derecho tenga a decirle todo esto, a pintarle a Zach como un maldito cobarde que no la merece o incluso a sembrar, en cierto modo, la duda sobre lo que él siente por ella. Solo soy sincero pero hablo con el corazón, este no siempre es justo y ahora mismo dudo mucho sobre mi objetividad al respecto. Siempre había creído que Zach la quería de verdad, que estaba enamorado de ella pero ahora no estoy tan seguro. Yo no tenía ni la más remota idea de qué iba a hacer cuando llegase al cadalso; había dos devastanos allí; muchos más en la plaza. Sin escapatoria, sin haber valorado antes una posible huida; sin plan preestablecido. Pero lo único que podía ver era a Brianna, una cuerda amenazando su vida y unos metros de distancia que quemar. Todo lo demás no eran sino sombras y borrones. «¿Y ahora por qué comparo mi reacción con la de Zach cuando hablo de lo que haría un hombre enamorado, de lo que hizo él y de lo que hice yo?». Cielos, lo único que quiero es que no le hagan daño a Brianna.

—¿Y no puedes decirme eso tan misterioso que vas a hacer esta noche? —me pregunta ella.

Empezamos a caminar.

—Lo siento pero no puedo.

—¿No tendrá Lukas razón?

—¿Con respecto a Zach? —bromeo.

Ella me golpea en el brazo.

—Con respecto a las tabernas, más bien.

Sonrío.

—No, no la tiene.

—Bueno, durante la Fratrís, las chicas van a quedarte un poco lejos, Saukard.

—Habrán chicas compitiendo, ¿no?

Se detiene y me detengo. «¿Qué clase de respuesta es esa? ¿Estás insinuándole que tendrás tus líos en los complejos devastanos? ¿Y por qué parece molesta?».

Suspira y niega con la cabeza mientras empieza a caminar de nuevo.

—¿He dicho algo malo?

Avanzo un par de pasos y la alcanzo.

—¿Aun jugándote la vida podrías pensar en eso?

Sonrío, incrédulo.

—Eres tú quien insinúa que voy a perder mi última noche libre —y recalco lo de libre con unas enormes comillas— buscando fulanas.

—No, supongo que eso suena muy... banal. Si vas a perder tu última noche libre lejos de tus amigos, supongo que será por algo más... importante.

Vuelve a detenerse y yo la emulo, un poco más adelante. Me vuelvo. Vamos a tardar dos horas en recorrer una distancia de 500 metros.

—¿Hay alguien? —me pregunta—. ¿Estás enamorado de alguien?

«Estoy enamorado de ti, maldita idiota. ¿Qué? ¿He pensado yo eso? ¿Cómo... qué... ? Vete a la mierda, Saukard. Las prisiones te han dejado tocado. O... ¿eres tú, Edrych? ¿Así se divierten los dioses y sus enviados? Espero que no. Vamos Blaze, olvídate de todo, líbrate de ella y céntrate en otras cosas. No vas sobrado de tiempo».

—¿Me has visto con alguien en las últimas semanas?

—No pero...

—Tengo que irme, Brianna.

Ella asiente y aun volviéndome para salir de la plaza, entre miradas y chismes que me confirman lo popular que me he vuelto, tal y como Lukas me ha anunciado, la de Brianna es la que más me pesa, la que me quema. Y solo ahora reparo en que no he negado con gran vehemencia sus elucubraciones, por lo cual es probable que ahora me crea un hombre enamorado de alguna misteriosa mujer targaniana. Mucho mejor que lo piense, así no sospecharé cada vez que se me acerque y me comporte como un imbécil. Hablando de

imbéciles, lo habría sido yo y mucho si creyese que después de la que he montado en los últimos días, los devastanos iban a tatuarme el brazo tras mi solicitud para participar en la Fratrís, colocarme el grillete y olvidarse de mí. Saben que robé la comida porque yo mismo lo he confesado y supongo que no les resultará muy difícil imaginar que fui yo quien hizo arder la plaza, así que van a seguirme de cerca y de hecho, nada más salir de las prisiones ya me he topado con tres. Llegar hasta el bosque no me va a resultar, en absoluto, sencillo.

Hay días en los que uno alza la mirada hacia la sutil silueta del puente de Yndoria, añorando cruzarlo. Y hay otros en los que uno solo desearía poder llegar hasta él y saltar al vacío. Por suerte para mí, hoy es uno de esos primeros. Camino de regreso a casa —mi casa—. Ya no me importa lo que diga el viejo, pues a partir de esta noche, es probable que no vuelva a ver nunca más a Megan y Tania, de modo que voy a despedirme de ellas, así tenga que partírle la cara a mi querido padrastro. Una última vez por la que merece la pena ensuciarse las manos. Durante el trayecto, no dejo de pensar en un posible plan que pueda llevarme esta noche al bosque sin ser descubierto por los devastanos y, como decía, hoy la fortuna me sonrío y acude en mi auxilio.

—¡Cerberos! —grita alguien por la calle.

Una estampida de gente corre en la dirección opuesta desde la que yo camino. Así que hoy toca un poco de diversión, ¿eh? Es habitual que los devastanos suelten a sus perritos por la ciudad para que siembren el pánico entre los tórganos y hoy, el tumulto me puede venir bien.

No tardo en ver al cerbero corriendo calle abajo. Sus cabezas buscan a un lado y a otro, desesperadas por arrancar, por rasgar, por destruir. Una de ellas lleva un brazo colgando en la boca. Distingo también las figuras de Axel y Lukas, que llegan hasta aquí en el mismo momento en el que me encaramo a lo alto de una derruida fachada. Lo positivo de que la práctica totalidad de los edificios en Targon estén medio destruidos radica en la facilidad que existe para treparlos; sería más complicado en superficies lisas.

Extiendo la mano hacia abajo y Lukas la sujeta, sin decir nada, subiendo conmigo. Después, hacemos lo propio con Axel y en pocos segundos estamos

los tres en lo alto de un pequeño e irregular tejado, observando a la gente desesperada huir del cerbero. Algunos caen al suelo y otros tantos les pasan por encima. Puede que pienses que no tenemos corazón ni sentimientos por limitarnos a mirar pero después de algunos años acabas aprendiendo que no puedes salvar a todo el mundo y que los actos heroicos acaban costando caros. Merece la pena por los tuyos, por aquellos a quienes quieres pero no por todo el mundo. No podemos salvar el mundo, al menos no desde una calle de Targon, evitándole a uno, a dos, o a diez personas caer en las garras de un cerbero. Si la verdadera salvación existe, está en los elementalistas y en las posibilidades que tengamos de traer hasta aquí a más y más ejércitos elementales desde el Norte.

A pesar de todo lo que acabo de decirte, mi indiferencia desaparece cuando un anciano nos pide ayuda desde abajo. En su brazo derecho, sujeta a una cría de unos siete u ocho años, que llora y grita. El viejo alza la mano y nos implora que lo ayudemos. El cerbero está a punto de llegar y, detrás de él, aparecen tres más.

—Joder —murmura Lukas—. Hoy hay fiesta grande.

Apoyo el pie en una de las múltiples hendiduras de la fachada y extendiendo el brazo.

—Blaze —me reprende Lukas—. ¿Qué haces?

El viejo se estira pero no llega, así que devuelvo fugazmente mi mirada hasta la primera de las bestias y calculo que cuento con cinco segundos para actuar. Salto a la calle de vuelta.

—¡Blaze! —grita ahora Axel.

Cojo a la niña, arrancándosela de los brazos a su abuelo.

—¡Axel! —exclamo.

Él se asoma y se prepara para atraparla cuando la pongo a su alcance. La sujeta del brazo y tira de ella. Tenemos al cerbero encima pero sostengo al viejo por el trasero y lo empujo hacia arriba. El hombre está tan nervioso que sus manos no aciertan a aferrarse a ningún sitio; patalea sin sentido alguno y grita, trata de sujetarme del cuello, me agarra de la camisa y, en definitiva, hace que perdamos un montón de tiempo.

—¡Vamos, Blaze! —grita Axel.

El cerbero ya está aquí, de modo que lo suelto, agarro la mano que me ofrecen él y Lukas y, ya encaramado de nuevo al tejado, sujeto al viejo de la camisa y tiro.

—¡Suéltalo! —exclama Lukas—. No vamos a poder...

Como el anciano continúa en un estado de histeria absoluto, me arrastra ligeramente y a punto estoy de volver al suelo pero Axel me agarra al tiempo que Lukas se asoma también y aferra al viejo, intentando ayudarme a subirlo. La bestia está aquí y atrapa la pierna del anciano en sus fauces. Mientras yo sigo tirando de él, Lukas saca una daga y acuchilla repetidamente la cabeza del animal, los ojos, los oídos. Hasta que finalmente otra de las cabezas es atraída por un pobre infeliz que cruza la calle y el cerbero desaparece, arrastrando al viejo, que ya no grita ni se mueve.

Lukas y yo reculamos, regresando a la estabilidad del tejado. Axel está detrás de nosotros y la niña solloza mientras se abraza las piernas. El silencio que deja tras de sí el paso de los cerberos es estremecedor; hoy más que nunca. Los gritos se apagan poco a poco en la lejanía; los rugidos se escuchan cada vez más distantes. Y la voz de la niña es como un trueno descargando sobre nuestras cabezas.

—¿Dónde está el abuelo?

Los tres nos miramos, incapaces de abrir la boca y ofrecer una respuesta adecuada. No existe ninguna.

Pero Axel es el más sutil de los tres, el más sereno, seguramente. Gatea hasta sentarse a su lado y nos mira antes de hablar:

—Es difícil de explicar. Ese lugar no aparece en los mapas.

—¿No está en Asthais?

—No, no está en Asthais.

—¿Y entonces dónde está? ¿Ha cruzado el puente de Yndoria?

—Algo así... —Axel la mira y sonrío con tristeza. Lukas y yo somos incapaces de alzar la mirada—. ¿Cómo te llamas?

—Sarya.

—Sarya... Yo soy Axel. Y ellos son Lukas y Blaze.

Nos mira y la miramos. Pero no decimos nada. No tenemos la capacidad de Axel para eso.

—¿Sabes lo que es el alma, Sarya? —continúa diciendo él.

La niña niega con la cabeza.

—Verás, tu abuelo era un hombre muy viejo...

—Y tenía muchas arrugas —lo interrumpe la cría.

Axel sonrío.

—Sí, era un hombre muy viejo y tenía muchas arrugas. Su cuerpo y sus piernas estaban ya muy débiles pero aun así, cargó contigo y te trajo hasta aquí, te salvó. Eso es el alma. Una especie de... magia que aparece cuando

deseas algo con todas tus fuerzas y lo llevas a cabo aunque el cuerpo ya no te responda. Cuando haces las cosas con el alma, nada ni nadie puede pararte ni tampoco esclavizarte.

—¿Ni siquiera con grilletes?

—No hay grilletes capaces de esclavizar a un alma decidida, Sarya.

A la cría se le ilumina el rostro, sucio y demasiado delgado. A Axel siempre se le han dado bien los niños; sabe empatizar con ellos y transmitirles algo especial. Recuerdo cuando Tania se enfadaba conmigo de pequeña y corría siempre a buscar a Axel para contárselo todo. Él siempre trataba de que hiciéramos las paces; siempre lo conseguía.

—¿Pero dónde está él ahora?

Axel guarda un largo silencio. Lukas mira al horizonte y yo clavo la vista sobre mi regazo.

—Tu abuelo está en un lugar donde los devastanos ya no pueden alcanzarlo. Ni los cerberos. Ni el hambre, ni el calor ni tampoco el miedo. Tu abuelo es libre aunque llevase grilletes.

—¿Y yo no puedo ir con él?

—Tú no debes ir con él —se apresura a responder—. Tu abuelo estaba cansado de escapar, de correr. Su alma se ha ido a un lugar mejor pero tú eres muy joven aún. Tienes fuerzas para seguir luchando. Y debes hacerlo.

La niña asiente. Escuchamos los gruñidos de otro cerbero, que desciende también por la calle; ya no hay nadie, o al menos nadie con vida pero se detiene a olisquear con sus tres cabezas, a captar los rastros de los destrozos que han causado sus antecesores. Una de las cabezas, agarra a un cadáver con sus fauces y lo sacude. La niña se abraza a Axel y yo me pongo en alerta. La fiesta devastana continúa y yo debo aprovechar para llevar a cabo mis planes antes de que las cosas se tranquilicen y puedan volver a seguirme.

—Tengo que irme —digo al fin, sacando la daga de mi cinturón.

—¿Irte adónde? —pregunta Lukas.

—Tengo cosas que hacer, ya os lo dije. Si puedo, me reuniré con vosotros por la noche en la ribera. Aunque no es seguro.

—¿Y qué es eso que no puede esperar a que encierren a los perros? —inquire de nuevo Lukas—. ¿A qué viene tanto misterio, Blaze?

—No puedo deciros nada aún, chicos. Pero confío en poder hacerlo más adelante.

Ni Lukas ni Axel insisten.

—Nos vemos después —me despido—. Tened cuidado.

—Lo mismo —zanja Axel.

Cuando el cerbero ha desaparecido en la bocacalle, doy un salto y corro, perdiéndome entre las angostas callejas del barrio antiguo. Evito cadáveres a cada paso, aunque intento fijar la mirada al frente y no reparar en detalles. Este es el escalofriante panorama que dejan tras de sí los días en que los devastanos sueltan a los cerberos por la calle, como decía, algo muy habitual.

6 Ífugo

Ignoro si los elementalistas puedan estar ya en el bosque, pues no he establecido ninguna hora con Viglio pero me temo que tengo poca elección. El barullo ocasionado por los cerberos me concede una ocasión de oro para desaparecer sin levantar sospechas y no puedo desaprovecharla. Apresuro el paso cuando he dejado atrás la muralla de la ciudad. Si tuviera un caballo... Hace tanto que no veo uno que amenazo con cruzarme con un cerdo y confundirlos; si hiciera menos tiempo que veo a un cerdo, claro. Los únicos animales que hay en Targon son los caballos de los devastanos pero estos no son caballos comunes. Parecen tan vacíos como sus propietarios; no se mueven, nunca los he visto comer y apenas parpadean. Ni siquiera sé si respiren. ¡Qué importa!

El sol aprieta con fuerza y el grillete en el cuello me ahoga. Trato de introducir mis dedos entre el hierro y la piel pero apenas da. Está tan ajustado que por momentos siento la falta de aire. Me vuelvo mientras sigo caminando hacia delante y observo las murallas de Targon. Desde aquí, nadie podría decir que ahora mismos sus calles son un reguero de sangre y cadáveres ocasionado por los cerberos. Todo desde este lugar parece normal, salvo los edificios quebrados y la muralla resquebrajada. La almenara que se prendía con la última luz del ocaso, permanece apagada y así será también al caer la noche, anunciando aún más oscuridad. Me giro de nuevo y alzo los ojos hacia el puente de Yndoria, que se vislumbra a lo lejos. Es algo que he convertido en un gesto instintivo. Salir de Targon, buscar el puente y abandonarme a las fantasías de una vida en el Norte.

Una vez dejada atrás la explanada, me introduzco en la espesura. El río queda a escasos metros pero apenas se escucha el curso de sus aguas porque baja prácticamente seco. El Essex era uno de los ríos más caudalosos de los territorios del Sur pero, al igual que ha sucedido con lagos y mares, se está secando y poco a poco, sus especies desaparecen. Me detengo y observo a mi alrededor. Estoy prácticamente seguro de que ningún devastano me ha seguido; tanto como de que aquí no hay nadie. Cierro los ojos por un

momento; si Viglio me ha mentido, por los dioses que lo mataré. Doy media vuelta y una brisa extraña me sopla en la cara, un aire inusualmente gélido para el lugar en el que estamos. En el Sur de Asthais nunca hace frío. Una gota me cae en la cara y por el cielo que estoy a punto de salir corriendo. ¿Lluvia aquí? No recuerdo haber visto llover jamás pero observo la gota en la palma de mi mano, brillando como una diminuta perla, y solo entonces reparo en dos figuras que aparecen desde la frondosidad. El primero de ellos es una joven de unos *veinti* tantos años, algo mayor que yo en apariencia y cabello rojizo. Sus ojos son negros y su piel, a pesar de las heridas que la surcan, se percibe tersa y nívea pero castigada por la inclemencia del sol en el Sur. Porta un arco en su mano y no puedo negar que me impacta sobremanera saber que gente como ella está enrolada en la guerra. No debería extrañarme, pues es lo que forjan en las academias: guerreros jóvenes y sin experiencia pero el contraste entre ella y su acompañante es tan marcado que impacta. El otro es un hombre algo mayor, unos 50 tal vez, a pesar de que todo su cabello es cano y lo recoge en una pequeña cola de la que escapan varios mechones. Él camina delante, imponiendo su veteranía y ambos me miran con cierta dosis de recelo y cautela.

—¿Eres Blaze Saukard? —me pregunta el hombre.

Asiento, asombrado aún. ¿Estos son los elementalistas que Viglio iba a avisar? ¿Dos? ¿Dónde está el resto de la legión?

—Yo soy Druksen y ella es Kaleria.

—¿Sois elementalistas? —pregunto.

—Así es —responde él.

—¿Y dónde están los demás? —añado.

Druksen cruza una fugaz mirada con Kaleria, devolviéndome rápidamente la atención.

—Esto es todo lo que hay, muchacho. Llevamos meses luchando aquí, sin refuerzos, sin ayuda, sin nada.

Espeto una carcajada.

—¿Y qué se supone que vais a hacer vosotros? ¿Qué pretendía Viglio reuniéndome con dos elementalistas?

—Viglio dice que Edrych ha abierto el libro —vuelve a decir Druksen—, que te ha encontrado.

—Sí, eso parece —murmuro.

—¿Y por qué crees que está aquí? —interviene Kaleria por vez primera. Kaleria. Algo me dice que no le caigo muy bien; o tal vez solo deba afianzar

su confianza en mí, pues al fin y al cabo, no nos conocemos de nada. Pero lo cierto es que Druksen se muestra más accesible y cercano—. ¿Qué piensas que busca en ti? —insiste ella.

—Domino el fuego; eso es todo lo que sé.

—Descendiente de un ífugo —murmura Druksen, sonriendo—. No hay muchos más como tú.

—Espera —interrumpe Kaleria—. Demuéstranos qué sabes hacer.

Lo dicho, la amiga Kaleria se mueve con unas precauciones de las que Druksen parece desposeído. Pero supongo que es normal. Alzo las manos ligeramente y prendo un pequeño haz de luz que, poco a poco va cobrando intensidad hasta que mis manos quedan envueltas en llamas. Es como si cualquier otra persona introdujese sus manos bajo una cortina de agua; solo que yo lo hago con fuego. Muevo los dedos y hago que las llamas crezcan. Por un momento devuelvo a mi mente lo sucedido en la plaza hace unos pocos días. Soy plenamente consciente de que no domino el elemento en toda su magnitud, que ni yo mismo soy conocedor de hasta dónde puedo llegar, de modo que las llamas decrecen hasta que acaban extinguiéndose ante mis ojos. Continúo con las manos extendidas mientras el humo, único rastro que queda en mí del vívido fuego que me quemaba hace un momento, asciende en una danzante espiral. Y entonces me encuentro con la fascinada mirada de Druksen y Kaleria. Cualquiera diría que son elementalistas... Deben estar hartos de ver a personas haciendo lo mismo que yo acabo de hacer, aunque con bastante más maestría, pues según tengo entendido, el de fuego es el rango más elevado en el que trabajan los elementalistas durante su formación.

—No cabe la menor duda —dice Druksen—. ¿Cómo aprendiste a hacer eso?

—Mi hermano me enseñó.

Mencionarlo con gente con la que nunca he hablado de él, como siempre, me remueve mil cosas por dentro, una sensación que al principio pensé iría decreciendo con el paso del tiempo pero que, lejos de hacerlo, se ha mantenido viva, latente y fresca, como el valioso recuerdo de un pequeño tesoro que poseí algún día, algo de lo poco que hay en mi vida merecedor de ser rescatado. El hambre, la miseria, los devastanos, los cerberos... todo te arranca un poco de ti mismo día a día. Pero la memoria de mi hermano es lo único que está por encima, inalterable, invicta, inquebrantable. Liam es mi gran verdad, mi gran certeza e incluso habiendo desaparecido de mi vida hace casi diez años, sigue proporcionándome lo que necesito para mantener viva la

esperanza en este mundo podrido, devastado y arrasado. Por él estoy ahora aquí, contigo, Edrych, enviado de los dioses, tal y como él mismo me aseguró, y con dos elementalistas, nuestra única y gran tabla de salvación. Aunque no dos, desde luego.

—¿Tu hermano? —exclama Kaleria, sorprendida—. ¿Otro diluviano? ¿Dónde está él?

—Mi... mi madre organizó una huida para él hacia una academia elementalista hace casi diez años.

—¿A cuál de las cinco? —insiste ella.

—No lo sé. Mi madre nunca nos habló de eso. La marcha de Liam puso punto y final a la existencia de mi hermano entre nosotros. Aquel era un tema prohibido.

—Es milagroso que no cayese preso de los devastanos. Igual que tú.

—La costumbre de arrastrar a los niños con ellos para convertirlos no era tan habitual cuando yo era pequeño. Cuando Liam se marchó me sugirió que pasase inadvertido con el asunto del fuego.

Druksen y Kaleria cruzan una significativa mirada pero ninguno de los dos dice nada hasta que han transcurrido unos pocos segundos.

—Urge que llegues hasta los territorios del Norte, Blaze —me dice Druksen—. Las academias te necesitan.

Sonrío con desgana.

—¿A mí?

—Viglio ha de haberte hablado sobre los diluvianos y su papel en todo esto —vuelve a decir Kaleria—. Sois el golpe encima de la mesa. Los devastanos han empezado a tomar el Norte, de modo que la situación apremia.

—¿Tomar el Norte? —pregunto. Eso es nuevo. Para los que vivimos aquí, el Norte es un sinónimo de libertad, de inexpugnabilidad; nuestro anhelo. Pero si también sucumbe a los devastanos, entonces, ¿qué nos quedará?

—Una de las cinco academias ha caído, según hemos podido saber —me explica Druksen—. Tratarán de destruir la fuente de creación de los elementalistas.

Trago saliva y evoco la imagen de mi hermano con angustia: es curioso. Tengo 19 años y al pensar en mi hermano mayor veo siempre a un crío de 10. Destierro ese absurdo pensamiento.

—¿Cómo lo sabéis? —pregunto—. Acabáis de decir que lleváis meses aquí.

—Oímos hablar a un grupo de devastanos —me explica Druksen—, regocijándose de la caída de Lonoa, una de las cinco academias.

—Siempre oí decir que las academias eran inexpugnables, imposibles de localizar, incluso.

—Y eso creímos siempre...

Kaleria habla con la mirada clavada en ninguna parte y con un timbre de nostalgia imposible de ocultar en su voz. No importa lo que diga; mi hermano está vivo.

—Entonces, ¿cómo pretendéis que yo las encuentre? ¿Cómo pretendéis que llegue hasta el Norte?

—Localizar las academias es posible —vuelve a decir Kaleria. Parece que poco a poco se va soltando—. Y en cuanto a llegar al Norte... también.

Guardo silencio durante unos segundos, tratando de valorar si se refieren a lo que estoy pensando. Una parte de mí me azuza a abrir la boca, hablar y tratar de confirmarlo. La otra prefiere callar y dejar que sean los elementalistas quienes encuentren alternativa porque tal vez haya otra. Sin embargo, cuando Druksen habla confirmo que no:

—La Sanguinem Fratris —me dice.

—La última prueba consiste en cruzar el puente —añade Kaleria—. Una pasarela hacia el Norte.

—No es una opción segura —me quejo. Por un efímero momento me había creado la ilusión de que ellos tuvieran otra solución y de que no fuera necesario afrontar la patraña de los Juegos para llegar hasta el Norte. Me equivoqué.

—No hay opciones seguras, Blaze —responde tajante Kaleria.

—Kaleria tiene razón —añade Druksen—. Es una alternativa peligrosa, pues habrá muchas personas pugnando por llegar pero tú eres el único diluviano, el único que desciende directamente de los zyklos, los ífugos. Y eso te concede ventaja sobre los demás.

—¿Ventaja? ¿Qué ventaja? No puedo hacer uso del fuego; sabrían lo que soy y me matarían. Las normas de la Fratris no importan para ellos. Respetar las vidas de los prisioneros solo es una forma más de reírse de nosotros.

—No te falta razón, chico —responde Druksen— pero no hablo de hacer uso del fuego. La mayoría de las personas que pugnan por cruzar el puente son aldeanos que se lo juegan todo a una carta. Los soldados son asesinados tan pronto como los devastanos conquistan un reino.

Sonrío.

—¿Y qué crees que soy yo, si no?

—Eres descendiente de un ífugo, ya te lo he dicho —repite Druksen—, un diluviano.

—Guardianes del fuego elemento —añade Kaleria— pero también legendarios guerreros. Lo llevas en la sangre, Blaze y aunque haya estado aletargado, debes despertarlo porque de ti puede depender el destino de Asthais.

—Por los dioses, cargáis sobre mis hombros mucha responsabilidad.

—Lo cual debería resultarte un honor —vuelve a decir Kaleria. Suena a reproche. Cree que debería estar agradecido por la confianza que depositan en mi y sé que en cierto modo tiene razón pero hacerme responsable de las vidas de todos y cada uno de los habitantes de este mundo... me parece... es simplemente... extraordinario. Dibujo una sonrisa en mis labios. No puedo luchar por el mundo salvando a una persona, dos o diez de caer devorada ante un cerbero en una calle de Targon pero sí puedo hacerlo junto a un enviado de los dioses y a los elementalistas en el Norte, tierra aún libre.

—Lo intentaré —respondo—. Trataré de ser uno de esos 10 que llega hasta el valle de Talka y cruza el puente de Yndoria.

Kaleria relaja el gesto al escucharme.

—Diluvianos... —murmura, negando con la cabeza.

—Diluvianos —exclama su compañero, sonriendo.

El tono ha sido muy distinto en uno y en otra. Ella se lamenta por algo; él se congratula por lo mismo.

—Cruza entonces, Blaze —me dice Druksen— y llega hasta los territorios del Norte. Si más allá del puente no volvemos a vernos, acude hasta una taberna llamada 'Helios', en la población de Vavia. Encontrarás información sobre cómo llegar a la academia de Zundrak.

—¿Dónde estaréis vosotros?

—En el mismo sitio que tú, esperamos —responde Kaleria.

—¿Vais a participar en la Fratrís?

—¿Acaso hay otro modo de cruzar el Yndoria? —vuelve a preguntarme ella.

—No pero solo pueden llegar dos.

—¿Y eso quién lo dice?

Aparentemente Kaleria da por concluida la conversación y se marcha caminando tranquilamente. Su esbelta figura se pierde entre la espesura del bosque. Solo ahora reparo en que, bajo la capa que cubre el cuerpo de

Druksen, su brazo muestra el tatuaje que lo distingue como participante de los Juegos.

—¿Por qué Zundrak? —pregunto, con curiosidad. Hay cuatro academias más; tres, según las malas nuevas de Druksen.

—Porque en Zundrak está lo que necesitas saber; todo lo que necesitas conocer.

—¿Acaso no se estudia lo mismo en las cinco academias?

—Te sugiero que te limites a obedecer en lugar de cuestionar mis indicaciones, muchacho. Las cosas no son siempre lo que parecen.

—¿Para qué necesitáis exactamente a los diluvianos? —pregunto después—. Es decir, ¿qué es lo que hemos de hacer?

—Tú llega hasta Zundrak, Blaze —zanja Druksen—. Allí conocerás todas las respuestas.

También él da por finalizado el asunto, pues se ajusta la capa y camina tras los pasos de Kaleria, que ya ha desaparecido.

—Ah, y Blaze —añade, volviéndose—, no le digas nada a nadie sobre nosotros. Durante la Fratrís trataremos de ayudarte, con nuestra propia vida si fuera preciso pero nadie debe saber nada. Lucha como tú sabes y mantente con vida.

—¿No habéis encontrado a ningún otro... chico como yo?

Druksen niega con la cabeza.

—Por lo que dices, tu hermano podría serlo si aún vive. Pero a este lado del Yndoria... eres el único.

Si aún vive.

—Blaze —vuelve a decirme—, aunque a ti también quieran llevarte a Ymparta, no te desvíes de Zundrak.

Frunzo el ceño, confuso ante su última advertencia.

—¿También? —pregunto—. ¿Quién más hay allí?

—Alguien que tampoco debería estar.

—Druksen....

Pero ya no hay más repuestas, lo cual potencia en mí una sucesión de hipótesis que me inquieta. Observo la figura de Druksen alejándose por el mismo lugar por el que lo hiciera la de Kaleria hace escasos minutos. Aseguran que Liam podría ser otro diluviano «si aún vive». La muerte jamás es una posibilidad que haya dado como latente al recordar a mi hermano. Él no puede estar muerto. Si está en el Sur, ha de ser luchando en algún gran reino o pequeña aldea; eso no importa. Si está en el Norte, ha de ser

preparándose aún para cruzar el puente y venir a buscarme. ¿Tal vez pueda hallarse en Ymparta?

Por la tarde camino con paso decidido hacia mi casa. Sea cual sea mi suerte, lo único que parece claro es que no volveré a ver nunca más a Megan y Tania, de modo que voy a despedirme de ellas, así mi querido padrastro reviente de ira. Lo que he vivido esta tarde me confiere unas fuerzas renovadas, tales como para avanzar por las calles sin prestar atención a los cadáveres que se esparcen por la misma. Los rastros de la cacería. Ahora solo resta esperar que los familiares de quienes yacen muertos por doquier puedan encontrarlos y se los lleven para enterrarlos en las afueras.

Los devastanos no lo harán. Prender piras también está prohibido, así que la única opción es devolverle a la tierra sus hijos. Y eso en los mejores casos. Porque algunos están vivos aún, agonizan y aguantan el dolor entre sollozos. Pero la sanación también está prohibida. Evidentemente son muchos quienes se saltan las vomitivas normas devastanas; muchos, incluso, los que prefieren morir incumpléndolas antes que sentarse a ver cómo sus hijos, padres o hermanos mueren cuando podrían mejorar con unos sencillos cuidados. Y es que, tal y como Viglio dijo, los devastanos se alimentan de desesperanza. Por eso, nada que albergue la posibilidad de ofrecer satisfacción o alegría está permitido. Todo debe ser dolor, resignación y un golpe tras otro que nos demuestre que las cosas solo van a ir peor. Tal vez esa sea la razón por la que arrastran a los niños a los complejos devastanos; en su inocencia, los críos creen que las cosas podrán mejorar mañana. O puede que ni siquiera se preocupen por ello. Un niño simplemente se levanta y su cabeza es un albergue inexpugnable de sueños. Su candor no entiende la desolación que lo rodea en la calle y es capaz de exhibir una sonrisa en medio del horror. Mirarlo a los ojos obliga a los suyos a mantener la esperanza de poder ofrecerle, mañana, un lugar mejor; exige no rendirse, no dar el brazo a torcer. Así que los devastanos nos arrancan todo eso, lo vacían y tratan de hundirnos un poco más. Sin llegar a matarnos, sin apagar la agonía. Es como una tortura en la que la hoja de la espada nunca se hunde lo suficientemente profundo como para acabar con tu vida; te mantiene respirando, consciente y sufriendo. Y es que respirar no tiene nada que ver con estar vivo. Vivir es otra cosa.

Me llevo las manos a la cabeza y resoplo. El asfixiante entorno que me

ahoga, como si la ciudad de Targon fuera capaz de inclinarse para atraparme en su desgracia, se funde con otros pensamientos no más alentadores: celebro el encuentro con los elementalistas, la información que me han proporcionado y eso que tanto odian los devastanos: haber abierto un nuevo camino a la esperanza, una esperanza, eso sí, a la que nunca he renunciado y por la que jamás he dejado de luchar. Para su desgracia. Ahora menos que nunca. Sin embargo, la participación de Druksen y Kaleria en la Fratrís implica dos aliados de los que no puedo hablar a nadie; ni siquiera a Lukas y Axel. Ellos también estarán ahí y lo harán por mí. Sin embargo, ¿qué ocurrirá si Druksen y Axel se miden? ¿Qué pasará si Kaleria se quita del medio a Lukas para llegar más lejos que él en una prueba? Puede que no deba hablar a Lukas y Axel sobre los elementalistas pero sí debería hacer lo inverso. Al fin y al cabo, si los dos elementalistas me quieren con vida, cubrir también a mis amigos les conviene tanto como cubrirme a mí mismo.

Me detengo, por fin, en la puerta de mi casa y llamo sin vacilar. Como tampoco vacilo cuando es mi padraastro quien abre.

—He venido a hablar con Megan y Tania. Y no me voy a ir sin verlas.

Me mira a los ojos y por primera vez en mucho tiempo, no sé descifrar su expresión. ¿Lástima? ¿Enfado? ¿Alivio? ¡Qué importa! Para mi sorpresa, se aparta y entro sin problemas en casa. Tania está sentada a la mesa y al verme se tensa, clavando su mirada en su padre, como si necesitase pedirle permiso para levantarse. Él no dice nada, no hace nada, así que Tania se incorpora rápidamente y me salta encima. Empieza a llorar y se me hace un nudo en la garganta. ¿Qué puedo decirle para consolarla cuando he venido a despedirme para siempre? Ojalá tuviera la capacidad de Axel para contarle a un niño que, por más negras que las cosas se vean, siempre hay algo positivo que rescatar. En este caso lo hay pero no puedo decirle nada.

Megan baja por la escalera en ese momento y, ella sin aguardar ningún gesto en su padre, corre a mi lado y se une a un abrazo común.

—Por el cielo, Blaze, ¿cómo has estado? —me pregunta.

—Bien. Ya veis que estoy bien.

Tania se aparta un poco y me sujeta el brazo, observando el tatuaje; después me acaricia el grillete.

—¿Vas a participar en la Fratrís? —me pregunta—. Es una salvajada.

—Al menos me dará el aire —le respondo sonriendo. Pero ella no lo hace—. Vamos, Tania, ten un poco de fe. Es una oportunidad para llegar al puente de Yndoria y cruzarlo. ¿Acaso no crees que pueda lograrlo?

—No es eso...

—Si no lo consigues no volveremos a verte; si lo consigues, tampoco —interviene Megan. No suele dar nunca una versión tan pesimista de las cosas; mucho menos delante de Tania pero supongo que las circunstancias no han sido nunca tan definitivas como lo son ahora.

—Ninguna de las dos posibilidades sería peor que pasar el resto de mi vida en las prisiones, Megan. Créeme.

Ella asiente débilmente y yo enjugo la lágrima que le recorre la mejilla.

—Ese grillete te está destrozando —añade—. Tienes la piel enrojecida.

—Tranquila, no duele. Al final acaba haciéndose un enorme cayo y ni siquiera percibo el roce.

«Genial, Blaze, eres un mentiroso de primera».

Las abrazo a las dos de nuevo y deposito un beso en la frente de Megan, otro en la mejilla de Tania.

—Os quiero. Y siempre os voy a querer, esté donde esté. No lo olvidéis nunca.

—No quiero que te marches —murmura Tania. Ver a una niña de 12 años llorar de esa forma por mí me destroza. Y no puedo evitar que las lágrimas se arremolinen también en mis ojos. Trato de tragármelas pero por el cielo que me cuesta horrores.

—Blaze tiene que irse —interviene entonces la voz de mi padrastro. Por primera vez en mi vida, agradezco su intervención porque rompe un momento de tensión que amenaza con derrumbarme, con hacer que me replantee todo lo que tengo en mente, todos mis objetivos. No, no puedo hacerlo. No por perpetuar una estancia en esas prisiones inmundas que me volverían loco en apenas dos días.

—Juro que nunca os olvidaré —concluyo—. Cuidaos mucho, protegedos la una a la otra y sed todo lo felices que podáis. No hagáis tonterías con los devastanos. Y no me olvidéis del todo.

—No te olvidaremos nunca, Blaze —responde una desgarrada Tania—. Jamás.

—Te quiero, princesa. —Último abrazo a Tania—. A ti también, preciosa —. Último beso a Megan, y me aparto con rapidez hacia la puerta. Si prolongo más esto sé que no podré marcharme y si lo hago, es también por ellas.

—Blaze...

Me detengo de espaldas a la casa, con la voz de mi padrastro

martilleándome aún en la nuca. Me vuelvo y lo miro.

—Solo quiero que sepas... siempre pensaste que yo habría entregado a Liam. Y supongo que también crees que te he delatado a ti. No es cierto. Yo quería a tu madre y jamás le hubiera hecho eso.

Sonrío.

—Cuando se quiere a una persona se la protege, se la cuida. Se aprende de los errores cometidos con ella y se lucha por mantenerla a tu lado. Tú solo le regalaste golpes, dolor y miedo. Tú nunca la quisiste y sinceramente, que seas o no responsable de lo que me ocurra a mí, me resulta indiferente. Lo único que puedo agradecerte en la vida es el trato que dispensas a Megan y Tania. Ojalá no cambie nunca la veneración que sientes por tus hijas. Ojalá.

No dice nada. La noche pronto cubrirá la ya de por sí oscura Targon y llego a tiempo a algo.

7 El reino de la nada

Salir de nuevo de la ciudad me ha costado más de lo que cabía esperar. A medida que las cosas se calman tras la cacería, los devastanos vuelven a tenerme vigilado, así que me he limitado a dar vueltas, hablar con personas a las que conozco y conceder toda la impresión de que aprovecho mi última jornada de libertad para despedirme. Y supongo que, de algún modo, lo he hecho. Tan solo hay una persona a la que no he ido a ver: Brianna. En cierto modo, me congratula no haber pensado en ella en las horas anteriores. Quiero pensar que es una señal de que, poco a poco, las aguas vuelven a su cauce. Pero aún hay cierto sector anegado y temo que si voy a su casa para despedirme como lo he hecho con Megan y Tania, pudiera acabar confesando cosas de las que, seguramente después me arrepentiría. Porque ahora están ahí pero poco a poco desaparecerán.

Mientras camino a través de la explanada que deja Targon atrás, como un gigante oscuro, siniestro y agazapado, ya puedo distinguir el fuego que Axel y Lukas han prendido. Está prohibido, ya lo sabes pero también lo está robar en un local de abastecimiento. Ahora somos participantes de la Sanguinem Fratrís, de modo que cualquier escarmiento que quieran darnos por desobedecerles, lo harán dentro de la propia competición, que ofrece un sinfín de posibilidades al respecto.

—¡Blaze! —exclama Axel, sonriendo. Se pone en pie y me abraza cuando llego hasta allí.

Lukas permanece sentado, con una fina línea en sus labios emulando de forma horrible una sonrisa. No puede fingir y sé que está enfadado porque atisba que oculto algo y los secretos, él los toma como falta de confianza, algo que es ridículo a estas alturas, después de casi 20 años de amistad incondicional. A pesar de todo, me siento a su lado y al de Axel.

Alzo la mirada al cielo y me lo encuentro salpicado de estrellas, lejanas luces guías que motean el firmamento, ignorantes de cuanto ocurre aquí. ¿Cómo será allí la vida? —me pregunto a veces—. ¿Acaso más sencilla que aquí? ¿Más justa? No es difícil, la verdad. Pero no hay respuestas, así que no

importa.

—Así que ¿dónde has estado metido todo el día? —me pregunta Axel.

—Por ahí —respondo, sin más.

Lukas hace más amplia su sonrisa.

—No quiere decírnoslo, así que no lo fuerces, Axel. Total, ¿quiénes somos nosotros?

Bajo los hombros.

—Lukas...

Él alza las manos, en actitud defensiva.

—Oh, tranquilo —exclama—. La confianza es algo que se gana. Algún día, Axel y yo hallaremos la fórmula para ostentar tal honor contigo.

Axel niega con la cabeza mientras sonrío.

—¿No me he ganado yo aún la tuya? —le pregunto a Lukas.

Me mira y entorna los ojos.

—Sí —responde al fin—. Tú la mía, sí pero yo...

—Entonces confía en mí —le interrumpo—. Hay cosas que podré explicaros en su momento pero no ahora.

—¿Has estado con Brianna? —me pregunta Axel, tras un largo silencio.

—No. No la he vuelto a ver desde esta mañana.

—¿No te has despedido de ella? —exclama Lukas, sorprendido.

Yo no digo nada.

—Si no te matan los devastanos, entonces lo hará ella —observa de nuevo mi simpático amigo.

—Bri está un poco rara últimamente —observa Axel.

—¿Te refieres a su extraña manía de ir solicitando besos por ahí? —responde Lukas.

Axel guarda silencio, con los ojos como platos clavados en el fuego. Yo permanezco sentado con mis propios dedos entrelazados.

—Vamos, sé perfectamente que te lo pidió antes que a mí porque ella misma me lo dijo —le dice Lukas a Axel—. Y sé también que te negaste.

—Por supuesto que me negué —exclama él, escandalizado—. ¿Cómo diantre iba a besarla?

«Bien, ¿no tenéis otro tema de conversación? ¿Qué tal el calor esta noche? ¿No lo notáis particularmente pegajoso?».

—¿Qué? ¿Acaso no fue ella quien te lo pidió? Porque yo sí lo hubiera hecho. Pero la muy estrecha se arrepintió después.

—¿Cómo cojones puedes hablar así de Brianna? —exclama Axel,

molesto.

«¿Oís eso? El riachuelo apenas se distingue ya. En pocas semanas estará seco y la ya escasa comida que logramos pescar será historia. ¡Es horrible!».

—Confianza, Axel. Se llama confianza. Y suele dar un poco de asco. ¿Y a ti, Blaze? ¿No te lo pidió?

«Deberíamos dar un paseo por la ribera y tratar de localizar en qué punto las aguas cubren más; quizás entonces...»

—Blaze —exclama Lukas de nuevo.

—Sí —respondo de manera automática, sin ser consciente de lo que acabo de decir, de confirmar.

—¿También te lo pidió? —pregunta Lukas, sonriendo.

Axel sigue sin parpadear.

—Deberíamos volver —zanjo, incorporándome—. El grillete me está matando y no estoy demasiado cómodo con...

—¿Lo hiciste? —me interrumpe Axel—. ¿La besaste?

Guardo silencio. Un silencio demasiado largo. Un silencio delator. Si lo confirmase a gritos estaría siendo menos explícito que callando de esta manera.

—Sí.

«Por si aún lo dudabas, Axel».

Lukas borra de un plumazo la sonrisa. Tres segundos después estalla en carcajadas, se pone en pie y se acerca a mí, echándome el brazo por encima del hombro.

—¡Por todos los dioses, Blaze! No puedo creerlo. Eres un... eres un... ¡Eres el más listo de todos!

Axel también se pone de pie.

—No puedo creerlo. ¿Cómo pudiste aceptar semejante estupidez?

—No lo sé, Axel. Aquella mañana había tenido el altercado con mi padrastro y... la petición de Bri me pilló con la guardia baja. Fue... fue una idiotez y no tiene mayor importancia.

—¿Que no tiene mayor importancia? Bri es como nuestra hermana y no... No se besa a una hermana de ese modo. Dime, ¿lo hubieras hecho con Megan? ¿Habrías aceptado con ella?

—¡Claro que no! Pero no es lo mismo. Megan sí es mi hermana.

—¡Has crecido con ella! —grita, cada vez más alterado. No sé si Lukas y yo seamos un par de depravados pero lo que está claro es que Axel sí siente a Bri como su hermana y a sus ojos, ahora mismo, nosotros somos el par de

cerdos que ha querido aprovecharse de ella. Axel le da una patada al fuego y desaparece entre la oscuridad.

—¿Qué diantre le pasa? —exclama Lukas.

Suspiro. Esto es lo que me faltaba.

—¿Cuánto duró?

—¿Qué?

—El beso. ¿Cuánto duró?

—Lukas, no creo que eso sea relevante.

—¡Claro que lo es! ¿Cuánto?

—Escucha, no voy a...

—¿Cuánto?

—¡Más de lo que debiera! —grito, harto de su insistencia.

Lukas hace más amplia su sonrisa.

—¡Por el cielo! ¿Te imaginas la cara de Zach si lo supiera? ¡Ohhhhh me muero por decírselo!

—No vas a decirle nada, ¿me oyes? Fue una estupidez sin importancia; ella solo quería hacerlo bien con él y pensaba que no iba a saber y... joder. Fue una maldita idiotez y Axel tiene razón. No debería haberlo hecho.

—Si solo fue una chorrada, ¿por qué no has ido a despedirte de ella hoy? Probablemente no volverás a verla a menos que vaya a ver la Fratrís y Bri no irá.

No digo nada. Lukas deja a un lado el tono jocosos y se coloca frente a mí.

—Si realmente me he ganado tu confianza, sé sincero conmigo. Una cosa es que haya algo que aún no puedas contarme y otra es que me mientas.

Joder, de entre todos los días en los que Lukas no dice dos palabras cuerdas seguidas, ¿Tiene que escoger hoy para hacerlo?

—No sé por qué la besé pero lo hice. Y me arrepiento a cada minuto porque no puedo dejar de pensar en ello.

Lukas sonrío con timidez y, de nuevo, me echa el brazo por encima del hombro.

—Anda, vamos a buscar al hermano Axel.

Caminamos apenas unos pocos metros y lo encontramos sentado sobre el retorcido tronco ennegrecido de lo que antaño debió ser un árbol. El silencio es sepulcral, intimidatorio, casi. Por suerte, Lukas lo rompe:

—Axel, entiendo cómo te sientes, en cierto modo pero sitúa la escena: cadalso, plaza, Bri, sogas. Le recriminamos a Zach su incapacidad para dar un paso al frente y saltar en ayuda de su novia. ¿Recuerdas quién sí dio ese paso

al frente?

Axel se vuelve.

—¿Qué podrías tener en contra de que Brianna y Blaze estuviesen juntos si se gustan?

—¿Te gusta Brianna? —me pregunta Axel, poniéndose en pie.

—No. Ss... No lo sé.

Un enviado de los dioses, ¿No está para estas cosas, Edrych? Gracias por limitarte a leer y a reírte de mí. En serio, gracias. No me alcanzarán las 480 páginas para pagarte.

—Axel, ella está con Zach y a mí no volverá a verme. Puedes estar tranquilo.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Es que no puedo responderte. El beso fue... extraño para mí; no tanto para ella. Y te confieso que desde ese momento no he sabido cómo actuar con Bri; le he dado mil vueltas a todo. Pero ya está. Ella sigue con Zach, lo quiere y yo me... alegre. Les irá bien si ella no se mete en líos

La idea me congela la sangre y los labios. ¿Qué pasará ahora cuando la impulsividad de Brianna con los devastanos la arrastre otra vez a la soga? ¿Quién fulminará esos metros para llegar hasta ella y tratar de protegerla? ¡Por todos los dioses! Lo único que me queda es pensar que ella habrá aprendido de lo que ocurrió, que será cauta a partir de ahora. Aunque sea solo por él.

Axel espira de forma notoria, como si durante minutos hubiera aguantado el aire en sus pulmones.

—Lo siento, Blaze —me dice—. No sé por qué he reaccionado así.

—No, tenías razón. No debí haberla besado. No debía haber...

—No, no. Soy un idiota. A veces me paso sobre protegiéndola como si Brianna fuera una chiquilla que no sabe lo que hace. Pero supongo que sí lo sabe. Y en serio te digo que si algún día las cosas la hubieran llevado a tu lado, yo me habría alegrado. Lo único es... no puedo situar el momento en el que los dos habéis dejado de verla como yo la sigo viendo.

Lukas sonrío y se dispone a abrir la boca.

—Calla —se anticipa Axel.

—Te juro que nunca la había mirado de otra manera, Axel. Pero un día se me planta delante y me pide que la bese y... que su lengua se...

—¡Oh, por todos los dioses, cállate, Blaze!

Da media vuelta y se va ante el estallido de carcajadas de Lukas y mi hoy

acentuada sensación de meter la pata con todo lo que hago y digo.

—¿Qué pasó con su lengua? —pregunta Lukas. Cómo no—. ¿Cómo besa *La Chica*, Blaze?

Axel regresa y le propina una fuerte colleja; yo, otra más. Después, el propio Lukas nos abraza. Perfecto final a nuestra última noche fuera de los complejos devastanos. O casi perfecta. Siempre fuimos cuatro. Siempre juntos. Zach ha logrado distanciarse a Bri y no es que lo culpe por eso. Están juntos y quieren pasar su tiempo el uno con el otro pero hasta ahora no me había dado cuenta de lo mucho que la echo de menos. Debí haber ido, por lo menos, a despedirme de ella. Puede que yo tuviera mil líos en la cabeza pero Brianna no tiene la culpa y ella lo merecía. Ahora ya es tarde.

Al alba, los participantes se dirigen ya hacia los complejos devastanos. Sus semblantes no tienen nada que ver con la emoción de ningún participante en ningún torneo al que acude voluntariamente, sino más bien con el miedo de quien se sabe ante una última oportunidad para escapar del horror.

Axel, Lukas y yo avanzamos sin decir nada. Después de estar hasta altas horas recordando anécdotas y riéndonos de las mismas, estamos bastante cansados. Pero por suerte, habrá unas horas de por medio hasta que la competición arranque y supongo que podremos echar una cabezadita.

Hoy llega Urian, al que todos conocen como 'el Emperador'. Un devastano, claro. El hijo de puta mayor del reino, para que lo entiendas. A estas alturas, Edrych, ya no deberías sobresaltarte con mi vocabulario; además, confío entenderás que lo menos que puedo hacer contra un devastano es hablar de él en ese tono. Has visto el horror en cada uno de los sucesos que acontecen en Targon y estoy convencido de que en la Fratrís tocarás fondo. Aquí todo puede ser siempre peor.

Me llevo la mano al cuello, en el enésimo gesto instintivo cuando ya hemos alcanzado los complejos. El grillete me está destrozando y no me conviene empezar lastrado aunque al fin y al cabo, no puedo hacer nada contra eso.

Los complejos devastanos son lo que antes eran los cuarteles del ejército de Targon, apostados junto al antiguo castillo del rey Lagdan. Asesinado durante el primer asedio; sobra decirlo. En consonancia con lo que pienso

acerca de los niños y la razón por la que esos malnacidos se los llevan, está el hecho de que asesinen a los soldados y a los gobernantes de las ciudades e incluso aldeas que invaden.

Los ejércitos se conforman con hombres y mujeres de valía, reacios a resignarse y siempre dispuestos a luchar. Ellos son la primera y la última resistencia ante los devastanos y estos últimos necesitan asegurarse de que no quede nadie que imprima esperanza. Arrasan con colectivos a los que temen por su capacidad para sobreponerse al horror, soñar y luchar por el mañana. Pero cometen el error de menospreciar lo individual. En cada rincón de los territorios Sur de Asthais quedan personas que creen en la posibilidad de acabar con la sinrazón de los devastanos; personas que oran a sus dioses, que abren los ojos a un nuevo día con la esperanza de que aquel sea el último en esclavitud. Yo llevo mucho tiempo en una extraña relación con Viglio, preparando maneras de contactar con los elementalistas y allanarles el camino en Targon. Hasta ahora nunca había sido posible pero parece que las cosas están empezando a cambiar.

Entre los que llegan a los complejos devastanos y desfilan junto a estos — los convertidos—, hay hombres de todas las edades, muchachos; también mujeres. Algunos de ellos hacen evidente que no tienen ningún tipo de posibilidad de afrontar con éxito las pruebas que se proponen en la Fratrís. ¿Qué puede traerlos hasta aquí? Sonríó al pensar en la respuesta: el alma, que diría Axel; esa magia que te empuja cuando ni el cuerpo te responde. Aunque no creo que resulte suficiente para llegar hasta el Yndoria y cruzarlo con éxito, sin duda es algo que los engrandece.

Entramos en los cuarteles como si fuéramos ganado, en fila india, depositando las escasas pertenencias que traemos sobre los espacios en el suelo que se supone ocuparán nuestros camastros. Como hemos llegado juntos, estoy al lado de Lukas y enfrente a Axel. Extiendo un viejo saco en forma de camastro y coloco sobre él la vaina que contiene mi espada, dos dagas y un viejo arco que Lukas me ha prestado. Aquí tenemos que ir armados hasta los dientes —el único sitio en el que se nos permite—. Tomo asiento junto a mis bártulos y deslizo la mirada alrededor del lugar: estamos en una sala rectangular, larguísima y ahora mismo llena de personas que, al igual que he hecho yo, colocan sus pertenencias unas al lado de otras. Poco a poco el lugar irá vaciándose, con cada nueva prueba mortal e incluso con huidas que no llegarán a ninguna parte. Sucede cada año; los arrepentidos, los temerosos, los que llegan aquí con esperanza y acaban perdiéndola al

comprobar toda la barbarie por la que han de pasar para optar a su libertad. Todos han intentado huir pero el tatuaje en el brazo, que realmente es una runa, tiene por objeto algo más que distinguirnos como participantes de la Sanguinem Fratrís; aquel que huye, muere. De algún modo, mientras participas en esta basura, les perteneces. La idea resulta repugnante pero es otra moneda más en un pago excesivamente caro.

Busco con discreción a Druksen y Kaleria pero no los veo por ninguna parte. Aquí hay tanta gente que resultaría milagroso que diera con ellos de buenas a primeras.

—Chicos, decidme que estoy soñando —dice entonces Lukas, recuperando mi hoy dispersa atención.

Me vuelvo hacia la dirección en la que tiene la vista clavada y veo aparecer a Brianna. No sabría describir demasiado bien la sensación que se me genera en el estómago: alegría por verla; terror por el sitio en el que la lo hago; vergüenza por la forma en la que me marché, sin despedirme; rabia por el hecho de que esté en este lugar.

Se acerca hasta nosotros con paso decidido. Recoge su cabellera rubia en una cola alta y, después de una breve temporada utilizando vestidos que resaltaban su cuerpo escultural, ha regresado a los pantalones ceñidos y el jubón. Nada que no deje en evidencia cada curva en ella pero algo que también confirma que no viene aquí a exhibirse. Lleva una camisa blanca debajo del jubón, remangada, y distingo el tatuaje grabándole el brazo hasta la muñeca. Ni siquiera acierto a levantarme cuando llega junto a nosotros:

—Caballeros —nos saluda.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —espeta Axel, con brusquedad.

—Lo mismo que vosotros, ¿qué si no?

—Estás rematadamente loca —insiste Axel. A todos nos ha supuesto una patada en el estómago encontrarla aquí pero sé que él lo vive con especial angustia; al fin y al cabo, es el 'hermano mayor'.

Brianna me fulmina con la mirada y confirmo lo que, de todos modos, ya sabía: está enfadada. Digo más: me odia.

—No estoy más loca que vosotros, si todos estamos aquí.

—¿Y qué dice Zachy al respecto? —pregunta Lukas.

—Zachy dice que dará su vida por ella, si es necesario.

Nos quedamos los tres mudos cuando vemos a Zach aparecer justo por detrás de Brianna, ataviado con una indumentaria novedosa en él y, cómicamente armado. No porque lleve armas ridículas, ni mucho menos.

Pero todos sabemos que no tiene ni la menor idea de utilizarlas.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —insiste Lukas.

—Demostrar que no soy ningún cobarde. Y que si lo soy, estoy dispuesto a afrontarlo... por ella.

Brianna no dice nada; ni siquiera lo mira. Antes de dejarme claro de nuevo con los ojos que si tiene ocasión me matará con sus propias manos, empieza a caminar y desaparece entre la gente que aún se está instalando.

—¿Qué significa esto? —le pregunta Axel a Zach.

—Quiso inscribirse en la maldita Fratrís —responde este—. Traté de convencerla, de advertirle de que era una locura. Todos hemos visto en qué consisten esto pero... estaba decidida a hacerlo; y yo estoy decidido a no perderla por esto.

—Zach, no es ninguna tontería —le advierte Axel.

—Lo sé perfectamente. Pero quiero que sepa que la amo. Y que llegaré hasta donde haga falta por ella. Aunque no lo entienda.

Zach se marcha tras los pasos de Brianna y no tarda en desaparecer, también entre el tumulto. Yo no me he incorporado aún ni he abierto la boca. solo puedo sentirme como una maldita basura por haber dudado del amor de Zach hacia Brianna. Lo comparé conmigo, ensalzando mi heroicidad por haber llegado hasta el cadalso cuando iban a ahorcarla pero ¿no es acaso más valeroso afrontar la lucha cuando uno no tiene ni idea de pelear, por la persona a la que amas? Resoplo y me llevo una mano a la cabeza.

—Esto es culpa nuestra —dice Axel, observando aún el camino recorrido por Zach.

—Nadie ha obligado a ninguno de los dos a inscribirse —se defiende Lukas—. Si lo han hecho es por su propia voluntad.

—Lo herimos en su orgullo y a ella le instauramos la duda sobre lo que realmente Zach sentía por ella. Por los dioses, os juro que si le pasa algo a alguno de los dos, no me lo voy a perdonar.

—Axel, suficiente tendrás que tener con salvar tu culo como para estar preocupándote por el de *El Lechugas*. De Bri cuidaremos, claro que sí; como cuidaremos de nosotros mismos. El granjero que se espabile.

—Lo matarán en la jornada de inauguración —observa Axel, dejándose caer sobre su improvisado camastro.

Sus ojos se fijan en mí, como si aguardase algún comentario por mi parte. Pero yo no tengo nada que decir.

He necesitado algo de tiempo para asimilar la situación y ni siquiera ahora estoy seguro de haberlo hecho. Hace apenas unos pocos días, los chicos y yo robábamos en un local de abastecimiento devastano. Hoy aguardamos en los complejos de esa escoria a que arranque la maldita Fratrís. Y Brianna también está aquí, odiándome. Así que una vez que consigo echarme todo eso a las espaldas, camino entre la gente hacia la salida por la que Bri y Zach se han perdido. No tengo demasiado claro qué voy a hacer; lo único que sé es que no puedo evitarla eternamente y que, cuanto menos, le debo una explicación. Mi madre solía decir que cuando un problema no tiene solución, no merece la pena enfrascarse en buscarla, sino que lo único realmente útil es tratar de resarcir el daño. Y supongo que eso es lo que voy a hacer. Me detengo al llegar a la salida. Brianna está de espaldas, sentada sobre un peldaño y Zach, lo hace a su lado.

Él habla como si tratase de hacerle entender algo y ella calla, como si no lo escuchase. Es evidente que no están bien. Pero yo no me atrevo a interrumpirlos. Alzo la vista y me encuentro con cuatro devastanos — convertidos—. Nos miran y se ríen, pasean frente a nosotros, como si trataran de evaluar nuestra capacidad y nuestro aguante en las duras pruebas de la Fratrís. Por detrás de ellos cruza otro devastano, uno de los de verdad. Como todos, lleva capucha, me cuesta descifrar el objeto de su interés pero algo me dice que yo no soy algo muy lejano a eso.

Solo una mirada pesa más sobre mí que la que intuyo bajo la capucha oscura: la de Brianna. Cuando Zach repara en que se ha fijado en algo —o en alguien— se vuelve y me ve. Entonces se pone en pie y camina con tal determinación hacia mí que, por un momento, pienso que va a romperme la cara —o a intentarlo—. Pero me golpea en el hombro con el suyo propio y desaparece en el interior del complejo. Brianna se da la vuelta otra vez y permanece sentada. Yo resoplo, me armo de valor y tomo asiento junto a ella, mirando al frente, a los devastanos.

—¿No están las cosas bien con él? —pregunto. No sé si sea la mejor manera de empezar.

Bri me mira.

—¿Continúas preocupado por si seguimos juntos? Lo siento, sí.

—No quise entrometerme —respondo, tras un largo silencio. Brianna no

va a ponerme las cosas fáciles; no sería ella si lo hiciera.

—¿Qué quieres, Blaze?

—Quiero disculparme contigo. He sido un maldito imbécil.

Leo la rabia en sus ojos azules. Bri y yo nos hemos enfadado mil veces por diferentes causas pero nunca me había mirado así. Después sonrío con ironía y niega con la cabeza un par de veces.

—Se disculpa alguien que llega tarde —responde al fin—; se disculpa quien te golpea sin querer; se disculpa quien te suelta una mentira absurda. Pero la persona que, tras casi 20 años de amistad leal e incondicional, se marcha de tu lado para no volver nunca más y ni siquiera te dice adiós... Creo que a esa persona no le basta una disculpa.

—Tienes razón pero encontraré la manera de resarcir las cosas contigo.

—¿Es por Zach? —pregunta, volteándose ligeramente para quedar de frente a mí. Nuestra rodillas se tocan y el chispazo que siento amenaza con devolverme al pozo del que estaba convencido, acabaría saliendo—. ¿Estás enfadado conmigo porque sigo con él?

—No tiene nada que ver con eso; no estoy enfadado contigo.

—Entonces, ¿por qué no viniste a despedirte de mí, Blaze? ¿Por qué de Axel y de Lukas sí y de mí no?

Las lágrimas se le apelmazan en los ojos y me siento el mayor miserable del mundo. Trato de acercarme más a ella y cogerle la mano, un gesto que he llevado a cabo mil veces de forma natural y que hoy percibo forzado, no porque no quiera hacerlo, sino porque, de forma consciente o inconsciente, mido cada acto con ella. Pero Brianna se zafa y se aleja un par de pasos. Baja la escalera y se da media vuelta, mirándome. La situación es tan límite para mí que no sé qué hacer. Odio verla llorar y si no le digo la verdad, tendré que soltarle cualquier excusa estúpida que no la hará sentir mejor. Puede que la realidad tampoco resulte suave pero quizás sí la ayude a entenderme un poco más.

—Es por el beso —le suelto, casi sin pensar.

Ella me mira, boquiabierta e inmóvil.

—¿Qué? —murmura.

—Desde que nos besamos tengo la sensación de que algo ha cambiado contigo... No sé explicártelo. Ahora pienso que no debí hacerlo, me arrepiento pero lo hice, no puedo dar marcha atrás y lo cierto es que en los últimos días, no tengo ni la menor idea de cómo actuar contigo. Llámame imbécil.

—Imbécil.

«Te lo mereces».

Brianna se acerca de nuevo y se agacha delante de mí, colocando sus manos sobre mis rodillas. Yo clavo los ojos en ellas.

—Blaze, ¿por qué no me lo dijiste?

—Porque supuse que era una estupidez y que se pasaría.

—No debí haberte puesto en esa situación. Fue una estupidez pero no tenía derecho a colocarte entre la espada y la pared; es culpa mía.

—No, yo no debería haber aceptado, como hizo Axel.

—¿Habéis hablado del tema?

—Apenas. Pero ya conoces a Axel. Nada de preguntas ni detalles escabrosos.

—Por Lukas prefiero no preguntar.

Sonrío sin ganas.

—Blaze, no debí haberlo hecho pero lo hice y solo quiero que sepas que nada ha cambiado entre tú y yo, que las cosas siguen igual que siempre; que yo soy tu Bri y tú eres mi Blaze. Los dos amigos incondicionales y leales de siempre, ¿de acuerdo? No te coartes ni fuerces nada conmigo

Niego con la cabeza.

—Puede que las cosas no hayan cambiado para ti pero sí para mí.

Estoy en caída libre hacia la confesión y tengo la sensación de que me quitaré un enorme peso de encima si la hago conocedora de lo que me ocurre con ella.

—¿Por qué?

—Porque no dejo de pensar en ese beso ni en ti. —Abre la boca pero no llega a decir nada. Normal—. Porque volvería a hacerlo cada vez que te veo y porque creo... creo que me estoy enamorando de ti.

—Blaze...

—Ya sé que estás con Zach y lo respeto. Yo soy tu amigo, siempre ha sido así y soy perfectamente consciente de que si hay algo mal en todo esto, está en mí. Lo solucionaré y te aseguro que haré todo lo posible por que no notes nada extraño en mi comportamiento contigo. Seré ese amigo leal e incondicional que siempre ha estado ahí. Pero necesitaba que supieras todo esto para que entiendas que no decidí largarme e ignorarte porque no me importes, sino porque no quería joder más las cosas contigo. No sé, Bri, seguramente también me equivoqué en eso. Lo siento.

Guarda silencio y continúa agachada frente a mí, con sus manos sobre mis

piernas.

—No sé qué decir... —murmura.

—olo di que me perdonas.

—No tengo nada que perdonarte, Blaze.

Me abraza, abriéndose paso entre mis piernas. Y aunque vacilo, la abrazo también a ella. Acabo de prometerle que haré todo cuanto esté en mi mano por destensar las cosas y un abrazo entre dos amigos es lo más normal del mundo.

Cierro los ojos y hundo la cara en su cuello. Por todos los dioses, cuánto me gustaría poder hacer esto sin sentir un puño estrujándome el estómago o sin que mi corazón se desboque en latidos frenéticos. ¿Cómo ha podido lograr este efecto un simple beso? ¿O acaso habré estado siempre enamorado de Bri? ¿Es posible que el beso solo haya despertado lo que ya existía? ¿Qué más da? El caso es que lo siento, ella lo sabe y ahora solo queda matarlo. Al sentimiento, no a Zach, Edrych, por todos los dioses, ¿por quién me tomas?

Brianna se aparta y me sujeta la cara entre sus manos. Si no conociera el brillo de sus ojos, asegurándome que ya no está enfadada, pensaría que sigue odiándome y que busca el modo de acabar conmigo. Se mantiene a unos diez centímetros de mí y me sonrío, mientras sus pulgares acarician mis mejillas.

«¿Por que me haces esto, zopenca?».

—Me alegra que hayas tenido el valor de confesarme todo eso. Y juro que haré todo cuanto esté en mi mano por ayudarte a que las cosas vuelvan a ser como antes.

Sus palabras son una hecatombe arrasando cada parte de mi cuerpo. No sé qué esperaba, ¿que fuese a dejar a Zach y a echarse en mis brazos? ¿Que confesase haber pasado su vida, desde los 14 años, esperando a que me lanzase? Claro que no. Está enamorada de Zach y mi confesión solo le despierta ternura; es como un elogio para Bri que me haya fijado en ella. Pero eso es todo.

Asiento y sonrío con menos ganas que antes. Ella me da un beso en la mejilla y yo retengo las ganas de levantarme y desaparecer. En lugar de eso, sujeto las manos que aún mantenía en mi cara y las aparto con mucha suavidad, como si fuese a moverme.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto—. Zach y tú. Él ni siquiera sabe luchar. Bri sonrío.

—Quizás sea amor... —responde.

—En ese caso, ¿qué haces tú aquí? ¿Por qué arrastrarlo hasta este sitio?

—En un primer momento, cumplir con un arrebato cuando supe que te habías ido y que no me habías dicho adiós. Por un momento te odié tanto que necesitaba gritártelo a la cara. Pero me detuve antes de entrar en los complejos, atendiendo a los ruegos de Zach. Sin embargo... en ese momento vi salir a Axel y Lukas. Sabía que los tres estaríais aquí, que lucharíais juntos, que os apoyaríais, como siempre fue. Y supe también que esta vez mi ausencia no sería una más, como en los días en los que no os he acompañado a robar. Esta vez sería definitiva. No pude soportarlo, Blaze. Me inscribí.

—¿Cómo lo ha permitido tu hermana?

—Nunca lo hubiera hecho. Por eso tuve que dejarle una nota.

Sonríó sin ser capaz aún de despojarme de cierto atisbo de tristeza.

—¿Y tú te enfadas conmigo por no haberme despedido de ti?

—Es distinto.

Bajo la cabeza.

—Ya.

—Blaze... —La alzo de nuevo—, después de lo que me has dicho, me da vergüenza pedirte esto pero... ¿ayudaréis a Zach? Se mete aquí por mí, no sabe luchar. No me perdonaría que le ocurriese algo.

Asiento casi sin darme cuenta. Y lo cierto es que no estoy siendo hipócrita. Aunque Brianna no tuviera ninguna relación con Zach, nos pediría que lo ayudásemos porque ella es así, nobleza y bondad. Otro fracaso más de los devastanos.

Aunque sienta lo que siento hacia ella, le aseguro de corazón que ayudaré a Zach en todo cuanto esté en mi mano.

—Gracias —murmura ella—. Eres el mejor.

«Si soy el mejor, ¿por qué no me prefieres a mí? Oh, no, para, para, para. No vayas a entrar en ese terreno, Blaze Saukard; no en el de la lástima por ti mismo, no en el de los llantos por los rincones; no en el del victimismo y no en el de compararte con Zach en cada cosa y preguntarte por qué cojones prefiere a un maldito cobarde que apenas lleva medio año en su vida antes que a ti, que has crecido con ella, que lo has vivido todo con ella, que la has enseñado a besar».

Brianna se incorpora y se va. Yo me quedo aquí y me fundo con la devastación que nos envuelve.

Observo mi espada y vuelvo a guardarla en la vaina, que luego me coloco, cruzada sobre mi espalda. Recojo las dagas y calibro la rectitud de sus hojas; después, las guardo en mi cinturón. Tomo el arco que Lukas me prestó y me lo coloco también, cruzado sobre mi pecho. Por último, me abrocho la aljaba y el brazalete de cuero en mi antebrazo derecho. Hoy da inicio la Sanguinem Fratris y, por extraño que a mí mismo me resulte, agradeceré mantener la mente ocupada y lejos de distracciones. Aquí no puedo permitírmelas. La conversación que mantuve la tarde anterior con Brianna queda soterrada debajo de todo lo demás. Ni Lukas ni Axel saben nada y, si de mí depende, no lo sabrán. Esto tiene que acabarse aquí y no hay necesidad de emponzoñar más las cosas. Los observo y detecto en ellos la misma serenidad que en mí mismo, mientras se preparan. Bri llega poco después, con el cabello recogido en un moño y la misma ropa que traía el día anterior. Zach la sigue, armado, igual que ella, hasta los dientes. Alzo una ceja, entre divertido y confuso. La mitad de las armas que lleva no le sirven para nada, pues ni siquiera sabría desenvainarlas. Los ojos de Bri se encuentran con los míos y es como si, repasándome de arriba a abajo, tratarse de adivinar cómo me siento. Intento transmitirle que bien, concentrado y tranquilo.

Cuando salimos a la calle, observo que un sinnúmero de diligencias, viejas y destartaladas, aguardan. Todos los participantes irán afinados en ellas. Podríamos ir andando perfectamente, pues el viejo coliseo de Targon está a poca distancia pero supongo que viajar en esas pocilgas forma parte de toda esta basura, una manera estúpida pero efectiva para muchos de acrecentar nuestra inquietud.

Axel, Lukas, Bri, Zach y yo hacemos fila para subir en la misma. Y es entonces cuando, por primera vez, topo con las miradas de Druksen y Kaleria. Los dos me ven pero cada uno de ellos se mueve por separado, como si fuesen dos desconocidos. Cada uno accede a un carromato distinto y, como era de esperar, ninguno de los dos dice nada.

Montamos en las diligencias y no puedo evitar sentir escalofríos. Ni siquiera evito la mirada de Brianna, sentada frente a mí, de manera consciente, sino que mis ojos pasean por los rostros de terror de los demás participantes. Hombres más mayores, muchachos que apenas han de haber dejado atrás los 18, si es que lo han hecho. Algunos, por el contrario, se acercan a la vejez. También hay mujeres, chicas jóvenes y otras más maduras. Muchos de los participantes dibujan un rictus de dureza y

concentración en su expresión; otros, en cambio tratan de ocultar el temblor de sus manos sudorosas aferrando armas que nunca antes han empuñado. Sé que la respuesta está en la desesperación pero por momentos me preguntó qué puede traerlos hasta aquí, si saben que no tendrán ninguna posibilidad. Quizás crean que topando con otros tantos como ellos, la lucha se iguale. ¿Cuántas de estas personas sabrán manejar un arma? Me paseo la mano por el pelo y fijo, fugazmente, los ojos en la madera podrida que conforma el suelo de la diligencia. Después la alzo y me topo con los ojos azules de Bri, que no dicen nada. ¿Qué estará pen...?

«No, Blaze, corta. Céntrate y concéntrate. No pienses en otra cosa.»

Con la situación que asola el Sur de Asthais desde hace ya tantos años, no hablamos de nada nuevo pero supongo que a partir de ahora, la lucha por la supervivencia se acentúa. Desde hoy, cada día de mi vida será una pelea constante por vivir. Y de eso debo ocuparme.

En apenas pocos minutos hemos llegado al coliseo. Bajar de las diligencias hace que muchos de los que mantenían a raya la tensión, estallen en llanto. Observo a Axel y Lukas; continúan serenos y tranquilos, cosa que me sorprende. Ambos son buenos con la espada, las dagas, el arco y prácticamente cualquier arma que pongas en sus manos pero esto no tiene nada ver con escaparse de un cerbero o vencer a un devastano; esto es otra cosa. Axel me sorprende mirándolo y sonrío, dotándome de una tranquilidad que mantengo pero que se tambalea por momentos. Tampoco me pasa inadvertido el gesto de Brianna, apretando la mano de Zach, cuyo semblante sí es todo un poema.

Todos los participantes caminamos hasta acceder a una especie de túnel en el que la oscuridad se cierne sobre nosotros. Nos abraza un tufo extraño que no sabría describir. No puede ser humedad ni tampoco olor a cerrado porque el túnel no tiene puertas en ninguno de sus dos extremos. Bajamos por una escalera y, después de seguir otro pasillo, nos dejan confinados en un habitáculo pequeño con ventanucos enrejados que dan directamente al coliseo. Las gradas están llenas y por un momento me llevo la mano al estómago, asqueado. ¿Por qué todas esas personas que viven atenazadas por el miedo, el dolor y el sufrimiento, asisten a estas pruebas macabras? Es lo mismo que sucede en la plaza cuando los devastanos llevan a cabo una ejecución. La gente se agolpa allí para verla, desligándose por completo del menor lazo de empatía hacia las víctimas, hacia sus conciudadanos; hacia sus iguales. Tal vez, muchos de ellos tengan en este habitáculo a un ser querido

que luchará por su libertad pero aun así me parece escalofriante ser capaz de sentarse a mirar. Otro de los aspectos que siempre aborrecí de estas asquerosas pruebas: el morbo.

Mientras observo a través de uno de los ventanucos, mantengo los dedos aferrados a los barrotes de hierro. Los aprieto con fuerza cuando veo a Urian, al que todos conocen como 'El Emperador'. Ante él, los reyes de los grandes reinos se doblegan, entregados. Su estatura es más que impresionante y también su envergadura. Su larga melena blanca le llega, casi, hasta la cintura y, desposeído de la capucha que suelen llevar la mayoría de los devastanos, su expresión hace evidente algo muy distinto al resto: en su rictus no hay indiferencia ni ausencia de sentimientos. En su rostro hay odio, asco, maldad. Dos enormes protuberancias, en forma de cuernos, emergen desde sendos lados de su cabeza hacia atrás para después serpentear y terminar en dos afiladas puntas hacia delante. Resulta terrorífico. Sus ojos, amarillentos, observan con regocijo a la plebe, doblegada ante él. En la arena del coliseo hay cuatro o cinco devastanos —convertidos—. Los de verdad, están junto a Urian en la grada. Los de la arena, pasean y gritan, sin que sus voces alcancen a escucharse con claridad; alguna especie de discurso de inauguración de Sanguinem Fratris. Y entonces, sin más demora, unos elevados portones que conectan el habitáculo en el que nos encontramos nosotros con la propia arena del coliseo, se abren y, ahora sí, los devastanos nos apremian a acceder.

Lukas nos sujeta a Axel y a mí y formamos un corro cerrado, frente con frente, hombro con hombro. Brianna se abre paso bruscamente y asoma la cabeza entre Axel y yo. Entonces rompe el corrillo, apartándose de mí y apremia a Zach a unirse. Percibo el descontento en el rostro de Lukas y Axel. Yo prefiero no hacerlo evidente porque Bri puede pensar que la razón es otra. Pero no me agrada. Una cosa es que ella no quiera sentirse excluida de algo a lo que, al fin y al cabo, siempre perteneció. Y otra muy distinta es que pretenda que tratemos a su novio como uno más. No lo sentimos así; no es así. Pero ninguno de nosotros dice nada.

—De acuerdo, muchachos —empieza a decir Lukas—, no sabemos qué es exactamente lo que nos depararán la maldita Fratris, pero sea lo que sea, lo afrontamos juntos, luchamos juntos y si es necesario... morimos juntos.

Axel sonrío.

—Así sea.

—Así sea —añado yo.

—Así sea —interviene Bri.

Zach no dice nada hasta que ella le azuza.

—Así sea.

Nos separamos y caminamos junto a los demás hasta entrar en la arena del coliseo. A pesar de que el cielo está encapotado, el calor, pegajoso, es más que considerable. No lloverá, eso está claro; no llueve desde que los devastanos llegaron, hace casi dos décadas pero en los días así, el calor es mucho peor. El cielo muestra el serpenteante trazado de los relámpagos que preceden a los truenos. Las tormentas secas son frecuentes en época de verano. Muchas de ellas son naturales; otras, las consecuencias de los enfrentamientos entre elementalistas y devastanos en otros reinos más o menos cercanos.

Desde el centro de este particular circo, podemos ratificar que las gradas están llenas pero no hay alegría en ellas ni el jolgorio que debería acompañar a un evento de estas características si el trasfondo no fuese el que es. Mi madre nos hablaba muchas veces sobre los torneos que se organizaban en el coliseo: duelos a espada, lanzamiento con arco o incluso noches de espectáculo con representaciones teatrales o magia alquimista. Nada que ver con la Sanguinem Fratris o pruebas de la sangre, como muchos se refieren a ellas.

Los devastanos empiezan a azuzarnos para que nos coloquemos en círculo, siguiendo el perímetro del coliseo pero en la parte interior del mismo, lo más juntos que podamos, hacia el centro. Hoy es la jornada de inauguración pero sin duda, preparan ya alguna. Y no nos queda más remedio que obedecerlos, de modo que el más de centenar de participantes inscritos en la competición obedece. No nos situamos de forma ordenada ni en fila india. Somos demasiados. Simplemente nos agrupamos de forma y manera que formemos una especie de círculo concéntrico en la parte central de la arena. De pronto, algo desciende desde el cielo: es una especie de aro metálico de gigantescas dimensiones que gira mientras baja y se detiene sobre nuestras cabezas, levitando. La gente en la grada murmura, expectante; nadie sabe qué diantre es ni para qué sirve pero mucho me temo que no tardaremos en averiguarlo. Dicho y hecho. Desde que tenemos esa cosa flotando sobre nuestras cabezas, cuento cinco segundos y entonces, el suelo del coliseo se abre bajo nuestros pies, dejando tras de sí un boquete tan grande como el espacio que ocupaba la arena. Los más avezados y rápidos de reflejos reaccionan a tiempo de sujetarse en la barra metálica que conforma el aro. El

resto cae a un agujero negro de gran profundidad, cuyo final no alcanzamos a ver.

Los gritos en la grada que acompañaron el hundimiento de la tierra aún siguen produciéndose; se escuchan llantos, lamentos, maldiciones. Colgado desde la barra alcanzo a ver gente llorando; otros que se levantan y se marchan. Y a la mayoría, incrédulos y atenazados. Giro la cabeza a mi lado derecho y observo a Axel y Brianna; más allá está Zach, pálido como un muerto pero sujeto a la barra, que ya es mucho. A mi izquierda, Lukas. Y celebro interiormente que ninguno de ellos se haya descuidado como lo han hecho la ingente cantidad de infelices que han sido engullidos por el repentino agujero. Pero esto no acaba aquí. La barra metálica a la que estamos sujetos empieza a temblar, como también debe estar haciéndolo el propio coliseo, a juzgar por las reacciones que distinguimos en la grada. El agujero negro empieza a dejar de ser negro y se prende un leve fulgor que va creciendo, como si en las entrañas de aquel foso, emergiera fuego. Percibo el ascenso de un calor sofocante y es entonces cuando una enorme serpiente de ocho cabezas asoma sin llegar a alcanzarnos. Emite unos gruñidos ensordecedores y mueve sus cabezas con furia, como si pudiera impulsarse con ellas hasta saciar su apetito con las pobres almas que tiene colgadas sobre ella, como si fuéramos longanizas.

—Una hidra —observa Lukas—. Esto se pone divertido.

Prefiero no responder. ¿Qué tiene esto de divertido? Quizás Lukas se ría aún más después de que uno de los convertidos hable:

—El agujero permanecerá abierto hasta que seáis capaces de derrotar a la hidra, generando así que se cierre. Esta será la prueba inaugural de la Sanguinem Fratris. Que dé inicio, pues.

De acuerdo, hora de ponerse en marcha. Si la prueba consistiese en permanecer colgando de la barra metálica durante un tiempo indefinido, estoy seguro de que aguantaría. Pero admito que tengo que acabar dándole la razón a Lukas: al menos, habiendo de matar al bicho, la cosa se pone entretenida. Me balanceo con las piernas hasta que puedo tomar impulso suficiente como para que mi abdomen quede apoyado sobre la barra metálica. Después trato de sentarme sobre ella; no es muy ancha pero si logro mantener el equilibrio, conseguiré ganar al menos el uso de mis manos. Con cuidado, extraigo el arco y las flechas que Lukas me prestó y empiezo a disparar a la hidra.

Lukas tiene su propia metodología. Igual que hice yo, se impulsa pero él decide colgarse por los pies y empezar a emularme con el arco; confío

ciegamente en su capacidad para darle carpetazo a esta prueba antes de que sean muchos más los que caigan. Sé que llegará un momento en el que, probablemente, tendré que enfrentarme a muchas de estas personas o pasar por encima de ellas, pero mientras pueda servirles de ayuda, lo haré.

Mientras Lukas y yo disparamos, observo caer a más de uno en las fauces del monstruo; las fuerzas, mermadas por causa de la inanición, la enfermedad y los nervios, empiezan a fallar en muchos pero por más flechas que disparamos, nada parece capaz de doblegar a la hidra.

Me detengo momentáneamente cuando Zach está a punto de caer y grita. Brianna sigue sujetándose de las manos pero al verlo, se balancea y se sostiene, como Lukas, de los pies. Trata de ayudar a su novio pero no logrará aguantar su peso. Zach cuelga solo de una mano y con la otra, intenta llegar a lo que sea. Manotea a Brianna un par de veces y trata de sujetarse a ella. Si continúa actuando así, acabará por tirarla y entonces yo haré lo propio con él.

—¡Zach! —grito—. ¡Suéltala!

Pero es Axel el que reacciona. Se desplaza ligeramente hacia su costado, donde Bri colgaba hace unos segundos y sujeta a Zach del brazo, ayudándolo a que vuelva a aferrarse al aro también con la otra mano. Zach lo hace pero es evidente que no aguantará mucho más. Está sudando y su rostro es el vivo reflejo del pánico.

—Zach, intenta subir —lo apremia Bri.

—No puedo. No puedo más, Brianna. Ayúdame.

Con sumo gusto le partiría la cara porque no hace más que apremiar a Bri a olvidarse del verdadero objetivo de la prueba para salvarle el culo a él. Tengo la sensación de que pensándolo fríamente, actúa como un chico enamorado pero cuando la situación es límite, el único amor que queda patente es el que se tiene a sí mismo.

El cuerpo de Zach cede otra vez y la hidra asciende más, como si hubiera podido percibirlo y quisiera devorarlo cuanto antes. Y eso me da una idea.

—¡Lukas! —grito.

Entusiasmado en su propio tiroteo, mi amigo me mira.

—Hay que hacerla subir un poco más y ver si podemos darle una ración de acero.

Para mi sorpresa, es Brianna la que responde.

—Hecho.

—Bri —exclamo—. ¿Qué vas a hacer?

—Bajar. Axel, ayúdame.

Este me dedica una mirada asesina. La brillante idea ha sido mía pero no quería que fuese ella quien la llevase a cabo; no porque no la crea capaz, sino porque pienso que ya está sometida a demasiada presión con la actitud de Zach y necesito que lo haga alguien que esté tranquilo; yo mismo. Aunque bien pensado, ella es la más ligera y la que menos costará subir después.

Axel se impulsa también con los pies y termina colgado de ellos, mientras Brianna desciende a través de su cuerpo y queda ligada a él, únicamente por las manos. Entre el cuerpo de Axel y el de Brianna, se ha ganado una considerable longitud a la que la hidra trata de llegar.

—Cúbreme, Lukas —le pido—. Sigue dándole.

Uno de los cuellos de la hidra llega a rozar la pierna de Bri, impulsándose para tratar de alcanzarla y mientras Lukas continúa acribillándola a flechas, yo me descuelgo, aferrándome en una mano y con la otra, hundo la espada en el cuello de la bestia, que gime, apartándose.

—¡Otra vez! —grito.

Brianna se balancea en manos de Axel, que hace esfuerzos titánicos para sujetarla. La hidra se impulsa de nuevo y repetimos el guión, con un pequeño refuerzo más: Druksen se une al festival de flechas y la hidra vuelve a gemir, dolorida. Observo una sangre verde, pastosa y repugnante manar de su cuello.

Zach grita otra vez, fuera de sí.

—¡Ayudadme, por todos los dioses! No puedo más.

Diría que está llorando. Brianna se le escapa a Axel de una mano, de modo que vuelvo a balancearme, me cuelgo de los pies y extendiendo mi brazo.

—Bri.

Con un arduo esfuerzo, ella logra aferrarme y después de una breve pausa, Brianna se mueve otra vez para llamar la atención de la hidra, que da un último salto.

Lukas y Druksen la acribillan igualmente y yo hundo de nuevo mi espada en su ojo. Ahora sí. Sacude la cabeza a un lado y otro, grita, ruge y emite un chillido agudo que está a punto de hacerme estallar la cabeza. Arrastra su asqueroso cuerpo hasta el fondo del agujero, justo en el momento en el que Zach se deja caer, exhausto, y la tierra se cierra de nuevo bajo nuestros pies.

—¡Zach!

Bri se suelta de mi sujeción y la de Axel. Los que aún permanecían aferrados al aro metálico, se dejan caer, al igual que yo mismo, que Lukas y que el propio Axel.

Mis ojos buscan Druksen, a quien le agradezco de forma discreta. Él

asiente. Por último, observo a Brianna abrazar a Zach y lamento, de manera sincera, lo poco que ese chico va a durar aquí. Aguantará mientras seamos otros los que podamos salvarle el culo pero cuando deba afrontar él solo las pruebas, las cosas serán distintas. Aunque supongo que eso ya lo sabíamos. Y es que... Edrych, esta es la Sanguinem Fratris.

LIBRO 2

EL NORTE

1 Devastano

No puedo creer que estés aquí, ni la facilidad con la que puedes, Edrych, cruzar el puente de Yndoria. Casi resulta insultante. Una página y estás en el Sur; otra más, y apareces en el Norte. ¿No es mágica tu condición? Por encima de todo y de todos.

Mi nombre es Nazam y de los 23 años que tengo, he pasado cinco viviendo en la academia de Lonoa. Allí, como en las otras cuatro, no solo aprendemos a luchar de una manera en la que podrían enseñarnos en muy pocos sitios, sino que también aprendemos a dominar los cuatro elementos de la naturaleza: tierra, fuego, aire y agua. Cada uno de ellos se convierte en un preciado aliado durante los combates, con todo lo que eso comporta. Traducido y para que lo entiendas: ningún humano normal podría derrotarnos en una lucha de igual a igual, básicamente porque ésta nunca sería una confrontación de iguales.

Trabajamos durante años para convertirnos en elementalistas, guerreros del universo o de la naturaleza. Cualquiera podría estar aquí, pugnando por ello, aunque existe la sugerencia de que es mejor ser joven para hacerlo. La formación en lo que llamamos el Dominio —los poderes de los elementos— requiere de un mínimo de 14 años, o lo que es lo mismo: en un aprendizaje rápido, sin problemas de ningún tipo y sin retrasos, se necesita ese tiempo para poder llegar a ser un auténtico elementalista.

Nunca menos para conocer la totalidad de las runas que conforman cada elemento.

Por todo eso puedo enorgullecerme de ser, actualmente, el único alumno en las cinco academias que solo ha necesitado seis años para ascender de rango respecto de los mínimos establecidos hasta el máximo (dos para Tierra, tres para Aire, cuatro para Agua y cinco para Fuego; eso es lo normal). Y puedo enorgullecerme, sobre todo, de seguir vivo después lo ocurrido hace exactamente 17 días.

Todos creían que las academias estaban a salvo de la barbarie, puesto que nadie sabe exactamente cómo llegar hasta ellas pero lo cierto es que Lonoa ha

caído tras un inesperado ataque; la academia ha sido destruida y la mayoría de sus alumnos, asesinados. Los escasos supervivientes que logramos salir de allí, hemos sido reubicados en las otras cuatro academias, siendo yo el único que ha llegado a Dogma. Tras un largo viaje de 16 jornadas en carromatos, caballos y a pie, anoche el navío atracó en El Embarcadero y a mí se me invitó a tomar descanso en una habitación sin compañero, situada en el último nivel de la elevada torre que es Dogma. Lo cierto es que me sorprende haber sido capaz de pegar ojo pero lo he logrado; supongo que estaba agotado. Nadie ha venido a despertarme, así que imagino que esperan que hoy disfrute de, por lo menos, un día de asueto tras el largo viaje y las circunstancias vividas.

Llevo ya un buen rato sentado sobre la cama con la espalda encorvada hacia delante, mis propios dedos entrelazados y los codos apoyados sobre las rodillas. Me levanto, dolorido y no logro contener una mueca por el fuerte dolor que aún tengo en el pecho. Camino hasta el pequeño espejo que hay a mi izquierda, coronando una mesa pequeña y un taburete; una mesa de sanación para que nosotros mismos podamos curar nuestras heridas menos importantes. No llego a sentarme pero observo mi reflejo en el espejo mientras hundo las manos en la jofaina llena que hay sobre la mesa. Mi pelo negro está apelmazado y revuelto, cayéndome sobre la frente y metiéndose, por momentos, en mis ojos, de un ocre apagado, como si fuera bronce antiguo. Hace tiempo que los cortes y heridas forman parte de mi fisonomía; nunca he concebido mi rostro sin ellos. Recojo agua en el hueco de mis manos y humedezco mi cara en un sencillo gesto que resulta balsámico.

Desabrocho un par de botones de mi camisa y observo la herida, que está adquiriendo un preocupante color amoratado. Llevo días sin curarla y el peligro de infección aumenta. El arañazo nace en la parte izquierda de mi pecho, desde la clavícula y cruza mi torso al completo hasta perderse en el costado derecho. Cuando llegué a la academia, con apenas 13 años, recuerdo que no entendía por qué iba a necesitar tanto tiempo para prepararme y llegar a ser un elementalista. Durante mi estancia allí, los duros entrenamientos y las extremas pruebas seguían sin responder a esa pregunta. Todo allí costaba y dolía; todo exigía y las vidas de muchos de los críos que llegaron conmigo se perdieron en el camino, sin que ni siquiera eso despejase mis dudas. Ellos eran más débiles que yo, simplemente. Pero cuando tuve a un devastano enfrente, durante el asalto a la academia y crucé mi espada con la suya, lo comprendí todo. Bastó un choque de aceros y una mirada sostenida para

desentrañar cuestiones que se habían planteado y mantenido durante años, a pesar de todo; del sacrificio, del esfuerzo, de la exigencia y de las muertes. Las muertes. Bajo la cabeza y cierro los ojos. Discúlpame, Edrych. Las gotas del agua que humedecen mi cara resbalan como estrellas fugaces surcando el cielo, lastimeras.

Después de siete años en Lonoa, había llegado el momento de afrontar la última prueba del Dominio, la más complicada. Si la superábamos, seríamos elementalistas. Meta alcanzada. La prueba consiste en elegir a un compañero en la denominada Concatenación; ser liberados en los bosques de Caótica y generar un Vórtice que arrase con toda vida dentro de los parámetros delimitados, sin tan siquiera tocar los no establecidos. Un Vórtice es una mezcla de elementos que desata lo que se denomina una Tormenta Perfecta. Exige una medida milimétrica de fuego, aire, tierra y agua. Conglomerar ese potencial en las espadas elementalistas será, según los instructores, la única forma de hacer daño de verdad a los devastanos. Ellos están formados de nada, de vacío y por tanto, su existencia se elimina a partir de la vida creada sobre la muerte. Es algo complejo pero, confía en mí, Edrych. Lo entenderás.

Sacha y yo conformamos el mejor equipo de trabajo que he visto en mis seis años allí. Ella era la única persona capaz de ganarse mi confianza desde el primer día en que llegué a Lonoa. El Vórtice había empezado a girar, absorbiendo la esencia justa de cada elemento: primero, el viento; después, la tierra; luego, el agua. Y por último, el fuego. La cosa se me fue de las manos y Sacha sufrió las consecuencias. Un Vórtice mal desarrollado puede ser letal para sus integrantes y aquel día, yo casi la mato.

Cargué con ella durante cinco jornadas, hasta que el menor movimiento de su cuerpo la destrozaba. Palidecía por momentos, su voz se apagaba, la vida se le escapaba mientras me pedía, exigía y ordenaba que siguiera sin ella, que tratase de generar la tormenta, que puede llegar a generar un solo elementalista. Me negué, lógicamente. Ella y yo éramos un equipo y llegaríamos juntos hasta el final. Pero por primera y única vez en mi vida tuve miedo. Miedo de perderla, miedo a verla morir y a que aquella imagen me persiguiera para siempre como un fantasma. Era la primera vez que sentía miedo y también la primera vez que me había enamorado. Una vida sin ella se me antojaba desgarradora. Cargar con su muerte, insoportable. De modo que me rendí. Éramos una Cadena: si uno se rinde, fracasan los demás.

Tras dos semanas de agonía e incertidumbre, Sacha logró salir adelante y vivir. En aquel momento, el alivio me pareció una sensación mucho más

gratificante que un hipotético triunfo en la última prueba. Una prueba que concedía una segunda y última para poder llamarse, en el más amplio sentido de la palabra ELEMENTALISTA.

Volveríamos a afrontarlo juntos, los dos y entonces, lo conseguiríamos.

Pero nunca hubo segunda ocasión. Los devastanos arrasaron con Lonoa y lo que no pudo hacer el Vórtice, con todo lo que llevaba implícito, lo hicieron ellos en apenas unos pocos minutos; unos minutos de eternidad. Allí, entre el orgullo de guerreros entregados a una causa perdida, quedaron las vidas de Sacha y de muchos más. Por momentos sigue pareciéndome incierto. Hasta que la rabia y la ira devoran a la incredulidad como el fuego devora la brea y juro y perjuro que la vengaré.

Me yergo y camino hacia la puerta, abandono la habitación y me mezclo con el tumulto matinal de Dogma, muy parecido al de Lonoa. ¿Sigues ahí? Bien. Estás en lo cierto; hay algo que aún no te he contado pero confía en mí. Tengo todo el día de obligado asueto, de modo que conocerás toda mi historia.

Me cruzo con alumnos de varios rangos y, en las edades y sobre todo, en el tipo de heridas que marcan su piel, se hace fácil averiguar en qué rango están. Existen cuatro en la Jerarquía elementalista: el cuarto y más bajo de todos es el Tierra; todos aquellos que llegan pueden alcanzarlo después de superar la prueba de acceso al Dominio. El último rango, consiste en conocer y controlar todas y cada unas de las runas que conforman la instrucción de los guerreros de tierra. Son las menos numerosas, pues apenas hay 15 pero suponen ya una seria advertencia de lo que puede esperarnos en las academias. El tercer rango es el de los Aire; una criba importante reduce el número de los que son capaces de alcanzarlo. Las runas de aire son 30, el doble. Aprender a dominar el elemento y todos los recursos de los que puede echar mano un guerrero de Aire suele costarle la vida a unos cuantos. El segundo es el de los Agua. Número de runas: 72. Muchos pueden dudar sobre si el aire o el agua merecerían la consideración de mayor o menor rango respecto al otro pero la persistencia de esta última y lo traicionera que puede llegar a ser, además del incipiente número de runas que conforman su instrucción, le otorgan, sin ningún género de dudas, el segundo rango en la Jerarquía. Puedes darte con un canto en los dientes si consigues sobrevivir a la instrucción del elemento. El primero de los rangos es el Fuego. Su formación posee un total de 178 runas o lecciones que aprender para ser un buen guerrero de fuego. Es el más duro, el que más vidas cuesta y a la vez, el

que menos. De los que lo alcanzan y afrontan la última prueba, sobreviven pocos; los que llegan para someterse a la misma, son todavía menos. Y ahí estoy yo, con el símbolo de los cuatro elementos —tierra, aire, agua y fuego— tatuados en la base de mi cuello, sobre el pecho, a la espera de rubricarlos con la denominación de elementalista. Después de lo acontecido en Lonoa, tendré que escoger aquí a un nuevo compañero y afrontar la prueba con él, aquí. Por todos los dioses, cada vez que lo pienso me dan ganas de salir corriendo. A Sacha la conocí con apenas 13 años; sus debilidades, sus miedos, sus fortalezas... Todo para ser un equipo y profesarnos esa lealtad que se solicita en las Concatenaciones. ¿Cómo voy a llegar a eso mismo con alguno de todos estos desconocidos?

Mientras camino por los atestados pasillos, reparo en las miradas de soslayo que me escrutan. Supongo que mi fama me precede. Y no hablo de la que me sitúa como el único superviviente aquí de Lonoa —que también— ni siquiera de aquel que ha alcanzado el primer rango un tiempo imposible —que también—. Las miradas no expresan admiración o envidia. Hay recelo en ellas, miedo. Lo que quería comentarte: he sido un devastano, lo que muchos en el Sur llaman un convertido o un vacío. A los que no me conocen, se lo indican las dos líneas rojas. Arrancan en mis muñecas, rodean el antebrazo en diagonal y ascienden hasta los bíceps, donde dan otra vuelta para seguir su trazado por detrás el hombro y morir en mi nuca. Un recordatorio: los devastanos fueron, de algún modo, esclavos de los dioses, hace ya muchísimos años, en los inicios. Las líneas arrancan en las muñecas, como grilletes; llegan hasta el antebrazo como brazaletes de esclavitud y mueren en el cuello, como grilletes más grandes. Están trazadas en rojo, como la sangre, un pasado que ellos llevan grabado a fuego. Ahora son —o luchan por ser— el mayor imperio que haya conocido nunca Asthais. Esa es la obsesión de Urian, a quien todos conocen como 'El Emperador'. Él y su ejército han sembrado un reguero de sangre y conquista en el Sur que, a buen seguro, ha salpicado o golpeado de lleno a los padres, abuelos o hermanos de muchos alumnos en esta academia. Los elementalistas nos liberaron —a mí y a algunos otros muchachos más— cuando yo tenía 13 años y entonces, fue cuando llegamos a las distintas academias. En Lonoa solo logré acercarme a Sacha, sintiendo los celos de los demás. A ella no le importó mi pasado devastano; ella solo se preocupó de conocer a Nazam. Para los de Dogma soy un completo desconocido y eso me exige volver a empezar. En mí, ven solo al devastano, al conquistador, al sanguinario, al violador y al invasor.

Me detengo al doblar la esquina. En el extremo opuesto del pasillo está Korb, uno de los instructores de la academia y el que me dio la bienvenida anoche, al llegar. Me hace un gesto con la cabeza y reempiendo la marcha, siguiéndolo. Continúo siendo minuciosamente examinado y atrapo palabras al vuelo, utilizando la runa 22 del elemento Aire, la misma que me trae susurros y voces de palabras inconexas pero muy indicativas de mis nuevos compañeros de academia: «Devastano», «invasor», «asesino», «Lonoa», «superviviente». Dejo de invocar la runa mentalmente y cruzo el umbral de la última puerta del pasillo. Cierro a mis espaldas, tras la indicación de Korb y doy un par de pasos más, mientras observo la estancia: es circular y en su pared de roca, solo hay runas trazadas; tierra, aire, fuego y agua mezcladas sin ningún tipo de criterio. Las reconozco todas. Una gruesa cortina mantiene la luz del día fuera de una ventana combada, aunque se mece sacudida por el viento helado que penetra en la estancia. La chimenea está apagada y frente a la puerta hay una mesa cóncava tras la cual Korb toma asiento. Es un hombre alto, de cabello negro y espesa barba. Ojos severos, nariz pequeña y labios finos. Sus manos, grandes y rudas, están cubiertas de heridas. Ha de rondar los 60 años, quizás más pero estar en sintonía con la naturaleza, como le sucede a todos los elementalistas, concede un envejecimiento más lento y una mayor longevidad respecto de un humano normal.

—¿Cómo estás? —me pregunta. Su voz es grave, en perfecta armonía con su físico.

—Bien. Ansioso por llevar a cabo la prueba y largarme de aquí.

En cuanto quede acreditado como elementalista, podré abandonar la academia y unirme oficialmente al ejército elemental para luchar contra los devastanos. Sentirme útil.

—Tómatelo con calma, muchacho —me responde él—. La herida en el pecho no es ninguna tontería.

—Lo sé pero esta inactividad me exaspera.

—Entonces procura actuar con cautela y evita prolongar ese periodo de inactividad por ir demasiado rápido.

Guardo silencio; sé que tiene razón pero no puedo evitarlo. Cada vez que una herida ha sido lo suficientemente grave como para mantenerme alejado de la rutina de mis entrenamientos durante algunos días, la sensación ha sido la misma, la de un animal enjaulado que aguarda a ser liberado y al que se le escapa un valioso tiempo. Ahora es mucho peor porque la cabeza no deja de darme vueltas y visualizo repetidamente imágenes que duelen pero que no

aportan nada. Urian siempre decía que el dolor del alma es útil: lo aúnas, lo canalizas y lo haces estallar contra el enemigo. Pero cuando tras ese dolor solo hay espera, no sirve de nada y quema.

Urian, sí; has oído bien. El 'Emperador'. Muchos creen que los devastanos están vacíos pero no es cierto o al menos, no del todo: cuando no hay nada, no hay odio ni resquemor ni afán de hacer daño. Él sí lo tiene y para mi suerte o mi desgracia, recuerdo muchas de sus palabras; no en vano, estuve en los complejos devastanos durante tres años, convertido en su 'ojito derecho', en su alumno aventajado. Hasta que los elementalistas y terminaron con todo.

—Eflis está bien —me dice Korb, tras un largo silencio.

¿Que quién es Eflis? Es uno de mis antiguos instructores en Lonoa, el único que ha sobrevivido. Lo último que supe de él es que estaba muy malherido y lo cierto es que las noticias que Korb me trae me dejan bastante indiferente.

—La academia ha sido arrasada por completo —me explica, mientras clava su mirada en algún punto de su escritorio—. Jamás nadie había dado con el paradero de una de ellas... Tememos lo que pueda ocurrir en las demás. Las hemos avisado y tomarán medidas. Y tememos también que el Norte empiece a verse invadido por los devastanos.

Le observo sin decir nada. Me parece razonable que las academias extremen la cautela y se mantengan en guardia. Sin embargo, no puedo evitar preguntarme cuánto de a salvo estarán a pesar de todo. Solo los elementalistas pueden enfrentar a los devastanos, invocando las cuatro fuerzas de la naturaleza pero parece evidente —demasiado— que si atacan las academias, estarían destruyendo la fuente de formación enemiga. Siempre habían dicho que las academias eran inexpugnables e ilocalizables. Una vez visto que eso no es así, ya no hay nada que parezca sensato ni seguro.

Korb suspira y entrelaza sus dedos, colocándolos después por debajo de su barbilla.

—Según tengo entendido solo te restaba la última prueba para ser un elementalista. El Vórtice; aunque ya lo afrontaste una vez.

Tratar este asunto me cuesta horrores. La vida me ha hecho establecer un código claro: puedes equivocarte una vez; dos, jamás. Supongo que me resultará sencillo forjar un equipo de trabajo o Cadena de Concatenación con gente que no me inspire ningún tipo de sentimiento aquí. Lo difícil en este caso es precisamente lo mismo. ¿Cómo voy a establecer lazos de confianza

con personas a las que no conozco de nada para profesarles esa lealtad que se nos exige en la última prueba? ¿Existe término medio en esto? ¿Puede uno ser un poco leal? ¿Puede uno tener un poco de confianza? ¿Dónde está el límite? Lo único que tengo claro que jamás pasaré por lo mismo que viví con Sacha. Amarla me hizo zozobrar, temblar, temer, flaquear, rendirme. Urian solía decir que el amor te hace débil, y parece que tenía razón. No reviviré ese infierno nunca más. Ver sacrificarse a alguien a quien amas y tener que decidir entre su vida o el triunfo de los objetivos por los que has luchado durante los últimos años de tu vida... Echarlo todo por tierra sin saber si eso servirá de algo para esa persona de la que estás enamorado y sin la que, simplemente no quieres vivir y a la que tú mismo has estado a punto de matar.

Una vez, sí; dos, no. Cuando llegué a Lonoa era un crío de trece años que compartió 24 horas diarias con aquella preciosa chica de ojos verdes y sonrisa sincera. Luchamos juntos en mil pruebas, mantuvimos mil conversaciones, compartimos anhelos, sueños y esperanzas. Después, además... la magia de esas miradas sin explicación, las cosquillas en el estómago con su contacto durante cualquier prueba, el mareo de su respiración en mi cara, la necesidad de su risa y los besos a escondidas para que nadie supiera lo que había entre nosotros. Ella fue la única allí que me miraba sin miedo, la única que podía recorrer las líneas de mi brazo con su dedo, mientras sonreía.

Demasiados factores juntos como para no bajar la guardia y acabar enamorado de ella. Ahora no estaré tanto tiempo en este lugar; a esta gente no la conozco de nada y nunca me ligará lo mismo. Ninguno de los alumnos de Dogma tumbará el muro a mi alrededor y las cosas resultarán más sencillas: mientras yo quede con vida, si uno de los eslabones de la Cadena cae, el Vórtice seguirá siendo una opción tangible. Sin espada y pared, sin elecciones imposibles, sin conciencias reconcomiendo.

Korb se pone en pie y se me acerca, rodeando la mesa.

—Tómalo con calma —me dice, mientras coloca su mano sobre mi hombro—. Ahora ya sabes lo que supone la última prueba. Conoce a tus nuevos compañeros, reestablécete por completo y cuando estés preparado, vuelve allí abajo. Sabemos que puedes lograrlo.

Asiento con pocas ganas. No necesito palabras de ánimo como si fuera un chiquillo de cuarto rango. Sé perfectamente que puedo lograrlo y sé, de hecho, que lo lograré. Lo difícil, como decía, será escoger a compañero de

triunfo en esta academia atestada de críos asustados y recelosos que tampoco me generan ningún tipo de confianza. De acuerdo, tienes razón, no me ha dado tiempo a conocer a nadie, de modo que os haré caso a Korb y a ti y me lo tomaré con calma.

—Nazam. —El instructor me llama cuando ya le daba la espalda para abandonar su despacho—. Solo un par de cosas más. Lo primero... acude de inmediato a la planta de sanación para que te curen la herida del pecho; va camino de infectarse. Y segundo... Rubik llegará mañana con los soldados. Quiere verte.

No digo nada antes de irme. Rubik es un druida; no todos cayeron a manos de los devastanos, sino que algunos se refugiaron en las montañas. Rubik acompaña a los ejércitos elementales a las academias y, además de iluminarnos con sus visiones, a mí en especial me ayuda a que la runa devastana que surca mi brazo no despierte. Esas líneas hacen algo más que marcarme como lo que fui, razón por la que generalmente llevo el brazo derecho enfundado en un guante de piel. La runa late y respira, como adormecida. Tres años en los complejos devastanos no son algo que pueda eliminarse así, sin más. Lo noto en mí mismo, en lo difícil que me resulta empatizar con los sentimientos de otras personas, buenos o malos. Por eso valoro de forma especial todo aquello que Sacha fue capaz de despertar en mí. Cuando llegué junto a los devastanos, con apenas diez años, Urian me construyó lo que él llamaba una armadura de golpes. Cuando te golpean tanto durante días, al final tu piel ya no siente el dolor; se encallece, incluso. Ese fue mi día a día durante el primer año allí, cuando los devastanos no lograban convertirme.

Después, acabas sucumbiendo. No hay otra alternativa allí.

He sido el mejor alumno en los siete años vividos en la academia de Lonoa pero también fui el mejor devastano de la generación de críos que llegó hasta allí en aquel tiempo; tanto, que Urian me puso al frente de una de sus legiones, formada por chicos de entre 12 o 16 años. Irónico, ¿verdad? He sido el mejor en filas contrarias: el mejor matando elementalistas y el mejor matando devastanos. Y es que a pesar de que estos últimos son imposibles para un humano normal, yo sí los he matado. Supongo que ser el protegido de Urian sirvió para algo más que para convertirme en un hijo de puta.

2 Miedo al dolor

Dogma, como Lonoa y el resto de academias, según tengo entendido, es una torre de 325 metros de altura dividida en niveles. Los cuatro superiores son las habitaciones de los alumnos; cada rango en una planta, situadas en el mismo orden que la Jerarquía. El nivel central es la planta común, donde todos los alumnos pueden mezclarse; ahí está el comedor y un jardín situado a 310 metros de altura para poder respirar un poco de aire fresco. Más abajo están los niveles de entrenamiento: Tierra, primero; más abajo, Aire. Después, Agua y por último, Fuego. Este es el más peligroso, de modo que suele quedar dos niveles por debajo del resto para aislarlo.

Descendiendo una planta más, está el nivel de sanación y por último, las cocinas y lavanderías. La mayor parte de la torre hacia abajo, está deshabitada. Hasta la base, el Dominio o poder elementalista, protege el acceso, de modo que si algo sucediera, tendríamos tiempo de huir, exactamente lo que no sucedió en Lonoa, donde nadie se dio cuenta de nada hasta que fue demasiado tarde.

Bajando hasta el nivel de sanación, me cruzo con dos muchachos que no llevan el uniforme de los elementalistas. Lavaderos, diría. Me miran y parlotean entre ellos, volteándose un par de veces más.

Cuando un niño es enviado a una academia, renuncia de forma irremediable a su vida anterior. Se le permite mantener correspondencia con su familia o amigos pero no podrá volver a verlos ni abandonar la academia si no es eligiendo entre una de estas tres alternativas: convertido en todo un elementalista, muerto o como un humano más, después de haber abandonado. En este último supuesto, existen dos opciones más: renunciar al aprendizaje adquirido y marcharse de la academia o conservar los conocimientos y seguir viviendo en ellas, sirviendo a tus compañeros, ya sea como cocineros, lavaderos, sanadores, etc...

No es ningún secreto que muchos de los críos que llegan hasta las academias, lo hacen simplemente en busca de una oportunidad, un futuro. No tienen nada ni a nadie y allí fuera y, además, se creen protegidos. Nunca han

buscado convertirse en elementalistas; solo quieren un sitio donde sobrevivir. En fin, supongo que todo —o casi todo— es loable en pos de proteger la vida.

Después de un descenso inacabable, llego al fin al nivel de sanación. Siempre me exasperó la cantidad de tiempo que se pierde subiendo y bajando en la academia pero todo aquí es un entrenamiento y como tal hay que asumirlo. Entro en una sala amplia con tres camillas y un sinfín inagotable de mejunjes de sanación minuciosamente ordenados en enormes estanterías. Como en Lonoa. Todo es tan escalofriantemente parecido que por momentos me estremezco. Es como si en cualquier instante Sacha fuese a entrar a través de cualquier puerta. Tomo aire y espiro; eso no va a pasar. Quien sí entra por la puerta que hay al fondo es una muchacha de cabello castaño y ondulado. Viste con el uniforme blanco de los que ya no cumplen la instrucción en la academia. Sacha solía burlarse, asegurando que vestían de blanco como blanca era la bandera que habían sacado con la formación; se habían rendido.

La muchacha me sonrío con timidez mientras el rubor cubre sus mejillas. Se seca las manos en el uniforme y camina hacia mí.

—Ho... hola.

—Hola —respondo con sequedad.

—Mi... mi nombre es Alexandra. Tú... tú debes ser Nazam.

—Así es.

Sin que ella me diga nada, doy un saltito y tomo asiento en una de las tres camillas. Permanezco inmóvil, mientras espero a que ella acabe de recoger algunas cosas.

—La academia entera habla de ti —me dice—. Tu llegada es el tema central de todas las conversaciones y chismes.

Parece azorada y algunas de las cosas que trata de recoger con premura se le caen de las manos. Vaya, parece que la he puesto nerviosa.

—Me he dado cuenta —respondo—. Supongo que era previsible.

—Sí... —responde. Tartamudea todo el tiempo y se mueve demasiado rápido.

Por fin se acerca a mí y me mira de frente. Ahora que la tengo delante compruebo que está temblando y que sus ojos pugnan por retener unas inminentes lágrimas.

—El devastano —me dice—. Todos hablan del devastano.

La observo sin emitir la menor expresión al respecto, pese a lo que me exaspera que se dirijan a mí de ese modo; especialmente, alguien que ha

abandonado la instrucción. Fui un devastano, sí. Pero tras eso he dedicado diez años de mi vida a convertirme en el mejor elementalista que recuerdan estas jodidas academias. ¿Y todos siguen viendo en mí lo que había antes de todo ese esfuerzo?

En fin, el caso es que la chica está aterrada y eso es algo que tampoco me agrada.

—Puedo volver en otro momento, si lo prefieres —le digo, tratando de que se tranquilice.

Ella no dice nada y se gira en el momento en el que otra muchacha entra en la sala. Su cabello también es castaño, aunque con algunos matices más rojizos que el de Alexandra y rizado. Sus ojos negros, en contraste con su nivea piel le confieren una apariencia frágil pero la dureza de sus rasgos rompe con eso de pleno. Sus labios entreabiertos se cierran al verme y frunce el ceño, acercándose. Mueve su cuerpo esbelto con una gracilidad difícil de ocultar. Y me sorprende a mí mismo fijándome en su trasero, su cintura y su pecho. El uniforme es distinto al de entrenamiento pero igualmente ceñido y jodidamente insinuante en alguien como ella. Es preciosa, mucho más que Alexandra, que me perdone la chica por la absurda comparación.

—Alexandra, yo me ocupo —le dice.

Le echa un brazo por encima del hombro y aparta a Alexandra de aquí, guiándola hacia la misma puerta desde la que llegó. Cuando se marcha, ella se acerca de nuevo a mí.

—Soy Kristanna —me dice, sin mirarme a la cara—. Tú debes ser Nazam, el devastano.

—Soy Nazam —le respondo.

Ahora sí me mira a los ojos, mientras sujeta una gasa y una ampolla con un líquido violáceo en su otra mano.

—Hasta donde yo sé —continúo—, aquí nadie es Billy el cabrero o... Tanan el herrero o... Kristanna, la sanadora. Yo tampoco.

Tras un largo silencio, vierte el líquido sobre la gasa.

—¿Puedes abrirte la camisa? —me pide.

Lo hago y escondo una mueca cuando la fría gasa entra en contacto con mi piel. No me pasa inadvertida la expresión horrorizada de Kristanna con mi herida. Es fea, hay que admitirlo y el color que ha tomado en los últimos días, le da un aspecto más desagradable. No sé cuántas heridas de este tipo habré visto pero, a juzgar por el modo en que la mira, diría que no muchas.

—¿Qué le ha pasado a Alexandra? —pregunto, intentando romper el

incómodo silencio.

—Los devastanos mataron a sus padres y a sus hermanos —responde sin titubear. Me mira a los ojos mientras lo hace, esperando, supongo algún tipo de reacción en ellos. No la obtiene. No voy a disculparme por lo que otros han hecho, ni siquiera por lo que he hecho yo cuando mis actos no dependían de mi total voluntad.

—¿Esto te lo hicieron los devastanos? —me pregunta.

Resulta un alivio que cambie de tema.

—Sí —respondo—. Curioso, para ser yo uno de ellos, ¿no te parece?

Me mira de nuevo y no me responde.

—Tiene mal aspecto —se limita a decir.

—Lo sé. Durante el trayecto hasta aquí no pude curarla.

Se aparta un momento y regresa con una especie de espátula o bisturí. Me toquetea los puntos de sutura y siento auténticos pellizcos en la piel, que me tira, e incluso en la cabeza. Resoplo y ella me mira.

—Supongo que no tienes permitido entrenar ni llevar a cabo ninguna prueba mientras esto no mejore.

—Supones bien pero tengo prisa.

—¿Prisa? —Sigue enfrascada en mis puntos y yo me sostengo tan fuerte a la camilla que temo partirla de un momento a otro—. Hasta donde yo sé, te queda solo la última prueba y esa ha de llevarte a escoger a una persona de tu confianza. Dado que aquí no conoces a nadie, supongo que necesitarás algo de tiempo. No tengas tanta prisa.

Otro respingo. No sé qué demonios me está haciendo pero duele. Duele mucho.

—Esa confianza pasa por que me demuestren algo luchando —le digo—, cosa que no puedo hacer si estoy sentado en mi cuarto, mirando la pared.

—Entonces trata de recuperarte lo antes posible. Si te metes en una pelea y revientas los puntos, habrá que coserte de nuevo y volveremos a empezar.

—¡Au! —exclamo. Ella se detiene y alza una ceja, mirándome—. ¿Qué cojones estás haciendo?

—Curarte. Lo siento. Creí que soportarías mejor el dolor.

Se aparta y deja caer en una bandeja la espátula que estaba manejando mientras se lava las manos y busca más mejunjes. No puedo creerlo, ¿me ha llamado blandengue?

—Puede que no tengas buen manejo de ese trasto —respondo.

—Aunque así fuera —me dice, plantándose otra vez frente a mí y

fundiéndome con la mirada—. Creí que aguantarías mejor. No importa.

—Aguantar el dolor no significa no sentirlo —respondo—. Es más, cuando no sientes dolor es porque estás muerto. ¿No es cierto?

Esboza una sonrisa ladeada.

—¿Estoy muerta yo?

—De algún modo. Cuando permites que los miedos te atenacen y condicionen tu vida, obligándote a ser y a hacer lo que no quieres ser ni hacer, de algún modo estás muerto. ¿No crees?

Se le borra la sonrisa y continúa perforándome con la mirada.

—¿Te da miedo el agua, Kristanna?

Baja los ojos hasta la base de su cuello, sobre el esternón, donde se le tatúan los símbolos de 'Tierra' y 'Aire'. Ahí se quedó, claro.

—Aun sintiéndolo —continúo. Ella ha tocado mi orgullo y yo he tomado carrerilla y ver que mi 'presa' está tocada, despierta mi sed de sangre, como un tiburón que la huele—, parece que yo soporto el dolor bastante mejor que tú.

No es el comentario más amable que puede salir de mi boca pero en mi ideal, las ofensas se devuelven. La herida casi me cuesta la vida y esta vulgar sanadora que decidió que la instrucción era demasiado dura como para continuar, me trata como si fuera un crío que acaba de caerse. He vivido auténticos infiernos durante toda mi vida y aunque especialmente en los inicios, desfiló mil veces por mi mente la posibilidad de rendirme, jamás lo hice. No pienso consentir que trate de burlarse o ridiculizarme solo porque fui un puto devastano y probablemente me tiene tanto odio como su amiguita.

Ella se ha detenido y permanece inmóvil, mirándome.

—Agua, ¿eh? —Llámalo ensañamiento, si quieres. Pero no tienes ni idea de lo ha despertado en mí—. ¿No sabes nadar?

—Vete a la mierda —me dice.

Doy un saltito desde la camilla y me acerco más a ella.

—Cobarde —le susurro.

Después la aparto con el hombro y me largo de aquí.

Mientras subo la escalera que me aleja de la planta de sanación, cierro los botones de la camisa. Visto lo visto, no quiero que nadie en este lugar ceda a

la tentación de darme un tirón de los puntos y arrancarme los órganos internos con sus propias manos. Entiéndelo, ni toda la academia junta podría conseguirlo pero prefiero ahorrar esfuerzos para causas que realmente lo merezcan.

Sumido en absurdos pensamientos que logran dibujar una sonrisa en mis labios, de pronto ocurre algo: el tramo de escalera que aún me falta por subir desaparece ante mí y doy un pasito atrás cuando desde lo alto de los techos, empieza a descargar una enorme catarata que rompe en un pozo de negrura, abajo. Un *pliego*. Cambios súbitos del entorno que se producen en cualquier lugar y en cualquier momento, siempre con un elemento como eje central y que tienen como fin mantenernos en guardia siempre. Aquí ni siquiera dormir puede considerarse un acto total de relajación. En ocasiones, los *pliegos* ponen a prueba nuestro físico, obligándonos a sortear todo tipo de obstáculos para continuar avanzando; otras veces, no son más que ejercicios para la mente y los sentidos, ilusiones en parte, como lo es el hecho de que la catarata arranque desde los niveles superiores, donde seguramente no la están viendo porque simplemente no está.

—Ícaro, runa 12 —murmuro. Una invocación de aire para dar un salto lo suficientemente largo como para llegar a la escalera que queda oculta tras la enorme cortina de agua. Al pasar por ella, quedo totalmente empapado y resulta todo un alivio para mi herida, que ardía desde que aquella chalada acomplejada le echó mano.

Me revuelvo el pelo cuando llego al nivel 'Fuego'. El inconfundible olor a humo y carne quemada me sume en una sensación contradictoria: estoy aquí para esto, para afrontar la última prueba y ser lo que llevo tantos años pugnando por ser. Sin embargo, todo lo sucedido en Lonoa en las últimas semanas ha sido como un paréntesis extraño, como si la muertes de Sacha y los demás alumnos e instructores no se hubieran dado, como un mal sueño. Volver a lo que siempre ha sido mi vida, me devuelve a la crudeza de la realidad. El mismo olor, la misma visión pero una nueva y distinta soledad.

Tres muchachos corren hacia los niveles inferiores en el mismo momento en el que la catarata desaparece. Dos de ellos llevan prácticamente arrastras a un tercero con una notable quemadura en el cuello. Algo habitual. Que los dioses se apiaden de él si está en manos de la sanadora chiflada.

Camino con indolencia hacia una de las salas de entrenamiento y me detengo en el umbral de la puerta. Llamo la atención de unos pocos alumnos pero el resto, la mayoría, están centrados en el combate que se está llevando a

cabo en la parte central.

Un joven de cabello oscuro y desgredado mantiene un aro de fuego prendido alrededor de su cintura mientras su rival, una chica de cabello cobrizo, recogido en una cola, sostiene una espada llameante con la que intenta atacarlo con escasa o nula suerte. O mejor dicho, con escasa o nula técnica. No puedo evitarlo; mi mente va sola: solsticio inverso, runa 72. Si la chica fuera un poco lista, invocaría de forma repetida la propia runa de su oponente, el círculo. Si lo hace lo suficientemente rápido, el fuego empezará a crecer y decrecer, generando nuevos anillos y quemando, por fin a quien, paradójicamente, lo invocó. Una runa puede manejarse, hayas sido tú u otra persona quien la tenga en uso pero la mayoría de los alumnos se centran solo en las suyas propias, obviando que a veces tu enemigo te da la mejor arma que necesitas.

El chico hace más amplio su anillo de forma inesperada y acaba quemándola. Ella recula y pierde la espada pero antes de que él pueda reaccionar, corre y se desliza por el suelo, colándose dentro del anillo; le estampa un beso en los labios y cuando el círculo de fuego se cierra para atrapar a la joven, acaba solo abrasándolo a él, que ha sido incapaz de reaccionar. El chico grita y los demás ríen, incluida la flamante vencedora. No puedo creerlo. Espero que los demás estén a un nivel superior porque si el beso de una alumna es capaz de tumbar a uno de estos, voy a estar bastante jodido.

—Eso ha estado fatal, Sarah —la reprende el instructor—. Y lo mismo te digo a ti, Vimo.

—El beso me ha descolocado —protesta él—. No creo que un devastano vaya a hacer eso, de modo que no me lo tengas en cuenta, Saudar.

Saudar. Otro de los elementalistas que forman a los alumnos en Dogma. Muy conocido por su destreza en combate y por haber liderado, en su momento, grandes ofensivas contra los devastanos. Supongo que por eso, en gran parte, ha terminado en una academia. Si logra transmitir a sus alumnos al menos la mitad de lo que él mismo es capaz de poner en liza, la guerra puede tener posibilidades para el bando de los elementalistas, aunque visto lo visto, no da esa impresión.

—Descansad, muchachos, os hace falta —concluye.

Diría que es algo más alto que Korb, más corpulento, más imponente. Sus brazos hacen un par de algunos de sus alumnos y sus ojos, de un verde vivaz le confieren un aspecto aún más llamativo. Se me acerca, sonriendo y

descubro que tiene una cicatriz surcándole la mejilla, una quemadura, diría.

—¿Cómo estás? —me pregunta—. ¿Te han curado la herida? Korb dijo que no era ninguna tontería.

—Me han curado, gracias. —Prefiero obviar las groserías de la sanadora. Demasiado insignificante como para que me suponga un problema.

—Bien. Puedes dar un paseo por la academia, si deseas conocerla. Físicamente es igual que la de Lonoa pero supongo que tienes a muchas personas a las que conocer. Sé que aún no puedes luchar.

—Sí, a falta de eso, socializar estará bien.

Me dedica una larga mirada y no sé decir si ha captado mi ironía en el comentario. Bien pensado puede que no hubiera tanto sarcasmo en mis palabras: la gente aquí me observa como si con la mirada pudiera matarme. No deja de ser un combate, ¿no? En fin...

Saudar simplemente me da un golpecito en el hombro y se va. Yo me dispongo a hacer lo mismo pero la voz de uno de los alumnos que aún está en la sala de entrenamiento me hace detenerme:

—Un devastano en Dogma —exclama—. ¿Qué ha llevado a tu tribu a deshacerse de ti, enviándote al quinto infierno?

Me vuelvo y compruebo que es el mismo al que la chica venció. Debo presentar peor aspecto del que pensaba para que un imbécil de ese calibre se esté atreviendo a meterse conmigo.

—¿Para qué sirve un hombre cuando no vale para torturar hombres, violar mujeres y matar niños? —me pregunta ahora.

—¿Para ser el amante de tu madre?

La sonrisa que se le había trazado en los labios al alzarse para convertirse en el gallito del corral frente a sus amigos se le ha esfumado ante mi respuesta.

—Vimo... —murmura la chica que lo venció sin despeinarse. Sería un gran título para un libro pero supongo que un mequetrefe como él no merece el protagonismo que tengo yo en este. Gracias a ti, Edrych.

El tal Vimo recoge la espada del suelo y me la lanza. El fuego que ardía en su hoja se ha apagado y ahora solo humea. Él toma otra que le arrebató a otro chico y la prende rápidamente. ¿Un desafío a espada? Es insultante.

—Vamos a ver, '*debastardo*', si eres tan bueno como dicen.

Bonito juego de palabras. Se me acerca como una embestida, dando largas zancadas sostenidas en una determinación que le dura lo que tarda en llegar hasta mí. Detengo el primer golpe cruzando mi hoja y sesgo el aire para

empujarlo con una estocada. Él cae de espaldas y se levanta rápidamente.

—¡El anillo de fuego, Vimo! —grita otro lumbreras.

Hazlo, Vimo. Prende el jodido anillo y te enseñaré a utilizarlo. Lo hace y no puedo esconder una sonrisa des satisfacción. Ahora soy yo el que avanza hacia él y cuando trata de acercarse a mí, me agacho, deslizándome, por debajo, en la calidez de su aro. Invoco al instante la 72; mi anillo de fuego topa con el suyo mientras lo agarro del cuello y acerco su cara a la mía. El calor aquí es sofocante pero yo juego con ventaja: estoy mojado. Bendito *pliego*.

—Podría matarte de tantas maneras distintas que sería una lástima que tú solo pudieras ver una.

Me observa con los ojos como platos y empieza a gritar, mientras los dos aros de fuego siguen pugnando a nuestro alrededor, el uno contra el otro. El mío se multiplica por momentos hasta que deajo, mentalmente, de invocar más. Entonces, los aros se cierran a nuestro alrededor y solo el hecho de que yo me agache y tire del amigo Vimo para que caiga al suelo conmigo, evita que nos achicharremos; que él se achicharre. Yo sigo mojado —de lo contrario no me habría arriesgado a esto ni loco— pero él está sudando y atenazado, en *shock*, incluso, y con alguna llaga surcando su piel.

—¿Cuánto tiempo hace que eres un 'Fuego'? —le pregunto.

—T... tres años —murmura él, aturdido aún. Tarda unos segundos en mirarme.

—Puede que te falten un par de décadas más. Sigue entrenando.

Le suelto y camino entre el asombro de todos para abandonar la sala. Ya sé lo que estás pensando: es prácticamente un novato en el elemento pero déjame decirte que yo no he empleado ni un año en hacerlo.

Mientras asciendo un nuevo piso hasta la zona común, la voz de un chico me llama y, para mi sorpresa, lo hace por mi nombre:

—Nazam. —No me vuelvo ni me detengo pero él se coloca a mi lado y sube conmigo—. Eso ha estado muy bien. Es decir, no el hecho de vencer a Vimo; eso podría hacerlo cualquier 'Fuego' pero el modo en que lo has logrado... No conozco a muchos que sepan hacerlo.

Lo miro fugazmente. ¿Tú sí? Puede que aún no deba perder la esperanza en Dogma.

—Gracias —le respondo.

—Me llamo Axan.

—Tú ya sabes mi nombre.

Suena soberbio, lo sé pero acaba de llamarme por él, de modo que, me guste o no, debo aceptar que mi fama me precede. O cuanto menos, mi nombre.

Le dedico una fugaz mirada al comprobar que no deja de seguirme. Es un chico alto, de cabello oscuro y ondulado. Sus ojos son de un verde tan claro como lo eran los de los druidas, aunque no es posible que sea uno, evidentemente. Ninguno de ellos iba a necesitar aprender elementalismo en una academia.

Se detiene al fin, sonriendo, cuando me despido de él.

—Hasta luego

¿Vas a recriminarme esto? Por todos los dioses, estoy a punto de dejar de contarte cosas. Al desastre que arrastro tras de mí, está el día vivido hoy: los continuos exámenes visuales, las sentencias sin juicio, las palabras de la sanadora y... «Nazam, ¿por qué te importan las burdas provocaciones de una *don nadie*? ¿Es posible que alguien tan insignificante te haya tocado el orgullo? ¡Que la jodan! Solo tú sabes lo que has vivido y lo que has pasado. El dolor fue parte de tu cuna.» Al entrar en una academia elementalista, se aprende que todo lo que merece la pena, duele; que todo esfuerzo exige sufrimiento y que toda meta es más satisfactoria cuantas más lágrimas dejas en el camino. En mi caso, además, eso es algo que Urian ya se encargó de grabar a fuego en mi corazón. La disciplina devastana también pasa, evidentemente, por el daño físico, los golpes, los latigazos y las torturas. No hay parte de mi piel sin cicatrices ni rincón de mi mente que no viva atormentado por un golpe soterrado, una paliza o un severo correctivo. No permito que nadie juzgue mi capacidad de aguante al dolor. No después de todo eso. Y mucho menos alguien que se rindió ante él.

3 Solo Nazam

Después de un buen rato dando vueltas por la academia, he acabado en un lugar donde solía hacerlo habitualmente en Lonoa: el templo. Este sitio solo se llena de gente cuando se celebra un ascenso de rango o en alguna de las escasas fechas que se festejaban en la academia, los equinoccios, los solsticios y poco más. Por lo general, suele ser el emplazamiento más tranquilo, el más sereno.

En un sitio atestado de alumnos que luchan e invocan a los elementos, gozar de momentos de silencio es un preciado don del que solía disfrutar. Ahora la cabeza no deja de martillearme y de castigarme con gritos y golpes en forma de recuerdo; incluso las palabras suaves reverberan en mi mente, multiplicándose y arrebatándome la paz que siempre solía hallar aquí.

Estoy sentado en uno de los bancos de madera que queda frente a algo parecido a un altar. Un pequeño planeta gira lentamente sobre él mientras una especie de dios gigante alza sus enormes manos de piedra alrededor del mismo, como un mago haciendo levitar una pétreo esfera. Yo solía verlo más bien como un niño jugando a la pelota. ¿No somos acaso el juguete de los dioses? ¿No son como chiquillos divirtiéndose con nosotros? Recuerdo que Sacha se escandalizaba cuando se lo decía pero yo no podía dejar de creerlo; ni siquiera ahora, en honor a ella. Ahora menos que nunca. Y es que en definitiva, ¿quién los entiende?

El seco crujido de la puerta al abrirse acaba con mi paz. Por un momento permanezco inmóvil, esperanzado en que quien sea el que haya entrado, se marche al descubrir que estoy aquí. Nadie quiere toparse con el devastano; mucho menos a solas. Pero hoy no es, definitivamente, mi día de suerte y los pasos se acercan con firmeza y determinación a través del angosto pasillo que dejan los bancos en la parte central del templo. Para mi sorpresa, es el bueno de Vimo, que se detiene justo a mi lado.

—¿Has venido a rezar?

En serio, no habría abierto la boca si él no se me hubiera quedado mirando con ese gesto desafiante; todo lo que horas antes era miedo, ahora es rabia, ira contenida que pugna por estallar. Lo entiendo. Pero también él se lo buscó

antes, de modo que no le concedo mayor importancia. Me pongo en pie y paso por su lado pero mi sorpresa va en aumento cuando me topo con cuatro chicos más cortándome el paso, junto a la puerta. Niego con la cabeza mientras sonrío y doy media vuelta, de nuevo, buscando a Vimo, cuyo rictus continúa siendo un bloque de piedra.

—En serio —le digo—, no merece la pena.

Al fin esboza una sonrisa ladeada, tan afilada como un cuchillo.

—¿Tienes miedo, devastano? —me pregunta.

—Más bien estoy sorprendido. ¿En serio necesitas a tanta gente para enfrentarte a mí? Es halagador.

Se me acerca más y la ira se le traza en el rostro como un mapa claro y directo. No sé si ha de haberles dado alguna señal a los suyos pero todos desenvainan a la vez. Vimo recula y también toma la espada que llevaba en la vaina que se le cruza en la espalda. Soy el único que está desarmado y ni por deferencia al concepto del honor que han de haberle inculcado en esta academia desde el primer día, osa darme a mí un arma. La mía está en la habitación. «Bien, Nazam, bien...».

Se arroja encima de mí y yo trato de esquivarlo. Analizando el percal ya le he echado el ojo al soporte del candelabro que hay junto al altar, una barra metálica de aspecto liviano pero consistente, así que me echo hacia atrás y la sujeto a tiempo de alzarla para detener su segunda embestida. Eso no te lo esperabas, ¿eh, *Vimi*?

Paseo mi mirada entre los otros cuatro muchachos, cuando Vimo vuelve a atacarme; lo hace sin contenerse, imprimiéndole a cada golpe una furia más que notoria. De pronto, invoca una runa de Agua, la 21 y encierra mi cuerpo en un bloque de hielo, tan frío que duele con apenas unos pocos segundos de contacto con mi piel. Lo lógico sería que utilizase una runa de Fuego en respuesta pero no me gusta lo lógico; me parece previsible y protocolario. No hace más que indicarle a tu rival que posees las armas correctas para defenderte de sus ataques y para generar los tuyos propios contra él pero yo necesito algo más: quiero que sepa que no soy previsible, que siempre hay algo con lo que no contará a la hora de ir a por mí, de modo que invoco una runa de Tierra que estalla dentro del bloque de hielo, haciéndolo volar en mil pedazos. La esfera que rotaba sobre el altar cae al suelo y al dios que la custodiaba se le ha desprendido una mano. «Genial».

Cuando mis particulares rivales se recuperan del impacto que ha originado mi respuesta a la Runa de Vimo, cruzan sus miradas, confusos, hasta que la

voz de su amo les da una nueva orden y los cuatro se lanzan a por mí. Trato de contener todas las arremetidas que me llegan pero me resulta imposible. Devuelvo unos golpes y detengo otros tantos; esquivo unos ataques y genero otros nuevos pero no soy capaz de eludir todos los cortes y golpes que me llegan. Sé que podría acabar con esto de una forma rápida si invocase al menos unas 50 runas distintas pero tampoco quiero hacer explotar Dogma ni matar a esta panda de imbéciles que no se merecen ni la pena que les estoy profesando.

Error, Nazam, los has subestimado. Son imbéciles, de eso no hay duda pero son más que tú y ahora mismo eso es suficiente para hacerme caer de rodillas después de que uno de ellos me haya golpeado en la cabeza, por detrás. Sin darme tiempo a una posible reacción, otros dos me sujetan los brazos y un tercero, me agarra del cuello, por detrás, obligándome a alzar la cabeza para mirar al gilipollas de Vimo.

Ni se te ocurra juzgar mi vocabulario, por favor; no creo que el tuyo fuese mucho mejor en estas mismas circunstancias.

Vimo me sujeta con fuerza de la cara, hundiendo sus dedos sobre mi piel. El cuarto muchacho permanece detrás de él, mirándome con una expresión aterrada. No ha de tener más de 14 años y sin embargo parece ser el más inteligente. Si yo le estuviera haciendo lo que ellos me están haciendo a alguien como yo, también tendría miedo.

Aparto mis ojos de él cuando Vimo me asesta un soberbio puñetazo.

—Este por mi madre —me dice. Acto seguido me golpea de nuevo—. Este por mi padre. Y este... —Nuevo mamporro—. Por mi hermana, devastano de mierda.

De acuerdo, he ahí la razón principal de su resquemor. Supongo que la humillación a la que antes le sometí frente a sus compañeros de instrucción, tampoco es algo que haya olvidado pero la gente de Urian, mi gente también durante algún tiempo en mi vida, mató a toda su familia y aunque entiendo perfectamente el sentimiento de odio que me profesa, en este momento, doy prioridad a otras sensaciones. Entreabro ligeramente los ojos, sonrío y le escupo en la cara la sangre que encharca mi boca, sumiéndola en un sabor metálico.

Vimo vuelve a sujetarme con fuerza de la cara y me golpea otra vez. Me revuelvo, encolerizado y logro zafarme del agarre de uno de sus bufones, al que golpeo en la cara con el codo. Vimo alza su espada pero vacila para descargarla, ya que yo sigo forcejando con el otro chico y si apunta mal,

podría herirlo a él. El más joven de todos, recula, asustado.

La vacilación en los ojos de Vimo, sin embargo, desaparece y alza la espada, descargándola con fuerza en el mismo momento que la tierra que yo hice estallar hace un momento se recompone y la hoja se hunde en ella, amortiguada. Todos permanecemos inmóviles y con la mirada clavada en la entrada, donde se encuentra un alumno, cuyo rostro no me resulta desconocido: Axan.

Tardamos en reaccionar, como si la escena se hubiera detenido en el tiempo y solo entonces reparo en que la espada de Vimo se hubiera hundido directamente en la espalda de su amigo, que mantiene la mirada clavada en el suelo, con los ojos vidriosos. Lo suelto y me incorporo, dolorido y con la respiración a mil.

—El moribundo... —murmura Vimo.

No sé exactamente a qué se refiere pero Axan avanza despacio, como si las últimas palabras pronunciadas no fuesen con él.

—Si Saudar se entera de esto, consideraos expulsados —dice únicamente—. Todos.

Yo no digo nada. Sigo agotado y dolorido. Tengo golpes por todas partes, un par de cortes importantes y un punto de la herida en el pecho que se me acaba de soltar. Fantástico, si tenemos en cuenta que no llevo ni un día aquí y que esto ha sido fruto, solo, del encuentro con cinco payasos. ¿Lo ves? Estoy en baja forma. Gracias por seguir leyendo, a pesar de eso. Supongo que esperarías encontrarte con un fornido guerrero al que solo los dioses pueden vencer... Te lo prometo, sigue conmigo y verás que esto no es lo normal.

—¿Ya vas a irle con el cuento, moribundo? —vuelve a decir Vimo.

—Quizás se haya muerto antes —responde uno de sus bufones. El otro no se ríe; supongo que aún le duele la boca. El chiquillo continúa agazapado en su rincón, con rictus temeroso y la mirada clavada en el suelo.

—De acuerdo —zanja Vimo—. Será mejor que lo dejemos aquí.

—¿Y todo este desastre? —pregunta el amigo de mi codo—. Si no lo limpiamos, Saudar se enterará de todos modos.

—Que lo limpie el devastano —responde Vimo—. Dogma era una balsa de aceite hasta que él llegó; si ve que con él, vienen los problemas, lo expulsará a él; no a nosotros.

El circo de Dogma abandona la pista: primero Vimo, el payaso principal, al que siguen sus tres bufones en una procesión que cierra el mimo, el muchacho que ni se ha movido de su sitio.

Sin cruzar una sola palabra conmigo, Axan empieza a recoger piedras del suelo. Sujeta la esfera y la mano del dios.

—Supongo que lo primero es un 'gracias' —le digo.

—De nada —me responde él, sonriéndome.

Suspiro y me agacho a su lado, ayudándolo.

—¿Por qué han dicho lo de 'moribundo'? —pregunto sin reparos.

—Porque me estoy muriendo.

La claridad en su respuesta me sorprende y sin que yo le diga nada, él continúa hablando:

—Estoy aquejado de una extraña enfermedad, cuyo origen no se conoce y que avanza despacio, muy lentamente pero de forma implacable.

—¿Y te permiten estar aquí?

Ya empiezas a conocerme, soy el sumun de la sutileza. Él no deja de sonreír; me mira fugazmente y continúa recogiendo basura del suelo.

—Ya sé que a los devastanos se los destierra o se los mata, si físicamente aquellos que se convierten no valen para el propósito del Emperador. Pero aquí puede estar todo aquel que quiera y supere pruebas, ¿no?

—Y eres un Fuego... —observo.

—Eso dicen mis marcas.

Se golpea dos veces con el puño a la altura del esternón, donde tiene tatuados los mismos elementos que yo: Tierra, Aire, Agua y Fuego. Se pone en pie y camina hasta la estatua del dios; coloca su mano sobre su muñeca amputada e invoca una runa de Fuego, que funde la piedra. A la distancia a la que estoy, no sé ver si se notan los puntos de unión. Me extraña creer que pueda ser tan fácil engañar a los instructores de Dogma pero lo cierto es que después del día que llevo, el enfado de la Cúpula —así es como los conocíamos en Lonoa—, por unos cuantos desperfectos en el templo, me resulta lo de menos.

—Deberías pasarte por la planta de sanación —me dice, mientras coloca la esfera sobre el punto exacto en el que levitaba haces unos minutos. Por sorprendente que me resulte, vuelve a hacerlo, como si nada hubiera pasado.

—Prefiero dejarlo para mañana. Es tarde.

—Kristanna estará despierta.

—Razón de más para irse a dormir.

Axan se da la vuelta y me mira. Vuelvo a topar con unos ojos tan verdes que duele mirarlos.

—¿Ha pasado algo con ella?

—No —respondo, tras una leve vacilación—. Pero estoy bien. Prefiero irme a dormir.

Axan asiente y cuando me doy cuenta, el templo está tal y como lo encontré al llegar. Él repara en mi estupor, me sonríe y se marcha. Joder con el moribundo. Rectifico mentalmente. Yo no soy Nazam el devastano aquí dentro; se lo dije a la sanadora psicópata esta misma mañana. Y él tampoco es Axan el moribundo. Por lo pronto es la única persona aquí dentro que me ha mostrado un mínimo de amabilidad; bastante más de un mínimo, a decir verdad.

Por lo pronto y manteniendo cautelosamente ese término muy alejado de mí, es lo más parecido que he visto en Dogma a un amigo.

La noche ha sido un jodido infierno. Lo sabrías si la hubieras pasado conmigo pero agradecerás que no te haya sometido a semejante tortura. La cabeza me envía zumbidos que me han privado del silencio. Dormir en Dogma, como en Lonoa, debe ser fácil, pues al caer la noche, las tormentas eléctricas estallan con toda su furia, originando que el sonido de la lluvia, los truenos lejanos y el frescor con aroma a tierra mojada, te suma en un sueño placentero y reparador —a menos que un *pliego* te despierte—. Pero con el cuerpo ardiendo por los golpes, los escalofríos por la fiebre y el temblor ante lo que amenaza con ser toda una infección, no han hecho más que obligarme a dar vueltas y más vueltas en la cama, empapado en un sudor frío y casi con espasmos. He querido evitar la planta de sanación pero no me queda otra alternativa. Me urge regresar cuanto antes a los entrenamientos o acabaré sin recordar cómo empuñar ni una escoba.

Abandono la habitación y camino sin prestar, esta vez, especial atención a las miradas que siguen resbalándome como agua. Abrocho un botón más de mi camisa para que nadie se dé cuenta de que, en lugar de mejorar, la cosa empeora. Bajo rápidamente las escaleras que descienden a los niveles inferiores y dejo atrás las que no me interesan hasta llegar al fin a la planta de sanación. El olor es extraño en este sitio, una mezcla de hierbas aromáticas, cloroformo y a... ¿sanación? ¿Huele a algo la sanación? Lo que me faltaba...

¿crees que estoy divagando? Vamos, puedes ser sincero conmigo. De acuerdo, olvídalo.

Estoy apoyado con la cadera sobre una de las camillas en el momento en el que Kristanna y Alexandra entran juntas, hablando. Cuando me ven, se quedan quietas, con los ojos como platos y sin soltar la mano que llevan agarrada. Kristanna es la primera en reaccionar, hablándole a Alexandra.

—Vamos, márchate. Yo me encargo.

Alexandra me dedica su habitual mirada aterrada y se vuelve pero antes de que dé un solo paso, una maraña poco nítida de pensamientos en mi cabeza me da para acabar con esto:

—Quiero que sea Alexandra quien me cure —digo.

La interpelada se vuelve y me mira. Yo respiro de forma costosa.

—Pues lo siento —interviene Kristanna—. Alexandra está ocupada, así que seré yo quien lo haga.

Niego con la cabeza.

—Si no es ella quien lo hace, me marchó.

—¿Por qué diantre tiene que ser ella? —espeta Kristanna, enfadada.

—Porque quiero conservar los órganos dentro del cuerpo.

—¿Tienes miedo a que yo te los saque?

—Probablemente.

—¿Y crees que ella no sería capaz?

—Seguro que sí... —respondo, sin apartar los ojos de Alexandra—. Pero creo que lo que a ella le gusta es salvar vidas; no arrebatarlas. Contigo no estoy tan seguro.

Kristanna se vuelve y observa a su amiga. Niega con la cabeza pero Alexandra se acerca.

—Está bien, yo me ocupo.

—No tienes por qué hacerlo.

—Quiero hacerlo.

—Alexandra...

—He dicho que quiero hacerlo —la interrumpe.

Kristanna me fulmina con la mirada.

—Si te atreves a hacerle o decirle algo que la haga sentir mínimamente mal, acabaré el trabajo que Vimo empezó.

Las ganas de sujetarla del brazo y preguntarle a voz en grito, qué tiene ella que ver en lo que sucedió anoche, me empujan pero trato de centrar mi atención en Alexandra. Si me ve hecho una furia, lograré cualquier cosa salvo

calmarla.

Kristanna se marcha.

—Si necesitas algo, llámame —concluye, mirando a su amiga.

Alexandra se coloca delante de mí y me desabrocha, de nuevo con mano temblorosa, la camisa. Sujeto sus dedos, sin fuerza, y ella me mira, asustada.

—Tranquilízate, por favor. No voy a hacerte daño.

Ella se zafa.

—Eso ya lo sé.

Hace una mueca cuando ve la herida.

—Por todos los dioses... Está empezando a infectarse.

—Eso lo sé yo...

Me mira a los ojos y se aparta para recoger algunas cosas: ampollas, apósitos, un libro... Se mueve con rapidez y soltura, haciendo evidente que conoce dónde está todo, hasta el más mínimo mejunje. Mezclando una especie de pomada con un líquido amarillento, empieza a removerlo y me lo aplica alrededor del corte, sin llegar a tocar la herida, de un modo mucho más cuidadoso que Kristanna.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —le pregunto.

Ella me dedica una fugaz mirada y sigue concentrada en su trabajo. De pronto sus manos han cambiado el temblor por los precisos movimientos de alguien que trabaja con profesionalidad y devoción.

—Desde los nueve años. Tengo 18. Toda una vida.

—No ostentas ningún rango —le digo, habiendo observado ya la base de su cuello, en la que no se traza nada.

—Sé que la gente como yo no gusta en este sitio pero... No vine aquí con la intención de convertirme en una elementalista. Los devastanos mataron a toda mi familia en el Sur, así que para mí, Dogma fue una oportunidad.

—La gente como tú —observo. Hago una mueca cuando empieza a coserme el punto que se soltó.

—Lo siento —dice ella. Al menos se disculpa.

Asiento.

—La gente como yo —repite—, los que no vienen aquí a luchar ni a superar duras pruebas que pueden llevarte a la muerte. Muchos nos ven como parásitos que vienen a Dogma a vivir del cuento, disponiendo de comida, un techo y una cama.

—¿Y tú no eres así?

Me mira y percibo un latigazo de rabia surcar sus ojos marrones.

—No, no soy así. No he venido a buscar esa oportunidad de una vida mejor, sino a ganármela. Trabajo aquí durante horas, días y noches, salvando vidas. No soy un parásito.

—Sin embargo, la mayoría lo ve así.

—Sí pero yo no...

—Pero tú no quieres que te juzguen igual que a esa mayoría que sí llega a las academias buscando comida, techo, cama y protección. Solo quieres que juzguen a Alexandra.

—Exacto. Lo único que yo...

Mantiene sus ojos clavados en los míos porque acaba de entender adónde quiero llegar.

—Como tú no quieres ser juzgado por cómo son los devastanos, ¿no?

Esbozo una débil sonrisa. En situaciones normales, sería un gesto deslumbrante y embriagador que habría hecho que la buena de Alexandra se enamorase de mí; hoy no es más que un gesto forzado e incluso doloroso que ha de conferirme aún un peor aspecto.

—Solo como Naza —apostillo.

—¿Hay devastanos capaces de hacer algo distinto a matar, robar, conquistar, violar...? —me pregunta.

Le dedico una larga mirada y me pregunto cuántas de las cosas que está describiendo le han hecho a ella.

—No, no lo creo —respondo al fin—. Pero yo no soy un devastano. Solo soy alguien que está aquí sentado, hablando contigo. Dos parias sociales, al fin y al cabo. No somos tan distintos.

El comentario provoca una carcajada en Alexandra y, para mi sorpresa, su risa me resulta reconfortante.

—Paria social... ¡Demonios! Tú puedes subir y sentarte en los comedores. Despiertas respeto e incluso miedo pero nadie se meterá contigo por hacerlo. O casi nadie... Yo, en cambio, tengo que conformarme con las cocinas... No es lo mismo. No tienes derecho a autodenomiararte 'paria'.

—¿Por qué no puedes subir a los comedores?

Ella continúa trabajando mientras hablamos. Percibo algún que otro pinchazo pero sus manos se mueven con tanta maestría y cuidado que apenas duele. Una vez que ha terminado con la herida de mi pecho y los cortes que los esbirros de Vimo me provocasen, empieza con los golpes que tengo en la cara.

—Bueno, ya sabes... Esto está atestado de personas que vienen a jugarse la

vida, a prepararse para luchar en una dura guerra. Aquellas que no lo hacemos, no merecemos respeto para ellos, y sí continuos menosprecios. Aquí, al menos me los ahorro.

—¿Te menosprecia la gente que después ha de bajar aquí a sanarse?

—Sí, eso es...

—Qué osadía...

Me mira y sonrío. Parece que está empezando a relajarse y eso me gusta. Me hace sentir normal.

—¿Y a ti te gusta subir a los comedores? —vuelvo a preguntarle.

—Bueno, desde allí arriba el cielo es más limpio y puede disfrutarse con privilegio de las tormentas. Me encanta la lluvia, el aroma que arrastra, el frescor... Todo eso mezclado con el olor a pan recién hecho.

Cierra los ojos y suspira, como si tratase de imaginar su particular paraíso de comida y lluvia.

—Sube a comer después conmigo —le propongo.

Me mira con los ojos como platos. Igual que los estarás haciendo tú, Edrych. Para. No intento con ella, sino darle en los morros a esa panda de imbéciles que se creen con derecho a juzgarme y a juzgarla.

—¿Qué? —pregunta, incrédula.

—Que subas después a comer conmigo. Veremos si alguien se atreve a decirte algo.

—¿Y por qué ibas a hacer eso?

—En primer lugar porque me importa muy poco lo que piensen de mí y a ti debería importarte lo mismo. Y en segundo término y quizás más inútil... No puedo atenuar lo que Urian le hizo a tu gente, ni devolverte a tu familia. Pero puedo intentar resarcir en algo tu sufrimiento, si al menos consigo concederte este pequeño y accesible deseo.

—¿Tú no crees que es indigno que algunos vengamos aquí solo a buscar protección y una oportunidad?

—¿Desde cuándo es indigno luchar por la vida? —exclamo. Estoy siendo sincero—. Llegaste aquí huyendo de una muerte segura y de la soledad. Y en este lugar, te dedicas a salvar vidas, igual que trata de hacer un elementalista en el frente de batalla. ¿Qué te hace tan diferente, en el fondo?

Su sonrisa se hace más amplia, iluminándole los ojos. Desde que he sido capaz de dejar atrás buena parte del devastano que aún hay en mí, admito que me gusta la sensación de generar sonrisas; el poder que te confiere crear algo, ya sea mediante actos o palabras, que le proporcione felicidad a otra persona.

Tal vez por eso me he empleado tan duro en el Dominio de los elementos; tengo una apremiante y urgente necesidad de reparar todo el daño que he hecho, porque aunque no tuviera más de 13 años, al frente de los devastanos convertidos, he llevado a cabo auténticas barbaridades, actos que me perseguirán siempre como un depredador implacable.

—Esto ya está —concluye, mientras pasea su dedo pulgar sobre mi pómulo—. Deberás tener cuidado con la herida del pecho. La infección no es grave pero podría ir a más si no se cuida como debe, de modo que... te espero aquí mañana.

Asiento y camino hacia la salida.

—Nazam...

Me detengo y me vuelvo.

—¿A qué hora...?

—¿Las dos?

Asiente, sonriendo. Y ahora sí, me voy.

El resto de la mañana, lo paso tumbado en mi cama, aguantando el temporal de imágenes que bombardean mi cabeza cada vez que intento dejar la mente en blanco. Temporal... ¿Lo pillas? Idóneo para una academia elementalista, ¿verdad? Olvídalo. ¿Dónde te has dejado el sentido del humor? Supongo que no debe ser una característica habitual en un enviado de los dioses, ¿verdad? ¿Con qué os divertís ahí arriba?

Me incorporo y camino hasta la ventana abierta, donde el viento brama hoy con toda su furia. Cierro los ojos y siento los mechones de mi pelo dándome latigazos en la cara, deslizándose con su brusca caricia a través de los cortes y heridas que se me trazan por todas partes. Abro los ojos de nuevo y observo el vasto horizonte sin alcanzar a vislumbrar tierra por ninguna parte, más allá de los bosques que se alzan a los pies de la torre. Por momentos se me hace curioso pensar en la devastadora situación que asola al Sur, cuando desde aquí todo inspira una calma serena y estable. Es algo así como el fuego. Siempre me ha fascinado lo llamativo de algo tan intangible; la vivacidad de algo que no puede tocarse pero que sin estar ahí en una forma corpórea, sin poder se agarrado, quema y se hace notar. Igual que la guerra. Igual que la devastación.

Suspiro y me aferro con más fuerza al alféizar, pensando ahora en el sinfín de corazones apagados y marchitos que se limitan a respirar en una mala imitación de vivir. Los hijos del Sur. Esperando por nosotros, mientras yo dejo deslizarse el tiempo en la absurda espera por sanar esta maldita herida que me late en el pecho.

La fusión de todos esos pensamientos me lleva siempre a un punto común: aunque los devastanos se encargan de convertirte en una coraza de odio y sed de sangre, sin vida antes ni después de ellos, tengo grabadas en mi memoria las conversaciones que mantenía con otros niños al llegar a los complejos devastanos, antes de convertirnos. Los zyklos. Ni siquiera los elementalistas, sino los primeros moradores de la Tierra. Cuando llovía, solíamos decir que se trataba de batallas entre los aeros y los elores. La tierra temblaba en ocasiones porque los terráneos festejaban el solsticio de invierno allá en sus lejanos páramos. Los días de sofocante calor que derretían el Sur en verano los ocasionaban las disputas entre los ífugos. Como si aún vivieran. Pronto esas conversaciones furtivas al caer la noche dejaron paso al silencio sepulcral de los complejos, interrumpido solo por los gritos de aquellos que cedían bajo nuestras espadas.

Supongo que por eso aprecio tanto a las personas que me llaman por mi nombre, algo tan simple. A lo largo de mis años de existencia, he sido un humano —aunque apenas recuerde nada de esa etapa—, un devastano y un elementalista. ¿Cómo saber qué soy realmente? Lo único que ha estado siempre ahí es Nazam; en una u otra forma, con unas u otras ideas. Nazam. Y eso me lleva a preguntarme: ¿Cuáles son las mías propias? ¿Qué quiero ser realmente? No escogí ser un humano; tampoco un devastano; ni siquiera un elementalista.

En fin, lo único claro es que ahora estoy en este punto, convertido en todo un guerrero de los elementos, aunque no desposeído, en absoluto, de todo aquello que me ha arrastrado hasta aquí, con sus cosas buenas y sus cosas malas. Ahora no tengo demasiado claro cuál es tu papel, Edrych y es posible, probable, que tampoco tú lo sepas. Pero si algo he aprendido es que los caminos de los dioses tienen a veces trazados sinuosos y retorcidos pero todos tienen un fin al que nos guían nuestros propios actos y sus propias decisiones. Lo que tenga que ser, amigo mío, será y lo viviremos juntos, si no estableces mi abandono como causa merecida. Un día supe que llegarías a mí, aunque como tantos otros aspectos de mi vida, el por qué es algo que subyace en los páramos del olvido. Y y ahora me dirijo al de los comedores,

ya que debe hacer rato que han dado las dos.

Cuando llego al pasillo, topo con la figura de Alexandra en la puerta. Se retuerce las manos con desesperación, sin atreverse a entrar, mientras da un paso adelante y otro atrás, uno adelante y otro atrás. Dos alumnos de rango Aire salen, empujándola y se ríen, una risa que se borra de sus rostros cuando se cruzan conmigo y los detengo, colocando mi mano sobre el pecho de uno de los dos. No les digo nada; el miedo que han pasado en estos treinta segundos es más que suficiente. Sigo caminando y llego junto a Alexandra, que sonrío de un modo extraño.

—Creí que no vendrías —me dice.

—Tengo que comer —respondo.

Ella asiente, nerviosa.

—¿Tú vas a hacerlo en el pasillo? —le pregunto.

—No pero...

Cuando vuelvo la mirada hacia los comedores, me encuentro con multitud de caras mirando hacia aquí y cuchicheando. Casi parece mentira que esto sea una academia de elementalistas; más bien parece un colegio de críos que, lejos de aprender a dominar algo que puede ayudarnos a decantar una guerra mortífera, aprenden simplemente a sumar.

Sujeto a Alexandra de la mano y entramos hacia adentro. Cojo dos bandejas y sigo tirando de ella hasta que llegamos a la mesa en la que una robusta mujer de mejillas rojas y ojos azules nos mira. La comida no tiene una pinta demasiado exquisita pero hace tiempo ya que lo único que exijo de los alimentos es que alimenten. Tomo una pasta de puré de patata, algo de verdura y un poco de carne. Después miro a Alexandra, que continúa paseando su vista alrededor de la estancia, en la que somos el centro de atención. Sonrío al imaginar los pensamientos de toda esta panda: el parásito y el devastano vienen juntos a comer.

—¿Vas a coger algo o prefieres que esperemos a la cena?

La despierto de sus pensamientos; sonrío nerviosamente y empieza a servirse algo de comida.

—No les prestes atención —le sugiero—. Por más que estés en los comedores, junto a la tormenta que está desarrollándose ahí fuera y te tumba de espaldas el olor a pan recién hecho, si solo estás pendiente de esas personas, no lo disfrutarás.

—Tienes razón. Solo es que... detesto ser el centro de atención.

—Es difícil que no seas su centro de atención cuando eres el tuyo propio.

—Sí, supongo que es cierto.

—Vamos.

Caminamos hasta una de las mesas que se ubica junto a los enormes ventanales, la que queda más al fondo. Alexandra se sienta frente a mi y parece fascinada ante algo tan sencillo como lluvia, relámpagos, truenos y el viento.

—Es increíble. ¿No te lo parece? —Me mira—. Y más increíble aún ha de ser poder dominar algo como eso, con la... ferocidad que desprende. ¿Cómo es?

—¿Dominar una tormenta?

Asiente con vehemencia mientras yo mastico.

—Poderoso —respondo, después de rumiar durante unos segundos la respuesta. Observo a mi izquierda el ventanal y la lluvia cayendo con furia, los truenos berreando; los relámpagos, dibujando *zig-zags* en el cielo encapotado—. Así es como te hace sentir, como si fueses un dios que decide qué hacer con lo más básico de la vida, los elementos que le dan origen.

—Debe ser alucinante.

—Tú podrías haberlo logrado; aún puedes, de hecho.

—Oh, no. Eso no es para mí —responde, mientras come. Ha logrado olvidarse de todos los que nos rodean, a pesar de que estos siguen mirándonos como si fuéramos un par de centauros con tres cuernos en la cabeza y ocho ojos en las axilas. Parece que voy conociendo tu sentido del humor, Edrych—. Como bien le dijiste a Kristanna, lo que a mí me gusta es salvar vidas, dar alivio a personas que llegan hasta allí abajo, sufriendo. Resulta reconfortante, aunque luego ni siquiera te lo agradezcan.

—Supongo que sus vidas no han estado realmente en peligro. Cuando atisbas la muerte de cerca... ya lo creo que valoras la vida y a quien se ha ocupado de que esa permanezca ahí, de que puedas seguir respirando.

Alexandra asiente y come otro bocado.

—Y... ser un devastano... ¿cómo es?

Ahora soy yo quien deja de masticar. Lo malo de darle confianza a la gente es que, tarde o temprano, acaban tocando temas de conversación que no osarían si quiera pensar si se mantienen al otro lado de esa línea entre el miedo y el respeto. Pero esta chica solo tiene curiosidad.

—Ser un devastano es todo lo contrario a ser un elementalista. Uno vive de esperanza y el otro de desesperanza; uno vive de vida y otro, de muerte.

—¿Cómo lo hacen para convertirte en uno de ellos?

—No es recomendable que lo sepas, Alexandra.

—Lo siento —se disculpa.

Sonrío débilmente, divertido en parte por su reacción y tratando, por otro lado, de que se tranquilice.

En este lugar se ríen de ella porque no vino a convertirse en una elementalista pero se tragarían sus palabras si supieran que, al final, será gente como Alexandra la que los salve o, cuanto menos, la que les otorgue una oportunidad real de ganar en la guerra contra los devastanos. No ya solo por el hecho de ser una sanadora que cura sus heridas, sino por el brillo que desprenden sus ojos, por ser capaz de ilusionarse con pequeñas cosas, por mirar una tormenta fascinada, a pesar de vivir en una academia elementalista, rodeada de personas que, a diario, dominan los elementos. Alguien a quien, en definitiva, es fácil insuflarle esperanza.

Un alumno de primero —huele a tierra mojada— se me acerca con más miedo que vergüenza y se detiene a unos pocos pasos de la mesa.

—Na... Na... Nazam...

Lo miro sin decir nada.

—Saudar quiere que vayas a verlo... cuando acabes... cuando acabes de comer.

Asiento y el chico desaparece. Alexandra lo observa mientras se va.

—Nunca había visto a Vrion tan asustado —me dice—. Eso...¿Te gusta?

—No es mi tipo.

Se echa a reír y logra arrancarme la sonrisa más sincera que esbozo desde que salí de Lonoa. Atrae más atenciones que nuestra mera presencia juntos.

—No me refería a él, sino al hecho de imponer miedo.

—No —respondo, mientras termino de comer.

—Te creo. Pero aquí va a costarte no hacerlo.

—No me gusta hacerlo pero tampoco me preocupa. No me lo tendrían si hubieran esperado a una razón para tenérmelo. No les he hecho nada.

—Has sido un devastano.

—¿Y crees que eso me define? He sido muchas cosas a lo largo de mi vida.

—Un devastano no es como un granjero o... un comerciante... o algo así.

—Lo sé.

—Pero habiendo sido un devastano —añade, tras un largo silencio—, me has dado la mejor comida que recuerdo desde que llegué a Dogma. Gracias.

—No deberías coartarte de hacer lo que realmente quieres. Si deseas subir

aquí a comer, entonces hazlo.

Alexandra sonríe.

—Eso es más sencillo cuando te acompaña un... devastano.

Lo dice casi con miedo, como si temiera mi reacción y aunque admito estar harto de escuchar ese término, la comprendo. Por eso no le digo nada al respecto.

—Tengo que irme. Saudar quiere verme.

—No olvides pasarte por la planta de sanación esta tarde. Seguro que en unos pocos días estarás mejor.

Asiento, me levanto y me voy.

4 El Vórtice

Cuando llego hasta el despacho de Saudar, llamo y no espero respuesta para entrar. Entonces, me detengo en el umbral de la puerta. Rubik está allí. ¿Lo recuerdas? El último druida, según dicen. Junto a él, el propio Saudar y Korb, además de un hombre de elevada estatura, cabello ondulado que le cae hasta la altura de los hombros y ojos rasgados, oscuros. Parece demasiado joven para ser un capitán de los ejércitos elementales pero es lo que dice el brazalete que rodea su bíceps derecho. Viste de gris; Un uniforme estrecho y aparentemente cómodo, el uniforme de combate. En su rostro hay numerosas heridas y su mano izquierda está vendada con un aparatoso apósito.

—Pasa, Nazam —me invita Saudar.

Lo hago, cerrando al fin tras de mí.

—A Rubik ya lo conoces —interviene Korb— y él es Darek, capitán elementalista. Nos trae un informe de cómo están las cosas y de las advertencias que se hacen llegar hasta las academias después de lo acontecido en Lonoa.

Darek me dedica una larga mirada y no habla hasta que Saudar y Korb le invitan a hacerlo con una elocuente mirada.

—La situación en el Sur es caótica. Reinos y aldeas siguen cayendo con poca resistencia. Allí estamos demasiado dispersos y después de tanto tiempo luchando, las fuerzas empiezan a escasear. Hemos logrado importantes victorias en varias zonas pero nada definitivo en el cómputo global. El puente de Yndoria está vigilado desde el propio Sur, atestado de devastanos y cada vez se hace más complicado cruzar. Después de lo acontecido en Lonoa, además... está claro que están entrando en el Norte y que tratarán de minar la principal fuente de abastecimiento de guerreros de la que disponemos: las academias.

—Eso resultaría absurdo —responde Korb, después de haberlo escuchado con inusitada atención—. De las academias salen pocos guerreros y los que salen, no son más que muchachos y muchachas que nunca han tomado parte activa en la guerra. ¿Por qué los devastanos iban a tomarse tantas molestias

por ellos en lugar de centrarse en los ejércitos, nutridos de valerosos y veteranos elementalistas?

—Los muchachos están bien preparados, Korb —interviene la voz cansada de Saudar. Tal vez no lo esté pero es así como la percibo. Quizás solo esté harto—. Abandonan las academias con plenas garantías y los devastanos lo saben. Están capacitados y frescos; sin el hastío de una guerra que no acaba.

—No te lo niego pero aun así, me parece excesivo que se arriesguen a entrar en el Norte solo para destrozarse las academias.

—No creo que lo hagan solo para eso —vuelve a decir Darek—. Empezarán por destruir la cantera de elementalistas pero su deseo, a buen seguro, es tomar todo el Norte como están haciendo con el Sur; como prácticamente han hecho ya.

—No destruyen las academias para minar el abastecimiento de elementalistas —dice por primera vez el druida—. Saben que hasta aquí llegará alguien; alguien a quien tuvieron bien vigilado pero que se les acabó escapando.

Todos me miran a mí.

—Hace muchos años que me perdieron de vista —digo—. Y supongo que a estas alturas saben que soy un elementalista.

—Aún no —murmura Darek. No es difícil comprender que se ha fijado en las marcas de la base de mi cuello: los cuatro elementos no están aún rodeados por el círculo que cierra el ciclo, el Vórtice. Hasta que no sea así, no seré un elementalista.

—¿Y para qué iban a quererlo ya? —pregunta Korb.

—Porque confían en recuperar al devastano.

Mi guante. Cubre un brazo que mata todo lo que toca. Un recuerdo de lo que fui; de lo que, en parte, aún soy. A pesar de los diez años en Lonoa, nunca he conseguido deshacerme de la marca que en su día me distinguió como uno de ellos y eso es algo que siempre me ha inquietado, porque permanece ahí como si lo que quedó atrás, siempre fuese a seguirme, como si de algún modo, pudiera regresar. No me siento desligado del todo y eso es algo que queda patente en mi carácter.

—¿Estás tratando de decir —le pregunto a Rubik— que la razón por la que asediaron Lonoa soy yo?

—Eso me temo —responde sin paños calientes—. Urian no es idiota. A buen seguro sabe de lo que serías capaz. Fuiste uno de ellos y no uno

cualquiera —sigue diciendo—. Y ahora eres uno de los nuestros. Si logra recuperarte, serás el más valioso de todos porque posees información de las academias y dominas los elementos que podrías utilizar en su favor.

Lo miro fijamente. No estoy seguro de saber a qué se refiere: ¿está hablando solo de lo que a Urian le gustaría o cree realmente que puedo acabar traicionándolos? No soy el único crío al que sacaron de allí cuando los elementalistas atacaron los complejos, aunque no sé qué haya sido del resto. ¿Pero por qué iban a estar buscándome tantos años después? ¿Para qué? ¿Es posible que supieran que el envido de los dioses vendría a por mí? En ese caso ya dispondrían de más información que yo, puesto que ni siquiera sé por qué estás aquí, Edrych.

—Todo a su debido momento, muchacho —responde de nuevo Rubik, como si pudiera leerme el pensamiento—. Por lo pronto, lo que urge es que te conviertas lo antes posible en un elementalista, que no estés a medio camino entre lo uno y lo otro.

—No estoy en medio camino —respondo, tajante.

—Sabemos que debéis ser vosotros —interviene Saudar— los propios alumnos, quienes escogáis a vuestra Concatenación pero queríamos sugerirte los nombres de los muchachos más aventajados en Dogma para que los tomes en consideración. Si te parece bien, os enviaremos a los bosques de Caótica para que pongáis en marcha el Vórtice. Si lo superáis, os uniréis a una de las legiones elementales.

Sonrío.

—Supongo que urge que me largue, si creéis soy el objetivo de los devastanos, ¿no?

Hay un significativo cruce de miradas. Pero no espero más. Recojo el papel que Saudar me entrega y abandono la sala. Apenas he dado tres pasos después de abandonar la estancia, cuando me detengo y apoyo mi espalda en la pared.

La maldita herida me está dando más quebraderos de cabeza de los que creí posibles y me recuerdo a mí mismo regresar esta tarde a la planta de sanación. La herida. El tajo es tan grande que por un momento me pregunto si los devastanos me quieren vivo o muerto. A juzgar por lo que han dicho los elementalistas, desean capturarme de nuevo con vida pero yo no estoy tan seguro. Sin embargo no puedo negar que lo que acabo de escuchar sume a una lista insoportable de culpas. ¿Fue por mi causa por lo que atacaron Lonoa, matando a todos? ¿Está ahora Dogma en peligro? Tal vez fue ingenuo

pensar que Urian se olvidaría de mí, aunque hayan transcurrido diez años desde que los elementalistas me arrancasen del ejército devastano.

Suspiro y empiezo a caminar de nuevo. Cuando estoy a punto de llegar a la planta de sanación, Kristanna, la sanadora chalada, me aborda en la escalera.

—Eres un maldito imbécil —me suelta—. ¿Cómo se te ocurre llevar a Alexandra a los comedores?

—Ella quería ir.

—¡Claro que quiere ir! Pero no es recomendable que lo haga. Si puede evitarse un mal rato, ¿por qué buscarlo? Hoy la acompañabas tú pero otro día no lo harás y entonces la tomarán con ella.

—¿Y me lo estás recriminando a mí? ¿No deberías decirle todo esto a esos imbéciles?

—Escucha, devastano...

—Me llamo Nazam —la interrumpo.

Me dedica una sonrisa ladeada.

—Pues escucha, Nazam, aquí hay mil cosas que no son justas pero son y tú no vas a venir a cambiarlas ahora por más poderoso que te creas. Aquellos que abandonan la instrucción son inquilinos de segunda en Dogma, de modo que lo ideal para nosotras es comer aquí abajo y evitar malos ratos como el que Alexandra pasó en los comedores cuando te fuiste.

—No me ha dicho nada.

—Ni lo hará porque tú no eres su jodido salvador, ¿me oyes? Lo único que necesita es que la dejes en paz, que dejes de entrometerte en todo y no la molestes más.

—Quizás lo único que ella necesitaría es una amiga de verdad y no una chalada que defienda la actitud de los imbéciles que se meten con ella cuando su vida ha estado y estará mil veces en sus manos. ¿Qué puedes deberle a una persona más importante que la vida? —Se dispone a responderme pero la corto—. En vez de agachar la cabeza ante lo que han dispuesto los de allí arriba, deberías echarle un par de narices como hizo ella y tratar de cambiarlo porque lo que está mal no es la actitud de Alexandra ni la mía, sino la de ellos, que la cohíben y la tuya, que lo acepta, actúa en consecuencia y la arrastra a ella a hacer lo mismo que tú. Toda tu maldita vida te ha movido el miedo pero a ella no y si eso es lo que te molesta, entonces ve con tus amigos los elementalistas soberbios y húndete en la misma mierda que ellos. Y sé tú quien la deje en paz.

—No me conoces de nada —murmura, atónita, tras unos segundos de recomposición interna.

—Te conozco lo suficiente como para saber que tiraste la toalla cuando el Agua se te complicó, cosa que no ha hecho ella. Tú has afrontado dos elementos y ella ninguno pero es que ella no quería lo mismo que tú. Quería ser sanadora y lo es, a pesar de lo que digan. Tú querías ser elementalista y no lo eres. Por eso ella se atreve a subir al comedor y tú me recriminas a mí el haberle concedido esa pequeña alegría en lugar de subir allí arriba y gritarles a ellos que son unos jodidos imbéciles.

Tocada y hundida. Me cuesta tan poco lograr ese efecto en las personas que a veces me siento culpable. Hoy no. Le tenía ganas a Kristanna y ella se empeña en ponérmelo en bandeja. Me aparto y continúo caminando hasta la sala de sanación, donde por suerte sé que ella no estará.

Por la noche no hago sino dar vueltas en la cama. Ni siquiera la tormenta, que suele ser una buena compañera a la hora de cerrar los ojos y olvidarme de todo, ayuda. Los contundentes truenos, que estallan con bramidos aterradores rompen el silencio que, en mi cabeza, genera el pistoletazo de salida para los pensamientos indeseados. Pero como digo, esta noche ni siquiera eso es válido. Me levanto y salgo al pasillo, donde todo está en el más absoluto silencio. No sé con certeza qué hora pero el cielo arremolinado de nubes densas es de un negro profundo que cuenta que aún queda mucho para el alba. En el nivel de Fuego en el que me encuentro, las antorchas, ancladas en la pared, ofrecen luz a la nada, proyectando en los negros muros de la pared rocosa, sombras bambolaentes que danzan en una melodía insonora.

Avanzo descalzo, sintiendo el frescor del enlosado, mientras bajo la escalera en dirección a la planta de entrenamiento de Fuego. Necesito, aunque sea, mover un poco la espada o acabaré volviéndome loco. Alexandra me ha curado la herida esta tarde y ya presenta mucho mejor aspecto, aunque la lentitud en su sanación resulta exasperante y de nuevo, un fogonazo de esos que me aterran surca mi mente como una flecha traicionera. No ha sido un relámpago; ha sido el anhelo de no poder ser herido, el que me protegía cuando era un devastano. Una espada humana no podía hacerme daño; una elementalista hubiera tenido que trabajárselo bien. Los convertidos humanos

sí pueden ser heridos e incluso resultar muertos ante una espada común; son humanos. Punto. Pero el caso es que potenciar la runa que tengo en el brazo me dotaba de una imbatibilidad que muchas veces echo en falta. ¿Es eso recriminable, Edrych?

Me ajusto bien el guante y continúo bajando hasta que llego a la planta deseada. Allí escucho gritos, voces y choques de espada. Alguna otra pobre alma que no logra planchar la oreja. Cuando llego a la sala desde la que provienen, me encuentro con una sorpresa inesperada: Kristanna lucha con Axan, invocando los dos, runas de Fuego. No puedo creerlo. No me sorprende la destreza que él demuestra, pues su nombre es el primero en el papel que Saudar me dio esta tarde con los alumnos más aventajados de Dogma; le saca al segundo tal ventaja que ni siquiera me interesa saber quién es este. En Lonoa llevé a cabo el Vórtice únicamente con Sacha y si aquí me decido a hacerlo con alguien, ese sería Axan, es decir, si no se muere antes. Sé que es un pensamiento brusco pero también realista. Fue él quien me contó cuál es su situación. Tampoco sé qué garantías puede ofrecerme su salud para encarar un Vórtice pero supongo que se hará necesario una pequeña conversación con él.

La que sí me sorprende del todo es Kristanna. Es una sanadora que ejerce como tal porque abandonó la instrucción en el rango de Agua pero domina el Fuego a la perfección. Tiene su parte de explicación lógica: los elementos son independientes unos de otros; es decir, se puede aprender a dominar el Aire sin dominar la Tierra y también el Agua sin el Aire y, por supuesto, el Fuego sin el Agua. Pero la necesidad de dominarlos todos y hacerlos por orden es la de aprender sobre lo que sucedió con los zyklos en los albores y lo que no debe volver a ocurrir: un elemento compensa a otro; uno equilibra al otro, evitando confrontaciones letales y caóticas, de modo que si no se domina el Agua, no deberían enseñarte a dominar el Fuego. Pero Axan se lo pasa por donde le da la gana, al igual que ella.

Si realmente él es el mejor, supongo que ha de estar conteniéndose porque el combate se muestra bastante equilibrado. Hasta ahora. Kristanna recula para tratar de recuperar una posición que ha perdido; craso error cuando tu oponente esté empleando un lazo de fuego que persigue el movimiento del rival. Este quema a Kristanna en la cara y Axan extingue la llama. Ambos están exhaustos, por lo que deben llevar ya un buen rato entrenando. Axan se acerca a ella y le acaricia la mejilla.

—Lo siento —le dice.

Ella niega con la cabeza.

—El que juega con Fuego se quema, ¿no? —responde.

Axan sonrío débilmente y ella suspira.

—Un movimiento previo con la espada, Kris —le dice él—; el lazo buscará la hoja y tú te recolocas donde debas. Si no, el fuego siempre va a por ti.

Ella asiente.

Carraspeo con toda la intención de hacer evidente mi presencia en este lugar y los ojos de ambos se clavan en mí.

Kristanna lanza la espada al suelo y se marcha, sin decir nada. Lleva puesto el traje de entrenamiento que, sin duda, le queda bastante mejor que la más holgada túnica de sanación.

—Lamento la interrupción —le digo a él—. No podía dormir.

—No te preocupes. La sala es toda tuya, si venías a entrenar.

Muevo la espada con desidia.

—¿Qué estabas haciendo con la sanadora? —le pregunto a Axan, mientras él se seca el sudor con un pañuelo.

—Entrenar, qué si no.

—Pero ella no debería manejar runas de Fuego.

—No, no debería. Pero Kristanna hace muchas cosas que no debería. Me pidió que le enseñase y... eso hago. Es una excelente luchadora y sería una gran elementalista si completase la instrucción.

—¿Y por qué no la completa?

—Eso deberías preguntárselo a ella.

—Te lo estoy preguntando a ti.

—Sí pero no es algo que me concierna a mí explicarte.

—¿Le tiene miedo al agua?

Axan me mira y sonrío.

—Pregúntaselo a ella —insiste.

—De acuerdo —me rindo—. Tengo otra pregunta para ti.

Axan me escruta de arriba a abajo y sonrío.

—Adelante —me dice.

—Si no me han informado mal, estás en la misma situación que yo, es decir, eres casi un elementalista y lo serás si afrontas con éxito el Vórtice.

—Te han informado bien.

—Y eres el mejor alumno de Dogma.

—Eso dicen los coeficientes.

—Todo eso podría convertirte en mi mejor amigo.

No sé qué le parece gracioso pero se ríe. A decir verdad, resulta difícil verlo desprovisto de una sonrisa que mezcla autosuficiencia con algo más. Si supiera qué es te lo diría, Edrych.

—¿Por qué no tienes Concatenación? —sigo.

—Porque no ofrezco garantías. Mis coeficientes son los mejores pero mi salud, no, desde luego. Pocos creen que aguante un Vórtice.

—¿Y qué crees tú?

—Yo creo que nadie ofrece las garantías que a mí se me exigen. Cualquiera de nosotros podría estar muerto mañana por la mañana. Pero de lo que sí ofrezco garantías es de esfuerzo máximo. Y para mí, eso es más que suficiente.

—Si nadie se une a ti, nunca podrás afrontar el Vórtice. Jamás llegarías a ser un elementalista.

—Sí pero no contemplo esa posibilidad. Doy lo mejor de mí cada día mientras pueda. Y el que deba estar a mi lado, lo verá.

—¿Por eso la sanadora quiere que la enseñes? ¿Quiere ser tu Concatenación?

—Kristanna lo sería, sin lugar a dudas. Pero antes que afrontar sus miedos conmigo, debe afrontar los suyos con ella misma.

—¿Y tú estás tan desesperado como para entrenar a una sanadora, que ni ha pasado por Agua, en Fuego?

Vuelve a reír.

—Ya te he dicho que no me preocupa la posibilidad de estar solo. Únicamente trato de ayudar a Kristanna; sin motivo interesado.

—Ya...

Axan recoge su espada, su vaina y algunas cosas más antes de dirigirse hacia la puerta. Pero supongo que si no puedo dormir, este es tan buen momento como cualquier otro para poner a prueba al bueno de Axan. Sujeto mi espada y, haciendo uso del mayor sigilo posible, lo embisto por detrás. Él se voltea a una velocidad increíble, cruzando su acero contra el mío. Me sonrío y deja caer todo lo que llevaba en la mano. Prendo una esfera de fuego y, mientras me aparto, lanzo una espiral que lo envuelva pero él invoca una runa de aire y la manda hacia mí, que la extingo antes de que me alcance.

—¿Quieres jugar, Nazam? —me pregunta.

—No estaría mal —respondo—. Estoy herido y me aburro un poco en la academia.

—Eso de que estás herido ¿es una indirecta para que sea benevolente?

Ahora soy yo quien sonrío. Me va a caer bien este chico.

—En absoluto.

Axan genera una espiral de aire; no puedo creer que sea tan inocente si piensa que con el segundo elemento de la Jerarquía aspira a hacerme algún daño. Pero cuando suelta la cadena para atraparme en ella, invoca una runa de Fuego y esta recorre el trazado del aire como si fuera algún extraño gas inflamable. Me quema en el hombro pero alcanzo a apartarme. Asiento, satisfecho.

Hago un par de filigranas con la espada y lo embisto; él detiene la estocada inicial y me responde, llevando ambos a cabo un interesante cruce de ataques y defensas; turnamos la iniciativa y empezamos a añadirle a la lucha algo de diversión: Axan me golpea con la espada en el brazo y cuando salgo trastabillado, genera un temblor de tierra que me hace caer al suelo. Las baldosas de la sala de entrenamiento han saltado y, por un momento, me las clavo en el costado. Me aparto e invoco una runa de aire que estampa a Axan contra la pared. ¿Demasiado fuerte? Tal vez pero si debo calibrarlo como compañero para la prueba más importante de todas, tengo claro que no escatimaré en esfuerzos ni en exigencia. Se ha golpeado en la parte posterior de la cabeza pero él no pierde tiempo en lamentarse. Se sacude y corre hacia mí, espada en mano. Mientras lo hace, invoca Agua y una enorme ola lo sigue con la intención de embestirme pero esta es demasiado fácil: invoco un muro de tierra y mientras este contiene el agua, una explosión de fuego me crea un boquete a través del que salir, sosteniendo la espada. Sin embargo, me detengo. Axan no está. Una runa de viento derrumba el muro que yo mismo he construido y está a punto de caerme encima pero reculo.

Sin embargo, me doy cuenta de que tengo los pies metidos en agua, hasta la altura de los tobillos. Alzo la cabeza y me topo con la sonrisa de Axan, mientras extiende la mano en la que no lleva la espada y prende un aro de fuego alrededor del agua con el que esta empieza a hervir. Salto y le lanzo un nuevo ataque de Viento. Axan invoca Agua, congelada, y se crea su propio y particular escudo. Escudo que yo destruyo con la espada. Tengo la sensación de que podríamos pasarnos así muchas horas y ninguno de los dos sucumbiría al otro.

Axan combina elementos como lo hacen muy pocos pero no voy a precipitarme a la hora de escoger. Los dos respiramos de forma acelerada, ya que la invocación de runas, sumado al combate a espada, agota.

—No ha estado mal, como toma de contacto —le digo.

—No —responde él—. No ha estado mal. Buenas noches.

Me da la espalda, recoge de nuevo sus trastos y camina hacia la puerta. ¿Una última sorpresa? Venga. Prendo una pequeña esfera de fuego pero antes de que haya podido pensar en la velocidad de lanzamiento, me cae encima un diluvio y reparo en que tengo una enorme burbuja de agua sobre mi cabeza; Axan se detiene, sonrío y chasquea los dedos, haciendo que toda me caiga encima, apagando así mi pequeña fogata.

—Ahora sí —se despide—, buenas noches.

Yo no digo nada mientras lo veo irse. Vuelve a mirarme de una forma extraña, como si examinase cada parte de mi cuerpo. ¿Es posible que sea él quien esté valorando lo poco o mucho que le conviene aliarse conmigo? Sonrío. Resultaría gracioso. Más allá de eso, lo único en lo que puedo pensar, a parte de en el frío que tengo, es en la grata sorpresa que me llevo con él.

Subo hasta la sala de las habitaciones mientras me abrocho la camisa. Alexandra acaba de hacerme la última cura y todo marcha viento en popa, así que un último día más de bondadosa diligencia y podré regresar a los entrenamientos; afrontar el Vórtice, incluso, si soy capaz de escoger un compañero. Sigo dándole vueltas a la posibilidad de que este sea Axan; es un gran luchador, domina a la perfección los elementos y tiene un carácter férreo aunque sosegado; a priori, el compañero perfecto pero su salud me genera reticencias como lo hace en los demás. Un Vórtice es la mayor carga de energía que puede generar un elementalista; exige la invocación de los cuatro elementos, una mezcla explosiva pero a su vez ordenada y letal; lo que muchos consideran, al final, como la mejor arma contra los devastanos en una hipotética batalla final. Una batalla en la que quiero tomar parte; otra forma de seguir resarcido daño. Me juego demasiado como para dejarme arrastrar por simpatías y lo cierto es que él ha sido la única persona amable conmigo en este lugar, al margen de Alexandra, que no es alguien seleccionable en mi objetivo.

De pronto me cruzo con Kristanna, que baja la escalera. Me dispongo a ignorarla y seguir hacia arriba pero me coloca una mano sobre el abdomen, cortándome el paso. Me llama la atención la forma en la que lo hace, con

contacto físico pero alejada de la herida en el pecho. ¿La chiflada se ha vuelto cuidadosa?

—Quería hablar contigo —me dice.

—No tengo tiempo de escuchar más sandeces.

—Solo quería pedirte perdón.

Vaya, esto sí que es nuevo. ¿Qué le has hecho, Edrych?

—Perdón... —murmuro.

—Sí, por lo de ayer con Alexandra. Tenías razón. El equívoco no está en ella ni en ti, sino en los muchachos; los alumnos. Incluso en mí.

—Me congratula que lo veas así.

Asiente y solo ahora aparta la mano de mi abdomen para continuar bajando la escalera.

—Dominas muy bien las runas de Fuego —le digo. No sé por qué. ¿Qué necesidad tengo de hacerle cumplidos? Supongo que es la rúbrica, por mi parte, de la paz hoy sellada. Pero ella parece incómoda ante mi apreciación y en lugar de responder, se marcha.

«Pues adiós».

Por la noche permanezco asomado a la ventana de mi habitación, con los ojos cerrados y permitiendo que el viento furioso me golpee en la cara. Las gotas de lluvia, arrastradas por él, me salpican en el rostro y también en el pecho, aliviándome. La herida apenas duele pero una constante quemazón rodea el corte, cuya infección no ha llegado más allá gracias a los cuidados de Alexandra.

Abro los ojos y observo el horizonte. Igual que en el día anterior y más aún a esta hora, apenas se distingue nada pero fijar la atención en algún punto en el que imaginar el Sur es algo que he convertido en una pequeña ceremonia diaria, un pequeño e inútil homenaje.

Las academias están ubicadas en lugares que ni nosotros mismos conocemos pero en algún punto del Asthays Norte, a buen seguro ha de visualizarse algún rastro del desastre en el Sur.

La impotencia me ahoga por momentos. Supongo que las noticias que llegan son tan desoladoras que me cuesta trabajo creer que pueda quedar algo que salvar allí. De los elementalistas que cruzan el puente de Yndoria no volvemos a saber nada más. Pocos, muy pocos son los que han regresado.

Sabemos bien que eso no significa que estén muertos, pues ellos son los únicos capaces de afrontar con garantías una pelea contra devastanos pero aun así, las ausencias no son buena señal. Tanto se han complicado las cosas en los ejércitos elementales, que estos no dejan de apremiar a las academias a formar más y más elementalistas; como si la solución a esa maldita guerra fuese a estar en nosotros. ¿Qué pueden conseguir unos muchachos que dominan los elementos pero que nunca los han puesto a prueba de verdad ante la podredumbre de los devastanos? Si los veteranos no lograron nada, ¿cuánto más hemos de conseguir nosotros? Sonrío, incapaz de estar de acuerdo con mis propias teorías. ¿Por qué no podemos marcar la diferencia? En la formación que se nos da quedan patentes muchas cosas: la previsión, los protocolos... A toda fuerza se responde con otra, siempre con la misma. A veces se hacen tan predecibles que los devastanos han de poder responderles con los ojos cerrados. Sin embargo, las nuevas generaciones se atreven a probar cosas nuevas, a cruzar líneas antes vetadas y a jugar con los elementos, creando armas muy poderosas. Ignoro si resultarán suficientes para decantar la guerra pero cuanto menos, lograrían unos cuantos golpes de efecto al ser circunstancias nuevas e inesperadas para los hijos de la Devastación.

Mientras pienso en todo esto, camino de nuevo entre el silencio, rumbo a los niveles de entrenamiento. Solo no voy a poder emplearme como lo haría con algún compañero pero algo es algo y supongo que para retomar la rutina, no está mal. Cuando llego a la sala de Fuego, me encuentro, de nuevo, con Kristanna; esta vez, está sola. Se limpia el sudor de la frente y maneja la espada mientras invoca distintas runas de un Fuego vivo y potente que muere una y otra vez contra la ennegrecida pared.

Aparta la mano, en un acto reflejo, cuando se quema al pretender crear una espiral. No es fácil. No solo debe invocarse la llama, sino que hay que darle una forma en continuo movimiento. Deja caer la espada, masculla una maldición y, al darse la vuelta, me ve. Traga saliva, incómoda y recoge su arma, antes de empezar a caminar hacia la puerta como una embestida. Ahora soy yo quien la detiene, sujetándola por la cintura cuando pasa por mi lado, emulando la forma en la que ella lo hizo antes.

—No tienes por qué irte —le digo sin mirarla.

—Supongo que quieres entrenar y un elementalista tiene prioridad sobre cualquier otro —responde con acritud, como si entonase algo que le han repetido mil veces.

—Quiero entrenar —le confirmo— pero no solo. ¿Dónde está Axan?

—No se encontraba bien.

Ahora sí la miro y ella me mira a mí. Genial. La persona con la que me estoy planteando llevar a cabo el Vórtice, se encuentra indispuesta esta noche para llevar a cabo un simple entrenamiento.

—Entonces, quizás puedas ayudarme tú —le digo, entrando en la sala y moviendo la espada con destreza.

Ella sonrío sin ganas.

—No soy una rival a la altura. Te aburrirías... Puede que incluso me matases.

—Es curioso que aceptes eso así de fácilmente —respondo, deteniéndome—. Te creí más orgullosa.

—Ya pero no me conoces. Además, ¿qué sentido tendría negar la realidad? Tú aspiras a ser un elementalista; yo solo soy una sanadora.

—¿Por qué te da miedo el agua?

Me mira como si le hubiera hecho la pregunta más terrorífica del mundo y cuando se dispone a marcharse, prendo un muro de fuego en la puerta. Si dominase el Agua, sabría apagarlo, pues es una runa muy sencilla. Pero me aseguro de que ni la Tierra ni el Aire le sirvan. Se da la vuelta y me mira.

—Te desafío —le digo—. Si gano yo, me explicarás qué te pasa con el agua. Si ganas tú, podrás marcharte.

—Es ridículo.

—Duelo a espada; nada de elementos. Eres buena con el acero; lo he visto.

—Solo con espadas, eh.

Se la ve notoriamente aliviada pero es evidente que no conoce hasta dónde llega mi curiosidad ni lo que estoy dispuesto a hacer para saciarla.

—De acuerdo —concluye.

Sujeta de nuevo la espada con fuerza y se pone en guardia. Dejo que sea ella quien lleve la iniciativa, al menos en un primer momento y, como si atendiese a mi invitación, me embiste. Admito que me sorprende gratamente la fuerza que le imprime al golpe, obligándome a esforzarme de verdad para contenerlo. Aparto su espada con un movimiento circular de la mía y pongo a prueba su capacidad de defensa.

Ahora ataco yo; lo hago a través de su flanco izquierdo, que es, a mi juicio, uno de sus puntos débiles pero ella consigue replegarse bien, recular y colocar su cuerpo en la posición correcta para detener mi espada. Me mira con el ceño fruncido y, como si de algún modo pudiera ser consciente de que

estoy valorando cada uno de sus movimientos, ahora parece decidida a no darme tiempo para hacerlo. Se lanza a por mí y contengo de nuevo la acometida, cruzando la hoja de mi espada. Me muevo hacia mi derecha, aparto su acero y sesgo el aire con el mío, buscándola pero para mi sorpresa, ella no se queda esperando a mi ataque, sino que esquivo mi arremetida, mientras avanza y trata de dejarme acorralado. Mi espalda está a punto de topar con la pared y cuando la hoja de su espada vuelve a buscarme, la contengo con la mía y sujeto a Kristanna del brazo, empujándola, a ella sí, contra la tapia. Se lleva la mano a la sien, donde se ha golpeado y me mira, sorprendida.

—Dije que nada de elementos; de otros recursos no hablé.

Nada en su expresión denota protesta ni tampoco todo lo contrario. Vuelve a por mí y cruzo mi espada una y otra vez. Intercambio los papeles de atacante y atacado y ella esquivo todo lo que le lanzo. Es rápida, de eso no hay lugar a dudas y también efectiva. Ha conseguido hacerme un corte en el antebrazo y ese es un mérito que le concedo. Yo se lo he devuelto en la clavícula y, después de probar que es una digna espadachín, me dispongo a zanjar el asunto, a reservar fuerzas para lo verdaderamente importante y a obtener de ella la información que mi curiosidad ansía. Corro hacia ella, que se prepara para lo que no espera: descargo mi espada con tal furia, que la suya cae al suelo. Trata de apartarse y recuperarla pero le corto el paso con mi acero y ella me da un puñetazo en la cara.

«Esa no te la esperabas, eh, Nazam».

No he tenido tiempo para digerirlo cuando me golpea otra vez, esta vez en el pómulo. Me esquivo y se lanza al suelo a por su espada; la recupera pero cuando se da cuenta, la hoja de la mía amenaza su cuello.

Suspira, resignada y lanza su espada contra la pared en un gesto de rabia. Le tiendo la mano y la ayudo a incorporarse. Ella la acepta a regañadientes y se aparta el pelo de la cara. Está sudando, igual que yo. Su respiración está disparada, como también lo está la mía. Y me sorprende depositando en Kristanna una atención que ella no me devuelve.

—¿Y bien? —pregunto. Tomo asiento en un pequeño banco de mármol que hay junto a la pared, el único mobiliario que puebla la enorme sala de entrenamiento, blanco, también, como el resto de la estancia.

Ella se mantiene en pie, camina para recoger su espada y, mientras la envaina, me mira:

—¿Para qué quieres saberlo?

—Un trato es un trato.

Resopla. No entiendo por qué le cuesta tanto tratar este asunto, aunque supongo que si lo que sea, le ha dado para abandonar la instrucción como elementalista, no ha de ser algo precisamente fácil.

—Cuando tenía seis años, antes de llegar a la academia, mi hermano cayó al agua en el río de Fasios. Tenía tres años y la corriente lo arrastraba sin que pudiera hacer nada. Mi hermana, tres años mayor que yo y yo misma nos lanzamos a por él. De repente el agua empezó a tirar de mí, a sacudirme como lo hacía con él, como si fuésemos hojas... En aquel momento, me olvidé de él e hice todo cuanto estuvo en mi mano por salir de allí. Lo logré. Pero mis hermanos se ahogaron. Los dos. Él tenía tres años, no podía encontrar la manera de salir de allí; era demasiado pequeño. Y mi hermana... tenía nueve años pero se olvidó de todo, de sí misma, de su propia seguridad, de su vida, por él. Yo no. Yo solo miré por mí.

—Una superviviente.

—Una jodida egoísta. Los egoístas solo se preocupan de sí mismos y viven; los generosos miran más por lo demás, y mueren.

Suspira y toma asiento a mi lado. Mantiene la espada clavada en el suelo y apoya su cara sobre la empuñadura. Yo la observo, en silencio durante unos segundos, hasta que hablo:

—¿Por qué te metiste en una academia elementalista si te da miedo el agua?

—Mi padre solía decir que le tenemos miedo a las cosas que escapan a nuestro control. El agua me había arrastrado, anulando totalmente mi voluntad, dejándome claro que lo que yo quería no contaba; que la madre naturaleza, ordena y manda. Pensé que si aprendía a controlar el agua... No volvería a darme miedo. Pero me equivoqué.

—No te equivocaste. Si la dominas, dejas de tenerle miedo. El problema es que tú aún no la dominas; ni estás por la labor de hacerlo.

—Eso parece.

Se incorpora y camina en dirección a la puerta.

—Kristanna —la llamo y se vuelve—. Mañana por la noche, a las doce, te espero en el nivel de Agua.

—¿Para qué?

—Para enfrentarte a ella.

Sonríe de forma nerviosa mientras niega con la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque creo que la causa que azota el Sur, merece gente decidida y valerosa. Como tú.

Asiente, da media vuelta y, en cuanto extingo el muro de fuego que cortaba la salida, se va. Me quedo solo y vuelvo a preguntarme por qué la elogio. Por qué la ayudo. Con un poco de suerte, estaré unos pocos días en esta academia y después me largaré con los elementalistas a la guerra. ¿Qué necesidad tengo de todo esto? Sonrío al pensar que, quizás, actos como este, ayuden a matar al devastano que aún llevo en mi interior. Generar esperanza, conceder argumentos para la lucha. ¿No es eso lo que ellos odian? Pues ración doble.

5 Concatenación de vida

Dado que esta mañana me siento mucho mejor y sin apenas dolor en la herida del pecho, he decidido reincorporarme a las rutinas de entrenamiento. A diferencia de las aulas de Tierra, que son salas normales y corrientes, las de los restantes tres niveles presentan una curiosa fisonomía: los alumnos toman asiento en una especie de graderío circular, mientras que en el círculo central, ubicado algunos metros por debajo, se desarrollan las enseñanzas prácticas. Entre lo uno y lo otro, se cierra una especie de semiesfera transparente o cápsula que evita que la fuerza de los elementos que se ponen en uso durante los ejercicios arrasen la academia.

Aún no logro sacudirme las miradas de soslayo ni los chismes, que se volatilizan de forma milagrosa cuando fijo los ojos en aquellos que me convierten en su particular centro de atención. Sin embargo, llevo ya un buen rato ajeno a ello, en concreto, todo el tiempo que está durando el combate entre Axan y un muchacho, de nombre Darion. Aseguré que no me interesaba conocerlo pero Darion es el segundo nombre en la lista de coeficientes de Dogma, lo cual significa que, de descartar a Axan, él sería mi elegido. Sin embargo, por el momento, no hay color. La misma diferencia que los separa en los números que indican los documentos, lo hace también en lo que llamamos la arena. Darion maneja el fuego con una gran destreza pero la habilidad de Axan para anticiparse a todos y cada uno de sus movimientos resulta casi insultante. Por momentos percibo la rabia en los gestos de Darion, viéndose incapaz de superar a su adversario que, para más inri, está enfermo. Nadie lo diría pero todos aquí lo saben y supongo que eso acrecienta su humillación en la paliza que ya de por sí le está dando el bueno de Axan.

Admito que dudé la noche anterior, cuando Alexandra me dijo que estaba indispuerto. Ignoro con qué frecuencia le ocurre eso pero lo cierto es que cuando está para luchar, es alguien digno de temer.

La cápsula se abre y el instructor pone fin al combate entre Axan y Darion. Este último lanza la espada al suelo y sube por la escalera de mano

habilitada para abandonar la arena. Embiste como un miura y desaparece entre el resto de alumnos, que se incorporan despacio, comentando la jugada y abandonando el aula después de que la instrucción haya finalizado. Yo aguardo sentado en la grada, encorvado hacia delante y con los dedos entrelazados.

Cuando Axan sube, me ve y sonrío. Está completamente empapado en sudor y no es para menos; además de lo prolongado del ejercicio que ha llevado a cabo, también debes saber que el calor en las cápsulas resulta asfixiante, en especial cuando entrenas con fuego.

—¿Ya te has reincorporado a la rutina? —me pregunta, mientras se acerca.

—Sí, me hacía buena falta. Por cierto, buen trabajo —añado.

Se sienta una fila por delante de mí, algo más a mi izquierda y se limpia el sudor del rostro con el antebrazo.

—Gracias.

—¿Cuánto tiempo llevas como Fuego?

—Cinco años.

—¿Y cuánto hace que enfermaste?

—Dos y medio.

Sin ningún tipo de dificultad, invoca una runa de agua y hace que una diminuta tormenta le descargue encima. A él y a mí, dicho sea de paso. Se sacude el pelo, salpicándome mientras disuelve la nube creada.

—Llevas la mitad de tu instrucción en Fuego enfermo.

—Sí —responde, sin dejar de sonreír.

—Pero a pesar de ello, has completado el rango de forma brillante.

Me mira, frunciendo el ceño.

—¿Esto es una especie de entrevista o algo así? ¿Me estás valorando?

—Algo así.

—Porque si estás calibrando lo válido que resulto para ti, también yo debería hacerlo contigo, ¿No te parece?

Ahora soy yo quién sonrío, débilmente.

—Tú no estás en disposición de elegir.

—¿Y tú sí? Puede que yo esté enfermo pero, a ojos de todos, tú eres el devastano; no eres mucho más popular que yo.

Lo admito, me saca una carcajada. Y casi había olvidado la sensación de reír de forma sincera. Él vuelve a mirarme con una sonrisa abierta que desprende una tranquilidad que me agrada.

—Parece que yo te estoy gustando de momento, ¿no es así, Nazam? —me pregunta, mientras se incorpora.

Asiento.

—Puede decirse que sí. Pero no te emociones; no es tan fácil ganarte mi confianza.

—Poco a poco. Tú también me gustas a mí.

Sonrío; una sonrisa que se me borra de un plumazo cuando me estampa un beso en la boca, mordiéndome el labio inferior antes de apartarse. Después, se larga, con toda la tranquilidad del mundo, mientras yo soy incapaz de moverme, de pestañear si quiera. «¿¡Qué cojones...!?».

El resto de la mañana transcurre de forma normal. Salvo en un par de instrucciones, la herida apenas ha molestado, pese a lo cual he bajado a los niveles de sanación a que Alexandra le echase un vistazo. No es que siga manteniendo reparos en que Kristanna lo haga, sino que en esta ocasión ella no estaba. La infección, que era leve, ha desaparecido prácticamente y de ello da buena muestra el hecho de que esta noche no haya vuelto a sufrir fiebres.

Cuando entro en los comedores, sin embargo, algo en mí se activa. Axan está sentado en la mesa más cercana, charlando animadamente y comiendo sin preocupación alguna. Pero a mi mente regresa lo sucedido esta mañana, algo que casi había logrado olvidar. Me mira y aunque no sonrío, mantiene ese rictus de autosuficiencia que hoy me exaspera. Camino entre las sempiternas miradas y me debato entre la necesidad de ir a buscarlo y partírla la cara o la de ignorarlo de por vida, descartando, por supuesto, que vaya a ser mi compañero en la Concatenación. Opto por lo segundo.

El imbécil de Vimo dijo en el templo que esta academia era de lo más pacífica y que no resultaría difícil achacar lo sucedido aquella noche, cuando él y sus secuaces intentaron apalearme —de hecho, lo hicieron—, a la llegada del devastano. No le falta razón. Si mi presencia aquí modifica en algo las cosas, me echarán, aunque por momentos agradecería que lo hicieran y dar con mis huesos en otra academia. Sin embargo, no quiero líos ni perder más tiempo en viajes y adaptaciones. Tomo mi bandeja y vierto en ella un poco de carne, puré de patatas y verdura. Después camino hasta la última mesa, la única que permanece vacía, junto a los ventanales y tomo asiento allí. Es el

mismo sitio en el que Alexandra y yo comimos ayer y supongo que nadie ha querido arriesgarse a que el devastano se haya autoasignado la mesa, por lo que nadie la ha reclamado hoy para sí. La tormenta estalla con toda su furia ahí fuera mientras mastico.

Los elementos. Curioso. Formaron parte de la creación y podrían formar parte, también, de la destrucción. Bien aprendidos en manos elementalistas, son letales pero a la vez, su belleza es tal que hace imposible creer que puedan resultar una fuente de destrucción. He llegado a dominar con tan facilidad agua y aire, y, por ende, las tormentas, que las tomo como ese algo más que no valoramos porque gozamos de ello. Pero aislado de todo eso, las tormentas, en toda su furia, resultan fascinantes, tal y como aseguraba Alexandra.

Me saca de mis pensamientos mi buen amigo Axan —supongo que has captado la ironía, ¿verdad, Edrych?—, sentándose frente a mí. Me mira con su inalterable expresión y hasta juraría que trata de reprimir una sonrisa.

—¿Por qué te sientas aquí, tan apartado? —me pregunta.

«¿Qué, querías venir a acompañarme?».

Sigo masticando y aunque me resulta imposible apartar los ojos de él, no digo nada. Lo mataría con mis propias manos, aquí y ahora. Pero tengo que contenerme; lo tomo como un ejercicio. «Frialdad, Nazam».

—¿No vas a hablarme? ¿No te parece eso un tanto infantil?

—¿Y qué cojones quieres que te diga?

—No sé. ¿Buenas tardes? ¿Cómo estás? O cualquiera de las mil preguntas que me sueltas para calibrar mi valía.

—La tarde no está resultando particularmente buena; cómo estés o dejes de estar es algo que me trae sin cuidado. Y dado que no vas a ser mi Concatenación, las preguntas me las ahorro.

Borra ligeramente su sonrisa; no del todo pero algo es y algo y personalmente lo tomo como un triunfo.

—Creí que te estaba gustando lo que veías.

—Lo que yo creo es que eres muy ambiguo a la hora de hablar sobre 'gustar'. —Me incorporo—. Si me vuelves a poner una mano encima, te partiré la cara.

Vuelve a sonreír. ¿Lo tomo ahora como una derrota?

—Si te hubiera puesto las manos encima, no estarías aquí con esta absurda actitud.

—¿Qué quieres decir?

—Que si te hubiera puesto las manos encima —repite—, no habría logrado quitarme las tuyas.

Adiós frialdad. Lo cojo de la pechera y lo estampo contra la fría pared de roca ante las miradas atónitas de toda la sala. Él no trata de revolverse; solo me mira, desafiante y yo lo suelto, golpeándolo de nuevo contra la pared. Me aparto y llego hasta la mesa de Darion, donde coloco las manos, sobresaltándolos a todos.

—Cuento contigo como Concatenación —le anuncio.

Él está masticando y deja de hacerlo momentáneamente, sorprendido imagino ante lo inesperado de mi cuestión y, en especial, ante el hecho de que ni siquiera sea una pregunta, sino algo más parecido a una orden.

—Claro... —murmura.

Debo admitir que no esperaba que fuese a aceptar, no ya por que pudiera dudar de mis cualidades —absurdo, ¿verdad?—, sino por las reticencias con mi origen. Sin embargo, parece que el bueno de Darion es más inteligente que muchos de los que lo rodean, así que me doy por satisfecho. Asiento y me largo, no sin antes dedicarle una última mirada a Axan, que se mantiene en pie, al fondo del comedor, mirándome. De nuevo ha dejado de sonreír. Victoria para mí.

Son casi las 12 de la noche y aunque me apetece todo menos ayudar a una sanadora a enfrentarse a su miedo al agua, lo cierto es que se lo prometí a Kristanna. También pienso que un rato de distracción puede venirme bien porque no consigo quitarme de la cabeza todo lo sucedido con el imbécil de Axan en las últimas horas. ¿Por qué se ha lanzado de esa manera a por mí? Primero me besa y después insinúa que yo le hubiera manoseado si él me hubiera dado vía libre al respecto. ¿Qué cojones en mi actitud le ha hecho pensar eso, Edrych? ¿Vas a dedicarte a descifrar signos para conocer mi historia en lugar de iluminarme un poco? ¿No eres un maldito enviado de los dioses? ¿Por qué no dejas de poner esa sonrisa socarrona cada vez que Axan me suelta una de las suyas y me explicas qué he hecho tan rematadamente mal?

Suspiro y me incorporo al escuchar el eco de la puerta de los niveles de Agua al cerrarse. En la inmensidad de la noche, todo retumba el doble. El

aula de Agua es una sala de fría piedra con un profundo depósito de agua oscura, donde se llevan a cabo los primeros ejercicios. Una vez superadas y conocidas las runas iniciales, el entrenamiento continúa en un aula aún más grande, con un estanque de forma circular, donde además de invocar runas podemos empezar a luchar con ellas en agua, superficie o profundidad de forma indistinta. Con Kristanna hay mucho trabajo que hacer, de modo que he optado por el aula de iniciación.

Aparece de forma tímida con el uniforme de entrenamiento puesto y algunos enseres de lucha y también otros para secarse.

—Hola —me saluda.

—Hola. ¿Preparada?

Resopla.

—No estoy segura.

—Ven.

Está tan nerviosa que casi la oigo respirar a distancia. Se retuerce las manos en un gesto que interpreto como la mejor forma de intentar disimular el temblor que las sacude.

Me quito la camisa y entro despacio en el depósito de agua. Está helada. Me sumerjo y emerjo de nuevo en la superficie. Ella se sienta en el bordillo y me mira. El depósito es estrecho, pues como digo, su único fin es afrontar las runas más insignificantes dentro del elemento y aprender a manejarlas. No hay grandes movimientos que efectuar; no es aquí donde se invocan maremotos, tsunamis ni nada por el estilo. La diversión grande viene mucho más adelante; tanto que ignoro si llegaré a poder enseñárselo. Pero supongo que todo aquello en cuanto pueda ayudarla, le servirá. Después, que sea el idiota de Axan el que continúe con el entrenamiento... si es que acaso tiene tiempo. Cierro los ojos al cruzármese ese horrible pensamiento por la cabeza.

—¿Ocurre algo? —me pregunta Kristanna.

—No —zanjo.

Me acerco a ella y sujeto a mi cintura un arnés. Después le hago un gesto para que también se aproxime más.

—¿Qué es eso? ¿Qué vamos a hacer?

—Quiero saber cuánto aguantas ahí abajo.

Traga saliva y me mira horrorizada.

—¿Y el arnés es para no dejarme subir cuando quiera?

Sonrío.

—El arnés es para que permitas que yo te baje hasta el fondo.

Empezaremos a contar y cuando no puedas más, subimos. Aguantar debajo del agua es fundamental y aunque empieces haciéndolo poco, lo alargarás. Las runas te ayudarán más adelante.

Vacila pero acaba deslizándose despacio hasta quedar dentro del depósito. Me acerco a ella y le coloco la otra pieza del arnés que la mantendrá unida a mí. Ella me mira de una forma extraña, una mezcla entre miedo y algo más. Doy un par de tirones y compruebo que estamos perfectamente ligados. Volvemos a apartarnos de la orilla y nos situamos en el punto central.

—¿Preparada?

Resopla de nuevo y asiente.

—Uno, dos y tres.

Me sumerjo y arrastro a Kristanna conmigo. Descendemos continuamente, recorriendo los diez metros de profundidad que conforman el depósito. Ella no ha de estar viendo absolutamente nada. A mí, las runas de visión me ayudan a clarificar bastante las cosas. Pero antes de que hayamos llegado, si quiera, a tocar el suelo, empieza a revolverse, a patlear y casi a golpearme, de modo que ante mi propia incredulidad, braceo hacia la superficie, que alcanzamos en pocos segundos. Respira como si llevase debajo del agua dos horas, se aferra a mí y extiende el brazo hacia la orilla con la intención de apoyarse en ella. La llevo hasta allí aunque no suelto el arnés.

—¿Qué pasa?

Me golpea en el pecho.

—¿Que qué pasa? Que me da miedo —grita—. Quiero salir de aquí.

—¿Qué? ¿Ya está? No has estado ni diez segundos debajo del agua y apenas hemos bajado cuatro metros.

Ella no responde. Cierra los ojos y trata de acompasar su respiración, totalmente disparada. Sigue aferrada a mí, como si fuera su particular tabla de salvación. Supongo que a efectos prácticos, soy lo único a su alcance que flota. Está temblando y ahora lo noto con más claridad que nunca.

—Kristanna, está bien. Es un primer paso, ¿me oyes? Pero tienes que poner empeño si no quieres pasarte la vida como sanadora en Dogma.

Es evidente que esto supone un suplicio para ella pero un suplicio al que quiere hacerle frente. Asiente de forma débil.

—Vamos a volver a intentarlo, ¿de acuerdo? Poco a poco, en lugar de ser diez segundos, serán 15 y 20... Y en lugar de ser cuatro metros, serán cinco y seis... Estoy aquí para ayudarte, de modo que no va a ocurrirte nada malo, ¿de acuerdo?

Cierra los ojos y relaja las manos, descendiéndolas desde mi cuello hasta mi pecho.

—¿Estás preparada?

Asiente una sola vez y sin mirarme.

—Vamos allá: Uno, dos y tres...

Tomo aire de nuevo y nos sumergimos. En esta ocasión conseguimos llegar hasta el arenoso suelo del depósito. Con el esfuerzo que la resistencia del agua me exige, tomo asiento y ella lo hace sobre mi regazo, con las piernas abiertas, aferrándose a mi cintura. En otras circunstancias, esta posición no resultaría la más adecuada para llevar a cabo un entrenamiento pero supongo que hay pocas opciones más, dado que ambos estamos ligados por la cintura. La observo y esta vez, la veo más tranquila, aguantando. Nada en su rostro delata la ansiedad anterior pero transcurridos unos pocos minutos, efectúa una leve presión sobre mi pecho, apretando los puños, arañándose casi. Yo permanezco inmóvil, tratando de transmitirle una sensación de serenidad que ella ya no siente. Abre los ojos y el aire se les escapa a borbotones en una burbuja frenética que asciende entre los dos. De nuevo me incorporo, impulso mis pies contra el suelo y ascendemos en apenas unos pocos segundos.

—Quiero que me sueltes —exclama. Forcejea con el arnés, tratando de liberarse, sin conseguirlo.

—Kristanna, cálmate —le solicito.

Pero ella está hecha un manojo de nervios.

—Súeltame este trasto.

—Escucha, lo estabas haciendo bien.

Logra zafarse y la ayudo cuando, tratando de regresar a la orilla, se hunde. Sujetándola de un brazo la acompaño y ella sale del agua de forma penosa, colocando primero una pierna sobre el suelo de piedra del aula y después la otra. Tirita y se abraza a sí misma mientras sujeta las cosas que había traído y se va; sin más. No puedo creerlo.

Por la mañana, a primera hora, los alumnos de último rango, estamos todos reunidos en el aula de Fuego. Saudar llega caminando despacio y las compuertas se cierran. No es algo que suela suceder con frecuencia; generalmente basta con la cápsula que separa al graderío de la arena pero parece que hoy la cosa va a ponerse, al fin, interesante.

Procuro no mirar a Axan, al que tengo sentado enfrente pero al otro extremo de la oquedad que forma la arena.

—Como ya sabéis —empieza a decir Saudar—, la situación en el Sur es más que caótica y el tiempo apremia. Por lo tanto, vamos a empezar a trabajar en el Vórtice para que todos los que estáis aquí, podáis licenciaros y engrosar las filas de los ejércitos elementalistas.

Los murmullos estallan y las sonrisas nerviosas se prenden de boca en boca; detecto ansia contenida pero también un inusitado y comprensible temor.

—Deberéis colocaros en parejas —continúa hablando el instructor—. Tomaréis las espadas y cada uno de vosotros invocará dos elementos. Los cuatro estarán en marcha a la vez en un tifón. Hacedlo girar lo más rápido posible.

Un alumno alza la mano y Saudar lo señala con la cabeza. Ni sé su nombre ni me importa.

—¿Pretendes que creemos un Vórtice de buenas a primeras? —pregunta.

Saudar niega ocn la cabeza.

—En absoluto. Aprenderéis que la invocación de los cuatro elementos no resulta suficiente para generar un Vórtice pero es lo más parecido que estáis capacitados ahora mismo para crear. A partir de ello, puliremos la técnica y acabaréis por ser capaces de hacerlo. Quiero que sea Nazam quien empiece. Como todos sabéis, es el alumno más aventajado de todas las academias, de modo que nos resultará un buen ejemplo. Nazam... escoge pareja, hijo.

Me incorporo y paseo la mirada a través de los alumnos que me miran con atención.

—Darion —digo sin más.

Percibo la sonrisa en el rostro de Axan. Y lo que más me exaspera no es ya su continua risita, sino mi constante atención sobre él y sus reacciones. ¿Qué narices me importa? Claro que se moría por que yo lo escogiera porque si no lo hago yo, no lo hará nadie pero eso a mí me importa una mierda.

Darion y yo saltamos hasta la arena, sujetando cada uno de nosotros dos espadas. Es como suelen luchar los elementalistas: con dos aceros que han de manejar con gran destreza y habilidad.

—De acuerdo —le digo a Darion—: tú, Tierra y Agua. Yo, Aire y Fuego.

Él asiente y lo veo tan nervioso que por momentos me hace dudar. Hacer esto mal puede costar caro. No son pocos los alumnos que mueren durante la instrucción elementalista y, desde luego, en Fuego, más que en ningún otro

rango. De reojo, observo a Alexandra, Kristanna y algunos sanadores más detrás de los alumnos. Supongo que han venido por si hace falta su intervención de urgencia, aunque lo cierto es que, si estaban antes ahí, no me había dado cuenta.

Hago un par de filigranas con las espadas y extendiendo los brazos sujetándolas. Darion hace lo mismo y cruza sus dos espadas con las mías.

—Vamos allá —le apremio.

Él asiente.

Un viento frío se genera a nuestro alrededor y empieza a dar vueltas; a medida que lo hace, se caldea e intensifica el calor.

—Tierra —le digo a Darion.

Entorno los ojos cuando un montón de arena empieza a girar en torno nuestro, mezclándose con el aire.

—Fuego —exclamo, alzando algo más la voz, ya que el zumbido que empieza a crearse dificulta que nos escuchemos.

Darion asiente y en su rictus veo lo que le está costando mantener en marcha lo que ha de ser un tifón y de momento, no es más que un remolino. Se sobresalta cuando prendo las llamas, que empiezan a girar aferrándose con sus etéreas garras al aire y a la tierra. El remolino se deforma por momentos y deja de trazar una esfera perfecta para convertirse en una elipse que destila fuego.

—¡Parad! —grita Saudar.

Darion cae al suelo y yo invoco una runa de Agua para contener las lenguas de fuego que han estallado con la inestabilidad del ¿tifón? No hemos llegado ni a brisa marina. Por todos los dioses, ¿cómo voy a llevar a cabo el Vórtice con él? Aunque le solicité, o mejor dicho, le exigí que fuese mi Concatenación en la prueba final, lo cierto es que lo que acaba de ocurrir, me llena de reticencias y me lleva a pensar algo habitual en mí: me precipité.

La cápsula se abre y Saudar entra precipitadamente, seguido de Kristanna y un muchacho, que también ha de ser sanador, a juzgar por su atuendo. Darion continúa en el suelo, con múltiples heridas en la cara y los brazos. Sin embargo, ninguna reviste mayor gravedad, a pesar de las precauciones de Saudar.

Kristanna se me acerca, sin mirarme si quiera a los ojos.

—¿Estás bien? —me pregunta. Me sujeta del brazo y observa el ridículo corte que me he hecho. Me aparto con la poca suavidad de la que soy capaz.

—Estoy bien.

Asiente y se va. No tengo demasiado claro por qué estoy molesto con ella; supongo que pensé que hablaba en serio cuando aseguraba querer superar su temor al agua y anoche, simple y llanamente me sentí engañado. No tengo ninguna necesidad de perder el tiempo en ayudarla pero lo hago, agradecería un poco de seriedad al respecto; un poco de voluntad y de narices.

Kristanna, el muchacho y Darion abandonan la arena. Saudar está conmigo y habla al resto de alumnos alzando la cabeza, puesto que todos nos quedan por encima.

—En una escala del uno al cien, el potencial que Liam y Darion han logrado concederle al tifón ha sido de cinco. Pero a todo un Fuego como Darion le ha resultado imposible dominarlo. Eso ha de otorgaros buena cuenta de lo peligroso y complicado que será generar un Vórtice. No lo subestiméis, muchachos; no lo toméis como un juego ni como una simple prueba. No lo es. Axan, ven aquí.

«Genial». Con un poco de suerte logre incinerarlo sin que nadie puede reprocharme nada, pues al fin y al cabo, en los duros entrenamientos, estas cosas pasan.

Axan se coloca frente a mí manejando sus espadas. Me mira con su media sonrisilla y se coloca enfrente.

—Sois los dos mejores coeficientes de las cinco... de las cuatro academias. —Su rectificación se me hace especialmente dolorosa pero trato de que no me afecte, no antes de generar de nuevo un tifón, antesalas del Vórtice—. Tratad de hacerlo vosotros.

El instructor desaparece y, tras él, la cápsula se cierra.

—Tierra y Agua, tú —repito. Fuego y Aire, yo.

—Como quieras.

A diferencia de Darion, Axan destila calma, como siempre. Y eso es algo que le concedo. Se agradece. Extiende sus brazos abiertos y hacia delante, sosteniendo sendas espadas. Yo hago lo mismo y al chocarlas contra las suyas, trato de imprimirle fuerza al golpe, pese a lo cual las de Axan ni siquiera se mueven. Lo miro y me encuentro de nuevo con su mueca tranquila y medio sonriente. Pero ahora no tengo tiempo para odiar su gesto. Alzo el viento a nuestro alrededor, que empieza a girar formando un círculo perfecto a nuestras espaldas. Una vez estabilizado:

—Tierra —murmuro.

Sin dificultad alguna, Axan eleva prácticamente un muro de arena detrás nuestro, mucho más sólido y consistente que las disgregadas partículas

que Darion fue capaz de congrega. La velocidad de giro aumenta hasta verme obligado a hacer verdaderos esfuerzos por no moverme del sitio. Observo a Axan y reparo en que la fuerza de los apenas dos elementos que hemos puesto en liza, le provocan heridas en la cara y en los brazos. También yo noto la tierra segándome la piel en algunos puntos; el aire paseándose como una afilada cuchilla sobre el rostro. Pero no nos movemos.

—Fuego —exclamo.

Axan asiente de forma apenas perceptible y yo prendo una cortina de fuego que se adhiere a la tierra y al viento, provocándonos quemaduras. Axan aprieta los dedos en torno a las empuñaduras de sus espadas y la potencia de giro se torna infernal. Doy un traspie y recupero la posición, aunque mantenerla se torna una labor hartamente complicado, al mismo tiempo que debo mantener invocados los dos elementos.

—¡Agua! —grita Axan.

La parte más complicada: mezclar fuego con agua y que este último no extinga al primero; solo se logra cuando la velocidad de giro es tal que prácticamente el agua persigue al fuego sin lograr alcanzarlo. Y para mi asombro, Axan es capaz de hacerlo. Los cuatro elementos giran en torno a nosotros a una velocidad endiablada. Percibo su poder sacudiéndome por dentro, desafiándome a mantener la ley de la gravedad. Las venas se me tornan fuego; las manos, tierra; mi cuerpo, agua y mis pies, aire. Grito, sintiéndome, por momentos, incapaz de sostener el tifón. Axan cierra los ojos y aún alcanzo a ver que le sangra la nariz. Ahora alza la cabeza, sin moverse. Los cortes le salpican la cara, las quemaduras le abrasan el uniforme pero él se mantiene firme, inamovible, sereno.

—¡Basta!

El grito de Suardar coincide con la explosión de la cúpula, que se ha hecho añicos en su parte superior. Axan y yo caemos al suelo, cada uno de nosotros en un extremo distinto de la arena. Mi piel humea y late, como si me la acabasen de coser al cuerpo. Dentro de mí hay una sensación extraña que no sé describir y solo ahora reparo en que mi uniforme está igual de destrozado que el de Axan. Lo observo respirando de forma acelerada en el otro extremo de la arena. Su piel también desprende humo y tiene una importante quemadura en el hombro izquierdo, que le ha deshecho por completo el uniforme de entrenamiento. Permanece sentado en el suelo, con los codos sobre las rodillas y sus propias manos entrelazadas, en un aparente gesto de cansancio.

Alzo la vista y compruebo que el resto de alumnos está de pie en el graderío, mirándonos estupefacto, incrédulo.

—Saudar —exclama alguno de ellos; no sé quién—. ¿Potencia? —le pregunta.

—65.... —murmura él, tan incrédulo como el resto—. 65 en un primer intento.

Los sanadores regresan otra vez; al menos, ahora sí tienen razones para hacerlo. Kristanna me evita esta vez y se arrodilla frente a Darion, apartándole el pelo de la cara y acariciándole la mejilla. Le alza la cara desde la barbilla y limpia la sangre de su nariz. Él ladea la cabeza ligeramente y sus ojos verdes se clavan en mí. Sonríe y esta vez su gesto, lejos de molestarme, me agrada, cosa que, por supuesto, no le hago saber.

Cuando me doy cuenta, el sanador me está hablando a mí.

—¿Sientes algún tipo de dolor interno? ¿Algo roto?

Sin responder, me incorporo y dudo por un instante: ¿felicitó a Axan? ¿le digo algo? Al diablo. Ascendo la escalera de mano que conduce de regreso a las gradas del aula y me marcho cuando Saudar me lo indica la llegar arriba. Supongo que la instrucción se cancelará, ya que la explosión de la cápsula superior imposibilita que los ejercicios —especialmente este— se lleven a cabo con la seguridad requerida. Por tanto, tengo libre el resto de la mañana.

Toda la mañana libre y me la paso sentado en la escalera que da acceso al nivel de sanación. Axan llega echándose la mano al hombro, donde le han colocado un aparatoso vendaje. Se detiene al verme y por primera vez, no sonrío, aunque tampoco lo abandona esa extraña forma de mirarme, como si pudiera traspasarme con los ojos. Se detiene y se apoya con el otro hombro sobre la pared.

—La quemadura no parecía tan importante... —observo, sin moverme del sitio.

Ahora sí, esboza un amago de sonrisa.

—Alexandra es una exagerada.

Asiento. No entiendo por qué demonios me cuesta tanto abordar una conversación con él. Supongo que ayudan sus absurdos comportamientos para conmigo.

—Lo de antes ha sido... increíble —observo. Ha sonado fatal.

Ahora es él quien asiente.

—¿Lo notaste? —me pregunta—. La fuerza del tifón... No imagino lo que ha de ser sostener un Vórtice.

—¿Te sientes capaz?

Asiente de nuevo, haciendo más amplia su sonrisa. Me gusta la sensación que destila. Sale de la enfermería porque un tifón casi lo desintegra y se siente capaz de llevar a cabo algo más potente, un Vórtice.

—¿Qué tal tu Concatenación? —me pregunta, en un claro y evidente tono jocoso—. Se marchaba de la enfermería cuando yo llegué.

Inspiro profundamente.

—Lo habrías sido tú si no te hubieras dedicado a hacer el imbécil —respondo, mientras me pongo en pie.

Axan baja la cabeza y ríe. Se yergue y asciende unos cuantos peldaños, hasta rebasarme.

—No te estoy reprochando nada, Liam —responde, dándose media vuelta—. Solo he preguntado por él. Es tu Concatenación; supongo que te habrás molestado en ir a verlo y preocuparte por su estado como has hecho conmigo.

No lo he hecho y él lo sabe perfectamente.

—Oye, estoy... dispuesto a replanteármelo si dejas de comportarte como un imbécil.

Sé perfectamente que no tengo ninguna opción de generar un Vórtice con Darion y que, curiosamente o no tanto, mi única oportunidad es él. Pero me temo que él lo sabe tan bien como yo y esa es una baza que maneja a su favor. Vuelve a descender un escalón y se me queda a escasos cinco centímetros.

—¿Y a qué llamas exactamente comportarse como un imbécil?

Trago saliva. No sé qué me pasa con él; quizás sea la lástima que desprende su situación, la bondad que emanan sus rasgos, la inocencia, incluso. Pero me siento incapaz de partirle la cara, que es lo que haría con cualquier tipo que se me ponga a esta distancia, tratando de provocarme.

—Esto es comportarse como un imbécil. ¿Por qué no sabes mantener las distancias?

Me estampa un beso en la boca, empujándome contra la pared. Y yo solo percibo cómo se me dispara el corazón. Lo miro a los ojos durante una fugaz pausa y te juro que son increíbles. Sonríe y, mientras vuelve a besarme, sujetándome la cara entre sus manos, yo solo acierto a mirarlo, a mantenerme como una estatua e incluso diría que a responderle.

—Tienes razón —me susurra. Su aliento me golpea en la cara—. ¿Por qué mantener cinco centímetros contigo si puedo cargármelos? Es hacer el imbécil. Esta es la distancia correcta, ¿No crees?

Tercer beso en un minuto, más corto aunque igualmente intenso, y de nuevo, mi más absoluta inoperancia.

—Si vuelves a hacerlo, te mataré.

Mi advertencia suena tan creíble como si Vimo aseverase que es capaz de generar un Vórtice de espaldas y con los ojos cerrados.

Axan sonrío.

—No voy a volver a besarte —me susurra—. La próxima vez serás tú quien lo haga.

Sonrío.

—Siéntate a esperar.

Hace más amplia su sonrisa y se va.

Primero un chico normal y corriente; después un devastano, un elementalista y ahora un gilipollas. ¿Cuál será mi siguiente parada en la particular escala evolutiva que estoy llevando a cabo? ¿Un bufón de Vimo? ¡Por todos los dioses, Edrych! ¿Qué sentido tiene esto? ¿Qué me pasa con ese tío y por qué tus dioses lo han puesto en mi camino? ¿Cuál es la idea, el plan establecido? Mi madre solía decir —y es de las pocas cosas de ella que recuerdo— que todo ocurre por algo. ¿Cuál es entonces la motivación divina que existe en cruzarme en el camino de Axan? ¿Por qué despertar esto... sea lo que sea... que me pasa con él? Como ya te dije en una ocasión, nunca he priorizado el asunto de las faldas por delante de ningún otro pero te aseguro que mucho menos he priorizado el de los pantalones. Nunca me he sentido atraído por ningún chico y a mi mente regresa la idea que ya anidó una vez: sea cual sea la razón, lo cierto es que Axan ha despertado algo en mí; curiosidad, seguramente. Si doy un paso más con él perderé el interés y todo volverá a ser como antes. Esa es la parte de mí que me apremia a dejarme llevar, a no reaccionar cada vez que se me acerca del modo en que lo hace o me besa sin que yo oponga la más mínima resistencia. La otra parte de mí se niega a aceptarlo. Estoy confuso, eso es algo evidente y él solo trata de obtener provecho de esa confusión, generada, seguramente por los últimos acontecimientos: la destrucción de Lonoa, la muerte de la única persona —chica, para más señas— que fue capaz de hacerme relegar al devastano que siempre había estado tan presente en mí, aun varios años después de entrar en la academia. Todo eso exige por mi parte una gran fortaleza mental para no

dejarme arrastrar en un momento vulnerable y eso es lo que pienso hacer.

Mientras deambulo en los páramos de mis pensamientos, reparo, a lo lejos, en la figura de Rubik. Me sorprende que aún esté aquí, pues por lo general, las visitas del druida en las academias son breves. Este, además, ya nos ha informado de cuál es la situación en el Sur e incluso en el Norte, donde según afirma, los devastanos están empezando a entrar.

Supongo que no es demasiado prudente no haber establecido ningún tipo de defensa o salvaguarda en el puente de Yndoria, único punto de conexión entre los territorios del Norte y el Sur de Asthais. Sea como fuere, lo cierto es que la situación se torna cada vez más caótica y, según el propio druida, yo puedo tener buena parte de 'culpa' en ello. Rubik está convencido de que los devastanos me buscan a mí. Durante muchos años contaron conmigo en sus filas y, de forma inesperada, me pasé al bando contrario. Un antiguo devastano en bando elementalista parece ser algo peligroso para los hijos de la Devastación, poco conveniente para ellos y algo que hará que no se queden de brazos cruzados.

Camino aún aturdido por lo sucedido con Axan; tanto, que soy incapaz de reaccionar cuando, al cruzarme con el druida, me sujeta del brazo y prácticamente me arrastra a través de un pasillo hasta una estancia en la que no había entrado nunca. Tiene la extensión de un aula pero huele a cerrado y el estado de sus muebles evidencia que está en desuso.

—Escúchame muy atentamente porque esto es algo que solo voy a decirte una vez —me asegura—. Después me marcharé de esta academia y, con toda probabilidad, no volveremos a vernos.

—¿Qué pasa? —logro preguntar yo.

«Bien, Nazam; has logrado unir dos palabras».

—Tienes que salir de aquí lo antes posible y reunirte con Candace en la academia de Ymparta.

—¿Quién es Candace?

—Un instructor elementalista. Ymparta es la mejor de las cinco academias; sus alumnos ostentan los mejores coeficientes y los Vórtices van más allá en las instrucciones con él.

—¿Cómo? —pregunto confuso. Nunca había escuchado que una academia sobresaliese respecto de otra en el nivel de sus alumnos; más bien al contrario. Nunca se trató de establecer ningún tipo de competición entre unas y otras, fundamentalmente porque todos los alumnos e instructores teníamos un fin común: forjar elementalistas y ayudar contra los devastanos. Sin

embargo, Rubik afirma abiertamente que en Ymparta nos superan a todos. O a casi todos.

—Siempre dijiste que mis números son los mejores.

Llámalo estúpido orgullo pero de pronto veo tambalearse mi *status quo* y la valía en la que siempre sustenté lo que soy amenaza con ser una ilusión. Por fortuna, el druida no tarda en confirmar que no es así:

—Eres el mejor, Nazam y por eso precisamente nunca se te envió a Ymparta. Tu lado devastano...

Niego con la cabeza y frunzo el ceño. ¿Mi lado devastano qué?

—Me temo que si no eres más claro...

—Tu lado devastano hace que Urian te reclame. Sabíamos que no se olvidaría de ti y temimos que tenerte en una academia la ponía en peligro, a ella y a todos los que en ella habitaban. No podíamos poner en peligro a los más valerosos elementalistas.

Sonrío, incrédulo mientras niego con la cabeza. Dibujar la idea de que Sacha y todos aquellos con los que compartí mi vida durante tanto tiempo eran preferibles para morir antes que los aventajados alumnos de Ymparta hace que me hierva la sangre. Pensar en que Lonoa cayó por mí acentúa la sensación de rabia.

—¿Para qué va a quererme Urian ahora? —consigo preguntar, sin mirar a Rubik—. Hace diez años que ya no soy un puto devastano.

—No es lo que ya no eres, Nazam; es lo que estás a punto de ser. Un elementalista. Pero tu runa se ha mantenido despierta, agazapada, como un depredador acechando a su presa, esperando el momento oportuno. No ha pasado con ninguno de los otros muchachos a los que en su día los elementalistas rescataron de los complejos devastanos. Si dominas la potencia de los elementos en favor del ejército de Urian, él sabe, o al menos así lo cree, que tendrá un arma con la que responder a los elementalistas: la suya propia.

—Es absurdo. No me pondré de su lado.

—No sé hasta qué punto tu voluntad sea determinante para decidir en esto, Nazam ni hasta qué punto puedas resistir.

—No puedo emprender ahora un viaje a Ymparta y seguir demorando esto. Necesito ser un jodido elementalista. Estoy a punto de graduarme.

—Hazlo entonces y hazlo rápido pero después deberás llegar hasta Ymparta sin que nadie en Dogma se entere. Lo que aquí pueden enseñarte no será suficiente. Era necesario tenerte apartado hasta ahora pero en el

momento definitivo, las enseñanzas de Candace pueden ser determinantes.

—No puedo creer que no me dijeras nada de esto antes, ninguna de las veces que viniste a vernos a Lonoa o... ¡antes!

—No tenía sentido que lo supieras hasta que te hubieses graduado. Solo ostentando los cuatro elementos y el círculo serás capaz de llevar a cabo las enseñanzas de Candace.

Sonrío mientras niego con la cabeza.

—¿Cuál de las cinco academias es la peor?

Rubik me mira y frunce el ceño.

—¿Qué? —exclama incrédulo—. ¿Ahora te preocupa esa estupidez?

—Estupidez... Instructores y tú mismo os pasáis la vida diciendo que no hay unos mejores que otros, que todos alcanzamos un mismo nivel que solo se diferencia en su evolución en la guerra. Y ahora resulta que es una jodida patraña. ¿Cuál es la peor academia de todas?

—Si lo que estás insinuando es la posibilidad de que dejásemos caer a Dogma por ser sus alumnos los menos brillantes de las cinco academias, estás equivocado. Cuidamos a todos por igual.

—Rubik...

—Pero si tanto te interesa saberlo, la academia con mayor número de abandonos y expulsiones es la de Zundrak, lo cual no resta un ápice de valía a los muchachos que se enfrentan día a día con todo por ser elementalistas, igual que sucede en Ymparta, en Dogma o en Antalia. Igual que sucedía en Lonoa.

Ahora sí, abre la puerta y se esfuma. Corro tras sus pasos pero cuando abro, solo topo con alumnos que van y vienen, preocupados en sus asuntos, y algunos, en mí. Pero de Rubik no hay rastro alguno. La academia de Ymparta.

¿Cómo podré encontrarla o encontrar al tal Candace? Suspiro mientras empiezo a caminar y busco el modo de hacerle hueco a la enésima preocupación que me surca la mente.

6 Locuras al borde del abismo

Esta noche, de nuevo, no me apetece lo más mínimo ayudar a Kristanna con sus entrenamientos en Agua pero de nuevo me recuerdo que fui yo quien la apremió a superar sus temores para con el segundo elemento, de modo que aquí estoy, sentado sobre el bordillo del estanque, tratando de desterrar pensamientos y convencido de que para esa labor, esto me puede venir bien. De acuerdo, si te soy sincero, esa es la razón primordial por la que he venido; no por mi compromiso con ella, sino por la necesidad de despejar mi mente.

Vuelvo la cabeza cuando Kristanna entra por la puerta, con esa actitud asustadiza que la transforma por completo. Fuera de los niveles de Agua, en su planta de sanación o caminando por los pasillos de la academia, es una muchacha segura de sí misma; soberbia, incluso. Frente a mí ya ha hecho gala de un carácter fuerte y aguerrido. Pero cada vez que cruza esa puerta es como si la sala se le viniera encima, lo cual da buena muestra del temor real que le inspira el agua.

—Hola —me saluda al llegar.

—Hola. ¿Estás lista?

Asiente, con su característica poca convicción.

Me introduzco en el agua y ella hace lo mismo. Un avance, supongo. Hoy no me ha hecho falta decirle nada.

—Vamos a ver cuánto aguanto, ¿no? —me pregunta con timbre resignado.

Asiento mientras coloco el arnés en torno a su cintura y la mía.

—¿Está todo bien? —vuelve a interrogarme.

Alzo la mirada e inspiro. Estoy haciendo demasiado evidente mi distracción.

—Todo bien —le miento.

Pero no quiero darle ni una sola vuelta más a todo este asunto ni permitir tampoco que ella empiece a indagar, de modo que:

—¿Preparada?

Asiente y nos sumergimos. Descendemos durante unos pocos segundos hasta que alcanzamos la arenosa tierra del fondo. Igual que en la anterior

noche, tomo asiento allí y ella lo hace sobre mi regazo, con las piernas abiertas. Cierra los ojos y la miro. Gracias a las runas de Agua, puedo distinguirla con total claridad. Kristanna es una chica preciosa; sin embargo, más allá de admirar su físico, no me ha llamado más la atención y, de forma ridícula, me maldigo a mí mismo por eso. ¿No serían más sencillas mis preocupaciones si Kristanna fuese el centro de ellas en vez de serlo el imbécil de Axan? Aquel pensamiento prende una idea estúpida en mí, que sigo sin apartar la mirada de Kristanna. Ella empieza a moverse en un evidente signo de inquietud ante un aire que se le agota en los pulmones. Y en lugar de obligarla a permanecer bajo el agua, como debería hacer para prolongar su capacidad de aguante, me incorporo y me impulso con los pies hasta que emergemos. Incluso ella está extrañada ante mi pasividad pese a su pronta rendición; apenas ha aguantado un minuto. Sin embargo, hago tan evidente mi urgencia que ni siquiera dice nada. Me mira, igual que yo la miro a ella y se mantiene muda cuando embisto su boca. Me agarra con fuerza y ni siquiera se inmuta cuando nos sumergimos momentáneamente en un descuido. Su respiración está disparada y trata de empujarme hacia atrás, hasta que mi espalda topa con el bordillo del estanque. Aun en plena locura, sé que debería detener esto pero no lo hago. Suelto el arnés que nos liga y ella sale del agua, tirando de mi brazo para que la siga. Dudo un instante; de nuevo sé que estoy a tiempo de ponerle freno a esta estupidez pero cuanto más lo pienso, más me apremio a continuar. Salgo y ella vuelve a abrazarme, sigue besándome y acabamos contra la pared mientras me desabrocha el traje de entrenamiento y hace lo propio con el suyo. Su urgencia es tal que por un momento me sorprende no haberme dado cuenta de que podía sentirse atraída por mí. Más bien, hasta el momento, se había encargado de mostrar lo contrario, aunque supongo que de un rechazo constante a una atracción desenfrenada solo hay un paso. ¿Lo hay? No importa.

Escucho un crujido a lo lejos pero cuando voy a apartar a Kristanna reparo en que es Axan quien está en el umbral de la puerta. Nos mira, mientras, ajena a todo, ella sigue besándome; sus labios recorren mi cuello y sus manos, mis costados. Mis dedos se enredan entre su cabello oscuro y un secreto regocijo me recorre mientras Axan nos mira. Su expresión, sin embargo, que se había cargado de dureza al llegar, recupera su insoportable autosuficiencia. Él recoge una daga que había sobre el banco de mármol y se va. En ese momento desearía detener a Kristanna; es como si la marcha de Axan supusiera el punto y final de lo que sea que trato de demostrarme con

esto pero si algo decido finiquitar es la sacudida de pensamientos que me atormenta, de modo que me abandono al deseo en los brazos de Kristanna.

Por la mañana, ni siquiera sé dónde meterme. El arrepentimiento me azota como un látigo y el sentimiento de estupidez es hoy una segunda piel. Definitivamente es lo único que me faltaba después de cargar con el asunto del Vórtice y la Concatenación, además de las palabras de Rubik, que no me han dejado pegar ojo en toda la noche. El druida expone sin reservas el hecho de que lo que los devastanos buscaban en Lonoa era a mí, igual que harán también en Dogma, y además cree que en mi mano poseo una de las grandes armas contra ellos. He experimentado la fuerza de un Vórtice y a pesar de no alcanzar la potencia máxima que se necesita para sostenerlo con garantías de hacer daño en la guerra, noté su fuerza, su intensidad abrumadora. Y ni siquiera eso resultará suficiente contra Urian, el Emperador.

Alguien me propina un fuerte empujón mientras camino por el pasillo y, cuando me doy cuenta, estoy en una de las aulas pequeñas de Fuego, de esas que se emplean para aquellos que acaban de ascender al primer rango. Quien sea que me haya empujado, me ha hecho abrir la puerta con la cabeza, por lo que me llevo la mano a la frente, dolorida y compruebo que si bien no sangro, sí tengo un buen golpe. Aún estoy sentado en el suelo cuando reparo en la presencia de Vimo y su panda. Sonrío mientras niego con la cabeza; ha traído a más chicos que la otra vez. En total, contando a los que sostienen la puerta, a los que lo flanquean a él, a él mismo y a los cinco que me rodean, hay un total de diez alumnos aquí.

Dos de ellos me sujetan desde sendos brazos y me obligan a arrodillarme. Uno, además, me sujeta del pelo con fuertes tirones que amenazan con arrancármelo.

Vimo se me acerca, sujetando una daga que me pasea por la mejilla.

—¿Qué tal, hijo de puta? ¿Pensabas que iba a olvidarme de ti? Nunca olvido afrentas. ¿Me entiendes? Nunca.

—Y esta vez —interviene uno de sus bufones—, el moribundo no está aquí para salvarte.

Los demás ríen. El propio Vimo ríe.

—Sí. Te tiene que salvar un fiambre. Muy mal has de estar, 'debastardo'.

—Puede que esta mañana ni siquiera se haya despertado —añade otro de sus amiguitos—. Igual está seco como una longaniza en su cama.

Más risitas.

—¿Por qué cada vez que buscas problemas conmigo lo haces acompañado de media academia? —pregunto en tono jocoso.

Me asesta un codazo en la nariz y empiezo a sangrar de inmediato.

—¿Crees que me tocas el orgullo con eso? Si necesito a 50 personas las traeré para destrozarte, ¿me oyes, basura? Porque aquí te sobran enemigos.

Sonrío.

—¿Todo esto es por la humillación del primer día? —le pregunto—. Si vas a quedarte más tranquilo, puedo explicarles a tus amiguitos que realmente no eres tan débil ni tan inútil. Obviaremos episodios como este y el del templo, donde te traes a tus peleles para que peleen por ti.

Uno de los que me está sujetando, me asesta un bofetón. Y si a él no le he tocado el orgullo, a mí me lo han hinchado bien. Me zafo con un movimiento brusco, me pongo en pie y golpeo al otro que me aferraba. Vimo recula con el rostro descompuesto y no tarda ni dos segundos en dar la orden:

—¡Inmovilizado!

Cinco tipos se me echan encima y aunque logro repartir algún mamporro, no tardo en verme contra el suelo con todos ellos aplastándome y amenazando con quebrar mis huesos de un momento a otro. Vimo me pisa la mano y ahogo un grito. Juro por los dioses que será lo último que me escuche hacer.

Por momentos me falta el aire pero cuando deducen que ya no soy una amenaza tan palpable, se apartan poco a poco y, sin dejar de sujetarme los brazos por la espalda, vuelven a arrodillarme. Vimo se queda a gusto: puñetazos, golpes con la empuñadura de la daga, codazos. Lo suficiente para asegurarse de que no va a llevarse otro susto.

—¿Qué pasa, 'debastardo'? —me pregunta Vimo—. ¿Te cuesta ver?

Tengo los ojos cerrados, completamente hinchados. Pero juro que antes moriré a dejar que me vean vencido. Sonrío.

—No puedo ver pero huelo la cobardía a millas y aquí apesta.

Me golpea de nuevo en la cara; me sueltan y caigo al suelo, desplomado.

—Desnudadlo. Le vamos a dar un buen escarmiento.

Cuando tratan de quitarme la ropa, rasgándolas con sus dagas, aún logro dar algún que otro puñetazo. Pero no sirve de nada. En lo que apenas atisbo desde mis párpados, distingo la figura de aquel muchacho asustadizo del

templo. Baja la mirada, avergonzado, justo en el momento en el que uno de estos imbéciles trata de quitarme el guante con el que siempre cubro mi mano, mi brazo.

—Eh, ¿qué pasa? —pregunta Vimo—. ¿Por qué tienes ese guante puesto, 'debastardo', eh?

No respondo. Yo en su lugar no me interesaría demasiado por ese guante pero desde luego, hoy voy a hacer de todo salvo prevenir a esta panda de repugnantes ratas de cloaca.

—Quítaselo —sugiere uno de ellos.

Trato de revolverme pero me agarran del cuello hasta casi dejarme sin aire. Intercambian risas nerviosas que no desaparecen del todo cuando deslizan mi guante hasta hacerlo caer al suelo. Las marcas devastadas siguen vigentes en una piel muerta; los tatuajes surcan el brazo de un tono grisáceo, con heridas que no sanan, con moretones por todas partes, con venas que se marcan en sus zigzagueantes recorridos hasta una mano igualmente muerta.

—Por todos los dioses, qué asco —exclama uno de ellos.

Me miran como si fuera algún tipo de extraña criatura a la que han cazado. Pero ninguno de ellos se atreve a tocarlo.

—Tienes el brazo podrido, 'debastardo' —murmura Vimo, sonriendo—. ¿Tienes algo más podrido?

Los bufones estallan en carcajadas y mis ojos siguen pendientes del crío que se mantiene en un plano secundario.

—¿Por qué no lo dejamos ya? —pregunta al fin, como si en mi mirada pudiera leer el reproche, mezclado con un mudo empujón a actuar de la forma en que sabe correcta, por encima de lo que piensen aquellos a los que llama amigos y que lo dejarán tirado a las primeras de cambio.

—Vamos, Rise, ¿qué es lo que te pasa? —pregunta Vimo—. ¿Le has visto el brazo? —Lo sujeta del hombro y lo coloca delante de mí—. ¿Has visto? Es asqueroso, ¿verdad?

Me tienen en calzoncillos y uno de ellos se acerca con la hoja de una espada incandescente. Son Fuegos, de modo que no resulta difícil saber dónde la han quemado; la han prendido ellos mismos, invocando una runa. Me resulta imposible moverme pero en silencio me juro que no olvidaré ni una sola de las caras que están esta mañana aquí.

Un escalofrío me recorre cada vez que esto me sucede pero la voz de Urian regresa muchas veces a mi mente en forma de aprendizaje: el orgullo prendido conduce a los hombres a actos impulsivos y temerarios. La ausencia

del mismo, permite hilvanar estrategias perfectas. El caos es un silencio atronador. Y a eso es, precisamente, adonde quiero llevar a estos hijos de puta. Al caos. Si invocase una triste runa lo lograría pero sé que otros pagarían la consecuencias porque en este momento, sería incapaz de medirme. De modo que cierro los ojos y trato de contenerme. Aprieto los dientes cuando colocan sobre mi pecho la hoja de la espada ardiendo. He jurado que no gritaría y no lo haré. Pero la ira que se acumula en la boca de mi estómago me arranca una fuerza que hasta yo mismo ignoro. Invoco una espiral de fuego que recorre la sala haciendo estallar la polvorienta cristalera que queda al otro lado de la vieja cortina.

Incorporándome, logro desasir mi brazo y llego a golpear, de forma involuntaria, al tal Rise, el crío asustadizo, que cae al suelo entre espasmos y un gorgojeo constante. Todos me sueltan y clavan sus miradas en él cuando la espiral de fuego se extingue. Vimo se agacha a su lado, gritando y lo sujeta, tratando de que reaccione; se vuelve histérico y empieza a reclamar ayuda. Entonces me doy cuenta de que la pared del pasillo ha volado por los aires y un montón de alumnos nos miran atónitos desde allí. Vimo y los demás gritan, solicitando la presencia de sanadores, mientras yo continúo clavado en mi sitio, con la respiración disparada y los ojos inyectados en sangre. solo la visión de aquel crío con los suyos abiertos y fijos en el techo logra transmitirme algo de serenidad y aplacar un sentimiento que me haría empezar a arrancar cabezas hasta coleccionar, al menos, nueve.

Al aula empiezan a entrar alumnos y también Saudar y Korb. Se llevan a Rise corriendo y las miradas acusadoras, confusas y asustadas, me cubren como un velo. Y por enésima vez, eso me importa una mierda.

Llevo ya un buen rato sentado en el despacho de Saudar cuando este al fin llega. La situación me parece tan sumamente ridícula que por momentos tengo que refrenar las ganas de saltar por la ventana. Me siento como un crío que se ha portado mal en el colegio y espera una reprimenda de su profesor. Saudar abre la puerta y rodea la mesa hasta tomar asiento detrás de ella. Me mira como si esperase a que le confesara el mayor crimen jamás cometido. Pero yo le sostengo la mirada sin decir nada.

—¿Qué diantre ha ocurrido? —me pregunta.

Se lo han explicado mil veces, ofreciéndole su más que discutible versión de los hechos. Ahora quiere oír la mía aunque por la forma en la que me mira, no estoy seguro de que eso vaya a servir de gran cosa.

—Buscaron problemas y los encontraron —me limito a decir. Exponer que me golpearon me haría sentir ridículo, como un crío asustadizo que ejerce de chivato ante el profesor de turno.

—Problemas —masculla Saudar, visiblemente contenido—. Hay un chiquillo de 16 años entre la vida y la muerte en los niveles de sanación, Nazam. Y al menos 15 heridos por quemaduras.

—Lo golpeé sin querer, Saudar —confieso al fin. No tengo la menor intención de que piense que quería matarlo; no es cierto. Ni siquiera me parece un mal chico; simplemente un cobarde, alguien preocupado por encajar en un grupo. Comprensible a su edad, supongo. El resto no tiene la menor importancia; todos sufrimos quemaduras a diario en la academia.

—Está a punto de morir —me repite.

—Me quitaron el guante. Y lo llevo por algo. El que juega con fuego se quema y el que juega con un devastano, muere. Así de sencillo.

—¿Un devastano? Hace años que te sacaron de los complejos devastanos —grita, golpeando la mesa—. Hace años que te convirtieron en un elementalista o en alguien que aspira a serlo ¿y todavía tienes la desfachatez de identificarte como un maldito devastano?

—Puedes tratar de cambiar lo que fuiste —respondo, incorporándome—. Puedes tratar de mejorarlo, de olvidarlo o de soterrarlo pero no puedes eliminarlo. Nunca dejaré de serlo del todo.

—Entonces lárgate de mi academia ahora mismo.

—¿Qué? —exclamo, incrédulo—. No puedes echarme.

—Soy quien la dirige, claro que puedo.

Se pone en pie y camina hasta colocarse a mi lado, en actitud amenazante.

—Se muere durante la instrucción; se muere durante la guerra. Pero no en los pasillos de una academia. Si admites abiertamente que sigues siendo uno de ellos, no pondré en peligro a ningún alumno más. Lárgate.

—No puedes echarme a días de graduarme —exclamo, tan alterado como él—. He superado todas las pruebas, poseo el mejor historial de las cinco academias y quiero luchar en la jodida guerra.

—¿Aun siendo un devastano?

—¡Aun siendo un devastano! Solo me falta el Vórtice, Saudar. No puedes negarme el derecho a afrontarlo.

—Estás a punto de ser el responsable de la muerte de un chiquillo. ¿Crees que no es razón suficiente para expulsarte?

—Sabes que mi aportación será valiosa en el ejército elemental. Si me expulsas, estarás negando a las posibilidades de victoria un gran aliado.

Guarda silencio durante un largo minuto, como si sopesara algo. Después, habla:

—Tienes cinco días desde mañana para afrontar el Vórtice y superarlo. Si no lo has hecho, te largarás igualmente.

—¿Cinco días?

—Eso he dicho —zanja, de regreso a la parte posterior de su mesa—. Tengo entendido que tienes Concatenación. Solo es cuestión de práctica.

—Ese chico no sostendría un Vórtice ni en mil vidas —exclamo.

—Ese no es mi problema. El que escoge eres tú. Ahora lárgate.

Camino hacia la puerta y no me detengo ni siquiera cuando habla:

—Vamos a tenerte bien vigilado, Nazam.

Cierro con un sonoro portazo y trato de impermeabilizarme a las miradas asesinas, a las mudas acusaciones, al miedo, la confusión y el rechazo en los ojos de todos, pues nunca ha dejado de ser así, desde que llegué. Ni el hecho de ir en calzoncillos adquiere mayor importancia. Ni siquiera cuando Axan me da alcance y camina a mi lado.

—Acabo de enterarme de lo ocurrido —me dice únicamente.

Yo sigo avanzando como una embestida, sin escucharlo.

—Debimos reportar el incidente del templo —añade—. Vimo no es muy ducho con los elementos ni con la espada pero sí es orgulloso. Lo humillaste y no te lo perdonará tan fácilmente.

Sigo adelante, mudo, mientras abandono los pasillos principales y camino hasta la escalera.

—Deberías contarle a Saudar todo, tal cual ha sucedido y dejar de...

Lo empujo contra la pared, haciéndole pagar, de algún modo, lo sucedido.

—Cállate de una jodida vez y deja ya de seguirme.

Me mira sin decir nada y yo desciendo rápidamente a través de la escalera que conduce hacia los niveles de sanación pero sigo bajando. Sé que no hay ninguna sala más habitada aquí pero lo que ahora necesito es estar solo, aislarme del mundanal ruido. No son pocas las veces que me abraza esa sensación, la de sentirme fuera de lugar entre el mundo, entre la gente, entre los elementalistas o entre los humanos; da igual.

Llego hasta el viejo pasillo que deriva en una puerta cerrada. Si la

atravieso, bajaré aún más hasta la base de la torre, que da salida a los bosques de Caótica, poblado de criaturas extrañas y desconocidas. Apoyo la espalda en la pared y me deslizo hacia abajo. Hundo la cara entre las manos y me pierdo en un necesario silencio. Son pocos los recuerdos que mantengo sobre mi vida antes de los complejos devastanos. A veces me pregunto por qué esos malnacidos no eliminan del todo esas imágenes de nuestra memoria. Apenas he vivido cuatro años en esas condiciones, como un chiquillo normal y corriente pero los rostros sonrientes de otros niño, cuya identidad no soy capaz de conceder viven latentes en mí como un amuleto, algo a lo que recurro cada vez que las circunstancias me superan y aunque detesto reconocerlo, debo admitir que sucede. Y sucede con más frecuencia de la que me gustaría.

Antes de que los recuerdos del pasado puedan venir en mi auxilio, escucho unos pasos descender desde la escalera que me ha traído hasta aquí y sé perfectamente quién es.

Testarudo, obstinado o quizás alguien totalmente carente de orgullo. Sea lo que sea, mi inquietud se torna en algo distinto cuando confirmo que se trata de Axan. Por un momento, mi estómago se mantiene encogido, tratando de descifrar qué se esconde en su mirada. Hasta ahora ha sido el único que me ha tratado con amabilidad —demasiada en ocasiones—; la única mirada amiga —o algo más— y la única sonrisa sincera. A pesar de eso, me empeño en mantenerlo lejos, en tratarle con desdén. Y él sigue ahí. ¿Es posible que realmente sienta algo hacia mí? ¿Por qué, si no, permite que lo trate así? ¿Debería permitirlo aunque lo sintiera? ¿Por qué me planteo ahora todas estas idioteces y, sobre todo, por qué me preocupa lo que pueda estar pensando de mí?

Ahora no sonrío pero su expresión transmite la misma serenidad de siempre. Se apoya en la pared con el hombro y me dedica una larga mirada.

—¿Por qué insistes en seguirme? —le pregunto, sin mirarlo.

Por el rabillo del ojo, observo que sonrío. Y me genera escalofríos el hecho de que me agrade.

—Porque sé que la soledad es el peor aliado posible en un momento así — responde. Se yergue y camina con desidia, acercándose—. Te empieza a disparar con argumentos autodestructivos que no te ayudan en nada, que solo te hacen sentir peor. Te he oído hablar con Saudar —añade tras un largo silencio.

Alzo la mirada. Esa sí que no me la esperaba.

—Lo de meter las narices donde no te llaman se te da especialmente bien, eh.

Lo digo también en alusión a su repentina irrupción en los niveles de agua la noche anterior, cuando Kristanna y yo... En fin. Algo me dice que lo ha cogido al vuelo. Sonríe y el alivio en mí es completo al comprobar que no me expresa rechazo por lo que he hecho. Ni siquiera pregunta qué ha pasado.

—Con Darion no lograrás sostener un Vórtice —añade, algo más serio—. Al menos no en el tiempo que Saudar te da.

—Lo sé.

—Puedo ayudarte, si lo deseas —me ofrece, unos segundos después, mientras se agacha delante de mí.

—No, gracias.

Sí, Edrych, dilo: «Eres imbécil». No tengo más alternativa que afrontar el Vórtice con él y rechazo la ayuda que me ofrece. Orgullo, miedo. Quizás todo a la vez. Yo qué sé.

—Como quieras —me dice—. Pero si de verdad aspiras a irte de aquí convertido en un elementalista, quizás deberías dejar a un lado otro tipo de cuestiones y centrarte solo en eso.

—¿Por qué lo haces? —exclamo. No puedo negar que, hasta cierto punto, lo hago con exasperación. ¿Hasta dónde llega su maldita paciencia? ¿Hasta dónde su aguante? ¿Existe algo capaz de hacerlo enfadar? ¿De hacer que te retire su palabra? ¿De herirlo, incluso? Parece que no.

Mantiene su rictus en calma.

—Ya te lo dije. Me gustas.

—Tú a mí no. Y si todo esto es una excusa para acercarte a mí y abordarme cada vez que te venga en gana, olvídalo, ¿de acuerdo?

Sonríe.

—Prometo tener las manos quietas. Y los labios. Prometo centrarme única y exclusivamente en el Vórtice. Pero quiero ayudarte de veras.

Suspiro. Ni siquiera sé por qué actúo como si estuviera en medio de una encrucijada. No lo estoy.

—De acuerdo. Solo el Vórtice. No quiero que me hables de nada más y, por descontado que si intentas algo, te arrancaré la cabeza, ¿me oyes?

Hace más amplia su sonrisa.

—Entendido.

A pesar del acuerdo, me mira de una forma que me hace sentir extraño y me pasea el dedo por la cara, apartándome un rastro de sangre seca.

Acabamos de establecer un pacto para que no ocurran cosas raras entre nosotros y ya me está mirando como si pudiera bucear entre mis pensamientos, tocándome con libertades que jamás concedería a nadie. Pero habla y mis miedos se disipan:

—Tienes la cara hecha un cromo. Deberías pasarte por sanación.

—No hace falta.

—Ahora está Alexandra. Puedes ir sin miedo.

—¿Sin miedo a qué? —pregunto cuando se incorpora.

—Bueno, a veces las cosas se complican cuando se da el paso que diste anoche con Kristanna.

—El paso... —añado yo. No sé por qué pero evocar lo sucedido con ella, me hunde aún más.

—Te acostaste con ella, supongo.

—Eso no es de tu incumbencia —murmuro, sin mirarlo.

—No, no lo es.

—Axan —lo llamo cuando se disponía a marcharse. Él se vuelve—. Esta noche. Necesito empezar a entrenar ya. Solo tengo cinco días y estamos en un 65.

Asiente.

—Nos vemos esta noche, pues.

Ahora sí, se va.

Cuando llego a la escalera de sanación, Axan me está esperando, sentado con el cuerpo encorvado hacia adelante y los codos apoyados en las rodillas. Alza la cabeza al percatarse de mi presencia y sonrío, incorporándose.

—¿Listo? —le pregunto.

—Listo —responde él.

—Había pensado —añado, bajando un escalón— que podríamos entrenar en los bosques. Si logramos sostener el Vórtice, aquí podríamos destrozarnos unas cuantas cosas.

—De acuerdo.

Se echa las espadas sobre el hombro y empieza a bajar la escalera. Yo lo sigo. Dejamos atrás los niveles de sanación y descendemos una planta más. Llegamos hasta la puerta que permanece cerrada con cadenas y candados. Axan las sujeta e invoca una silenciosa runa de fuego que funde el hierro

como si fuera hielo en un día de verano. Ni siquiera me mira y continúa bajando. Hay un sinfín inacabable de escaleras hasta la base de la torre. El olor a cerrado evidencia que este lugar no se transita. Avanzamos apartando telarañas y escuchando crujidos a cada paso. Axan prende una pequeña llama y algo en mí se activa, haciendo que me detenga. Él hace lo mismo unos pocos peldaños más abajo.

—¿Qué pasa?

Niego con la cabeza y retomo el paso. Escabullirme por las entrañas de la torre, hacia las zonas deshabitadas, me trae recuerdos de los encuentros furtivos con Sacha, imágenes que ahora mismo trato de desterrar. No tienen nada que ver con la razón por la que hoy llego hasta el abandonado esqueleto de Dogma.

Cuando me doy cuenta, Axan está arrancando las cerraduras de los portones que dan al bosque. Los abre y el aire de la noche me envuelve en una sensación tranquilizante, desterrando por completo el olor a cerrado que me ahogaba al descender desde los niveles deshabitados de Dogma.

Él sigue avanzando por delante de mí, hasta internarse en la espesura. Aún lleva las espadas sobre el hombro y camina con resolución. Casi se me hace extraño que no haya intentado nada, que no me haya mirado con esa sonrisa socarrona o con esos ojos rasgados que de lo claros que son, ocultan todo lo que piensa. El silencio es la nota predominante en nuestra caminata y nos permite escuchar los sonidos del bosque: los truenos lejanos retumbando en las cumbres; los animalillos agazapados en la oscuridad y otras criaturas menos entrañables, emitiendo todo tipo de alaridos y quejidos en el silencio sepulcral.

Después de dejar la academia a una distancia más que prudencial para poder ejercitarnos sin llamar excesivamente la atención, Axan se detiene y da media vuelta.

—¿Qué te parece aquí? —pregunta.

Asiento mientras escudriño la oscuridad. Axan hace filigranas con las dos espadas y se coloca delante de mí, en posición.

—¿Qué te pides? —le pregunto.

Se encoge de hombros y hace una mueca con la cara.

—Aire y Agua —murmuro, desenvainando también mis espadas y sosteniéndolas extendidas hacia adelante.

—Tierra y Fuego, pues —zanja él, sonriendo.

Me dispongo a invocar el primero de los elementos cuando Axan alza una

mano.

—Espera.

Se agacha unos metros a su izquierda y compruebo que coloca un objeto metálico en el suelo. Después regresa a su sitio.

—¿Qué es eso?

—Un medidor de potencia. ¿Cómo, si no, vamos a saber si hemos alcanzado el ansiado cien?

Sonríó mientras niego con la cabeza.

—Estás en todo...

Él me devuelve la sonrisa y extiende sus espadas en posición.

—Aire —murmuro.

Al igual que sucediera en el aula, un viento arremolinado se alza por detrás de nosotros, envolviéndonos en una espiral. Aumenta su potencia progresivamente formando un círculo perfecto que hemos de tratar de mantener y fortalecer, al tiempo que sumamos el resto de elementos a la invocación.

—Tierra —dice él.

De nuevo el muro se alza, sólido, impenetrable apenas y empujado por el viento que acelera. Abro un poco más las piernas y trato de clavar el paso para no desestabilizarme lo más mínimo. Mis dedos se tornan blancos en torno a la empuñadura de las espadas pero seguimos adelante con el Vórtice.

—Fuego —mascullo.

El calor aprieta, pues el viento que gira en torno a nosotros se vuelve caliente, asfixiante por momentos. Aceleramos y en el rostro de Axan veo un esfuerzo infinito por mantener los tres elementos que nos sacuden. El mismo esfuerzo que también yo debo poner en liza. Él aprieta los dientes y cierra los ojos, con fuerza.

—¡Agua! —grito.

Las gotas nos salpican, originándonos quemaduras. El viento corta; la tierra, lastima. El fuego, quema. Cuando solo resta imprimirle más fuerza y velocidad a la espiral, Axan da un traspié y todo se volatiliza, dejando tras de sí un latigazo de fuego que le quema en la cara. Lo miro, con la respiración disparada por el esfuerzo. Él cierra los ojos y apoya sus manos sobre sus rodillas.

—Lo siento —murmura, incorporándose rápidamente—. Lo siento, Nazam. Lo siento.

No digo nada. En su expresión detecto la más absoluta sinceridad y

decepción consigo mismo pero soy incapaz de decirle nada. Camino hasta el indicador de potencia, un pequeño objeto metálico acabado en punta que lanzaba una especie de descarga eléctrica mientras los elementos nos envolvían en la invocación del Vórtice. Me agacho y observo que la aguja que hay en su base señala un número del círculo:

—68 —digo con un hilo de voz—. Hemos aumentado tres unidades respecto de la última vez.

Me vuelvo y miro de nuevo a Axan, que trata aún de recuperarse de la primera intentona. En su rostro aún se dibuja la disculpa.

—¿Te ves con cuerpo para otro? —le pregunto.

Asiente sin decir nada. No estoy seguro de que en realidad pueda o de que, sencillamente no quiera exponerse como alguien más débil que yo; no por la simple comparativa, sino por el hecho de que yo pueda replantearme mi Concatenación con él. El caso es que ni siquiera me preocupo en adivinar lo que realmente está pensando. Ha aceptado invocar otro Vórtice y vamos a por ello.

Tras la explosión del tercero, Axan se deja caer al suelo, bocarriba y cubre su rostro con el antebrazo. Su pecho sube y baja, disparado, igual que el mío propio. Compruebo la evolución en el indicador:

—71 —mascullo, sentándome en el suelo—. Tres malditos intentos y nos hemos movido seis unidades.

—Tres intentos y continuamos ascendiendo —responde él. Lo miro y se sienta también en la tierra. La lluvia ha empezado a descargar con suavidad y él alza la cabeza hacia el cielo, con los ojos cerrados, como si las gotas pudieran arrastrar la fatiga, el cansancio y el escozor de las heridas ocasionadas.

Me sorprendo a mí mismo mirándolo y él se da cuenta. Aparto los ojos y recojo el medidor.

—Deberíamos volver —zanjo, incorporándome—. Es tarde y mañana hay instrucción.

Él también se pone en pie y retomamos el camino de regreso.

—¿Te permite Saudar asistir? —me pregunta.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? Tengo todo el derecho del mundo, le guste o no.

—Sí pero cree que pones en peligro a los alumnos, ya sabes.

Me detengo y lo miro.

—¿Tú también lo crees?

Sonríe.

—¿Crees que si pensase igual estaría ahora contigo aquí?

Los segundos ven prolongarse el silencio hasta que al fin, retomamos la marcha. En pocos minutos estamos frente a los portones de la imponente Dogma. La lluvia ha arreciado y estamos calados hasta los huesos, una sensación gratificante, sin duda alguna. Desandamos los pasos que nos trajeron hasta la base de la torre y llegamos hasta el nivel de las habitaciones. El candado y la cerradura de la puerta que dan acceso a las plantas deshabitadas está fundido pero confío en que no se den cuenta o en que, de hacerlo, piensen que ha podido ser cualquier alumno, una estupidez sin importancia a la que no deben concederle más pábulo.

—Bueno —exclamo—. Pues hasta mañana.

—Hasta mañana —concluye Axan.

Da media vuelta y le observo alejarse con destino a su habitación. Sonríe. Ha relegado su estúpida actitud conmigo de días anteriores; se ha limitado a ser mi compañero de lucha, mi Concatenación y hemos sostenido, nada menos, que tres Vórtices. No alcanzamos, ni por asomo, la potencia necesaria pero evolucionamos favorablemente, ascendemos a pesar del agotamiento y de lo poco recomendado de efectuar un Vórtice detrás de otro. Y a pesar del apremiante tiempo y las dificultades, solo puedo pensar que....

—Nazam —La voz de Axan interrumpe mis pensamientos. O quizás no—, lo lograremos.

Asiento. No interrumpe mis pensamientos; más bien los completa. Axan sonrío y, ahora sí, se va.

Si fuera algo parecido a una persona normal, esta mañana estaría muerto de sueño. Anoche prolongamos el entrenamiento hasta altas horas y ahora afrontamos la instrucción de esgrima apenas cinco horas después. En esta ocasión no podemos utilizar el poder de los elementos. Alcanzado el primer rango de Fuego, el uso de estos se nos hace tan familiar que llegamos a usarlos para todo, olvidando, casi, que hay vida más allá de ellos. Y eso es, precisamente, lo que nos recuerda esta instrucción: a manejar una espada sin que el poder de los elementos la potencie.

Como simple enseñanza, esto no nos comportará nada que podamos

utilizar en la guerra contra los devastanos pero sí debemos saber manejar el acero, como también hemos de ser conscientes de que no todas las batallas que afrontemos en la vida nos exigirán el uso de los elementos. Utilizarlos en peleas contra simples humanos, por ejemplo, está terminantemente prohibido y su desobediencia se castiga con los severos y disciplinados códigos elementalistas.

Apenas han pasado unas horas desde lo sucedido y las sensaciones en los demás alumnos quedan claras cuando nadie se sienta cerca de mí. Mis ojos, sin embargo, solo le prestan atención a Vimo, que me fulmina con la mirada desde el otro lado del aula. Esta mañana he podido saber, escuchando conversaciones casuales, que el muchacho, el tal Rise, es su hermano; razón de más para no haberlo expuesto tanto al peligro. Pero supongo que nada puedo pedirle al imbécil que le ha tocado como hermano mayor.

Mi atención se desvía cuando Axan entra en el aula. Su rostro no evidencia si está cansado, somnoliento o en plena forma. Por un fugaz momento, me preocupa estar abusando de su capacidad de aguante, sea mucha o poca. Sostuvo tres Vórtices ayer por la noche y ahora está aquí, dispuesto a afrontar el mismo entrenamiento que aquellos que han dormido plácidamente. Por absurdo que resulte, no puedo negar que verlo desprovisto de su sonrisa me genera sensaciones extrañas. Sin embargo, trato de no prestarle mayor atención a eso cuando Korb se sitúa en medio del aula.

—Queda poco que decir, caballeros. Todos poseen Concatenación y algunos tratan de invocar y sostener Vórtices; unos lo intentarán antes, otros lo harán después. Ahora solo resta perfeccionarnos en todas las artes que hemos puesto en liza desde que, siendo apenas críos, llegaron hasta aquí. Vimo —añade, apartándose—, elige a un rival y pelea.

Korb da media vuelta y recula marcha atrás, mientras le lanza una espada a Vimo, que este sujeta al vuelo. Como no podía ser de otra manera, sus ojos se fijan en mí pero para mi sorpresa, sus labios no pronuncian mi nombre:

—Axan.

El interpelado, que prácticamente no había llegado ni a sentarse, regresa al centro del aula y recoge también en el aire la espada que Korb le ofrece. Resopla, mueve el cuello hacia ambos lados y se pone en posición. ¿Por qué lo habrá elegido a él, si es más que evidente que todo su odio se vuelca hacia mí? Puede que, aun siendo así, Vimo no haya perdido toda su estupidez y capacidad de raciocinio. Ambas han de indicarle que enfrentarse a mí no es sensato. Él está tocado con lo que le ocurre a su hermano pero mi orgullo está

también seriamente dañado y a pesar de detestarme como lo hace, supongo que aprecia más su vida de lo que odia la mía. Aunque tampoco es que con Axan las cosas vayan a resultarle sencillas; definitivamente podía haber escogido a muchísimos rivales —la mayoría— más débiles que Axan.

El intercambio de golpes con él presenta lo que podríamos llamar un combate estándar. Correcto. Sin grandes alardes. Uno ataca por un flanco y el otro efectúa los movimientos precisos y correctos para contenerlo y devolverle la embestida. Luego las tornas se voltean y a medida que uno u otro toma cierta ventaja sobre el rival, el duelo se torna interesante. De pronto, el brazo de Vimo, sujetando su espada, sesga el aire, golpeando a Axan en la cara. Ese simple gesto le hace perder la espada y aquello se convierte en el particular aviso de salida para Vimo, que golpea a Axan con toda la furia que no puede dirigirme a mí. Puñetazos, patadas, golpes con la espada y con la empuñadura, codazos, rodillazos; empujones que dan con Axan en el suelo para volver a alzarlo y seguir despachándose a gusto. Aparto la mirada por un momento, novedosamente incómodo, yo, que he visto mil duelos entre Sacha y otros tantos oponentes. Pero Axan no está oponiendo resistencia alguna. Trata de devolver un puñetazo pero el intento se queda en un simulacro patético, un inútil braceo que Vimo detiene sin dificultad, haciéndole crujir la muñeca a Axan. Mi nerviosismo va en aumento. ¿Por qué ese jodido imbécil no hace nada? ¿Por qué se deja golpear de esa forma? Restriego mis manos en mis piernas y me cubro media cara con los puños cerrados en que he convertido mis manos. Por el cielo, que se acabe ya. Observo a Korb, impaciente por que corte aquello pero nada en su expresión denota que esté por la labor. Pugno internamente con la necesidad de ponerme en pie y gritar.

Por suerte, a Vimo la rabia solo se le potencia con cada golpe que da y el Fuego se le escapa de la palma de la mano, originando que Korb —ahora sí— ponga punto y final a la escabechina de Vimo.

—Nada de elementos —le recrimina el instructor—. Vamos, siéntate. Llévao a Axan.

Como es habitual, los sanadores aguardaban en el fondo del aula a que su intervención, casi siempre necesaria en los primeros rangos, se requiriera. Mientras dos muchachos se llevan a Axan arrastras, yo miro hacia otro lado y contengo las ganas de salir corriendo detrás. Intento convertir la desesperación en rabia y lo cierto es que no me cuesta: rabia con Axan por haberse dejado vapulear así. Y rabia conmigo mismo por estar sumido en esta

ridícula sensación.

Cierro los ojos y espiro una amplia bocanada de aire. Intento desterrar la imagen de un ensangrentado Axan y centrarme de nuevo en la instrucción. Una de las últimas.

Bajo a los niveles de sanación guiado por una extraña necesidad; una necesidad que no ha dejado de apremiarme desde que Axan desapareciese a través de la puerta del aula de Fuego, arrastrado por los sanadores. Como no podía ser de otra manera, esta mañana no he tomado parte en ninguna de las peleas que se han desarrollado en la instrucción de esgrima. Supongo que es el particular castigo de Saudar y el resto de instructores: hacerme una especie de vacío que solo tendrá como excepción el Vórtice. Domino todo lo demás sin ningún tipo de problema, con lo cual saben que apartarme no mermará mi capacidad.

Antes de llegar a mi destino, me sobresalta la repentina aparición de Darion.

—Korb dijo que todos tenemos Concatenación —me dice— pero yo no estoy muy seguro de cuál es mi situación y me preguntaba si tú serías capaz de iluminarme al respecto.

Lo miro e inspiro una amplia bocanada de aire.

—Pues teniendo en cuenta que a ti te tumbó un Tifón de nivel 5 y que Axan y yo hemos sostenido un Vórtice de 70 unidades más, yo creo que las cosas pueden resultarte más claras.

Darion sonrío.

—Bueno, teniendo en cuenta que mi salud es perfecta y que él se muere, no lo tengo tan claro.

Las continuas alusiones de la gente respecto a la futura muerte de Axan empiezan a crisparme pero trato de no hacerlo evidente.

—Me... pediste que fuera tu Concatenación. Y sin decirme nada te unes a otro.

Sonrío.

—¿Estás celoso?

—Molesto, más bien. Sé perfectamente que Axan es mejor que yo pero ignorar su precaria situación personal no cambiará nada. Escucha —añade,

acercándoseme—, sé que no puedo sostener un Vórtice en cuatro días pero sí puedo conseguir más tiempo. Sé que eres el mejor y quiero que llevemos el Vórtice a cabo juntos. Puedo hacerlo. Necesito más tiempo pero puedo hacerlo.

—Si soy capaz de lograrlo con Axan en cuatro días, ¿por qué voy a preferir hacerlo contigo en cuatro meses?

—Porque Axan no ofrece garantías. No lo aguantará. Por el cielo, acabas de verlo. No hablamos de Tifones ni de Vórtices, sino de una simple pelea a espada y, para más inri, con Vimo como adversario. Lo ha destrozado y eso le ocurre cada dos por tres. Puede que tu alianza conmigo sea una carrera de fondo pero es una carrera hacia el Vórtice. Con Axan será una de velocidad pero te estamparás contra un muro.

Guardo silencio y me sorprendo a mí mismo sopesando una situación que antes estuvo clara en mi mente. Sin embargo, no le falta razón.

—Aprecio y admiro la capacidad de Axan para lograr todo lo que ha alcanzado —continúa diciéndome— pero me doy cuenta de las cosas. Morirá en poco tiempo y le honraré su batalla. Los demás seguiremos aquí y los devastanos no le guardarán luto.

—No sé... —murmuro.

—Piénsalo. No tienes por qué responderme ahora. Lleva a cabo más entrenamientos con Axan y convéncete tú mismo.

Da media vuelta y regresa por el camino que le trajo hasta aquí. Resoplo y me llevo las manos a los ojos, apretándolos como si pudiera hundirlos y perder de vista esta jodida realidad. Pero no puedo. Retomo el camino y llego hasta la enorme sala de sanación. Aquí siempre hace más frío; o tal vez sea yo quien lo percibe todo de otra manera. Es una sensación extraña que hoy me abraza como una segunda piel.

Me detengo en el umbral de la puerta y me encuentro a Axan sentado sobre la mesa de sanación. Mantiene los ojos cerrados y los hombros caídos. Al menos tres de las heridas que se le abrían en la cara están cerradas con puntos de sutura. Su torso, expuesto entre la camisa abierta y manchada de sangre, es una página de dolor: moretones, cortes, arañazos...

Entro despacio al comprobar que no hay nadie más aquí. Él entreabre los ojos al oír mis pasos y esboza algo muy poco parecido a una sonrisa. Me acerco más y observo sus ojos verdes, tratando de escudriñar en ellos una explicación; no sé exactamente acerca de qué: cómo se siente, quizás o qué ha pasado, tal vez. Paseo mi dedo índice sobre su rostro, recorriendo, en

silencio, la herida más larga de todas cuantas desdibujan sus rasgos. Él sigue mirándome sin decir nada, sin transmitir, si quiera, si le duele; ha de hacerlo. Ha de dolerle todo el maldito cuerpo. Hundo mis dedos entre su pelo alborotado y le doy un leve tirón, empujando su cabeza hacia atrás. Lo suelto y suspiro, apoyando mi mano sobre la mesa de sanación en la que él permanece sentado.

—Estaré bien para esta noche —me dice desde una voz entrecortada y extraña; como si no fuera la suya.

—No he venido para... —murmuro. Bajo la cabeza y la alzo de nuevo—. ¿Qué diantre ha pasado? ¿Cómo ha podido el imbécil de Vimo darte una tunda semejante? ¿Me he equivocado de Concatenación?

Algo en sus ojos se modifica, esa chispa de orgullo que llevo tanto preguntándome si posee. Claro que la tiene; todo guerrero la tiene. Mis palabras le han herido.

—No te has equivocado —responde con un matiz de soberbia dibujado en el timbre de su apagada voz—. Es solo... la enfermedad. A veces me deja K.O. No... no puedo ver con claridad ni oír. Me quedo bloqueado, inmóvil... Se me pasa enseguida pero supongo que hoy ha ido a escoger el peor momento para...

Suspira sin terminar de hablar. Supongo que no tiene muy claro si con todo lo que me está describiendo, realmente no pienso que me haya equivocado de Concatenación. Sé que no lo he hecho. O eso quiero creer aunque ni yo mismo tengo demasiado claro el por qué. Por qué. Porque sé que si no puedo confiar en Axan para llevar a cabo el Vórtice, en esta maldita academia no podré hacerlo en nadie más.

—¿Y qué pasa si eso te ocurre durante la invocación de un Vórtice frente a un ejército devastano? —le pregunto. Me odio a mí mismo por hacerlo. Lo que ahora necesita es que le infunda ánimo, que lo apoye y le exprese mi total confianza. Pero no es eso en lo que desembocan mis palabras. Él no responde; al menos no de viva voz. Su elocuente mirada, que tantas veces me parece un velo de misterio y secretismo, es ahora una explícita súplica por que confíe en él, sin argumentos, sin porqués, sin motivos. Pero yo no me muevo sin nada de eso, de modo que interiormente, la propuesta de Darion empieza a cobrar fuerza. Seguiré calibrando a Axan y tomaré la mejor decisión llegado el momento. No estoy aquí para hacer amigos, sino para convertirme en un elementalista y en esa lucha deberé valorar si el tiempo y las garantías caminan de la mano o no.

Alexandra llega en ese momento, seguida de Kristanna, que se detiene al entrar, mirándome y logra reaccionar tras un instante. La segunda se aleja, mientras la primera de ellas camina hacia Axan. Ninguna de las dos me dice nada, como si yo no estuviera aquí, como si fuese solo la sombra de un fantasma. O tal vez ni eso.

Cuando Alexandra se coloca frente a Axan, él baja de la mesa de un saltito.

—¿Adónde vas? —exclama ella—. Aún no he terminado.

—Estoy bien, Ale —zanja él. Le da un beso en la frente y se va.

—Te acompaño.

Esa es la excusa de Kristanna para desaparecer de aquí. Supongo que se siente tan incómoda como yo después de lo que sucedió la otra noche y más aún ahora, sabiendo que la persona con la que se acostó, el devastano, ha estado a punto de matar a alguien. Su actitud, por tanto, encuentra una justificación entre mi raciocinio, igual que con la propia Alexandra, cuya indiferencia me resulta, sin embargo, más dolorosa. Me temió al principio, me dirigió el más comprensible odio. Pero después de lo vivido en los comedores, las cosas se habían tranquilizado mucho entre nosotros y debo admitir que la compañía de Alexandra, su sempiterna sonrisa y su dulce conversación durante las curas habían llegado a agradarme. «No, Edrych; no de ese modo. ¿Vas a relacionarme con todo bicho viviente?».

—Lo siento —murmuro.

Ella me dedica una fugaz mirada y continúa ordenando los utensilios de sanación. En el suelo hay un montón de vendas y apósitos impregnados en sangre.

—No tenía intención de hacerle daño a ese chico —continúo mientras recojo uno—. Vimo y su panda de...

—Sé perfectamente cómo se dieron las cosas, Nazam. No te he recriminado nada porque sé que Vimo no puede dejar de buscar problemas contigo y que, además, lo hace siempre con las espaldas bien cubiertas. Rise fue un inconsciente y él se buscó lo que le ha ocurrido. Aquí hemos hecho por él todo cuanto hemos podido y ahora solo queda esperar.

La observo mientras continúa andando de aquí para allá, con el ceño fruncido y efectuando movimientos bruscos.

—¿Entonces qué te pasa?

Se detiene y me mira, apartándose el pelo de la cara con un soplido. Los ojos le brillan de un modo llamativo, con rabia, diría.

—Te he oído hablar con Darion —me dice—. Y por el cielo que es lo más rastrero que he presenciado en mucho tiempo.

—¿Aquí todos escucháis conversaciones ajenas?

—Sí cuando se dan en cualquier pasillo y con nulas precauciones. Axan está dispuesto a dejarse la vida por ayudarte, Nazam —añade, acercándoseme—. Y tú estás dispuesto a esperar a que se muera para concatenarte con otro.

Me llevo una mano a la cara.

—No es eso...

—Sí, sí es eso. Él está dejándose hasta el último hálito de su existencia en que tú consigas lo que quieres. Claro que él también desea convertirse en un elementalista y luchar en la guerra contra los devastanos pero sabe perfectamente cuál es su situación, la acepta sin quejarse, sin lamentarse. Y sabe también que él podrá aportar muy poco. Pero su causa no es la guerra, Nazam; su causa eres tú.

—No lo entiendes...

—Eres tú quien no lo entiende. —Se me acerca tanto que no me cuesta en absoluto confirmar la rabia que destila su mirada. Si Alexandra hubiera optado por ser una elementalista en lugar de una sanadora, los devastanos temblarían al tenerla enfrente—. Axan está enamorado de ti. Llámalo locura, teniendo en cuenta el poco tiempo que hace que os conocéis. Pero ¿quién puede negarle locuras al borde del abismo? Que las viva y que crea plenamente en ellas. Porque Axan no sabe hacer las cosas a medias. A ti no se te puede exigir lo mismo pero tampoco le hagas daño.

—He sido claro con él en todo momento.

—No, no lo has sido. Tal vez te hayas encargado de dejarle claro que no habrá nada entre vosotros porque a ti te aterra aceptar lo que te pasa con él.

—A mí no me...

—Pero le estás vendiendo una confianza que no le tienes —me interrumpe—. Axan no es idiota; acabará por darse cuenta y harás que lo último que se lleve de esta asquerosa existencia sea el profundo dolor de la traición. No te lo perdonaré en la vida, y puede sonar ridículo. Pero una vez me dijiste que querías resarcir, de algún modo, el daño que los devastanos me habían hecho. Si lo hieres a él, considéralo imposible.

Trago saliva y no abro la boca. Supongo que Alexandra y Axan son lo suficientemente amigos como para contarse todo. Y supongo también que el cariño que ella le profesa a él es mucho mayor de lo que hubiera podido imaginar.

—Sé valiente, Nazam. Debes estar con él de forma incondicional. No me refiero a que le correspondas en sus sentimientos, sino a que en esta última prueba lo apuestes todo por él, sin red en el salto. Morirá, si hace falta en la invocación de ese maldito Vórtice. Y lo hará feliz si sabe que con eso te ha dado lo que querías.

—Si no lo someto a esto, tal vez viva mucho más —murmuro con tal carga de convencimiento que ni yo mismo me creo lo que digo. Puede que sea cierto pero no me creo.

Alexandra niega con la cabeza.

—Vivir no es respirar, Nazam. Si por esto le das las espaldas, lo matarás de forma cruel, aunque siga respirando.

—No puedes obligarme a concatenarme con él.

—Nadie te obligó a elegirlo. Pero si lo hiciste, hazlo con todas las jodidas consecuencias. Porque así es como él vive las cosas. Hasta el final.

—Yo no soy él.

Los ojos empiezan a encharcársele. No puede ni tiene por qué esconder el cariño que siente hacia Axan. Y si hace un momento yo me había sentido como una basura, ahora la percepción se potencia. A pesar de eso, no digo nada y Alexandra se marcha con la misma premura con la que llegó.

7 Vórtice

Ochenta y dos. Eso es lo que marca la aguja del indicador. La lluvia descarga una densa cortina de agua que se ha sumado esta noche para conferirle dificultad a la invocación del Vórtice pero aun así, hemos elevado el nivel del mismo hasta 82. Le sonrío a Axan a pesar del cansancio que, tanto él como yo, sentimos.

Se deja caer en la tierra mojada, colocando su espalda sobre el tronco tumbado de un árbol, donde apoya, también, sus codos. Tal y como me prometió esta misma mañana, a la hora en punto me esperaba en la escalera para acudir al entrenamiento, al igual que lo hiciera la noche anterior. Cojea ligeramente y su cara sigue siendo el trofeo de Vimo pero no se ha quejado lo más mínimo. No ha escatimado fuerzas a la hora de invocar los dos Vórtices que llevamos y aunque no se lo he pedido, no hace ademán de marcharse, lo cual hace evidente que está dispuesto a un tercero esta noche.

Yo estoy sentado junto al indicador, con los codos apoyados sobre las rodillas y mis propios dedos entrelazados. Paseo mi mirada de un sitio a otro, incómodo por el silencio.

Las palabras de Alexandra martillean en mi cabeza con feroz insistencia y el cuerpo me pide algo que la mente no está dispuesta a conceder. Estoy cerca de alcanzar las 100 unidades de potencia que el Vórtice necesita para ser perfecto. Después me marcharé y buscaré la forma de llegar hasta la academia de Ymparta. O puede que me una a un ejército elementalista para tomar parte activa en la guerra, y acudir, por fin, al frente de batalla en el Sur. ¿Para qué complicar más las cosas?

—Rise ha despertado —me dice al fin.

Lo miro, absorto. No tenía ni la menor idea. No espero que nadie venga a informarme de sus evoluciones en la academia; especialmente si estas son buenas y no existe la posibilidad de meter el dedo en la herida para seguir hurgando en ella pero me sorprende no haber sido capaz, tampoco, de enterarme de una forma menos ortodoxa, por los pasillos, captando

conversaciones ajenas; en fin.

—Por lo menos ahora dejarán de culparme por la 'muerte' del chico — respondo.

Axan sonrío débilmente y aparta la mirada.

—¿Tú también piensas que soy un desgraciado por haber estado a punto de acabar con su vida?

La pregunta me brota de los labios de manera casi inconsciente. ¿Me preocupa, acaso? Parece que sí.

—Supongo que esto ayudará a Rise a ver las cosas de otro modo — responde él con calma—. Ser la sombra de su hermano cuando ni siquiera aprueba la mitad de los comportamientos de este ha podido costarle muy caro. Así que técnicamente le has hecho un favor. Además, no lo heriste de forma voluntaria; ni a él ni a los demás.

—¿Eso te han dicho?

Ahora sí me mira y en sus ojos reconozco mil cosas que me sorprenden; porque apenas hace unos pocos días que nos conocemos. Pero me agrada que me resulte familiar la alegría, la pillería, la serenidad que esta mañana brillaba por su ausencia.

—Eso me han dicho —responde al fin—. Y tengo un sexto sentido para captar las mentiras. Sé que era cierto.

El silencio se alza entre nosotros durante unos segundos, hasta que mi voz lo interrumpe:

—Lo de esta mañana... quedarte K.O, ¿te ocurre con frecuencia?

Suspira sin borrar la expresión de su rostro.

—Vuelves a calibrarme. ¿Me habré equivocado escogiendo a...?

—Darion me ha pedido que me concatene con él si tú...—me interrumpo. Ignoro cuál es su origen pero siento la necesidad de contárselo.

Axan me mira como si lo hubiera atravesado con una espada. Yergue su cuerpo y clava la vista al frente, entre las tinieblas del bosque de Caótica.

—¿Si yo qué? —se atreve a preguntar al fin—. ¿Si yo me muero?

Bajo la cabeza y me limito a contar las gotas que chorrean desde mi pelo, golpeando sobre las hojas secas que se esparcen por el suelo.

—Darion no sostendrá un Vórtice en cuatro días.

—Lo sé y él también. Dice que hablará con Saudar y conseguirá más tiempo; tardará más pero se muestra seguro de que puede hacerlo.

Axan se levanta como un resorte y recoge sus espadas, de camino a la academia. Yo lo imito y lo retengo, sujetándolo del brazo.

—Espera.

Se zafa sacudiéndose. Creo que es la primera vez que se muestra hostil conmigo.

—No le he respondido —concluyo.

—Pues ya puedes hacerlo. Por lo que a mí respecta, el de 82 ha sido el último Vórtice que invocamos juntos.

—Axan...

—¡No! —me grita. El dolor en su mirada se me hace desgarrador—. Hay dos cosas en la vida que para mí son sagradas, Nazam. La confianza es una de ellas. Llegaste aquí como 'el devastano' y fui el único que se acercó a ti; traté de ayudarte y ponerte las cosas fáciles. Intenté ser tu amigo. Y cuando todos te han llamado 'asesino', he seguido ahí, arrastrándome detrás de ti para que supieras que podías seguir contando conmigo, que si un día te entregué mi confianza, no te la retiraré. Y lo único que tú has hecho ha sido aprovecharte de ella. Mientras me desvivo por ayudarte, planeas a mis espaldas con quién aliarte cuando yo muera.

—Lo siento.

Niega con la cabeza.

—No hagas eso. La segunda cosa sagrada para mí es la dignidad, Nazam. Contigo, la mía está tocada pero no hundida. No quiero lástima. Ni la siento yo ni quiero que la sientan los demás.

Da media vuelta y empieza a caminar. Yo lo sigo, soltando por mi boca cosas de las que yo mismo me estoy enterando.

—Axan, no voy a concatenarme con él.

Se detiene, aunque no se voltea. Y yo sigo hablando:

—Es contigo con quien quiero llevar a cabo ese jodido Vórtice pero precisamente en nombre de esa confianza a la que aludes, quería que lo supieras. Quería que supieras que Darion cuenta conmigo y que yo lo sopesé. Llegué a planteármelo pero no lo haré.

Ahora sí se da media vuelta.

—¿En serio? —me pregunta. Su sonrisa deja claro que no me cree—. ¿Y cuándo lo has decidido? ¿Ahora mismo? ¿Hace treinta segundos?

—Lo he decidido en el momento en el que te he visto esta noche esperándome en la escalera. No hay más que verte, Axan; estás destrozado. Pero en pie. Y sigues ahí porque te comprometiste a ello. Y esa es toda la garantía que necesito; ni tiempo ni técnica. Voluntad. Solo voluntad. Una como la tuya.

Axan escruta el entorno con la mirada antes de fijar de nuevo sus ojos sobre mí. Se acerca un poco.

—Nazam, no pretendo que te encadenes a esta academia si yo... si yo muero antes de que llegue el momento. La posibilidad existe y no me la niego. Solo quiero que mientras esté aquí y seas mi compañero, confíes en mí y en lo que hago. Lo doy todo sin reservas, te lo juro. Si las cosas no salen bien, entonces tendrías todo el derecho del mundo a intentarlo con quien quieras. Pero no hagas como si ya no estuviera, porque sigo aquí. Aún sigo aquí.

Desatada esa sinceridad que he convertido tan asiduamente en rehén de mí mismo, recorto los escasos metros que me separan de él y lo abrazo. Cierro los ojos y trato de dejar la mente en blanco. Sé que si, aunque sea por un efímero instante, pienso en lo que estoy haciendo, me faltará tiempo para salir huyendo. Y creo que esto, no solo es algo que le debo a él, sino también a mí mismo. Una tregua. Un temporal destierro del devastano que me guía en más ocasiones de las que aquellos que me rodean creen.

Me aparto despacio, sujetando su rostro entre mis manos, observando cómo las gotas de lluvia se balancean en sus pestañas; otras se deslizan surcando moretones, puntos de sutura y golpes hasta morir en sus labios. Las más osadas los rebasan, descolgándose hasta su barbilla, su cuello. Sus ojos verdes destilan la misma intensidad de siempre; han apagado la ira que los prendió hace un momento. Pero en mí no se han apagado algunas de sus palabras.

—¿Por qué aún no me has partido la cara? —le pregunto. Él sonrío—. Tienes razón en que no te he tratado como mereces.

—Tengo mucho aguante.

—No es cuestión de aguantar.

—Lo sé. Pero no... da igual.

—Será mejor que volvamos —murmuro, sin apenas voz.

—Podemos llevar a cabo un tercer Vórtice. Ya sabes que el tiempo apremia.

Niego con la cabeza.

—Hoy no. Necesitas descansar.

—No necesito...

Dado que aún estoy sujetando su cara, coloco mis dos pulgares sobre sus labios, obligándolo, de alguna manera, a guardar silencio.

—No eres más débil que nadie pero tampoco eres infalible. Yo también

necesito descansar. Estamos en 82 y tenemos tres días. Lo conseguiremos.

Sonríe y casi me sorprende recordar lo bien que uno se siente cuando es capaz de encender la cara de alguien con la simple curvatura de sus labios. Lo suelto, venciendo una extraña reticencia y él vuelve a recoger las espadas que dejó tiradas en el suelo hace solo un momento. Caminamos bajo el pesado manto de la lluvia hasta alcanzar el cobijo de Dogma. Mientras ascendemos las interminables escaleras que nos conducen desde los niveles deshabitados hasta el de sanación, me debato con un impulso, el mismo que pugnaba en los bosques por prolongar el contacto con Axan. La tregua era el momento idóneo para algo pero soy más cobarde de lo que yo mismo creí. Y hasta que atisbo la ocasión esfumarse, no lo llevo a cabo. Es de madrugada, de modo que no hay nadie en los pasillos de la academia.

—Nos vemos mañana, Nazam —se despide Axan.

Lo sujeto de la camisa y lo estampo contra la pared ante su incrédula mirada. Sostengo su cara entre mis manos y lo beso. Yo mismo le exigí que se mantuviera alejado de mí pero su inesperada obediencia me quema por dentro y no tiene caso que me lo esconda a mí mismo. Él se mantiene inmóvil mientras sus labios me responden. Me aparto apenas un centímetro; nuestras bocas ya no se rozan pero no me separo de él.

—¿A qué viene..?

—¡Shhhh! Escucha, no quiero ni una palabra de esto. No quiero... no quiero que hables, ni conmigo ni con nadie. Nada de palabras de amor ni algo parecido. Nada de observaciones. Nada de comentarios. Límitate... límitate a actuar. Pero no hables.

Me aparto un poco más, lo suficiente para poder mirarlo a los ojos y saber qué piensa. Sigue observándome, sin sonreír.

—Ni una palabra —murmura—. Pero...

—Ni una jodida palabra.

Me separo de él por completo, apoyándome en la pared que queda enfrente; cada uno en un extremo del mismo peldaño, sin dejar de mirarnos.

—Solo tengo una pregunta —me dice.

—He dicho que ni una maldita palabra.

—Si no aclaras mi única duda, tendrás mil preguntas.

Resoplo.

—Solo una.

—Nada de palabras —murmura, acercándose a mí—. ¿Quiere eso decir que puedo hacer esto?

Ahora es él quien me besa, obteniendo respuesta de mí; me embiste con toda la furia que le he obligado a contener desde que esta locura estallase. Percibo su lengua en mi boca, sus dientes mordéndome el labio, arrebatándome el aliento por momentos. Concluye con un beso más corto y luego pega su frente a la mía. Su olor a lluvia nocturna, a bosque y sudor se entremezclan, despertando en mí una apremiante necesidad de él—. ¿Puedo hacer esto cada vez que me maten las ganas? —repite.

Tardo en responder el tiempo que necesito para ordenar ideas, algo que acabo desterrando. Actuar. Y punto. Asiento.

—Sí —susurro—. Y una última cosa.

Sonríe.

—Dime.

—No vuelvas a permitir que deje tocada tu dignidad. Ni yo ni nadie. Jamás.

Me aparto y me marchó. Mañana será otro día y solo los dioses y supongo que tú mismo, Edrych, sabréis cómo viviré lo que acaba de ocurrir, lo que yo mismo acabo de propiciar.

Lejos de lo que yo mismo podía imaginar, no es el arrepentimiento ni la culpa lo que me mueve esta mañana, sino una euforia difícil de contener, una fortaleza renovada; ganas de luchar, de entrenar, de superar ese jodido Vórtice que se nos resiste clavado en 82.

De alguna manera, lo vivido la noche anterior me ha quitado un enorme peso de encima, como si la verdad y los sentimientos condenados a no expresarse se transformasen dentro de mí en enormes losas que me obligaban a arrastrar los pasos. Liberado de ellos o, mejor dicho, trasladados estos a la persona indicada, la sensación casi es de flotar. Un latigazo de dolor me susurra que ni siquiera con Sacha llegué a sentirme así. La comparación no es justa ni oportuna; son dos situaciones distintas, dos personas distintas y cada una de ellas apareció en un momento concreto de mi vida. A ella la amé; a él... No hay palabras. Fue la condición impuesta, a él y a mí mismo.

Mientras camino hasta el aula de esgrima, ni siquiera me pesan las miradas que en días anteriores me golpeaban como puños. Solo busco un rostro, un rostro con el que topo al llegar a la entrada del aula; lo hacemos al mismo tiempo y cuando él me sonríe, de forma discreta, trato de devolverle el

gesto, más discretamente aún.

Korb lleva ya un buen rato sermoneándonos sobre los aspectos más importantes que habremos de tener en cuenta para desarrollar un Vórtice correctamente; no se trata solo de generarlo; no se trata solo de sostenerlo. Se trata de manejar las espadas cargadas con toda la potencia que obtendrán del mismo Vórtice para descargarlas sobre los devastanos. Eso es lo que marcará la diferencia entre un acero humano —inútil frente a los guerreros de la Devastación— y uno elementalista, dañino para ellos y, ayudado del Vórtice, letal.

Cuando me doy cuenta, todos me están mirando. Ignoro cómo ha sucedido pero hoy he sido el elegido para pelear. Al igual que sucediera en la última instrucción de este tipo, será solo una lucha a espada, sin elementos. Korb me ofrece su acero y yo no me lo pienso mientras me levanto y camino hacia el centro.

—Elige rival.

—Vimo.

Casi puedo notar la tensión en sus músculos, en su mandíbula. En su rostro aún hay heridas por lo sucedido con su hermano, su panda de payasos y conmigo mismo pero al fin y al cabo, todos aquí las tenemos por una u otra causa.

Vimo busca a Korb con la mirada, como si le lanzase una muda súplica de auxilio; tal vez crea que, por lo que le hice a su hermano, Korb pueda no considerar adecuado que nos enfrentemos pero este no dice nada y Vimo se pone en pie, visiblemente afectado por el desafío que le lanzo. En mi rostro, sin embargo, se mantiene la expresión autosuficiente que le confirma a Vimo lo que él mismo ya sabe: que soy superior a él, que ambos somos conscientes y que le tengo una ganas enormes. Curioso: me cogió por banda en mi primer día en Dogma y, junto a sus secuaces, me dio una buena tunda. Volvió a sorprenderme hace apenas un par de días y de nuevo, él y los suyos me golpearon hasta la saciedad. A pesar de eso, ninguna de las dos situaciones hace que le tenga tantas ganas como la paliza que él mismo le propinó a Axan en la última instrucción de esgrima. ¿Empiezo a preocuparme ya por la importancia que le concedo a mi concatenado?

Hago un par de filigranas con la espada y ni siquiera tengo la deferencia de esperar a que Vimo me ataque. Está tan asustado que dudo mucho que vaya a hacerlo y, por descontado, no quiero darle la ocasión de que salga huyendo, de que finja un desmayo o lleve a cabo cualquier acto rastrero y

cobarde para librarse de la que va a caerle. Apenas tardo un par de minutos en dejarlo desarmado. Lo golpeo, lo empujo, lo tiro al suelo; vuelvo a levantarlo y me cebo hasta que él me ataca con una bola de fuego.

—Vimo, los elementos no...

Ni siquiera atiende a la voz de Korb. Yo tampoco. Que ataque con lo que quiera. Aunque fuese capaz de generar un Vórtice, podría matarlo sin despeinarme. La primera vez que peleé con él frente a los demás alumnos, lo humillé. Ahora quiero destrozarlo y esa muestra de superioridad pasa por seguir sin utilizar los elementos aunque él haga uso de todos y cada uno de ellos, tal y como está haciendo.

—¡Vimo!

Korb sigue tratando de apremiarlo a que pare y desarrolle la pelea bajo las condiciones establecidas en esta instrucción pero no lo hará porque me tiene demasiado miedo. Ya no es cuestión de orgullo, siquiera, sino de supervivencia. Matar en las aulas es una consecuencia aceptable en las academias; se trata de que no ocurra pero a veces el control de los elementos o de nosotros mismos no nos permite elegir.

Esquivo tempestades, ataques de fuego, enormes cataratas, rayos... Y cuando el repertorio y las fuerzas empiezan a abandonarlo, lo golpeo de nuevo. Una vez y otra y otra y otra. Su cara ensangrentada ya no expresa nada. Apenas logra hacer entrar aire a sus pulmones y ni siquiera se sostiene cuando lo dejo caer al suelo y las piernas se le doblan, como mantequilla. Murmura ruidillos sin sentido; balbucea sonidos más que palabras. Los demás alumnos me observan en silencio, igual que el propio Korb. Los instructores no suelen interrumpir combates por más duros que estos sean. Y hoy, por suerte, no se ha hecho una excepción.

Axan mueve la empuñadura de la espada que mantiene con la punta en el suelo; su rostro tampoco dice nada. Lanzo mi acero contra la pared y sin que Korb me diga nada, abandono el aula. Apalea a un ser tan insignificante como Vimo no debería reportarme ningún tipo de satisfacción pero ya lo creo que lo hace.

Apenas unas tres horas más tarde, estoy comiendo solo en el atestado salón comedor. De nuevo las miradas me cubren como asfixiantes velos; los

rumores hablan de mí todo el tiempo: 'el devastano', 'casi mata a Vimo', 'casi mata a su hermano'. Trato de aislarme de todo para matar —a esas sí—, las ganas de ponerme en pie y gritar que dejen ya de chismorrear y se dediquen a entrenar. Son elementalistas, no críos de colegio. ¿Qué puede esperarnos en la guerra si quienes han de enfrentarse a los devastanos están más preocupados en las habladurías de pasillo que en su aprendizaje?

La llegada de Axan me saca de mis pensamientos. Apoya sus manos en la mesa, frente a mí y me sonrío. Su expresión es siempre tan distinta a la del resto: carente de acusación, de juicios de valor, de opiniones preestablecidas...

—¿No vas a sentarte?

No puedo creer que haya sido yo quien le haya preguntado eso. Él hace más amplia su sonrisa.

—Ya he comido. —Apoya sus codos sobre la mesa, acercándose un poco más. Dejo de masticar. ¿Ahora sí me importa lo que piensen la panda de imbéciles que vive en Dogma?—. ¿A qué ha venido eso con Vimo? ¿Ha sido, acaso, tu particular venganza por la paliza que me dio el otro día?

Sigo comiendo.

—A Vimo le tenía muchas ganas por mil cosas. Fue la ocasión ideal. Eso es todo.

—Te diría que quizás hayas despertado a la bestia pero... supongo que estaría mintiendo. Vimo se cuidará mucho de volver a meterse contigo y, además, te queda poco aquí. Nos queda poco aquí.

—No salgo huyendo de él.

—No he dicho eso. Pero hay cosas más importantes que pelear con él.

—Sí, y en esas cosas importantes, estamos clavados en 82.

—Lo conseguiremos, Nazam. Lo sé.

Asiento. Él me deja un papelillo plegado sobre la mesa, sonrío de nuevo y desaparece entre el laberinto de mesas. Lo recojo con discreción, arrastrándolo con la mano abierta sobre los viejos e irregulares tablones que conforman la mesa y lo leo, aunque sé perfectamente lo que es.

«Gracias por ser mi última ilusión».

Permanezco con la mirada clavada en la letras inclinadas que se trazan con firmeza sobre el papel. Suspiro y me levanto, rumbo a mi habitación. Cuando llego, abro el pequeño cofre que tengo sobre la mesa de sanación; debería estar destinado a guardar los brebajes más básicos para las curas en heridas menores pero está lleno de notas iguales a la que Axan acaba de entregarme,

aunque con distintos mensajes:

«Eres lo mejor que me ha pasado».

«Te echo de menos».

«No dejo de pensar en ti».

«Hoy estás especialmente guapo».

«Me muero por besarte»

«Gracias por cruzarte en mi camino».

Y así hasta un total de 39. 40 con la que acaba de entregarme. En tres días, 40 notas. Impuse como condición un total mutismo sobre este asunto, aun entre él y yo mismo. Nos hemos robado mil besos, hemos parado el tiempo otras mil veces más en miradas eternas, en sonrisas sin razón alguna, en caricias. Pero ninguno de los dos ha dicho nada al respecto nunca. Y es algo que le agradezco porque aún no logro acostumbrarme a esto y, por ridículo que pueda resultar, en ocasiones, me siento avergonzado. Pero Axan ha encontrado su particular forma de expresarme todo aquello que le impido transmitir. Sin embargo, la última nota es distinta porque lleva implícita una despedida que cada vez me cuesta más aceptar. «Su última ilusión». Tiene 20 años, no debería morir. No así. Ni de ningún otro modo. No debería morir.

Me incorporo como un resorte y me dirijo hacia los niveles de sanación. No hablo con Alexandra desde la vez en la que me gritase a la cara unas cuantas verdades que he necesitado tiempo para digerir. Tampoco mantengo trato con Kristanna, aunque con esta última me resulta indiferente. Por duro que pueda sonar, ella fue solo un error, una forma estúpida de intentar desterrar lo que estaba empezando a nacer con Axan.

Me dispongo a entrar en la sala de sanación cuando la voz del propio Axan, hablando con Alexandra, me hace permanecer fuera, con la espalda pegada a la pared y, esta vez, siendo yo quien mete las narices en conversaciones ajenas que me revelan dolorosas realidades:

—En serio, Axan —le dice ella—. Si no dejas a un lado esta locura, dejaré de estar en mi mano ayudarte. No puedo aplicarte esto cada día. Es un brebaje muy potente y en altas dosis puede resultar muy dañino.

—Dos intentos más, Ale —replica él. Casi puedo imaginar una cautivadora sonrisa dibujada en sus labios, una de esas que le ilumina los ojos—. Nos resta un último entrenamiento y mañana será, al fin, el gran día. Estamos en 82 y sé, sin ningún género de dudas, que vamos a conseguirlo. Solo necesitaré ese mejunje un par de veces más. Y te prometo que no volveré a pedírtelo.

Alexandra solo le ofrece el silencio por respuesta.

—Sabes que si no, no aguantaré. No quiero que me haga a un lado ahora. Estamos a punto. Por favor.

Bajo la cabeza y cierro los puños. Está tomando algo para seguirme el ritmo, algo que lo pone en peligro. Aún cree que puedo apartarlo y elegir a otro.

—Supongo que la pregunta es innecesaria —responde al fin Alexandra— porque veo ese brillo inconfundible en tus ojos pero... ¿cómo van las cosas con Nazam?

—No puedo hablarte de eso.

—¡Oh, vamos, Axan! ¿Cuándo no hemos hablado de algo tú y yo? Te prometo que nada de lo que me digas saldrá de aquí.

Primero el silencio. Después, Axan responde y ni siquiera puedo enfadarme al oírlo:

—Estoy enamorado de él.

—Eso ya lo sé. Pero... ¿Y él?

—Él es lo mejor que me ha pasado en la vida, Alexandra. No es... cariñoso ni nada de eso pero precisamente por ser cómo es valoro cada acercamiento que ha tenido conmigo, cada beso, cada caricia, cada mirada. Sé que esto no es fácil para él pero mírame a los ojos. No hay más que decir.

—Eres increíble. Pasas las noches en Caótica tratando de invocar un Vórtice, preparándote para la guerra y, sin embargo, calificas esas horas como las mejores de tu vida... El resto no son más que encontronazos casuales en los pasillos. Te conformas con tan poco...

—¿Poco? Las horas en Caótica son solo nuestras. De nadie más. Soy su cómplice en una causa enorme, Ale. Salvar al mundo. Él quiere ser un elementalista y lo será, en una pequeña porción, con mi ayuda. Lo conseguirá y siempre habrá una parte de mí en él, aun cuando yo ya no esté.

Alexandra no dice nada. ¿Qué puede decir? Axan sigue hablando y sus palabras generan un nudo en mi garganta que me impide respirar. Cada letra que sale de su boca me evidencia más lo poco que merezco lo que siente por mí.

—¿Sabes? Siempre he aceptado lo de esta maldita enfermedad sin aspavientos ni dramas. Me está matando poco a poco. Y un día lo hará del todo. Pero por primera vez desde que me la diagnosticaron he sentido... que no me quiero morir. No quiero perderme el tiempo que pudiera estar con él. Mil veces me he preguntado: ¿Por qué tiene que ser tan poco? ¿Por qué tiene

que llegar justo ahora, tan tarde? Me duermo cada maldita noche con la imagen de él y yo luchando juntos frente a los devastanos, rescatando al Sur y salvaguardando el Norte. Y cuando la guerra hubiera terminado, Nazam y yo viviríamos juntos en una pequeña cabaña en las Alboradas. Dicen que durante el alba, el puente de Yndoria parece sesgar el sol por la mitad, igual que en las noches de luna llena.

—Verlo ha de ser mágico —murmura Alexandra, sin apenas voz.

—Verlo con él ha de ser mágico —apostilla Axan.

Apoyo mi cabeza sobre el marco de la puerta y los observo: ella está hecha un mar de lágrimas y él la abraza.

—No llores, tonta. Porque después de darle mil vueltas a las cosas, he logrado verlas como realmente son: Nazam no llega tarde a mi vida. Llega en el momento preciso. Simplemente no puedo imaginar un final mejor. He logrado conocerlo, arriesgarme con él y vivir esos momentos mágicos de los que hablas. Son cruces en los pasillos pero esos segundos son mágicos, Alexandra. Porque durante el efímero tiempo que duran, ni para uno ni para otro existe nadie más. Solo nosotros, hablando sin decir nada.

—Me encanta verte así —murmura ella.

—No sé cómo lo hace pero consigue que me sienta especial. Supongo que es, precisamente su forma de ser: distante, fría. Pero a mí me permite acercarme, besarlo, abrazarlo. Y él hace lo mismo. Y ahora será mejor que me largue. Tengo instrucción y esta noche, Vórtice. Deséame suerte y ni una palabra a él.

—Tranquilo. Romped el 82.

—Lo haremos. Te quiero, Ale.

—Yo también te quiero.

Me aparto como un resorte cuando él abandona la sala de sanación; lo hace en dirección opuesta y sin percatarse de mi presencia. Pero de forma inconsciente, he vuelto a apoyarme en el umbral de la puerta y al voltear la cabeza, me encuentro con la llorosa mirada de Alexandra. Se enjuga las lágrimas y la nariz con el dorso de la mano y empieza a caminar con ese ritmo frenético tan característico en ella.

—¿Estás herido? —me pregunta.

—Sí —respondo—. Pero no será nada que tú puedas curar. Lo he oído todo.

Se detiene y me mira.

—Supongo que no puedo más que darte las gracias. Está tan feliz...

—Cúralo —susurro mientras me acerco—. Por favor.

—¿Qué? —me pregunta ella, con el ceño fruncido.

—Eres la mejor sanadora que conocido en Lonoa y Dogma. Tiene que haber una manera. No quiero... no quiero que se muera.

Ella esboza una sonrisa amarga.

—¿Crees que no lo he intentado todo? —Se aparta y empieza a ordenar su material—. ¿Crees que no he arrastrado a Rubik aquí cada vez que ha venido a Dogma? ¿O a los instructores? ¿A cualquier alumno que fuese mínimamente bueno en sanación? ¿Crees que no me he devanado los sesos fabricando mejunjes que Axan se ha tomado sin resultado alguno? ¿Crees que no sigo levantándome en mitad de la noche y poniendo esto patas arriba cada vez que se me ocurre una nueva posibilidad que después fracasa? No existe nada que pueda curarlo, Nazam.

Me siento sobre una pequeña silla y hundo mi cara entre mis manos.

—No puedo creer que haya estado medicándose para generar los Vórtices. ¿Dónde queda la puta confianza de la que se llena la boca?

—Soterrada bajo el miedo a que lo cambiases por Darion, supongo. —Alexandra se me acerca—. Si has oído todo cuanto me ha dicho, ya sabes que aliarse contigo no es solo una Concatenación ni un emparejamiento para un ejercicio importante. Aliarse contigo es la forma de perpetuarse a sí mismo de algún modo, ligándose a ti. El modo de vivir para siempre contigo.

—No me lo merezco.

—¿Qué?

—A él. No me lo merezco. Ni siquiera le permito que me diga lo que siente. Me escribe notas a diario transmitiéndomelo porque no le dejo decirlo. Porque me muero de vergüenza. Se está muriendo, solo quiere decirme lo que siente y no lo dejo.

Alexandra se arrodilla a mi lado, apartándome las manos de la cara.

—Lo que os trasmitís en otras mil cosas son más que suficientes para él, Nazam. Lo demás son solo palabras. Pero si aceptas un consejo, deja a un lado la maldita vergüenza. ¿Qué puede haber de vergonzoso en quererse? Los problemas de Asthais, ¿no residen, precisamente, en el odio? ¿Cómo va a ser malo querer a alguien y demostrárselo?

—Es un chico.

—Gracias por decírmelo —responde con sorna.

—Alexandra, nunca me había pasado. No digo que esté mal pero es... raro para mí.

—Nazam, los físicos solo se atraen; son las almas las que se aman y estas no son hombres ni mujeres; solo esencia.

Tiene razón. Qué puedo decir.

—Te juro que en el tiempo que hace que lo conozco, nunca lo había visto así, tan contento, tan ilusionado. Tan enamorado.

—Tú misma se lo has dicho: se conforma con muy poco.

—Ese poco para nosotros es un mundo para él. Dale, pues, el mundo mientras puedas, Nazam.

Asiento, me levanto y me largo.

Por la noche, a la misma hora de siempre, me está esperando, sentado en la escalera. Se pone en pie cuando me ve llegar y esboza esa sonrisa que se ha convertido en aire para mí: aire para respirar, aire para aliviar heridas, aire para arrastrar lo malo. Sin decir nada —como siempre—, lo sujeto del rostro y lo beso. Se le caen las espadas al suelo o las deja caer, ni estoy seguro ni me importa, para abrazarme.

—Hoy no vamos a entrenar —le susurro.

Mis labios aún rozan los suyos. Se aparta un poco, con el ceño fruncido.

—¿Por qué no?

—Porque estoy agotado, Axan.

—¿Agotado tú? ¿Por qué no pruebas con la verdad? ¿Estás bien?

Sonríó mientras mis dedos juegan con mechones de su pelo negro.

—Mentalmente, estoy saturado. No tengo cabeza para intentarlo.

—Sé que eres poco amigo de hablar pero si ocurre algo...

Lo abrazo. Y él me abraza. Tal y como acaba de decir, soy poco amigo de hablar pero en esta ocasión, no encontraría las palabras acertadas para decir lo que siento. Hoy, callar no es una imposición absurda para soterrar un sentimiento que se limita a existir; hoy es el único argumento que puedo hallar para tranquilizarlo respecto a mi confianza en él y a la inexistente posibilidad de que cambie de concatenado. Es la única manera en que puedo infundirle ánimo por su estado de salud; la única forma de que entienda lo que siento por él. Las palabras no serían hoy más elocuentes que los gestos, que un abrazo o un beso.

Seguimos fundidos el uno en el otro. Él está preocupado, lo sé pero no

dice nada. Lo beso en la mejilla, lo aparto despacio y vuelvo a buscar su boca, no con la sed alocada de días atrás, sino con serenidad, con sentimiento, con intención.

—Mañana es el día —le digo—. Que sea lo que tenga que ser.

—Superaremos el 82 —se dedica a responderme él.

Sonrío y lo beso en la frente.

—Ve a descansar. Mañana nos lo jugamos todo. Es mejor que hoy durmamos.

Me sigue mirando de ese modo que hace que no pueda irme; no puedo arrebatarme la alegría que hoy le expresaba a Alexandra y dejarlo sumido en mil teorías, a cuál más errónea.

—Todo está bien, Axan. Solo creo que la noche antes, necesitamos estar descansados. Eso es todo.

—Me estás mintiendo. Pero confío en que me digas la verdad cuando lo creas oportuno. Solo necesito saber que estás bien.

Asiento. Al final va a ser verdad que tiene un sexto sentido para las mentiras.

—Estoy bien. Estoy muy bien.

Asiente. Le beso en los labios y me marcho.

Camino siguiendo los pasos de Korb. Aun sin alzar la mirada, percibo los ojos de multitud de alumnos asomados a los balcones de la torre para ver lo que va a llevarse a cabo en el exterior. El Vórtice genera tal cantidad de energía que la prueba final suele llevarse a cabo fuera y bajo una cúpula creada por los instructores. Cuando llego, Axan ya está allí, acompañado por Saudar. Su mirada me transmite una confianza y una serenidad que hoy, de forma increíble, no soy capaz de sentir por mí mismo. Los nervios se apelmazan en la boca de mi estómago, generándome una inquietud que lo tiene como epicentro a él: no hemos sido capaces de alcanzar el 100 en ninguna de las anteriores intentonas y sin embargo, algo me dice que no existen dudas al respecto de que hoy lo lograremos. Mi gran temor es ¿a qué precio?

—Cuando queráis —nos indica Korb.

Se aparta, junto a Saudar y cuando se han alejado de nosotros lo

suficiente, a nuestro alrededor se alza una imponente cúpula de cristal que mantendrá a la academia protegida tras el estallido de energía que se espera.

Axan camina hacia adelante y me sonrío.

—¿Listo? —me pregunta.

Asiento. Extendemos los brazos, con las espadas cortas en sendas manos, convirtiéndose en prolongaciones de nosotros mismos. Las dos suyas tocan a las mías.

—Tierra y fuego —murmura Axan.

—Agua y Aire —respondo yo, en idéntico tono de voz.

—Tierra —repite él, esta vez más alto.

El aire alrededor de nosotros se alza, envolviéndonos en un remolino de polvo, cuya potencia es ya notablemente más alta que en las anteriores ocasiones.

—Aire —añado yo, transcurridos unos pocos segundos.

El torbellino empieza a girar más rápido y necesito clavar los pies en el suelo para que no me empuje su potencia. Entorno los ojos, tratando de evitar que el polvo se introduzca en ellos, entorpeciendo la prueba. Percibo el esfuerzo en el rostro de Axan, aunque nada en él transmite que no vaya a seguir ahí, aguantándolo.

—Agua —vuelvo a decir yo.

Aferro con más fuerza las empuñaduras de mis espadas, mientras el líquido elemento se une a lo que ya deja de ser un torbellino para convertirse en un huracán. El agua que circula a nuestro alrededor nos salpica en la cara y ninguno de los dos aparta la mirada cuando una tormenta eléctrica estalla sobre nuestras cabezas. Los rayos zigzaguean hasta el suelo y estallan contra ella, provocando pequeños surcos que después humean.

—¡Fuego! —grita Axan.

Si no alzase la voz ya nos resultaría imposible oírnos. El último de los cuatro elementos se une al huracán ascendiéndolo como una espiral hasta que acaba abarcando toda su superficie, como si el agua, el aire y la tierra se hubieran convertido en algún tipo de extraño material inflamable. Los círculos de fuego también se trazan en la tierra, más pequeños, como si prendiesen mechas que, inmediatamente, se apagan.

La descarga de energía es bestial y casi puedo sentir que la electricidad generada por la fusión de los elementos me confiere un poder que me eleva por encima de cualquier otra percepción que haya sido capaz de generar como elementalista. Sonrío al detectar la satisfacción dibujada en el rictus de

Axan, a quien ha de estar sucediéndole lo mismo que a mí. Es curioso: pensé que al generar el Vórtice el desgaste sería abrumador y sin embargo, sucede exactamente lo opuesto; la energía que nosotros mismos desprendemos se transforma y nos retroalimenta. El viento se torna potentísimo; el fuego nos quema la piel y acto seguido, el agua la castiga más al estar ardiendo. La tierra se introduce en las heridas que le Vórtice nos genera pero todo eso pierde importancia frente a la electricidad que envuelve las hojas de nuestras espadas y que ahora mismo matarían devastano como si fueran muñecos de trapo. Lástima que no haya ninguno cerca al que poder destrozar.

Ni siquiera nos inmutamos cuando la cúpula que envuelve el ejercicio revienta en mil pedazos, mientras uno mi grito al de Axan.

Saudar se mueve por detrás de él, gesticulando con la mano y solo alcanzo a ver el rostro de incredulidad de un estático Korb. Le hago una señal a Axan y lo paramos todo súbitamente. Solo ahora percibo un cansancio nuevo, un malestar que no existía mientras los elementos me rozaban. Axan cae de rodillas al suelo y su nariz sangra pero cuando me dispongo a dar un paso al frente, también mis piernas se doblan y la voz de Saudar me llega lejana y amortiguada.

—121.

Llevo ya un buen rato sentado sobre mi cama. El aire frío de la noche me envuelve en una sensación extraña. O quizás sea yo el que se siente así. Me miro las manos y muevo los dedos. Es como si los tuviera engarrotados. Después de la invocación de esta tarde, creo que me costará recuperar la movilidad de forma normal. Tengo la sensación de haber vivido en el interior de un tornado durante los interminables minutos que duró el Vórtice. Y ahora, todo cuanto me rodea es un silencio sepulcral. Observo mi escaso equipaje y casi me cuesta procesar el latigazo de nostalgia que me abarca. He estado aquí unas pocas semanas y sin embargo, es tiempo más que suficiente para llevarme el cariño de algunas personas. Pocas, muy pocas. Pero demasiadas para lo que creí posible al llegar.

Dos golpecitos en la puerta me distraen de mis pensamientos y ni siquiera tengo tiempo a rechazar o a invitar a quien sea: Axan asoma la cabeza y me retengo para no salir corriendo a abrazarlo. Sus ojos sonríen como siempre; sus labios sonríen, como siempre. ¿Cómo es capaz de desprender esa sensación tan llena de vida alguien que...?

—¿Por qué no estás en la celebración? —me pregunta—. Uno no se convierte en elementalista todos los días.

Olvidé comentar que la academia entera es esta noche fiesta y jolgorio en honor a los licenciados; o mejor dicho, al licenciado porque pocos, por no decir ninguno, quieren verme por allí. Tampoco yo estaría cómodo entre ellos.

—La pregunta es por qué no lo estás tú —respondo—. Yo no estaría cómodo allí.

—Imaginé que dirías algo así, de modo que me he tomado la libertad de traerte aquí un poco de la fiesta.

Entra con un plato y un vaso en sendas manos. Cierra la puerta con el pie y se acerca. Me da un beso rápido en los labios y se sienta en el suelo, frente a mí, dejando lo que me ha traído sobre la cama. Después me mira.

—Ha sido increíble —me dice—. 121 unidades. Saudar dice que nadie ha alcanzado jamás esa potencia. Aún tengo el cuerpo temblando.

Asiento.

—Dijiste que lo conseguiríamos, ¿no? —le respondo mientras mastico una de las delicias que me ha traído—. ¿De qué te sorprendes?

Axan hace más amplia su sonrisa.

—Bueno, admito que no esperaba tanto. —Me mira durante unos segundos, sin decir nada—. ¿En serio no quieres pasarte por el salón?

—No. Mañana a primera hora me voy y me irá bien dormir un rato. Cuando esté en el frente, supongo que no tendré demasiado tiempo para hacerlo. Antes de marcharme pasaré a despedirme de Alexandra.

La sonrisa se le atenúa, sin llegar a desaparecer.

—¿Cuándo te vas tú? —le pregunto.

—El protocolo establece que en una semana me asignen destino en el frente.

Como es natural, en Dogma no tienen tanta prisa en deshacerse de Axan como en deshacerse de mí; a mí Saudar me dio cinco días para alcanzar la cima y marcharme. Axan debe cumplir con las normas establecidas, de modo que esto es una despedida en toda regla.

Axan suspira y se incorpora. Se me acerca y me sujeta de la cara. Empiezo a conocerlo ya demasiado bien: se está conteniendo. Me besa, despacio, como si quisiera grabar cada segundo, tatuarlo en algún lugar de su memoria, de sus recuerdos, saboreando ese algo que hemos hecho nuestro y también la amargura que lleva implícita la última vez. O al menos, todo eso es lo que he

sentido yo. Cuando se aparta, me mira con una intensidad abrumadora y se traga las ganas de decirme algo. Como siempre, se calla. Alterado aún por el beso y la cantidad indescriptible de sensaciones que logra encender en mí, bajo la mirada y me encuentro con otra nota sobre la palma de la mano. La enésima. La última.

—Suerte —me dice sin apenas voz—. Y cuídate.

Mientras camina hacia la salida, leo la nota:

«Te quiero. Por siempre.».

Me levanto y camino hacia la puerta que Axan ya ha abierto. La cierro con un empujón sin permitir que salga. Él se da media vuelta y me mira, confuso. Tomo aire y me deshago de una vez por todas de prejuicios, miedos y estúpidas capas de apariencia. Arrugo la nota que me ha entregado y la dejo caer en el suelo.

—Perdóname —murmuro. Pego mi frente a la suya y lo sujeto de la camisa—. Perdóname, por favor.

—Nazam, ¿qué pasa?

—Que no merezco ni respirar en la misma habitación que tú. Eso pasa.

Niega con la cabeza y frunce el ceño.

—¿Ha ocurrido algo?

Asiento.

—Quiero decirte algo: Fuiste mi primera mano amiga en esta jodida academia, mi primera sonrisa, el que me ayudó con el payaso de Vimo y su panda en el santuario, mi compañero y finalmente, mi concatenado. Has sido el único que no me ha juzgado nunca a pesar de todo lo que se ha dicho sobre mí; el que nunca se ha apartado, a pesar de lo que he hecho y de las cosas que he llegado a decirte, del modo en el que te he tratado. Has sido incluso mi primer beso con un chico; mis primeros sentimientos hacia uno... mi amante —Sonríe—. Has sido mi todo en Dogma, Axan. Y yo no te he devuelto nada. Has entregado sin parar y sin pedir.

—Nazam...

—Ni siquiera te he dejado expresar lo que sientes. He tenido tanto miedo de aceptar lo que me pasa contigo que he querido limitarme a disfrutarlo, apresándote en una jaula de silencio. Y lo has aceptado. Otra vez. Lo has hecho sin quejarte. Se acabó. Quiero que vengas conmigo fuera de los muros de este sitio, quiero que luchemos juntos contra los devastanos, que defendamos el Norte y recuperemos el Sur. No sé si las cosas nos llevarán después a una casa en las Alboradas para ver el Yndoria partir en dos al sol y

a la luna. Pero demonios, lleguemos hasta donde nos lleven nuestros pasos, el destino o lo que sea. Y lleguemos juntos.

Paradójico. Ser capaz de hacer sonreír a alguien me satisface tanto como ser capaz de hacerlo llorar... de emoción. Sus ojos brillan más de lo que lo han hecho nunca y esta es la primera vez que lo veo llorar, apenas una lágrima silenciosa que le recorre la mejilla, abrasada y herida con mil cortes. Marcas del Vórtice, cicatrices de una vida entera de lucha y entrega en Dogma.

—Me escuchaste hablar con Ale —murmura, sin apenas voz.

Asiento.

—Joder —exclama—, tantas ganas de decirte mil cosas y ahora no sé...

Lo beso. No sabe qué decir. No hace falta que diga nada pero si no hace, será porque no quiere o no puede; no porque yo vuelva a imponerle una estúpida ley de silencio.

—Te quiero —me dice cuando me aparto. Su aliento rebota en mi boca, arrastrándome en una deliciosa sensación. Siento escalofríos al oírlo. No lo hacía desde que Sacha pronunciaba esas dos palabras en Lonoa pero algo es diferente en labios de Axan. Me siento mal por la eterna comparativa pero tengo la sensación de no haber estado enamorado nunca; hasta ahora. Sacha era una chica increíble: preciosa, aguerrida, extrovertida, decidida, noble... Pero tal y como Alexandra dijo, Axan es tan extremo en sus emociones y sentimientos que parece llevar cada una de esas virtudes un paso más allá, a un límite que después destroza, que arrasa con todo y te arrastra con él.

Lo beso de nuevo, devolviendo el contacto de nuestras bocas a un cauce habitual: nada de serenidad o cautela, sino el estallido de locura que suele arrastrarnos. Han sido siempre besos furtivos, encuentros que se hacían esperar hasta que ninguno de los dos tenía una instrucción que cumplir; han sido siempre encuentro fugaces, relegados en pos del deber. Por eso siempre han sido locos, devoradores, abrasadores. Y nos hemos acostumbrado a eso, como lo que nos toca vivir. Axan se apaga y en cada contacto que hemos mantenido, consciente o inconscientemente, hemos querido quemar una vida entera. Lo miro cuando me saca la camisa por la cabeza y después se desprende de la suya. Avanza un paso al frente y vuelve a besarme pero me aparto cuando percibo que su mano está tratando de despojarme del guante que cubre mi brazo.

—No... —murmuro.

Él lo sujeta de nuevo.

—¿Por qué no?

—Porque esto es lo que envió a Rise a la enfermería; la parte devastada que aún queda en mí. Te mataría si te tocara.

Niega con la cabeza y sonrío.

—No lo harías.

—No voluntariamente, Axan pero sí lo haría. No juegues con eso.

—No hay nada malo en ti, Nazam.

Sigue tirando del guante y yo me aparto pero él me sujeta, agarrándose de la cintura de mi pantalón e impidiendo que me marche.

—Axan...

—No quiero que reserves nada. Lo quiero todo.

—No es nece....

Vuelve a besarme, consciente de que eso me desarma y cuando me doy cuenta, el guante cae al suelo. Axan me mira a los ojos, con la respiración tan disparada como la mía. Me pierdo en el verde de su iris, tan hipnótico, tan irreal que es como zambullirse en un sueño. Cuando me doy cuenta, su mano está sujetando mi muñeca. Nos separamos despacio y observo mi brazo ennegrecido, lleno de moretones y heridas que no cierran, de venas que zigzaguean. Por un momento me siento avergonzado de que Axan esté viendo eso, y casi parece incierto que la vergüenza se imponga al miedo a hacerle daño. Pero él sostiene mi mano con naturalidad y la coloca sobre su pecho. No soy capaz de entender por qué no le causa el mismo efecto que a Rise, que a todos aquellos que alguna vez han entrado en contacto con él. Me hipnotiza cuando desliza suavemente mi mano sobre su pecho, hasta su abdomen. Axan se me acerca y sonrío de nuevo.

—Yo ya estoy muerto, Nazam —me susurra—. Esto no puede hacerme daño.

Busca mis labios de nuevo pero yo me aparto. Sus palabras son una demoledora dosis de realidad que ha sacudido la magia que nos rodeaba. Él no dice nada. Quien habla, no obstante, soy yo.

—Deja de hablar así.

—¿Así cómo?

—Con esa naturalidad de la muerte.

Axan recupera la expresión serena y abre de nuevo una sonrisa que no es sino una invitación a asaltar su boca. Pero no lo hago.

—Eso no está en mi mano, Nazam. Lo único que está es regalarte cada día de mi vida con la máxima entrega. Y si tú me dejas, lo haré.

Asiento, incapaz aún de deshacer el nudo que me estrangula. Pero él demuestra estar, una vez más, por encima de eso. Me salta encima y me empuja, derrumbándonos sobre la cama: yo, boca arriba; él, boca abajo, a mi lado; con su mano sobre mi abdomen y su rostro hundido en la curva de mi cuello.

Clavo la mirada en el techo de piedra de la habitación. Los fogonazos de los relámpagos destellan en él, proyectando fantasmales sombras en la penumbra. Mi última noche aquí.

—¿Por qué una cabaña en las Alboradas? —pregunto.

Percibo su sonrisa ensanchándose contra mi piel.

—Porque el Yndoria me parece un símbolo de mil cosas —responde con voz ronca—: Libertad y esclavitud; paso firme o caída incierta; como la vida y la muerte, supongo. Abismos opuestos separados por una finísima frontera aunque solo puedes avanzar en una dirección. No sé, tonterías mías.

—No me lo parecen.

—Eso es porque estás enamorado de mí.

Me besa en el cuello y sonrío, sin decir nada.

En pocos minutos, Axan se ha dormido y yo cierro los ojos, enamorado de él, sí, y de la sensación de tenerlo a mi lado, de escuchar su respiración sobre mi piel; su contacto, cálido. Algo en mí se rebela: no puedo limitarme a aceptar el regalo de sus agonizantes días ni puedo sentarme a esperar el desenlace. Tengo que encontrar el modo de que, simple y llanamente, este no llegue; no aún. No así. Por primera vez, la visión de una cabaña en las Alboradas, observando la luna sesgada por el Yndoria pasa de ser una bonita idea a un apremiante necesidad.

Acaricio el cabello de Axan y en ese preciso momento, los gritos en los pasillos de la academia, nos ponen en alerta.

LIBRO 3

YNDORIA

1 El precio de la libertad

Druksen me empuja, haciéndome caer al suelo y ni siquiera tengo fuerzas para levantarme. Permanezco sentado sobre la tierra mojada y a duras penas puedo respirar después de la herida que la criatura que trajeron consigo los devastanos me ha originado. La enésima prueba de la Fratrís, esta vez con las bestias que los malnacidos de los devastanos han traído hasta aquí. No eran cerberos. A decir verdad, no era nada que hubiéramos visto antes. Serpientes gigantes con patas y una extraña cola con un aguijón venenosos, que no me ha dado de lleno pero sí me ha rozado.

Apenas han transcurrido quince minutos de eso y ya siento escalofríos y lo que amenaza con ser fiebre o algo peor. Espero que la cosa quede ahí. El grillete en el cuello me asfixia más que nunca. Pero nada de eso hace que Druksen se compadezca. Mientras continúo sentado en el suelo, me escruta con una mirada asesina:

—Es la segunda vez que veo peligrar tu vida por salvar a tu amiguito y creo que hay algo que todavía no entiendes.

Se agacha delante de mí. Se refiere a Zach.

—Escucha... —mascullo.

—No, no escucho nada —me interrumpe él. Ahora le devuelvo la mirada. La primera y a decir verdad única vez que hablé con él, lo acompañaba aquella chica, de nombre Kaleria. Ella había sido, en aquel entonces, la que se había mostrado hostil y desconfiada conmigo pero ahora es él quien me espeta una retahíla de reproches—. Aquí no vas a poder evitar que muera gente pero lo daremos por bien empleado si logramos llevarte sano y salvo al otro lado del puente y ponerte en manos de los elementalistas. Déjate de heroicidades ridículas y preocúpate de mantenerte con vida, ¿me oyes?

—¡Blaze!

Lukas y Axel llegan corriendo en ese momento.

—¿Qué está pasando? —pregunta el segundo de ellos.

—Nada. Estoy bien —miento, mientras me incorporo. Brianna aparece detrás de ellos y, después lo hace Zach, que se detiene algo más alejado a

pesar de que su chica corre hacia aquí.

Druksen da media vuelta y se marcha sin decirles nada a ninguno de ellos. Yo me trastabillo y me hubiera ido al suelo si Lukas no me sujeta del brazo.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Asiento.

—¿Quién era ese tío? —inquire Axel.

Valoro momentáneamente la idoneidad de contarles la verdad y supongo que ha llegado el momento de hacerlo. Aunque sea a medias. Muy a medias:

—Es un elementalista —murmuro. Todos me miran con los ojos como platos—. Quiere... Tenemos que cruzar el puente.

Obvio el hecho de que me quiere a mí al otro lado del Yndoria y también lo que creen que soy realmente. Decírselo a los muchachos solo lograría que se vuelquen en mantenerme con vida, aun a costa, incluso, de sacrificarse si fuese necesario. Los conozco demasiado bien y quiero que sigan luchando por sus vidas en la misma medida que lo harían por la mía, como yo por la suya. Ni más ni menos.

Brianna se abre paso entre Lukas y Axel y me aparta la camisa, deslizando sus dedos sobre el corte que abre mi costado. Es un arañazo pero sé sobradamente que el veneno de esa bestia ha penetrado en mí.

—Hay que curar eso —observa ella.

Yo no respondo pero alzo la mirada y por un fugaz momento, mis ojos se encuentran con los de Zach. Salvarlo de la enésima prueba ya ha estado a punto de costarme la vida dos veces; otras tantas a Lukas, a Axel y a la propia Brianna. Las crispaciones entre nosotros son una constante porque ella no deja de pedirnos comprensión, que lo ayudemos, pero eso nos pone constantemente en peligro, en uno aún mayor del que ya supone participar en la Fratrís devastana. Las discusiones entre nosotros están a la orden del día y aunque tratamos de relegarlas para mantener la concentración en sobrevivir, cada vez la evidencia de que nada será igual que antes se alza con más fuerza entre los cuatro.

Axel me empuja y Lukas me sujeta por la espalda para que no caiga al suelo, donde me sienta con más cuidado. Brianna se recoge el pelo y se arrodilla delante de mí. Se voltea fugazmente y observa a su chico, devolviéndome la atención con rapidez. Todos lo hemos visto allí, apartado y mudo pero nadie dice nada. Tratamos de evitar otra pelea. No es el momento. Detecto la rabia contenida en los llorosos ojos de Brianna y quisiera tratar de consolarla pero más allá de mi debilidad en este momento, está el hecho de

que ya no encuentro argumentos.

—Esto va a dolerte, Blaze —me dice Axel. Ya que ejerce de «recoloca—huesos», también lo hace de sanador oficial—. Te ha inyectado veneno y hay que limpiarlo.

Soy incapaz de ahogar un grito cuando siento los dedos de Axel hurgando en mi herida. No sé qué está haciendo pero duele horrores. Lukas sigue detrás de mí y siento su mano sobre mi nuca, apretando mis hombros en un mudo intento de transmitirme ánimo y fuerza.

—Blaze... —murmura Brianna. Me acaricia la cara y me aparta el pelo de la frente, empapado en sudor.

—Bri, ayúdame con esto —le pide Axel, mientras le entrega un mejunje.

Aun con la cabeza echada hacia atrás y sujeta por Lukas, mantengo los ojos entreabiertos y observo la dedicación de Axel y Bri en sanarme. Es una sensación extraña pero creo que podría morirme ahora y hacerlo en paz, feliz, incluso. Tengo amigos de verdad, que se dejarían el alma por salvarme. Más derrotas devastanas, que no han sido capaces de destruir esos sentimientos de esperanza y lealtad.

Grito otra vez y percibo mis lágrimas recorriéndome las mejillas.

—Parad, por todos los putos dioses, parad.

—Vamos, Blaze, ya falta poco —murmura Axel.

Pero yo ya no puedo más y hago ademán de apartarme y grito más al clavarme lo que sea que me estén metiendo entre la carne. Tendido en el suelo, Lukas me sujeta, inmovilizándome.

—Joder, Blaze —se queja Axel—. Bri, aguántalo tú también.

Ella asiente y se une a Lukas, intentando que me mueva lo menos posible pero el dolor se me hace tan insoportable que, aun de forma inconsciente, no estoy dispuesto a ponérselo fácil. Zach llega en ese momento y sustituye a Brianna sin que haya palabras entre ellos; sin que las haya entre nadie. Su envergadura sí logra que no pueda moverme aunque no consigue que deje de gritar, de llorar como si fuera un niño.

—Por el cielo... —masculla Bri.

Cuando al fin el dolor pasa, permanezco tendido en el barro. Lukas se agacha a mi lado y me coloca la mano sobre la cara.

—Ya está, hermano. Ya está.

Asiento con poca vehemencia. Duele pero ni por asomo lo mismo que antes. Axel me hace incorporarme, sujetándome de los brazos pero no llego a levantarme; solo a arrodillarme y a tratar de recuperar el aliento. Me llevo los

dedos a los ojos.

—Creo que hemos sacado bastante veneno, Blaze —me explica Axel—. Puede que la fiebre tarde un poco en remitir pero confío en que las cosas solo puedan ir a mejor, ¿de acuerdo? Tienes que intentar descansar un rato.

Asiento y mis ojos se encuentran con los de Bri. Está llorando. Se agacha a mi lado, me da un beso en la mejilla y me abraza. Cierro los ojos y me sumerjo en el efímero cielo de su cercanía. Pero rápidamente se aparta y se va, arrastrando a Zach con ella.

—Esto no puede seguir así —murmura Axel.

—Jura que ni una más —añade Lukas—. Jurémoslo todos. Lo hemos salvado de mil pero se acabó porque acabará costándonos la vida de una puta vez y tengo claro que no voy a morir por ese imbécil.

—Lukas tiene razón.

Yo guardo silencio. Ni estoy para hablar ni podría perdonarme que Bri me odiase si dejo morir a su chico. Le prometí cuidarlo, aunque supongo que todo tiene un límite y de todos modos, está claro que salvar a Zach solo servirá para prolongar lo inevitable. No saldrá vivo de aquí. Puede que nosotros tampoco.

La noche en los complejos devastanos es extraña. Nunca reina un total silencio. Desde aquí se escuchan potenciados los aullidos de los pocos animales que deben quedar en la zona; unos aullidos que se mezclan con los lastimeros llantos de los que aún sobreviven. Todos han perdido ya a algún conocido o han sufrido heridas que los martirizan. Otros simplemente tienen miedo. El caso es que hoy nada de eso me pone los pelos de punta, como ha ocurrido en noches anteriores, cuando todos esos sonidos los distinguía acostado en mi camastro, con la mirada clavada en el lúgubre techo.

Hoy, por suerte o por desgracia, tengo otras preocupaciones. Estoy en el patio exterior, arrodillado en la tierra mojada y vomitando. El mejunje con el que Axel y Bri me limpiaron el veneno del monstruo devastano me ha hecho sentir mucho mejor pero supongo que el resto es cosa mía: acabar de expulsar toda la mierda que esa bestia me inyectó.

Sé que es necesario y que me sentiré mucho mejor pero ahora mismo soy una piltrafa que ni siquiera se sostiene en pie. No puedo dedicar una sonrisa

al pensamiento de que has regresado. Te marchaste, Edrych; desapareciste. Y por momentos llegué a pensar que habías sido una ilusión, que ninguna de las esperanzas que había prendido en mí tenían sentido alguno y que mi inscripción en esta escoria de juegos había sido un error. Sin embargo, el instinto de supervivencia me ha azuzado a no dejarme vencer. Eso y la necesidad de ayudar a mis amigos cada vez que los he visto en peligro. Por suerte, has regresado y sumo un motivo más para la lucha.

Apoyo mi espalda sobre la fría fachada de los complejos devastanos y sostengo mi frente con mis propias manos. Ni siquiera reparo en el momento en el que Zach se agacha frente a mí, mirándome en silencio.

—Joder... —murmuro al verlo.

—¿Cómo estás? —pregunta él.

—Estaré mejor. ¿Qué quieres?

La tirantez es más que evidente entre nosotros y aunque suelo esforzarme por aparentar un mínimo de cordialidad con él, hoy no me siento con ánimo. Eso y que cada vez tengo más la sensación de que guardar las formas se está convirtiendo en una farsa estúpida que ya empieza a quemarnos a todos.

—Oye, quiero que sepas que te estoy... agradecido por haberme salvado —me dice, con esfuerzo—. Sé que te la has jugado bien un par de veces y... es de hombres ser agradecido.

Asiento. Si no se larga, acabaré por vomitarle encima. Hago aspavientos con la mano para que se marche pero lejos de hacerlo, él sigue hablando.

«Está bien, *Zacchy*, allá tú».

—Sin embargo, quiero que sepas también que el precio por esa gratitud no incluye a Brianna como pago.

No estoy seguro pero creo que le he vomitado en los pies. Zach se incorpora y recula un par de pasos, aunque no dice nada. Yo saco fuerzas de donde no las tengo y, apoyado todavía en la fría fachada del edificio, me pongo en pie y lo miro, incrédulo ante lo que acaba de decir. Incluso tengo que llegar a convencerme de que no es un delirio lo que estoy oyendo.

—¿Qué? —logro preguntar con un hilo de voz patético.

—Brianna me contó lo que le dijiste al llegar aquí —me responde él—. Tu confesión de amiguito enamorado.

No creo que vuelva a vomitar. Ni a sangrar. Ni a respirar. ¿Cómo ha podido Brianna contarle a este imbécil mis más íntimos sentimientos hacia ella? ¿Con qué propósito?

—¿Cómo... Por qué si...? —No logro hilvanar dos tristes palabras

seguidas, así que es Zach quien continúa hablando:

—Le advertí de que debía mantenerse lejos de vosotros porque esto acabaría ocurriendo pero no me hizo caso. La gente en Targon habla, ¿sabes? No está bien que una muchacha ande todo el día con tres chicos. Ni siquiera...

—Creo que la gente de este jodido sitio debería preocuparse por otras cosas —respondo al fin, absorto ante lo que este imbécil me está contando.

—Probablemente, Blaze pero supongo que el chisme es una manera de mantener la mente ocupada. Sé que nada de lo que dicen es fundado pero no quiero que te acerques más a Brianna, ¿me oyes? Ni tú ni tus dos amiguitos pero especialmente tú.

Me río, no puedo evitarlo.

—¿Quieres que me mantenga alejado de Bri? —espeto—. Pero no de ti, ¿no? Quieres que me aparte de ella pero que me mantenga pegado a ti para seguir sacándote el culo de cada prueba aquí, ¿verdad?

Traga saliva y se muestra avergonzado. No es para menos.

—Yo no te he pedido nada —me responde al fin.

—No. Tú no. Pero ella sí y solo por ella te he librado de dos muertes seguras aun a costa de conseguir casi la mía. Eres un maldito cobarde y no la mereces.

—¡Pues la tengo! —me grita—. Puede que tú andes detrás de ella babeando como un imbécil pero ella es mía, ¿me oyes?

—Brianna no es tuya.

—¿Acaso tuya, maldita basura?

Le asesto un puñetazo en el que veo liberado todo el rechazo que siento hacia Zach, justificado o injustificado; en este momento me da igual.

—¡Mía tampoco! —le grito—. Brianna no le pertenece a nadie y mucho menos a un puto cobarde como tú.

Zach se abalanza encima de mí y en pocos segundos, su cuerpo y el mío forman una maraña de golpes, arañazos, puñetazos y patadas. Recibo más de lo que acostumbro, especialmente con alguien como él pero la debilidad por lo sucedido con el 'bichito' de los devastanos aún me pasa factura. Llevo casi dos horas vomitando y la ponzoña aún me recorre la venas. De lo contrario, habría necesitado dos movimientos para dejar K.O a Zach.

Lukas y Axel llegan corriendo en ese momento, alertados por los gritos de otras personas. El primero de ellos me sujeta a mí, mientras que Axel hace lo propio con Zach.

—¿Qué está pasando? —pregunta Lukas.

Zach se zafa bruscamente, mientras mantiene su iracunda mirada clavada en mí.

—Ya sabes lo que te he dicho —me advierte, señalándome con el dedo.

—Estás muerto —le respondo yo. No, no lo estoy amenazando con ser yo quien acabe con su patética existencia, sino con la certeza de que no voy a volver a mover un dedo por él aquí dentro. Ni yo ni nadie.

Lukas me suelta y se encara con Zach.

—¿Qué cojones te pasa, campesino?

Pero él no le responde y desaparece a través del oscuro pasillo que conduce hasta los camastros.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta Lukas, regresando sobre sus pasos.

—Pasa que se acabó el sacarle las castañas del fuego —respondo yo—. Se acabó.

—¿Esto te lo ha hecho él? —pregunta Axel, sujetándome la cara—. No puedo creerlo.

—Vamos a devolvérsela ahora mismo —sugiere Lukas—. Entramos, lo destrozamos y le servimos su putrefacto y cobarde cuerpo a los perros devastanos.

—Lukas, ¿adónde crees que vas?

Axel lo sujeta cuando él ya se marchaba.

—¿Qué vas a explicarle luego a Bri?

—A la mierda —grita Lukas—. Esa rata inmunda no merece vivir. Nos estamos jugando el pellejo por mantener su campestre culo a salvo ¿y encima se atreve a golpearte?

Estoy destrozado, agotado y no ha de faltar demasiado para el alba; una nueva prueba en los jodidos juegos. Solo restan tres más y, si las superamos, cruzar el Yndoria será el último escollo hacia la libertad. Demasiado cerca de la meta como para seguir escondiendo cosas.

—Chicos, hay algo que quiero contaros.

Lukas y Axel me miran con curiosidad. Y yo me dispongo a ponerles al día de todo lo planificado con Viglio, así como de mi propia identidad y la misión que me está siendo encomendada; una misión para la que, naturalmente, los necesito.

No quiero que se centren en que yo cruce el puente o en que yo viva aquí por encima incluso de sus propias vidas.

Resoplo mientras preparo las dagas y la espada corta, arrodillado sobre mi camastro. Teniendo en cuenta que apenas he dormido tres o cuatro horas, que pasé la noche anterior vomitando y que ayer un monstruo me inyectó alguna especie de veneno en el cuerpo, supongo que no puedo quejarme. Me siento mejor, aunque algo débil y ligeramente mareado. Pero decidido, en cualquier caso, a afrontar lo que venga. Ayuda la liberación de la que me he hecho dueño. No es que ocultarle a Lukas y Axel que soy un diluviano y que debo llegar hasta la academia de Zundrak me estuviese martirizando pero sí es cierto que se me hacía extraño no poder compartir todo con ellos, máxime una preocupación de semejante calibre. Son mis amigos y nunca he tendido secretos con ellos. Además, sé que Lukas se sintió dolido cuando quiso saberlo y, por aquel entonces, aún no pude contárselo. Ahora es como si nuestra amistad volviese a estar intacta, si es que alguna vez ha dejado de estarla. Con Bri es distinto; todo es diferente con ella de un tiempo a esta parte y como no hay forma de encontrarla sin Zach al lado, no he podido contárselo. Él ya sabe que yo fui quien incendió la plaza, así que no es prudente que conozca más información.

Alzo la cabeza, volviéndome cuando escucho el sonido de unas cadenas detrás de mí y me encuentro precisamente a Brianna, con una mano atada a una especie de grillete.

—¿Qué es eso? —pregunto.

—La prueba de hoy —responde ella—. Por parejas.

Asiento y me incorporo.

—¿Qué pasó anoche, Blaze? —me pregunta, acercándose y colocándose frente a mí.

—Nada.

—Sé que discutiste con Zach. ¿Esto te lo hizo él?

Me pasea un dedo por la cara y me aparto de forma discreta; no quiero que piense que evito su contacto, aunque lo haga.

—Si sabes lo que pasó, ¿para qué preguntas?

—Porque tengo su versión pero quiero la tuya.

Sonrío.

—¿Y para qué? De un tiempo a esta parte, solo cuenta la de él.

—¿Qué? —exclama, incrédula—. ¿Cómo puedes decir eso?

—¿Por qué le contaste...? ¿Por qué le dijiste... lo que siento por ti?

—Lo lamento. Probablemente no tenía derecho a hacerlo pero Zach se estaba poniendo pesado con que me mantuviera alejada de vosotros; de ti. Le expliqué tu confesión porque pensé que así se daría cuenta de lo noble que estabas siendo con él y de lo injusto que él estaba siendo contigo.

—¿Por eso dejaste de venir con nosotros a los robos? —Debería medir el volumen de mi voz, aunque supongo que aquí ya no importa hablar abierta y alegremente de robos de comida y demás—. ¿Porque él te lo exigió?

—Fui una imbécil. Supongo que no supe ver las cosas con objetividad...

—¿Tan enamorada estás? Nadie te ha ordenado nunca lo que debes hacer o no ni con quién debes hacerlo. Te juro, Bri, que no sé qué has visto en él.

—Supongo que fue el primer chico que me veía como a una mujer.

Me detengo en mis labores con las dagas y la miro.

—¿Qué quieres decir?

—Vamos, Blaze, me he pasado la vida contigo, con Lukas y con Axel, sintiéndome uno más. Uno más —recalca—. Ninguno de vosotros me veía como a una chica y... hablabais frente a mí sobre Laelia, Sarah o Siliana. Ellas eran chicas preciosas con las que os enredabais y... y yo... era como otro más de vosotros. Pero no era así como yo me sentía y supongo que él... él sí supo transmitirme que veía algo más, ese algo más que yo quería mostrar pero que nadie sabía ver. Ya te dije que me gustabas cuando teníamos 14 años. Pero tú ni te enterabas de que yo estaba allí si no era para comparar quién saltaba más lejos o quién salpicaba más lanzándose al agua.

Si supiera lo que Lukas dijo de ella en los túneles el día que huíamos del cerbero tras robar comida en el local de abastecimiento, probablemente no pensaría así. Pero lo cierto es que la confesión de Brianna me deja helado. Es cierto que en la particular pandilla que conformamos desde que éramos mocosos, ella siempre fue una más; nunca la vimos de un modo distinto, a pesar de la brillante idea de Lukas por apodararla 'La Chica'. Competíamos con ella como competíamos entre nosotros y, por supuesto, su nombre nunca estaba en esas dantescas charlas entre adolescentes que babeaban por todo lo que lleve falda. O por casi todo. Sin embargo, nunca sospeché que ella pudiera querer que la viésemos de un modo distinto, del modo en que Zach supo verla. Y del modo en el que yo empecé a hacerlo solo tras el beso. Ese maldito beso que lo cambió todo.

—Blaze...

Despierto de mis pensamientos y vuelvo a calibrar las dagas que voy guardando en mi cinturón.

—No sé qué decir.

—Di que serás mi pareja en la prueba de hoy.

Vuelvo a mirarla.

—¿Y Zach?

—Él no la hará.

—¿Cómo?

—Ya sabes que podemos negarnos a realizar las pruebas. No la hará.

—Si nos negamos, nos torturan. Le torturarán y le golpearán hasta saciarse.

—Pero no lo matarán. Las torturas no conllevan muerte y él lo sabe. Supongo que es el mejor modo para que siga con vida sin que vosotros tengáis que volver a arriesgaros más.

—¿Tú estás de acuerdo?

—Es su decisión, Blaze.

Suspiro mientras niego con la cabeza, incapaz de dar crédito a lo que oigo.

—No te merece, Bri. Sé que pensarás que hablo en mi favor y guiado por los celos pero te juro que no. Tú no mereces a un cobarde que busque la forma más segura de no morir mientras tú te la juegas.

—No necesito que nadie me defienda, Blaze.

—No hablo de alguien que te defienda, sino de alguien que luche a tu lado.

Ella me dedica una larga mirada y sonrío.

—Entonces sé tú ese alguien.

Alza el grillete que mantiene presa su muñeca y me ofrece el otro extremo. Ni me lo pienso cuando encierro entorno a la mía el otro lado y aprieto la cerradura para quedar ligado a Brianna.

—¿Sabes algo más de la prueba?

Ella niega con la cabeza. Se me acerca más y me acaricia el cuello, generándome escalofríos.

—Hay que encontrar el modo de quitarte esto —dice, en alusión al grillete—. Tienes el cuello destrozado, Blaze.

—No te preocupes. Estoy bien. Vamos.

2 Devastanos en Dogma

Los gritos de algarabía por la celebración que se estaba llevando a cabo en el salón principal, han dejado paso a los de horror y a frenéticas carreras a través de los pasillos. Axan y yo nos cruzamos con varios alumnos de rango Tierra, el más bajo, que huyen despavoridos y no responden a preguntas.

—¡Vamos, vamos, vamos!

Un Fuego conduce a otro grupo más, que emprende un loco ascenso a través de la escalera.

—¿Qué está pasando? —le pregunta Axan.

—Han tomado a la academia. ¡Vamos!

No hay más explicaciones. Me escruta de arriba a abajo y sale corriendo tras los alumnos de primer rango.

—¿Tomada por quién? —grito inútilmente.

Y no tardamos demasiado en recibir respuesta, aunque no precisamente la del Fuego, que acaba de marcharse corriendo. Al voltear la esquina del último pasillo antes de empezar a bajar al nivel común, topamos con una oscura figura de elevada estatura; viste de negro y oculta su rostro en una capucha. Porta una espada en su mano: un devastano. No puedo creerlo. Otra vez no.

Sujeto a Axan del brazo y lo apremio a correr en dirección opuesta. Como elementalistas en pleno uso del término, deberíamos poder matarlo pero si es así, me consta que no será fácil y mi primer impulso es ponerlo a salvo.

—Tienes que salir de la torre y llegar hasta el embarcadero —le indico.

Nadie conoce la ubicación exacta de la academias —o casi nadie, visto lo visto— pero lo único que sé de Dogma es que los bosques de Caótica que rodean la torre, limitan con una enorme extensión de agua. No tengo ni la menor idea de adónde pueda llevar cruzarlas pero lo único importante ahora es largarse de aquí.

—¡No voy a irme! —exclama Axan.

—Escúchame bien —grito, enfurecido—, no es el primer ataque a una academia que vivo. El devastano no está solo y aquí, los únicos elementalistas somos dos instructores, tú y yo. Insuficientes, Axan. La

prioridad es largarse.

—No voy a irme mientras matan a todos.

En medio de esta absurda discusión, el devastano se planta ante nosotros y yo empuño mi espada, empujando a Axan.

—Ve al embarcadero y prepáralo todo.

—He dicho que no voy a...

Lo sujeto de la pechera y lo estampo contra la pared ante la silenciosa mirada del devastano, que se mantiene inmóvil en su sitio.

—Lo que odio de los jodidos niños elementalistas es que acaban la instrucción y se creen en disposición de salvar al mundo —le grito—. No lograrás nada rescatando a cuatro alumnos para acabar muerto después y recibirlos en el particular hogar de tus dioses. Lárgate ahora mismo.

—Alexandra no...

—Yo me ocupo de ella. Prepáralo todo para que podamos largarnos de una maldita vez.

Lo empujo de nuevo y ya no me replica más. Sé que le he hecho daño al cuestionar su valía por el hecho de acabar de licenciarse; yo también acabo de obtener el círculo que rodea los símbolos de los elementos en el inicio de mi esternón. Pero he vivido con los devastanos; he tomado parte activa en la guerra, aun siendo solo un crío y sé de lo que hablo.

Mientras Axan me obedece y desaparece pasillo a través, yo camino hacia el devastano.

—El cambio ha sido muy drástico, Nazam —Sus palabras me hielan la sangre. No crucé ninguna con aquellos que tomaron Lonoa pero después de tantos años, es cierto que me recuerdan, tal y como Rubik me dijo.

Yo no pierdo tiempo en responderle y lo embisto con la espada. Él contiene el golpe y traza un círculo en el aire para apartar la mía, empujándome. Siento la fuerza que le imprime a su ofensiva cuando se adelanta un paso más y descarga su acero sobre mí. También logro detenerlo y después de unos cuantos golpes en una y otra dirección, calibrando la valía del respectivo rival, logro, en un innegable golpe de suerte, atravesarlo con la espada. Una runa del elemento Tierra ha cubierto la hoja, convirtiéndose en determinante para lograrlo. Una espada normal, sin baños de magia elementalista, jamás hubiera podido acabar con él.

El caso es que este era solo uno de los muchos que han de estar en los niveles inferiores, destrozándolo todo y por un momento me planteo lo sensato de ir a buscar a Alexandra. Es una muchacha a la que he llegado a

apreciar pero debe estar en los niveles de sanación y ahora mismo, toda la academia está infestada de devastanos.

Me topo con dos de ellos, aclarando dudas, y reculo. Invoco una runa de Aire, generando un huracán y aprovecho el desconcierto del momento para huir. Corro a través del pasillo y cuando llego al balcón de lo que debió ser el despacho de algún instructor, invoco otra runa de Aire y un viento suave refrena mi caída cuando salto al vacío. Es una runa más compleja de lo que parece, pues utilizar una fuerza mayor o menor a la indicada hace que tu cuerpo se tambalee y se desequilibre, estampándote en el suelo. Sin embargo, llego a los bosques de Caótica sin problema alguno, al mismo tiempo que la parte superior de la torre estalla.

Escucho gritos a lo lejos pero no pierdo más tiempo en salvar a nadie. Corro atravesando el bosque hasta el Embarcadero, donde espero que Axan me aguarde. Acabando a la carrera con todo tipo de criaturas hambrientas, apenas tardo unos diez minutos en cubrir la distancia que me separa de mi destino.

Axan me mira atentamente y sin preguntarlo sé qué confirmación busca.

—Alexandra se fue con Korb y algunos alumnos más. Está bien.

Él no dice nada ni reacciona, así que preparo el pequeño bote que siempre está amarrado aquí y me subo.

—Vamos.

Me dedica una larga mirada y solo le pido a tus dioses, Edrych, que no haya descubierto mi mentira, porque lo último que me apetece es salir corriendo tras él de regreso a la academia de Dogma, segunda en la que estoy; segunda que ha caído. ¿De veras le parecerá sensato a Rubik que llegue hasta Ymparta? ¿Que ponga en peligro a sus grandes y estirados alumnos? Despierto de mis estúpidos pensamientos cuando Axan sube al bote sin decir nada y empezamos a remar, alejándonos.

Ni él ni yo sabemos adónde nos dirigimos, pues él debía ser un crío la primera y única vez que llegó hasta Dogma. Y, envuelto en fiebres como iba, yo no pude ver el itinerario. Tampoco creo que hubiera servido de gran cosa atestiguarlo, pues todo el mundo dice que las academias elementalistas son ilocalizables, de modo que ha de haber alguna forma poco convencional de llegar hasta ellas y, por ende, de salir de ellas.

Hemos perdido la cuenta del tiempo que llevamos remando sin que nada a nuestro alrededor se modifique. Pero no es posible que las academias estén situadas en medio de ninguna parte, por lo que nos obligamos a continuar.

Ninguno de los dos ha dicho nada y este silencio empieza a exasperarme. Curioso: Tiempo atrás yo se lo impuse; ahora no lo soporto. Suspiro, hastiado y dejo de remar.

—No fui a buscarla —murmuro.

No sé qué demonios me pasa con Axan pero soy incapaz de mentirle. O al menos soy incapaz de prolongar una mentira con él.

—Lo sé —me responde.

Lo miro con más atención.

—Alexandra está muerta —me confiesa—. Fui a buscarla antes de abandonar la academia y estaba... No se fue con Korb. Él también está muerto.

—Lamento haberte mentido.

Axan guarda silencio durante unos segundos antes de volver a hablar:

—No sé cómo vamos a salir de aquí. Parece que solo los devastanos saben dónde y cómo encontrar las academias.

Resoplo y escruto de nuevo el entorno con desconfianza. Solo hay agua a nuestro alrededor y un cielo plomizo que empieza a oscurecerse. El frío apremia a medida que nos alejamos de Dogma o lo que sea que quede de ella. Y nosotros no tenemos nada: ni comida, ni abrigo.

—¿Qué puedes ver? —me pregunta entonces Axan.

Alzo la cabeza.

—¿Cómo?

—Los devastanos encuentran las academias. Tú tienes una parte devastana. Quizás pueda servirnos de algo.

Por un momento soy incapaz de reaccionar. Sabe que trato de olvidar mi parte oscura, esa que me recuerda, a través de mi brazo y de mi memoria, que un día fui ese a quien hoy mataría. Sin embargo, él lo menciona con esa naturalidad suya que a veces me exaspera. Como si fuera consciente de lo que pienso, sigue hablando:

—Obviar que la posees no cambia la realidad.

—Creí que no te importaba.

—Me importa. A pesar de lo cual estoy contigo.

—Estás enfadado.

Axan sonríe.

—Primero me llamas ni ato y me quitas del medio para luchar. Después me mientes, asegurándome que has tratado de salvar a Alexandra cuando ni siquiera la has buscado.

—Un ataque devastano no es la mejor situación para comportarse correctamente. Perdóname por querer salvarte, por convertirte en mi jodida prioridad.  No es eso lo que querías?  Tenerme entregado a ti? Pues ya me tienes.

—Estoy harto de que creas que puedes mentirme. No soy idiota y el hecho de que me está muriendo no me convierte en...

— C llate!

Cada vez se me hace más insoportable oírle hablar de su muerte como el que habla de lo que ha comido.  l mira hacia otro lado y aunque una parte de mí se muere por acercarse a él y disculparse, la otra, la orgullosa, me pide invertir mis pensamientos en otra cosa:  Y si arrastrar este maldito brazo que mata todo lo que toca sirviera para algo más? De forma inexplicable, los devastanos son los únicos capaces de dar con las academias y puede que también sea capaz, con mi parte devastana, de alcanzar el fin contrario: salir de ellas, de su territorio.

Me quito el guante con cuidado y observo mi brazo, con su sempiterno color amoratado y las heridas cruzándose con la venas marcadas y zigzagueantes.

Axan me observa en silencio.

Cierro los ojos y bajo la mirada cuando una sucesión de fognazos golpean mi mente. Agua. Más agua. Unas cascadas. Barro. Tierra. Un asentamiento o una aldea pequeña. Y no espero más para agarrar a Axan del brazo y arrastrarlo al agua conmigo. No tengo ninguna duda de que será capaz de seguirme y todo aquello que visualicé en mi mente se materializa frente a nosotros. Sumergirnos en estas aguas dista mucho de hacerlo en el estanque de agua est tica de la academia; aquí todo se revuelve, enturbiando la visión pero un elementalista tiene recursos para superar eso y otros tantos obstáculos.

Tras unos minutos de infarto, de descenso alocado a través de unas enormes cascadas, asomamos en las sucias aguas de una especie de lago o lodazal, donde cuesta un mundo avanzar. La tierra se mezcla con el agua, conformando una gruesa capa de barro en la que uno se queda clavado. Me dejo caer de rodillas en la orilla y trato de recuperar el aire mientras observo a

Axan arrastrarse tras de mí y acabar tendido a mi lado. También él intenta recobrar el aliento.

Estamos cubiertos de barro de arriba a abajo pero en él siguen destacando sus ojos verdes.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Él se limita a asentir.

—Estoy muerto... pero bien.

—Aún no estás muerto —concluyo mientras me pongo en pie—. Todavía no...

Acabo de pronunciar esas palabras y ya me arrepiento. Él aludía a su cansancio y yo a su situación actual, a su enfermedad y su destino final. ¿Qué me pasa?

Axan se incorpora, mirándome y sin decir nada pero visiblemente confuso por mis palabras. Se aparta el barro de la cara y del pelo, donde más molesto se hace. Yo vuelvo a colocarme el guante y en silencio reúno el valor para no disculparme con él por todo cuanto llevo coleccionado desde que los devastanos atacaron Dogma.

Mojados como estamos, la sensación de frío se acentúa pero a lo lejos podemos ver las humeantes chimeneas de la aldea que visualicé en mis pensamientos. Una luna enorme permite distinguir las sombras recortadas de sus escasas construcciones.

—Vamos —lo apremio.

Observo la nieve cayendo a través de los oscuros cristales de la ventana. La taberna de la posada está casi vacía a estas horas y apenas hay un par de mesas ocupadas. Tres hombres juegan a algún tipo de juego de mesa en una de ellas, mientras que en la otra dos mujeres tontean con un borracho. En la barra, una exuberante mujer seca vasos y cubiertos mientras me dedica miradas de soslayo.

Axan llega pocos minutos después, ya limpio y aseado. Toma asiento frente a mí y suspira, fijando su mirada en la misma ventana desde la que hace solo unos segundos yo mismo observaba la nieve. Evita el contacto visual y ha eliminado la sonrisa de sus labios. ¿En qué momento hemos pasado de estar tumbados sobre mi cama, fantaseando acerca del futuro a no dirigirnos la palabra?

—¿Por qué no utilizas la runa devastana para encontrar Ymparta? —me pregunta al fin, mirándome—. Nos sirvió para salir de Dogma y...

—No voy a utilizarla más —lo interrumpo.

—¿Por qué no?

—Porque potencia una parte de mí que no me gusta. Y porque no soy uno de ellos.

—¿Y cómo sugieres que encontraremos Ymparta?

—No lo sé. Rubik no me lo dijo.

—Genial...

—¿He oído Ymparta, caballeros?

La exuberante tabernera se acerca a nuestra mesa para servirnos una humeante bebida de color oscuro, algo que ni Axan ni yo le hemos pedido. Nos sonrío pero no me pasa inadvertida la forma distinta en la que mira a Axan; es evidente que le gusta.

—Buscamos la academia elementalista —le dice él—. ¿Podéis ayudarnos?

—Tal vez... —murmura ella, con socarronería.

—¿Tal vez? —pregunta él, de nuevo—. ¿Sí o no?

—¿Para qué andarnos por las ramas? —intervengo yo—. ¿Qué queréis a cambio?

—Un desafío.

Axan y yo nos miramos.

—Una noche con él —continúa diciendo la mujer, mientras señala a Axan con la cabeza—. Veremos si es capaz de sonsacarme.

Lo dice sin reparo y sin contención alguna, con tal atrevimiento que por un instante me parece estar soñando. Es bastante mayor que nosotros aunque sus encantos no pasan inadvertidos y no tiene, por tanto, reparo en tontear con alguien que podría ser su hijo. Me siento ridículo al cuestionar tal sandez. Apoya sus manos sobre la mesa y le muestra a Axan un escote más que generoso. Me reiría de tan patético intento de no ser porque él me observa de una forma extraña.

—Una noche conmigo... —murmura él al fin, desviando su atención hacia ella.

Lo miro, incapaz de pestañear. ¿Está sopesando la posibilidad?

—Satisfáceme y tendrás información, ya os lo he dicho.

—¿El paradero exacto de la academia? —pregunta Axan.

—Me temo que no puedo ser tan clara. No sé dónde está Ymparta ni ninguna otra academia elementalista pero sí puedo ofreceros información que

os ayude a localizarla.

Tras un largo silencio, Axan vuelve a hablar:

—¿Tú qué dices? —me pregunta.

—Haz lo que quieras —respondo yo, con acritud.

No entiendo demasiado bien qué la genera o... demonios, claro que lo entiendo. Pero está sopesándolo. Adelante. Que lo haga.

Axan se pone en pie y sujeta la mano de la mujer, arrastrándola fuera de la taberna y dejándome a mí envuelto en la sensación más extraña que he experimentado en mi vida: celos.

No sé si importe demasiado el hecho de que he vuelto a ocupar el mismo sitio en la posada al alba o si acaso he pasado la noche aquí. Lo único cierto es que el sol emerge desde el horizonte y sus rayos inciden en el niveo manto de nieve que cubre el paraje. Durante la noche apenas podía distinguirse nada pero ahora puedo perderme en la visión de un entorno idílico, teniendo en cuenta la aldea de mala muerte en la que estamos perdidos. Ni siquiera sabemos dónde.

La taberna está algo más concurrida que la noche anterior y ahora, tras la barra hay un hombre de fornido aspecto y espeso bigote, que charla amigablemente con un viejo de cabello cano y desgredado.

Axan entra poco después y toma asiento frente a mí. Exhala una amplia bocanada de aire y se aparta el pelo de la cara con un gesto.

—¿Tan temprano y ya despierto? —me pregunta.

Le dedico una larga mirada tratando de escudriñar algo en su rostro, algo en su aspecto físico que delate lo que ya sé que ha ocurrido. Por momentos me siento como un crío estúpido buscando una evidencia de lo contrario.

—¿Qué tienes? —pregunto.

Me mira desde sus ojos verdes y apoya los codos sobre la mesa.

—No demasiado. Por lo pronto sé que estamos en una aldea de nombre Italla; no lo había oído nunca pero he pasado la vida en Dogma, así que... Supongo que podremos localizarla en un mapa. Tal y como dijo, no tiene ni idea de dónde está la academia de Ymparta pero me habla de un hombre, exalumno de allí. Afirma que vive en las montañas y domina los elementos. Aparentemente esta posada es un lugar de paso para elementalistas y algunos

de ellos vienen buscándolo. Debe ser por algo.

Sonrío.

—Eso no puede ser cierto. Todo el mundo sabe que solo hay tres formas de salir de una academia: convertido en un elementalista, muerto o desposeído de la más mínima capacidad para llevar a cabo el dominio o uso de los elementos.

—Eso fue exactamente lo que le dije a Elonia.

—Elonia... —murmuro—. ¿Y qué te respondió ella?

—«No creas en todo lo que oyes; ni siquiera en todo lo que ves».

Sonrío de nuevo y niego con la cabeza.

—Te ha engañado.

—¿Y por qué habría de haberlo hecho? ¿No crees que deberíamos buscar a ese hombre? Si es exalumno de Ymparta y domina los elementos, puede que también sepa donde está.

—En Ymparta no hay expulsados; ni, por tanto, exalumnos.

Axan se echa hacia atrás y se hunde algo más en su silla.

—¿Tan mal lo has hecho? —le pregunto, sin perder la sonrisa, al tiempo que me incorporo y recojo mis cosas. Recupera su socarrona expresión e, inexplicablemente, algo en mí se relaja. En ese momento, la tabernera entra, se muerde el labio inferior mientras mira a Axan y camina contoneándose.

—Yo diría que no —responde él—. En cualquier caso, no lo sabrás hasta que puedas juzgarlo por ti mismo.

Me pongo en pie y lo agarro del brazo, arrastrándolo hasta fuera y llamando la atención de los clientes y del propio tabernero de la tal Elonia, aunque ninguno de ellos mueve un solo dedo. Una vez fuera, lo empujo contra la pared.

—¿Qué está pasando? —le grito.

—¿Con respecto a qué?

—Con respecto a nosotros.

—Está pasando que nada de lo que hablamos por la noche tiene validez por la mañana —me grita—. Si piensas que soy un niño que no está preparado, ¿por qué afrontaste el Vórtice conmigo? Y si la importancia que le das a las personas a las que quiero pasa por dejarlas tiradas ante los devastanos, ¿qué cojones haces conmigo?

—Vamos, Axan, no seas infantil.

—¡Alexandra está muerta!

—Ya lo estaba cuando tú te fuiste. Tú mismo me lo dijiste.

—La cuestión no es esa, Nazam. Ignoraste que para mí ella era importante y lo solucionaste con una jodida mentira.

—Sé que ella era importante para ti...

—¿Pero?

—Pero tú eres lo único importante para mí.

Abre la boca pero no dice nada. Supongo que acostumbrarse a mis más sinceras y espontáneas confesiones le va a costar más de lo que él mismo podía creer. Me acerco y lo beso, recuperando algo en él que necesitaba, su respuesta, su contacto. A él.

—Solo te quería a salvo —añado—. Solo a ti. A veces pienso que la situación en la que... la situación en la que te encuentras te convierte en un maldito temerario que se lanza de cabeza porque sabe que de todos modos tiene las horas contadas.

Me abraza y tomo esto como una rúbrica de paz.

—No me da igual morir de cualquier forma, si eso es lo que crees.

—Hablas continuamente de la muerte como el que habla del cielo. No quiero que te lances de cabeza a heroicidades, Axan. No funcionan. Alexandra no tenía ninguna oportunidad porque los niveles de sanación están abajo y fueron los primeros en caer. Y tú lo sabías perfectamente.

Me mira sin decir nada; estoy en lo cierto y lo sabe pero se hubiera lanzado de cabeza a por un rescate inútil, simple y llanamente porque valora su vida mucho menos de lo que lo hago yo. La da por perdida; yo, no.

Nos volvemos cuando de nuevo, la tabernera sale. Lleva un chal puesto que se ajusta para protegerse del viento cortante que empieza a levantarse.

—¿Se lo has dicho ya? —pregunta.

Miro a Axan.

—Si me ha dicho ¿qué?

—Nada.

La mujer sonrío.

—Anoche le di parte importante de la información a tu... amigo. Pero no toda. El resto....

—El resto solo quiere dártela a ti —concluye Axan—. Es un juego estúpido —añade.

Sonrío mirando a un molesto Axan.

—¿Y desde cuándo decides por mí?

Guarda silencio.

—Tú accediste, ¿no? Y la información que te ha dado es insuficiente.

—¿Y qué más da? No das credibilidad a lo que me dijo. ¿Vas a acostarte con ella para que siga agrandando la mentira?

—No te mentí —interviene ella— y los datos que solo estoy dispuesta a darle a él, se lo corroborarán.

La tabernera se baja el chal y deja al descubierto algo más de su piel.

—¿Por qué así? —pregunta Axan—. ¿Por qué esta manera de dar información?

—¿Y qué hay de malo en ello? Lo que os une no pelagra por lo que ocurra conmigo, ¿no? Al contrario, puede fortalecerlo y a mí... un rato de diversión y placer. Todos salimos ganando.

Axan me mira pero yo guardo silencio.

—No existe otra manera, ¿no? —insiste.

—No encontraréis a nadie capaz de daros información acerca de la academia de Ymparta.

—Ese hombre... —añade él.

—Yo puedo llevaros hasta él. Por vosotros mismos, no lo encontraréis nunca; te lo aseguro. La montaña es dura.

—Somos elementalistas —replica Axan.

—Y eso os serviría para no sucumbir ante el frío y la nieve pero daríais vueltas inútilmente hasta la muerte. Nunca lo encontraréis.

—¿Qué importancia le das a esto? —le pregunto al fin.

Me dedica una larga mirada antes de responder.

—La que tú le des.

—Ninguna, entonces. Anoche te acostaste con ella y sé que sigues queriéndome a mí porque confío en ti.

Sin aguardar nada más, la tabernera, de nombre Elonía, me sujeta de la mano y tira de mí. Me detengo y agarro a Axan de la cara para besarlo. Él me responde y permanece inmóvil mientras me alejo.

Es curioso el giro que pueden dar las cosas. He pasado de estar entrenando en una academia elementalista, tras la caída de aquella en la que me crié a encontrarme en la alcoba de una exuberante tabernera que primero reclama a Axan en su cama y ahora a mí para darnos una información que puede resultar vital en el desarrollo de la guerra contra los devastanos. ¿Qué clase

de caprichos provocan estos giros, Edrych? ¿Por qué sois tú y tus dioses tan difícilmente comprensibles? Puede que ni tú lo sepas; al fin y al cabo, eres solo un enviado, ¿no?

Estoy sentado al borde de su lecho con la ropa en la mano pero Elonia no me permite vestirme aún y dado que todavía no me ha dado la información que necesito, más me vale mostrarme diligente.

—¿Para qué buscáis la academia de Ymparta? —me pregunta, mientras tira mi ropa al suelo y se sienta sobre mi regazo—. Todo el mundo sabe que a las academias elementalistas solo llegan críos. Y tú... no eres un crío, precisamente —añade, mientras me pasea el dedo por el pecho.

—Alguien me envía allí. Dicen de ella que es la mejor academia elementalista y necesito ver a Candace, uno de sus instructores.

—Candace... —murmura ella, pensativa.

—¿Lo conoces?

Se pone en pie y tras colocarse el sujetador, me da la espalda para que se lo abroche. Lo hago.

—No te dejarán entrar en Ymparta —me dice ella.

—¿Por qué no?

Se voltea de nuevo y acaricia mi brazo con su mano. Llevo el guante puesto, pues no me lo he quitado en ningún momento.

—Por esto —murmura—. No pondrán en peligro a sus brillantes alumnos.

Me sorprende que sepa a qué se debe el hecho de que lleve el brazo cubierto. Y me sorprende también la conocida fama de las academias cuando a los alumnos que viven en ellas nos venden siempre la idea de que todos somos iguales.

—¿Quién te envía? —me pregunta después.

—Rubik, un druida.

—¿Un druida?

—Aún queda alguno, aunque parezca incierto. De hecho, dicen de él que es el último.

—Ya... Tal y como te dije, te llevaré hasta alguien que puede hablarte del paradero de Ymparta. No creo que te dejen entrar pero lo prometido es deuda. Vamos, vístete.

Me tira la ropa a la cara y ahora sí, empieza a vestirme.

—¿El tabernero es tu marido? —le pregunto.

Ella sonrío.

—No. Trabajo en la taberna porque, como ya le dije a tu amigo, es un

lugar de paso de muchos elementalistas.

—¿Y qué tienes tú que ver con ellos?

—Me gustan los elementalistas —zanja, mientras se marcha.

Cuando regreso, Axan está sentado en la escalera a pesar del frío que hace en la calle y de los copos que están empezando a desprenderse de las blancas nubes. Me acerco y ni siquiera alza la cabeza ni me mira cuando me agacho a su lado.

—¿Cómo ha ido? —me pregunta.

—Nos llevará hasta ese hombre. Y él puede hablarnos de Ymparta.

—¿Ahora sí la crees? —me pregunta, alzando la mirada del suelo.

—No le dije nada en ningún momento pero sabe que hay algo de devastano en mí. No sé exactamente si pueda tratarse de una bruja o qué pero sabe cosas, Axan. Y nosotros estamos bastante perdidos.

Me pongo en pie y le tiendo la mano, una ayuda que acepta con indolencia para levantarse de mala gana. Tiro de su mano cuando ya ha dado un paso.

—¿Qué ocurre?

Me abraza y con su rostro pegado a mi pecho, percibo un suspiro prolongado y profundo. Le aparto el pelo hacia atrás.

—¿Te encuentras bien?

Alza la mirada y sonrío con amargura.

—Sí.

—No ha significado nada, Axan. Igual que para ti. Tal y como ella misma dijo, nada de lo que ha ocurrido entre esas cuatro paredes cambia lo que hay entre tú y yo.

—Ya lo sé, Nazam. Pero no puedo quitarme de la cabeza algo... Primero atacaron Lonoa; después, Dogma. Según dices, los instructores y el propio Rubik pensaban que era por ti, ¿no? ¿Qué quieren los devastanos de ti?

—No lo sé.

Me tranquiliza saber que no está celoso y supongo que era absurdo pensar que alguien como él pudiera estarlo. Pero me inquieta tanto como a él la cuestión que acaba de plantearme.

3 Delatado

Cuando entramos de regreso a los complejos, Zach aparece, caminando despacio. Tiene la cara golpeada, un par de moretones y un labio partido pero me resulta sorprendente lo entero que le veo. Lo han golpeado y quién sabe cuántas barbaridades más le hayan hecho pero se acerca con un amago de sonrisa en la boca y en un claro contraste con el resto de torturados, aquellos que, como él, tampoco se han atrevido hoy a afrontar la prueba.

Intercambio una elocuente mirada con Axel y Lukas que, a buen seguro han de estar pensando lo mismo que yo.

Como digo, él no es el único que ha permanecido aquí y, poco a poco, los torturados —tres más— se funden con los recién llegados. Solo en este momento reparo en la poca gente que queda ya. Hay multitud de camastros vacíos y otros tantos que son desvalijados por los supervivientes, buscando una manta más o una almohada más mullida.

Mientras Axel y Lukas caminan hasta su camastro, Brianna y yo permanecemos inmóviles, esperando a que Zach se acerque y la abrace. Me veo obligado a soportar estoicamente la escena, ya que sigo ligado a ella con la cadena.

—Lo siento —le susurra él—. Te quiero.

Me llevo la mano que me queda libre a la frente. En este momento, el término 'incomodidad' se queda bastante corto para lo que siento.

Por suerte, Bri no prolonga el abrazo demasiado tiempo; a decir verdad, ni siquiera le ha correspondido, y en cambio, se aparta, evitando a Zach y arrastrándome a mí. Camina con determinación hacia el patio posterior y una vez allí, seguimos avanzando en silencio hasta llegar a la alberca de forma cuadrada que hay en el centro. Es evidente que el agua no está muy limpia pero dado el aspecto que presentamos, supongo que cualquier cosa es buena para deshacerse de la sangre seca y el barro.

Brianna mete los pies y me mira al comprobar que me he detenido.

—¿Te importa meterte? —exclama—. Necesito los dos brazos.

Suspiro y entro también en el agua congelada para facilitar su tarea de

higiene vespertina. El nivel es escaso en este lado y apenas nos llega por las rodillas. Ella toma una de las raídas esponjas con las que ha de haberse lavado medio complejo y, después de sumergirla en el agua, la coloca sobre su cuello, estrujándola. El agua resbala sobre su piel, perdiéndose a través de su camisa sucia y rota, calándola por completo. Cuando abre los ojos, me sorprende mirándola como un imbécil, así que aparto la vista y hundo mis manos en el agua helada, mojándome después la cara. Ella también se agacha y se lava las manos.

—¿No están las cosas bien con él? —me atrevo a preguntarle al fin.

—¿Cómo iban a estarlo? —responde ella, mientras se frota los brazos.

—No sé... Siempre ha parecido que las cosas iban bien entre... Bri, ¿qué pasa?

Cierra los ojos y empieza a sollozar. Me coloco a su lado y le aparto el pelo que le cae sobre el rostro. Ella me abraza y estalla en llanto.

—No consigo quitarme de la cabeza la imagen de lo que sucedió anoche —confiesa con la cara pegada a mi hombro—. La herida de aquella bestia...

Se aparta un poco y sigue lavándose; ahora la cara, momento que está aprovechando para enjugarse las lágrimas. Brianna siempre ha odiado llorar frente a alguien.

—No es la primera vez que me ves herido —le digo, aún sorprendido por su repentino derrumbamiento. Supongo que tras la adrenalina contenida antes y expulsada durante la prueba, la caída era algo inevitable.

—Nunca así, Blaze —responde ella—. Gritar de ese modo... Si hubieras muerto, te juro que no me lo hubiese perdonado jamás.

—Bri, estoy bien, ¿de acuerdo? Ya conoces los métodos de Axel; no es el *sumun* de la sutileza y aquello resultó un poco doloroso pero ya está y es absurdo que sigas dándole vueltas.

Me abraza de nuevo y suspiro. No es difícil darse cuenta de la presión a la que ha estado sometida de un tiempo a esta parte: su novio apremiándola a alejarse de sus amigos; sus amigos apremiándola a dejar su novio; la jodida Fratrís y su propia testarudez al inscribirse en ella; de nuevo su chico, tras sus pasos y a nosotros, salvándole el pellejo por petición de ella misma cuando sabe que ni él nos soporta a nosotros ni nosotros lo soportamos a él. Por el cielo, solo ahora me doy cuenta de lo egoístas que todos hemos sido con ella y de lo poco que nos hemos molestado en hacerle las cosas fáciles. Brianna nunca ha hecho alarde de una gran paciencia pero esta vez nos ha regalado de ella a manos llenas y no hemos sabido verlo.

Le salpico en la cara cuando se aparta y ella sonríe con pocas ganas.

—No busques problemas, Saukard y mejor l vate. Apeestas.

Me río. Esa chica es algo más parecido a mi Brianna.

Me da un tirón de la camisa y la ropa est  tan desgastada que la desgarrar, algo que no tendría mayor importancia de no ser por el modo en el que me mira.

«Corta, Saukard, no est  mirando tu apetecible torso.  Verdad?»

Puede que no pero lo cierto es que se incorpora azorada y con las mejillas rojas, algo que atribuyo al hecho de que el agua está congelada.

—Deberíamos buscar el modo de quitarte el grillete del cuello, Blaze — insiste, como ya hizo antes con este mismo asunto.

Me da la espalda y yo hundo mi cara en mi propia mano. Tiene toda la ropa pegada al cuerpo y me siento como un depravado mirándola.  Cielos! Ella se ruboriza, yo me ruborizo; ella mira para otro lado y yo hago lo mismo.  Esta es, acaso, otra prueba devastadora? Porque es, con diferencia, mi peor momento de la mañana. Pero no, no es una prueba devastadora. Es la jodida consecuencia de haberme colado por ella y de habérselo confesado.

— Eh, t !  Qu  est s mirando?

La voz de Axel hace que me ponga en pie de golpe y llegue a trastabillarme.

—No estaba mirando nada. Si la tengo delante es normal que...

Y ahora reparo en que el particular hermano mayor de Brianna est  reclamándole a un hombre que se lava en el otro extremo de la cerca, a escasos metros y que se est  comiendo a Bri con la mirada. Lukas me observa a mí, aguant ndose la risa mientras que en la expresión de ella prefiero no tratar de descifrar nada.

El desconocido sale corriendo.

—Vamos, largo —continúa Axel, acercándose al tipo y arrastrando a Lukas con la cadena—. Si no quieres que te arranque la cabeza, es mejor que trates de no cruzarte otra vez conmigo,  me oyes?  No has oído hablar del respeto? Cuando hay una dama delante...

—Corta ya,  quieres? —exclama Lukas molesto—. Pareces el sacerdote de los complejos devastadores.  Vas a darnos ya la *extrema unción*?

—Vete a la mierda.

Axel se quita la capa que lleva y se la tiende a Brianna por encima.

— Qu  est s haciendo? —brama ella—. Me estoy lavando.

—Bri, no seas ridícula. El agua est  más sucia que t  y aquí es absurdo

hablar de limpieza. Lo único que estás haciendo es las delicias de estos depravados.

—¿Qué depravados? —pregunto yo.

Axel la ayuda a salir y yo salgo tras de ella, como el peculiar eslabón en el que me he convertido, evitando, eso sí la mirada de mi amigo. ¿Por qué me doy por aludido?

—¿Qué problema tienes con que me miren?

—¿Cómo? ¿Estás hablando en serio? —pregunta Axel, absorto.

—No soy ningún *muchachote* que pueda andar por ahí sin despertar el interés de un hombre, Axel.

Nos quedamos los tres en silencio. Lukas y Axel cruzan miradas que yo evito, manteniendo mis ojos clavados en el suelo. Ya he tenido esta conversación con Bri y sé lo que piensa al respecto. Supongo que para una chica que ha crecido sintiéndose como un chico, llegar a un momento en el que despierta el interés de los hombres y sentirse halagada por ello no es algo recriminable aunque tampoco significa que no vaya a romperles la cara si se atreven a acercarse o incluso a decirle algo.

—Ahm... —El balbuceo sin sentido es de Axel. No sabe qué decir—. Ya sé que no eres ningún chico y... es evidente... y... claro que despiertas el interés de los hombres pero...

—Pero el hermano Axel no puede admitir semejante acto demoníaco —concluye Lukas.

—¿Lo sabes? —pregunta Bri, con curiosidad, ignorando a Lukas y centrándose en el pobre Axel, que se pone rojo como un tomate.

—Todos nos hemos dado cuenta de que ya no eres una cría con coletas, Bri, sino una chica preciosa.

«¿Eso lo he dicho yo? Sí, eso parece».

Brianna me mira y sonrío.

—¿En serio?

Asiento.

—Claro que sí. No hay más que mirarte.

—Sí, estás...

—Lukas —exclama Axel.

—¿Estoy qué? —insiste Bri.

La miro atónito. No creí que realmente pudiera estar tan preocupada por la forma en la que la vemos.

—Bueno, digamos que hace mucho tiempo que no te miro a los ojos

cuando hablamos.

Lukas y su labia. Al menos esta vez ha logrado que Brianna se ría y con ella, Axel y yo. Ella se abalanza sobre él, arrastrándome y le revuelve el pelo.

—Te lo advierto, chica, no soy de piedra —le responde Lukas, sonriendo. La deja de nuevo en el suelo y la empuja levemente, apartándola.

—Chicos... —murmura Axel.

En ese momento nos damos cuenta de que Zach nos observa a lo lejos. Percibo la incomodidad en Brianna y la siento como propia. Lukas alza la mano y lo saluda pero Axel se la baja de un golpe.

—¿Qué pasa? Sois unos antipáticos y unos maleducados.

—Lukas... —murmura Brianna.

—Tu chico está muy bien para haber sido torturado, ¿no?

Los tres clavamos en Lukas la mirada. No dice nada que no hayamos pensado todos pero supongo que es tan ilógico que habíamos preferido ignorarlo.

—Puede que se haya puesto a suplicar y llorar. —intervengo—. Y hasta los devastanos se habrán apiadado de él.

Bri me mira pero a diferencia de lo que había sucedido otras veces, cuando yo mismo o los chicos hemos hablado mal de su novio, no hay ira en ellos. Supongo que entiende que, después de haber estado a punto de morir dos veces por salvarlo a él, lo mínimo a lo que tengo derecho es a estar enfadado.

—Las torturas no dejan siempre heridas físicas... —trata de justificar ella.

—No, pero sí emocionales —vuelve a decir Lukas— y tu novio no es precisamente el ejemplo de una mentalidad fuerte.

—Vale, ¿y qué insinúas? —espeta Bri.

—No lo sé pero es muy raro.

La hora de irse a dormir no es mucho más sencilla que la de la particular ducha. Hemos intentado deshacernos de las cadenas que nos atan pero no conseguimos y el hecho de que Lukas y Axel vayan a tener que dormir juntos es tan cómico como extraño que Brianna y yo nos vayamos a ver obligados a lo mismo. Por un lado no puedo negar que me agrada saber que la tendré a mi lado, a escasos centímetros, como ha sucedido tantas otras veces sin que ninguno de los dos le concediésemos la menor importancia. Por otro, siento

como si tuviera que medir y justificar el más nimio gesto con ella, como si con cada uno de ellos, Brianna pudiera pensar que trato de aprovecharme o de buscar algo más.

Observo a otros hombres y mujeres, supervivientes también que caminan de un lado a otro, muchos de ellos con la cadena colgando de su mano; su compañero o compañera ya no está y para librarse del peso muerto —nunca mejor dicho—, han tenido que cortarles el brazo y lanzarlo por ahí, como si fuera comida para los cerberos. Sus cuerpos han sido enterrados en la fosa que tenemos tras la maleza, en el pasto posterior. El tufo llega ya hasta aquí.

Mientras escruto el entorno topo con el frío rostro de un devastano que me mira desde le fondo de la sala. Sé que no me han quitado el ojo de encima desde que llegué; no han podido corroborar que fuese quien incendió la plaza pero estoy seguro de que sospechan y aunque intento pasar inadvertido y no destacar en las pruebas, no estoy seguro de conseguirlo. No son idiotas.

—Brianna... —Hablando de idiotas. Zach está aquí—. Venía a buscarte para irnos a dormir. Quisiera hablar contigo, mi amor.

Lukas, que está en el camastro de enfrente, junto a Axel, hace algo extraño con la boca, una especie de ¿pedorreta? Y una carcajada. Zach lo ignora a conciencia y yo me mantengo sentado sobre mi camastro, mirándolo fijamente. Estoy harto de buscar una estúpida forma de concederles intimidad. Estoy atado a Brianna, de modo que no puedo dársela. Y no creas que me encanta asistir a cada uno de sus encuentros.

Brianna alza el brazo y le muestra la cadena que nos une.

—Voy a dormir aquí —le dice con sequedad.

—¿Aquí? ¿Con él?

—Estamos atados, Zach. Si hubieras hecho la jodida prueba, tal vez al otro lado de esto estarías tú.

Mantengo la serenidad a pesar del golpe bajo. Me ha escogido a mí porque él no quiso hacer la prueba. Una segunda opción por detrás de Zach, *El Lechugas*. Por todos los dioses, Edrych, llévame ya.

—Solo es un grillete —replica él. Se arrodilla sobre el camastro, sujeta la mano de Brianna y trata de deslizarla a través de la esposa.

—Zach, suéltame. No sale. ¿Crees que no lo hemos intentado?

Pero él hace oído sordos y continúa tirando de la mano de ella.

—Me haces daño.

—Tiene que salir de algún modo...

—¡Me estás haciendo daño!

—Suéltala.

Lo empujo, haciéndolo caer de espaldas. Zach se pone en pie como un resorte y me agarra de la pechera, estampándome contra la pared y arrastrando a Brianna. Lukas y Axel saltan inmediatamente y, mientras Axel se limita a empujarlo para quitármelo de encima, Lukas le asesta un puñetazo que lo tumba.

—¡Lukas! —exclama Brianna. Hace ademán de avanzar pero yo me mantengo con la espalda pegada a la pared, reteniéndola de algún modo con el grillete y supongo que mi mirada le deja claro que no voy a seguir arrastrándome tras los pasos de Zach. Doy un tirón de la cadena y acerco a Brianna, cuyo pecho topa con el mío y cuyo rostro se queda escasos centímetros del mío, tensa y notablemente nerviosa. Recula un pasito, ganando espacio. Observo el lado del pasillo desde el que antes apareció el devastano y al comprobar que no hay nadie, extendo la mano de forma discreta y prendo un fuego que Axel apaga, dándome un manotazo.

—¿Qué cojones estás haciendo? —me recrimina.

Lukas está a su lado, mientras Zach sigue medio inconsciente en el suelo. Algunos curiosos nos miran.

—No puedes prender un jodido fuego aquí —añade Lukas—. Si te ven hacer cosas raras te matarán.

—Entonces cubridme.

—¿Para qué quieres...? —empieza a preguntar Axel.

—Puedo fundir el hierro y que se largue a dormir con su novio.

Brianna me mira con la boca abierta pero cuando me dispongo a generar la llama de nuevo, coloca su mano sobre la mía, impidiéndolo.

Lukas y Axel se apartan cuando Zach se incorpora y Brianna se vuelve, mirándolo.

—Voy a dormir con Blaze —anuncia con determinación—. Es, junto a Axel y Lukas mi mejor amigo y me importa una mierda lo que tú digas.

Zach no dice nada y se marcha renqueando pasillo a través.

Brianna se sienta en el camastro y me mira, como aguardando a que yo lo haga también. Y lo hago. Nos tapamos con la fina manta y ella se recuesta, dándome la espalda y sin decir nada más. Segundos después, me tumbo boca arriba y escucho, sonriente la disputa entre Axel y Lukas por la manta.

—Las manos quietas, Saukard —concluye el primero de ellos.

Miro de reojo a Brianna y respiro aliviado al comprobar que no se mueve; es improbable que no lo haya oído pero cuanto menos, no le ha dado

importancia.

Estoy agotado, pese a lo cual dormir me resulta imposible. Solo faltan dos pruebas para determinar a las ocho almas —como máximo— que llegarán hasta el valle de Talka para cruzar el Yndoria y por momentos, tengo que pellizcarme para comprobar que aún estoy vivo y que estoy a apenas dos pasos de conseguirlo. O quizás a alguno más: cruzar el puente tampoco será tarea sencilla. A buen ritmo y sin problemas, cosa que queda descartada en la Fratrís necesitaría dos días con sus dos noches para alcanzar las Alboradas del Norte. Me inquieta pensar en qué pueden estar preparando los devastanos para el momento de cruce, pues la caída del Yndoria no permite muchos recursos para superar escollos. A este lado ni siquiera sabemos si alguien lo ha conseguido alguna vez; hasta ahora los ganadores de la Fratrís —si es que alguien puede considerar que lo es— se marchan a la conclusión de esta y, si logran o no pasar, ya es un misterio que acrecienta la leyenda del puente. Se dice de él que lo construyeron los dioses o los titanes. Lo cierto es que cada cuento o viejo libro le atribuye la obra a distintos seres y lo único que está claro, sea como fuere, es que es una construcción magnífica e irrepetible; única en Asthais. Pero no quiero confiarme, pues como digo aún restan dos pruebas más y estoy especialmente inquieto; serán las últimas y temo que esos hijos de puta puedan preparar algo grande.

Otro de los pensamientos que castigan mi mente es el hecho de haber de llegar hasta Zundrak sin permitir que también me lleven a Ymparta. También. Porque por alocado que pueda parecer, en mi cabeza se ha instalado la posibilidad de que esa otra persona que, según Druksen no debería estar allí, sea mi hermano Liam. Él es un diluviano, igual que yo y aunque no hay absolutamente ninguna razón por la que deba pensar que es él, la necesidad y la desesperación por volver a verlo me traicionan. No consigo ver a Druksen a solas ni tampoco a Kaleria. Dueños de una cautela exasperante, evitan el contacto conmigo en todo momento y aunque hablaron de mi hermano asegurando no saber si vive o no, tampoco espero que esa misma cautela les llevase a otra respuesta en caso de que la presencia a la que aludieron en Ymparta pueda ser la de él; puede que tampoco sepan que es mi hermano. No quieren que yo vaya allí y aunque ignoro el porqué, tampoco querrían que él estuviera allí, si estamos en la misma situación, si somos lo mismo.

Y por último, tampoco puedo dejar de pensar en lo que hablamos los muchachos... la chica y yo. Zach. Puede parecer una estupidez e incluso una nimiedad en medio de todo en lo que estamos metidos pero no consigo

entender por qué los devastanos no le han puesto, apenas, una mano encima. Por supuesto no se ha debido a la piedad que los malditos hijos de la devastación le han profesado al cobarde de Zach; una cobardía que topa de frente con el hecho de haberse alistado en la Fratrís. ¿Por amor a Bri? Por amor a Bri no se sale corriendo de la plaza cuando ves que van a ahorcarla; por amor a Bri no te quitas del medio de una prueba... coincidiendo con el momento en el que los amigos de tu chica te retiran la protección que te han estado dispensando hasta ahora. Reparar de pronto en eso me arrastra a una maraña de pensamientos pero entonces... Observo a Brianna cuando se da media vuelta, abrazada en sí misma y aún despierta.

—¿Estás bien? —le susurro.

—Estoy helada —responde ella, en idéntico tono.

Valoro qué hacer y por momentos te juro que me siento como un imbécil. Cada vez que tengo que actuar con ella, me veo obligado a pensar qué habría hecho antes de que este caos entre Bri y yo estallase. Sin lugar a dudas, en estas circunstancias que no significarían nada para nosotros, haría lo que voy a hacer ahora:

—Ven aquí.

Extiendo el brazo y ella me mira. No sé qué ha de estar pensando.

—No voy a hacerte nada.

Casi me siento ridículo excusándome de tal manera.

—Ya sé que no vas a hacerme nada, Blaze, no seas idiota.

Se acerca a mí y pega su cuerpo al mío, recostando su cabeza sobre mi hombro y colocando su mano sobre mi abdomen, abrazándome. La cubro con la manta y trato de infundirle un calor que yo mismo no siento.

—¿Por qué estás despierto? —me pregunta ella.

—No lo sé. Supongo que las dos últimas pruebas me inquietan.

—Hemos superado ya muchas. Podremos con ellas.

Alza la mirada sin levantar la cabeza y me dedica una sonrisa que me tumbaría de espaldas si no estuviera ya acostado. Asiento y cierro los ojos.

«Duérmete, Blaze».

Sin embargo, doy un respingo cuando percibo que Bri está metiendo la mano por debajo de mi camisa. Y puedo asegurarte que el hecho de que la tenga tan helada como el grillete que también me roza la piel es lo de menos. Abro los ojos pero no me muevo.

«Brillante, Blaze. Si le haces creer que eres el palo de una escoba, dejará de ponerte a prueba porque a buen seguro es lo que está haciendo. Aguanta».

Pero no, no deja de hacerlo. Mientras la mano que está ligada a la mía con la cadena aferra con fuerza mi camisa —o lo que queda de ella—, la otra me acaricia la cara y cuando la miro sus labios buscan mi boca. Me besa. Te juro que quiero apartarme pero no puedo. Sujeto su rostro con una mano y mis labios se deslizan sobre los suyos, mi lengua embiste la suya como aquella noche en la que todo empezó. Y hoy no hay dudas ni preguntas; las dos saben perfectamente lo que tienen que hacer. Siento su respiración contra mi cara cuando deja de besarme sin apartarse prácticamente, y yo trato de que no se me escape ni un solo soplo de su aire, recuperando sus labios contra los míos. La sujeto de la nuca, empujándola más hacia mí, acercándola más y sintiendo cómo sus manos se deslizan por mis costados, hacia mi espalda, generándome escalofríos. Me echa una pierna por encima, enredándome en su cuerpo y me detengo un instante con la respiración disparada y el corazón a punto de salirse por la boca. No sé por qué está pasando esto pero siento que si hablo voy a meter la pasta hasta el fondo.

—Mi hermana tenía razón —me susurra. La miro, incapaz de pronunciar palabra—. Besarte comportaba peligros... El despertar de viejos sentimientos... que han despertado.

—Déjalo —le susurro.

Ella me mira, tan alterada como confusa, enredando mi pelo entre sus dedos, sin comprender a qué me refiero.

—A Zach —le aclaro—. Déjalo.

Le acaricio el rostro mientras le aparto el cabello hacia atrás. No puedo dejar de mirarla.

—Blaze, mira dónde estamos —me responde al fin.

—Sé dónde estamos.

—Me ha seguido hasta los complejos devastanos y se ha inscrito en la Fratrís.

—Pero...

—No es alguien valiente ni temerario, como tú o los muchachos. Pero me quiere y está aquí por mí.

Aparto mis manos de ella y vuelvo a fijar la mirada en el techo, incapaz de guardarme un suspiro, mezcla exasperación y resignación a partes iguales. Brianna yergue la cabeza, me da un beso en el pecho y se apoya sobre su codo.

—Puedo decirle que ha hecho todas esas locuras por la persona a la que ama, por la que también lo ama a él —continúa diciendo—. Pero no puedo

decirle que lo ha hecho por alguien a quien quiere... y que sin embargo se está enamorando de su mejor amigo. Puede que siempre lo haya querido.

La miro ante tan inesperada confesión. Brianna se sienta sobre el camastro y yo la imito.

—¿Qué?

Suspira y se lleva las manos a la cara.

—La primera vez que nos besamos, cuando te pedí que me enseñases... sentí algo increíble. Y pensé que con Zach multiplicaría esas sensaciones. Pero me equivoqué. Con él no sentí nada. Y... pensé o quise pensar que solo era un beso, que tal vez no tenía por qué transmitirme nada y que contigo había sido solo consecuencia de los nervios; era la primera vez. Pero más allá de que soy incapaz de quitarme de la cabeza lo que me dijiste el día que llegamos aquí... hoy vuelvo a besarte y el mundo se mueve bajo mis pies cada vez que lo hago. No son los nervios ni es la primera vez. Eres tú, Blaze.

Me muerdo el labio inferior, sonriendo y vuelvo a besarla. Ella me sujeta de la cara y también sonrío.

—Blaze, ¿me has oído? —me pregunta entonces—. No puedo... no puedo dejarlo y decirle que ha entrado aquí por nada.

—Pero si no lo quieres, no puedes seguir con él. No aguantaré ver cómo te besa si sé que me quieres a mí.

—Blaze...

Sujeta mi rostro entre sus manos y me mira de una forma nueva, una forma que me encanta porque siendo que no dista mucho de la manera en la que yo debo mirarla a ella.

—Bri...

—Si salimos de aquí con vida, lo dejaré. Pero aquí no puedo hacerlo. Me sentiría como una completa basura.

Aparto la mirada.

—¿Lo entiendes? —insiste ella.

Asiento.

—Sí —murmuro.

Vuelvo a tumbarme y Brianna lo hace a mi lado, abrazándome.

Por la mañana, despierto solo en el camastro. Brianna no está conmigo y me doy cuenta de que el grillete está tirado a mi lado. Otra cadena cae frente

a mí y me topo con la figura de Axel, soltando su particular ligadura con Lukas.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

—No lo sé. Supongo que se caen solos transcurrido un rato tras la última prueba. ¿Cómo has dormido?

Sonrío mientras me levanto.

—¿Lo que intentas averiguar es si he mancillado el honor de Bri?

Axel me mira totalmente serio y yo trago saliva. No ha ocurrido nada entre ella y yo; es decir, nada más allá. Pero no estoy seguro de que deba confesarle lo que sí ha sucedido.

—No ha pasado nada, Axel. Dormimos y punto.

—¿Nada de nada? —insiste él.

Me vuelvo y observo a Bri y Zach acercándose. Aunque la expresión de ella habla por sí sola, él mantiene su mano sujeta a la cintura de Brianna, como si fueran una pareja feliz paseando por cualquier plaza de Targon.

—¿Crees que si hubiera pasado algo estarían los dos así?

Me siento como una basura mintiéndole a Axel pero Bri no quiere cambiar las cosas mientras estemos aquí dentro, de modo que es mejor que todos piensen que la situación sigue igual. Además, lejos de la euforia que sentí fugazmente la noche anterior mientras ella me confesaba que sus sentimientos son los mismos que los míos, ahora estoy completamente hundido. No sé si fue una ilusión, una mentira o es solo el transcurso en ese camino de paciencia que Brianna me apremió a seguir pero lo cierto es que verlos juntos me deprime más de lo habitual.

Recojo las dagas y la espada y desaparezco, caminando en dirección opuesta. Llego a captar la reacción de Brianna pero si yo tengo que entenderla a ella, supongo que también ella tiene que entenderme a mí. Ni me apetece ver la estampa ni me apetece comerme un bajón a escasos minutos del inicio de la prueba. Necesito estar sereno y concentrado. Llego al patio principal y el aire es tan espeso y difícil de respirar como dentro. Hombres y mujeres, supervivientes en definitiva, se preparan por igual para la penúltima prueba.

Mientras me coloco la daga en el cinturón, una mano me sujeta de la muñeca y tira de mí, arrastrándome lejos, hasta el otro extremo del lugar. Kaleria.

—¿Qué ocurre? —pregunto, inquieto.

Ni ella ni Druksen se han acercado a mí prácticamente en ningún

momento desde que llegamos a los complejos. Me lo advirtieron antes y por eso me impacta el arrebató de la elementalista.

—Mantente alejado de tu amiguito —me advierte.

Por encima de su hombro, compruebo que Lukas y Axel me están mirando, aunque no parecen preocupados.

—¿De quién me estás hablando? —le pregunto a Kaleria, fijando de nuevo mi atención en ella.

—Del tal Zach.

—¿Qué ocurre con él?

—Anoche hablaba con un devastano.

Aún necesito unos segundos para reaccionar. ¿Es posible que Zach sea capaz de hablar con un devastano sin morir de miedo?

—Eso no tiene sentido.

—No sé si tiene o no tiene sentido pero cuídate de él. No me gusta. Has estado a punto de morir dos veces por salvarle el pellejo y si tiene algo que compartir con los devastanos, en lo que a mí respecta, tienes motivos más que suficientes para mantenerte lejos de él. ¿Me oyes?

Brianna sale en ese momento, junto a Zach, que aparentemente hoy sí nos honrará con su presencia en la prueba. Ella se detiene y me mira hasta que un devastano pasa por detrás, empujándola ligeramente y apartando su atención de mí.

Cuando me doy cuenta, Kaleria se marcha, mientras que Lukas y Axel se acercan.

—Blaze —me llama este último—. ¿Qué pasa?

—Lo del amigo Zach —respondo—. Huele cada vez peor.

—¿A qué te refieres? —me pregunta Lukas.

—¿Qué puede tener que tratar nuestro valiente amigo con un devastano?

Axel y Lukas cruzan una confusa mirada.

—En cualquier caso, ya lo sabéis —añado—. Olvidaos de él durante la prueba y velad solo por vosotros mismos. Estamos a dos pasos, chicos.

Asienten y unimos nuestras manos en un improvisado corro donde faltan dedos. Hoy tampoco estarán.

La llegada al coliseo es ya una tensa rutina que discurre cada día de un modo similar y, a la vez, diferente. Inexplicablemente para mí, en las gradas

sigue habiendo gente, tágaros interesados en saber cómo se desarrollan aquí las cosas, quién vive y quién muere. Aunque el grupo de participantes se ha reducido de manera considerable, el número en las gradas se mantiene inalterable, lo cual concede una buena muestra de que no son los familiares de los participantes los que vienen a atestiguar la suerte de los suyos, sino los enfermos sedientos de morbo los que curiosean por probar nuestra capacidad, como si fuesen devastanos.

Observo a Urian sentado en su habitual sitio. Cuando sus ojos se fijan en los míos, apenas logro sostenerle la mirada unos pocos segundos; algo en ella resulta demoledor, como si de alguna silenciosa forma pudiera transmitirte la más absoluta desesperanza. Quedamos 26 participantes y aunque somos muchos menos que el día que empezamos, el hecho de que Urian se fije en mí, me genera una inquietud que no tardo en multiplicar. Tengo la sensación de que hoy algo es diferente.

Busco a Brianna con la vista y la encuentro junto a Zach; él le sostiene la mano. Ella no. Axel y Lukas están a mi lado, mientras que Druksen y Kaleria permanecen alejados el uno del otro, como si no tuvieran ningún tipo de relación o trato. También se mantienen alejados de mí. Pero las palabras de ella se unen a las de la conversación que los muchachos y yo mantuvimos anoche acerca de la extraña fortuna de Zach para salir indemne de una supuesta tortura devastana. Hoy Kaleria me asegura haberlo visto hablar con uno de ellos. ¿Qué relación puede existir entre ambas cosas?

<Sin tiempo para pensar en ello, Blaze».

Un devastano —de los de verdad— camina con paso indolente hasta situarse frente a los 26 participantes.

—Lucha cuerpo a cuerpo —dice únicamente, desde una voz vacía y exenta de timbre—. Manteneos con vida hasta el final. De aquí solo saldrán 15. Las batallas no se detendrán hasta entonces.

Axel, Lukas y yo nos miramos, sonriendo. Lo cierto es que al tratarse ya de una prueba avanzada di por sentado que las cosas se complicarían mucho más pero luchar a espada no supone ningún problema para nosotros, que estamos ya más que acostumbrados al manejo de las armas ante devastanos.

Serán convertidos, de eso no hay duda alguna, pues no se puede vencer a un devastano de verdad y, por tanto, no nos enfrentarán a ellos. Como ya sabes, Edrych, los convertidos son humanos o lo fueron y aunque durante nuestros altercados con ellos en Targon, tratamos de dejarlos con vida, convencidos de que su situación ha de poder ser reversible, hoy toca darles

muerte. La idea no me genera el mismo rechazo que habitualmente y empiezo a pensar que después de tantos días tomando parte en estas miserables pruebas, con la sangre de otros casi tatuada en la piel, ver perderse vidas jóvenes es algo a lo que estoy empezando a acostumbrarme. Eso me asusta, en parte. No quiero convertirme en un monstruo capaz de ver morir a alguien frente a mí y poder mirar hacia otro lado, hacia otro asunto, exhibiendo alarde de una completa indiferencia pero supongo que esa especie de coraza insensible me va a resultar hoy más que necesaria, de modo que ya habrá tiempo para recuperar esa parte de mí mismo que, en cierto modo, siempre ha supuesto una victoria contra los devastanos. Todo lo que no sea una vacía resignación atenta contra ellos y eso es motivo de celebración.

Los primeros convertidos aparecen en la arena y las espadas se declaran la enésima guerra. Mientras trazo movimientos en el aire que sesgan vidas sin nombre, me obligo a no pensar en que estos que están frente a mí, luchando por matarme, fueron niños a los que un día arrastraron del seno familiar para convertir en criaturas vacías y sin sentimientos. Pudimos haber sido Liam o yo. No tienen la culpa de nada pero yo tampoco y si algo puedo aportar a esta guerra, hoy me toca matarlos; como una macabra inversión.

Compruebo de forma veloz que todos aquellos que me importan están bien: Bri, Axel, Lukas, Kaleria y Druksen.

Todos luchan con gran destreza ante los devastanos que los asedian. A Zach lo veo cruzar su espada un par de veces mientras recula y trata de fundirse con la pelea sin llegar, realmente, a tomar parte en ella. De buen grado lo ayudaría a integrarse aquí. Pero es tan insignificante que prefiero ignorarlo.

La lucha se prolonga durante varios minutos más hasta que finalmente me doy cuenta de que todos los devastanos que tomaron parte en las contiendas yacen muertos en el suelo y no aparece ninguno más. Junto a ellos, algunos de los participantes. Quedamos solo 16 y dado que el máximo exigido era de 15 supervivientes, sobra uno. Sin embargo, el devastano que anunció la prueba permanece inmóvil, de brazos cruzados y sobre la misma arena en la que nos hallamos nosotros. Sospechoso. Esto no debería acabar aquí. Las normas dicen que 15 pasan a la última prueba. Somos 16. Pero no sé cuántos han reparado en ello. Más bien creo que el sepulcral silencio que se ha alzado a nuestro alrededor como un amenazante titán, sumado a la inoperancia de los devastanos, lleva a la mayoría a pensar que no hay más de 15 supervivientes.

Satisfechos por la nula dificultad de la prueba de hoy, la mayoría de los

participantes empieza a abandonar la arena en dirección al único acceso que existe para regresar a las mazmorras y, desde allí, emprender el rumbo hasta los complejos devastanos. Sin embargo, tal y como sospechaba, esto no ha acabado aquí. Al menos, no para mí. Solo llego a dar un paso antes de que unas afiladas lanzas emerjan desde la tierra a mi alrededor, conformando una amplia jaula circular. Es imposible abandonarla, pues las lanzas están demasiado juntas, de modo que mantengo la calma y sujeto la empuñadura de mi espada. Parece que el participante que sobra soy yo y no puedo más que sonreír.

Reparo en las expresiones de Alex y Lukas; preocupadas, igual que la de Brianna. Tampoco Kaleria ni Druksen se muestran más serenos. Pero si esto es una nueva oleada de más devastanos, estoy más que tranquilo porque ya he demostrado... Mis pensamientos se bloquean, igual que mis piernas, mis manos y mi mente cuando los veo aparecer: cinco convertidos más. Ninguno de ellos supera los diez años. Caminan con determinación hasta el lugar en el que yo permanezco encerrado y se deslizan de perfil hasta el interior de la jaula. Sus cuerpos menudos sí caben entre las lanzas que conforman mi prisión.

—¡Blaze! —me grita alguien. Reconozco la voz de Axel aunque ni siquiera lo miro—. No son solo niños; sino devastanos y si tú no los matas, ellos lo harán contigo.

—Axel tiene razón —añade Lukas—. Mueve la jodida espada y acaba con ellos.

Cierro los ojos, hastiado de forma repentina. Hace solo treinta segundos me sentía tranquilo; incluso feliz. Bien, a pesar de las circunstancias después de haber solventado los combates con los devastanos y haber comprobado que mis amigos también lo habían logrado. Sin embargo ahora, las circunstancias se precipitan sobre mí y comprendo que es parte del juego: cuando la euforia se dispara, la desazón es más marcada después. Sigo cayendo como un idiota en las trampas devastanas.

Me saca de mis ensoñaciones la voz de un hombre entre el público. Clama a voz en grito el nombre de su hijo, uno de los cinco muchachos que se apostan ahora mismo frente a mí, esperando una orden devastana para arrancarme las entrañas, si hace falta. Y de algún silencioso modo, han de haberla recibido: uno de ellos arranca a correr hacia mí, espada en mano y yo no acierto más que a apartarme y contener con mi hoja las múltiples estocadas que me lanza con una fuerza inusual en un crío de su edad y

compleción.

Mientras trato de esquivar al primero, un segundo chiquillo se lanza a por mí, llegando a golpearme. Estoy tan aturdido que ni siquiera acierto a evitar los golpes. Me generan cortes, pinchazos; me dan patadas y puñetazos. Pero no puedo devolverles nada. Son solo niños.

Axel y Lukas siguen gritándome pero ni siquiera soy capaz de descifrar lo que dicen. Mis oídos están completamente embotados, como el resto de mi cabeza. Siento como si todo mi cuerpo pesase una tonelada, como si mis ideas se hubieran convertido en algún tipo de masa viscosa que me impide pensar con claridad.

Caigo al suelo y cuando levanto la cabeza solo acierto a ver a uno de los dos niños alzando la espada y dispuesto a descargarla sobre mí, un gesto que me impacta y que solo evita la intervención de Druksen, atravesando al crío con su acero desde el otro lado de los barrotes. El pequeño cuerpo se desploma frente a mí y su expresión se torna en una mueca vacía. El otro niño me mira, inmóvil, más adelantado respecto de los otros tres que también permanecen estáticos.

Introduciendo el brazo entre los espacios que dejan entre sí las lanzas, Druksen me pone en pie y me sujeta de la pechera de mi camisa raída.

—Escucha, muchacho, si no espabilas estás muerto.

—Son niños... No voy a matar niños.

—Sí vas a matarlos, ¿me oyes? Porque si no lo haces, serán ellos quienes te maten a ti.

—Eh, tú. —El devastano que ejerció de maestro de ceremonias al principio de la prueba, se acerca con aire indolente, dirigiéndose a Druksen —. En este momento, la prueba se está centrando en él. No tenías derecho a intervenir.

El elementalista se limita a colocarse en guardia y en apenas unos pocos movimientos, el devastano lo ha ensartado en su espada. Lo deja caer al suelo y se aleja despacio, con la misma expresión vacía con la que se acercó. No puedo creerlo. Si realmente es un elementalista, ¿por qué no ha hecho uso de su poder? ¿Por qué no ha utilizado los elementos para luchar? ¿Cómo ha resultado tan sencillo vencerle? ¿Y si realmente no son quienes dicen ser? ¿Y si han engañado a Viglio o Viglio me ha engañado a mí?

Alzo la mirada y busco a Kaleria, que me la devuelve envuelta en ira. Sus ojos brillan y sé que me está culpando de la muerte de su compañero.

El grito del niño que me atacó de forma conjunta con el que ahora yace

muerto a mis pies, me saca de mis pensamientos y me devuelve a la realidad más cruel que recuerdo en mi vida. Pierdo la espada y me limito a tratar de contener con el brazo los increíbles golpes que me asesta; él y los demás críos, que se unen a lo que amenaza con ser toda una paliza. Los cortes se multiplican; las heridas, el dolor, que me sacude como un latigazo cada vez que arremeten contra mí sin que yo sea capaz de decidir qué hacer.

Los gritos del hombre de la grada se mezclan con los de Axel y Lukas, apremiándome mis amigos a matar al niño, mientras que su padre me amenaza con todo tipo de barbaridades si me atrevo a lastimar a su pequeño.

—¡Blaze!

El grito de Lukas despierta algo en mí. Consigo distinguirlo corriendo hasta aquí, espada en mano y al llegar, trata de introducirse inútilmente en la jaula. La distancia entre las lanzas que conforman los barrotes es demasiado estrecha pero él sigue intentándolo, lastimándose la piel, desgarrándose hasta quedar atrapado. Detecto la rabia y la impotencia en sus ojos.

—¡Lukas! —grita después Axel.

También él corre hacia aquí, seguido de cerca por Brianna y ambos tiran de Lukas, tratando de desencajar su cuerpo del hueco entre dos de los barrotes en los que ha quedado atrapado.

Uno de los chiquillos se olvida de mí y camina hacia él con decisión, despertando en mí un acto impulsivo. Le asesto un puñetazo a uno de los que aún me golpean; un empujón a dos más y corro tras los pasos del que va a por Lukas. Recojo mi espada del suelo y llego a deslizarme de rodillas sobre la tierra rugosa a tiempo de atravesar su cuerpo con mi hoja afilada y evitar así que él hiciera lo mismo con Lukas, pues ni Brianna ni Axel llegaban para tratar de impedirlo. Cuando mi acero se hunde en la carne, me veo obligado a soltar la empuñadura por un momento.

—Blaze —exclama de nuevo Lukas.

Siento tal asco hacia mí mismo que necesito de unos segundos para reaccionar, recuperar la espada del cuerpo inerte de aquel niño y cruzarla con otro de ellos. Los dos que me quité de encima ya me observan como un depredador a su presa. Los gritos del graderío se intensifican porque estoy peleando —ahora sí— contra su hijo; o el que un día lo fue.

Y de pronto, una ira ciega se prende en mí; no hacia los niños que tratan de matarme ni hacia el público que se regocija al verlo. Tampoco hacia mí mismo, que arranco sus vidas como si fueran un puñado de hierba molesta. Ira hacia los devastanos por provocar este tipo de vivencias que nos

marcarán para siempre. Ira por haber mancillado una tierra que los dioses les encomendaron proteger. Ira por convertirme en un puto asesino. Ira por arrebatarme de algún modo a mi hermano, mi vida. Todo.

Cuando el brote se derrumba en mí, amenaza con llegar lo peor: los cuerpos de los cinco niños yacen tendidos en la tierra y el silencio envuelve el coliseo como un fantasma espectral. Mi mano temblorosa deja caer la espada al suelo y yo me desplomo de rodillas, dándole la espalda a la estampa y con la frente apoyada sobre los barrotes. Brianna se agacha a mi lado desde fuera y trata de sujetarme la cara, de alzarme la mirada. En balde. Solloza e intenta abrazarme pero así es imposible. Lukas continúa atrapado entre dos barrotes y Axel apoya la frente entre otros dos, cerrando los ojos.

—No hacía falta que matases a los demás niños —interviene entonces la voz del devastano—. Al morir ese hombre ya quedabais los 15 establecidos —concluye, señalando a Druksen con la cabeza.

Cuando da media vuelta para alejarse, las lanzas vuelven a hundirse en la tierra de forma repentina, liberando a Lukas, que se lleva la mano al hombro, dolorido. Ahora sí, Brianna me abraza con fuerza, murmurando palabras que mi mente, muy perdida en la bruma de mi propia desgracia, es incapaz de procesar.

Lukas y Axel se agachan también y se unen al abrazo. También me espetan palabras que no escucho. Las únicas que soy capaz de distinguir son las del padre de aquel chiquillo que me llama asesino. Asesino. Asesino.

Estoy sentado en el camastro con el rostro hundido entre mis manos manchadas de sangre. La sangre de esos niños. Mantengo los ojos cerrados pero sé con certeza que la imagen de lo vivido hoy me perseguirá el resto de mi vida. Es parte de lo que buscan los devastanos: destrozarte mentalmente, convertirte en un despojo sin esperanza que pueda acabar surtiéndolos a ellos. Vivos y desesperanzados resultamos más útiles que muertos.

Aparto las manos cuando escucho unos pasos acercarse pero ni siquiera me inmuta comprobar que es Brianna. Se detiene momentáneamente y retoma el paso hasta aquí. Tengo la cara bañada en lágrimas y siempre he odiado que pudieran verme así pero hoy me da igual. Probablemente mañana me obligue al esfuerzo de levantarme y continuar, de no haber hecho de la muerte de esos

niños algo inútil. Pero hoy solo quiero derrumbarme y dejarme arrastrar.

Brianna se sienta a mi lado y mientras rodea mi cintura con sus brazos, coloca su barbilla sobre mi hombro, en silencio. Alzo la mirada al frente e inspiro con profundidad. Te juro, Edrych, que es como si aquí solo estuviera sentado mi cuerpo, y mi mente tratase de alejarse, flotando por este asqueroso lugar. Reacciono, al fin, cuando Brianna me besa en la mejilla; un gesto que me hubiera vuelto loco en cualquier otro momento y que ahora solo sirve para recordarme la cruel certeza de que estoy vivo, de que estoy aquí. Volteo ligeramente la cabeza y me encuentro con sus ojos azules; ese tono tan familiar contrasta con una expresión extraña en su mirada. No sé si tenga algo que ver lo sucedido la otra noche. Paso mi brazo por encima de su hombro y ella se abraza a mí con más fuerza, acurrucándose, refugiándose. Le doy un beso en la cabeza y me pierdo de nuevo en la maraña de pensamientos.

Ni siquiera soy muy consciente del momento en el que Brianna me empuja con delicadeza, tendiéndome sobre el camastro. Ella se mantiene aferrada a mi cintura y aún con mis ojos fijos en el sucio techo del complejo, percibo los suyos clavados en mí. Sus dedos me enjugan las lágrimas, que ahora se me resbalan por las sienes.

—Blaze —me susurra—. Di algo.

—¿Qué puedo decir? —le respondo con la voz quebrada.

—No eran simples niños —me dice ella, tras un largo silencio—. No puedes dejar que la culpa te coma. Eran ellos o tú. ¿Acaso querías estar muerto?

Sigo con la mirada perdida en la nada y ella me sujeta de la cara, obligándome a mirarla.

—Blaze...

—No lo sé. Por momentos, siento que quiero rendirme, Bri. No puedo más.

Vuelvo a sentarme y me encorvo hacia delante.

—No puedes rendirte. Cruzaremos juntos el Yndoria, Blaze, llegaremos hasta las Alboradas del Norte, nos uniremos a los elementalistas, con tu hermano y lucharemos con él por la libertad de Asthais. ¿Cuándo has dejado de hacer tuyo ese sueño?

—Lo entenderías si hubieras atravesado el abdomen de un crío de apenas seis años. Si este es el puto precio de la libertad, no la quiero. Druksen también ha muerto por mi culpa. Me quedé en blanco y de no ser por él...

Brianna tarda unos segundos en procesar mis palabras y lo entiendo. Son duras pero son todo lo que siento ahora. Cuando logra reaccionar, percibo su mano sobre mi abdomen y la otra, rodeándome el cuello. Su frente, apoyada en mi mejilla.

—Las cosas están muy recientes —me susurra—. Pero mañana lo verás de otro modo. Poco a poco, convertirás esa culpa absurda en razón: cuando la elección es tú o tu rival, la respuesta es clara. Dejarte asesinar no hubiera servido de nada, Blaze. Te necesitamos a este lado de la causa. Yo te necesito. Te necesito, Blaze.

Volteo la cara hacia ella y me besa. Odio no poder disfrutar de algo así pero no me creo en ese derecho. Cierro los ojos y le devuelvo el beso cuando busca mis labios de nuevo.

Nos volvemos rápidamente al detectar una presencia a nuestro lado. Ni siquiera nos hemos dado cuenta del momento en el que Zach se ha presentado allí. Suspiro y clavo la mirada al frente, de nuevo. Lo último que me apetece ahora es escuchar su retahíla de ofensas. Me sorprende que Brianna no se mueva pese a mantenerle la mirada. Y me sorprende aún más que no lo siga cuando él se marcha.

—Ve con él —murmuro.

Bri niega con la cabeza, me besa en la mejilla y me abraza de nuevo.

En ese momento, la repentina y ruidosa llegada de Kaleria interrumpe el momento y Brianna se yergue, apartándose de mí. La elementalista deja caer mis dagas al suelo, pues ni siquiera me había parado a recuperarlas en el coliseo.

—Las olvidaste —me dice únicamente—. Van a hacerte falta; aún resta una prueba.

Cuando hace ademán de marcharse, me incorporo como un resorte y la sujeto del brazo. Ella mira la mano con la que la agarro de forma amenazante, así que la suelto y trago saliva.

—Lo siento —murmuro.

—¿Qué es lo que sientes?

—¿Por qué no hizo uso de los elementos? —pregunto tras un largo silencio—. ¿Por qué una muerte tan estúpida?

Kaleria sonrío con amargura.

—Un hombre que te defiende se pone en el punto de mira a sí mismo. Un elementalista que te defiende, además, te pone en el punto de mira a ti. No deben saber lo que somos, aunque sospecho que sí saben lo que tú eres. Y si

sales con vida de aquí, será casi un milagro. Pero Druksen no ha muerto por nada. Y lucharemos por ese milagro.

Lukas y Axel llegan en ese momento. Brianna permanece sentada sobre mi camastro.

—Druksen ya te lo advirtió: El imbécil al que salvaste la vida mil veces... —continúa diciendo Kaleria—. Cuídate mucho de él porque parece dueño de algo que los devastanos quieren.

—¿Zach? —exclama Axel—. ¿Qué iba a tener él...?

—No lo sé —interrumpe ella de nuevo—. Pero lo que ha pasado hoy no es casualidad. Ni tampoco lo que sucedió en la última prueba. Van a por ti. Por eso el hecho de que Druksen se hubiera mostrado como un elementalista, hubiera potenciado las sospechas sobre tu persona.

—O sea que se ha sacrificado por mí, ¿no? Sabía que iba a morir y aun así...

—Alguien tenía que quitarte al crío de encima antes de que te convirtiera en un jodido fiambre. Y ya que a ti te entró el pánico, sacrificarse fue la única opción. Si llevó a cabo una muerte estúpida fue por ti —me recrimina ella, enfadada—. Aún no eres consciente de la importancia de que cruces el puente.

Es un reproche en toda regla y, lo peor, es que es verdad.

—¿A cuántos críos has matado tú? —exclamo, molesto.

Puede que lo que me recrimina sea cierto pero acabar con la vida de un niño no es fácil y no creo que pueda reclamarme nada por haber vacilado ante semejante acto de cobardía.

—Perdí la cuenta hace mucho, Saukard —concluye Kaleria.

Entonces da media vuelta y se va. Yo vuelvo a dejarme caer sobre el camastro, al lado de Bri y hundo mi cara entre mis manos.

Brianna se incorpora y avanza como una embestida pasillo a través. Quiero pensar que con la intención de obligar a Zach a contarle lo que está pasando aunque una parte de mí mismo teme que no crea en lo que Kaleria ha dicho y que solo se marche a apoyar a su chico.

—¿A qué creéis que se refiere con Zach? —pregunta Lukas.

—No lo sé pero analicemos la situación, chicos —responde Axel, sentándose a mi lado—. Es alguien lo suficientemente cobarde como para no poder ver la ejecución de su chica en la plaza. Sin embargo, se atreve a alistarse en la Fratrains, donde sabe que tiene garantizada la muerte. Raro, ¿no?

—A menos que otros luchen e incluso mueran por él —intervengo yo.

—Sí. Y de hecho, en el momento en el que le retiramos nuestra protección, se niega a llevar a cabo la prueba —continúa Axel.

—Razón por la cual debería ser torturado —añade Lukas—. Pero no lo es. Y de pronto sabemos que habla con los devastanos, que según tu amiga, que por cierto está...

—Lukas, ¿puedes centrarte por una jodida vez en tu vida? —le reclama Axel—. Esto es serio.

—De acuerdo, era solo una observación. Bien, el caso es que lo que sea que *El Lechugas* tiene que hablar con los devastanos se refiere a Blaze o al menos influye en que hayan ido a por ti en las últimas pruebas.

Me yergo, tras las elucubraciones que estamos llevando a cabo.

—El fuego —murmuro—. Zach sabe que lo domino. Él estaba con nosotros después del incendio en la plaza. Hablamos del asunto.

—Joder... —masculla Axel—. Eso es lo que te convierte en un diluviano, ¿no? Enemigo acérrimo de los devastanos e incluso el único que puede acabar con ellos, junto a los elementalistas; con mayores garantías, incluso.

—Ahí lo tienes —responde Lukas, dejándose caer sobre el camastro que queda enfrente, el suyo propio—. Por eso están yendo a por ti, hermano. El hijo de puta del *Lechugas* se ha ido de la lengua. Os he dicho mil veces que había que matarlo.

—No puedo creerlo —murmuro, atónito. Por muy imbécil que ese tipo sea, ni siquiera se me había pasado por la cabeza la posibilidad de que fuese a delatar mis facultades con el fuego pero supongo que sus celos por Bri van mucho más allá de lo que creí. O su miedo a morir. Puede que ambas circunstancias.

—Va —concluye Lukas, incorporándose de nuevo y visiblemente inquieto—. Vamos a buscarlo. Vamos y buscarlo y...

Lukas profiere un grito de rabia que llama la atención de algunos de los supervivientes que quedan aquí, tratando de descansar o simplemente pasando el tiempo que quede hasta la última prueba antes de alcanzar el puente; una última prueba en la que los devastanos van a darlo todo por verme muerto.

—No le digáis nada a Brianna —solicito con un murmullo.

—¿Qué? —exclama Lukas—. ¿Eres idiota? Tenemos la ocasión de oro para que se dé cuenta del imbécil que tiene por novio y lo mande de una jodida vez al infierno.

—Zach no cruzará con vida el Yndoria. Ese será su escarmiento. Pero ya sabéis cómo es ella y cargará con la culpa.

—Joder, Blaze, desde que te has colado por Brianna estás insoportable.

Axel me mira como si hubiera descubierto algo que guardaba con ahínco; y supongo que en cierto modo lo ha hecho. Sabe que nos besamos pero pudo pensar que fue solo una estupidez sin importancia. O quizás solo constata lo que ya sospechaba. Si hasta Lukas se ha dado cuenta. Y yo no les he dicho nada. ¿Tan evidente es?

—Estoy contigo —responde Axel con sosiego—. Siempre habrá tiempo para que conozca que la alimaña con la que está se ha ido de la lengua con respecto a Blaze. De momento, no hay urgencia. Cuanto más tranquila esté, mejor. Solo nos falta una prueba. Vamos a echar el resto, ¿de acuerdo? La superamos y cruzamos el Yndoria. En una semana cenaremos a la lumbre de un cálido fuego prendido sobre los niveos mantos nevados de las Alboradas del Norte.

Lukas cierra los ojos y yo sonrío.

—Oh, por los jodidos dioses, suena bien, ¿no? Y la elementalista masajeadome la espalda antes de...

Axel se incorpora y le propina un bofetón a Lukas, sin detenerse.

—¡Eh!

Niego con la cabeza y trato de que este instante de distensión se sobreponga a la inquietud que genera todo cuanto hemos hablado. Porque creo que hemos subestimado a Zach y su cobardía. Está dispuesto a todo por salir con vida de aquí. Pero sospecho que los devastanos no habrán forjado con él un trato que estén dispuestos a cumplir y tengo la plena certeza de que, como les he anunciado a Axel y Lukas, Zach no llegará a cruzar el Yndoria con vida.

Aliviado por ese pensamiento, me incorporo y abrazo a Lukas.

—Gracias —le digo, palmeándole la espalda.

Él me empuja ante la sonrisa de Axel, que permanece sentado.

—¿Qué estás haciendo? Si la elementalista cree que entre tú y yo hay algo, me ignorará.

—¿Más? —interviene Axel.

—Kaleria no está interesada en ti ni lo estará —le respondo yo—. Pero intentaste entrar en esa maldita jaula aun a riesgo de quedarte allí atrapado y eso es algo que valoro.

—Corta ya, Saukard.

Lo miro, sonriendo y tras un corto silencio, es él quien se abalanza encima de mí, haciéndome caer al suelo y cayendo también conmigo.

—De acuerdo, maldita *Antorcha*. Yo también te quiero pero intenta mantener las manitas quietas, ¿de acuerdo?

Axel se incorpora y nos tiende la mano para ayudarnos a ponernos en pie.

—Lo afrontamos juntos, luchamos juntos, morimos juntos.

Nos repite las mismas palabras que empleamos el día que entramos aquí, hace ya algunas semanas, seguramente menos de las que nos pesan sobre las espaldas porque un día en este lugar es como un año fuera. El silencio se torna solemne y los cruces de miradas son un nuevo juramento de lealtad. Otro más de los mil con los que cumplimos desde que éramos críos. Los mil con los que cumpliremos hasta ese anunciado final contra el que llevamos toda nuestra vida luchando. Al que llevamos toda la vida arrancando un día más. Y otro. Y otro. Y otro...

Bajo la mirada. De nuevo a este momento le falta algo; le falta alguien. Axel me echa el brazo por encima del hombro.

—Ella también daría su vida por nosotros.

Asiento.

—Lo sé.

4 Candace

No sé de dónde ha sacado Elonia tres caballos pero llevamos ya un buen trecho ascendiendo a través de la escabrosa montaña. El viento sopla cada vez con más fuerza y el frío arrecia de manera considerable. A medida que avanzamos en medio de este inclemente temporal, no puedo evitar preguntarme si realmente las academias están en este mundo. ¿Cómo es posible que en ellas haga tanto calor si de verdad están en el Norte? ¿Cómo puede haber un contraste semejante en un mismo sitio?

No puedo evitar buscar a Axan constantemente con la mirada. Él no me la devuelve y tengo la impresión de que lo sucedido con Elonia le pesa más de lo que está dispuesto a admitir, por estúpido que eso sea. Él lo hizo antes y la importancia que le confirió es la misma que yo, algo que ya debería saber. A pesar de eso no me faltan ganas de detener la marcha, bajarlo del caballo y gritárselo todo a la cara. Pero no procede; la tabernera no tiene por qué enterarse de nada.

Transcurrido algo más de una hora desde que abandonamos la pequeña aldea en la que se encuentra la posada en la que ella trabaja, llegamos a una vieja y solitaria cabaña situada en mitad de la montaña. Con dificultad, Elonia desmonta y, sujetándose el chal que amenaza con salir volando, nos hace un gesto con la cabeza, apremiándonos a seguirla. Lo hacemos.

Entramos en el interior de la cabaña y el contraste con la calidez de la llar se nos hace más que evidente y nos abraza, envolviéndonos en una placentera sensación. La casa es bastante más grande desde dentro de lo que aparentaba desde fuera. Seguimos a la mujer mientras se quita el chal y se ahueca la camisa.

Al llegar al salón, topamos con un hombre sentado en una vieja mecedora frente al fuego, con los ojos cerrados, dormitando.

—Candace... —lo llama ella.

Axan y yo cruzamos una mirada. ¿Este es Candace? ¿No se supone que era el instructor de la prestigiosa Ymparta? El montón de dudas que atenazan mi mente amenaza con colapsarme.

El hombre se vuelve y nos mira, sin levantarse. La apertura de su camisa

deja en evidencia que, sin duda, es un elementalista, pues el círculo se cierra en torno a los cuatro símbolos en la base de su garganta. Es alto, bien formado a pesar de la edad que hace mella en su rostro, surcándose de algunas arrugas. Su cabello plateado le cae hasta los hombros y algo en su mirada desprende el respeto de quien domina los elementos. Sin embargo, no forma parte del ejército elemental ni forma alumnos en ninguna academia. Entonces ¿qué hace aquí?

—Estos son Nazam y Axan. Quieren hablar contigo. —Elonia se vuelve hacia nosotros—. Él es mi esposo.

Axan se lleva dos dedos al puente de la nariz y trata de aguantarse la risa, mientras Candace se incorpora costosamente y se acerca hasta nosotros, cojeando.

—¿Y de qué quieren hablar? ¿Quiénes son?

—Tienen mucho interés en conocer el paradero de la academia elementalista de Ymparta, así que les hablé de ti.

—Que se larguen —concluye él, sin dejar de mirarnos, escrutándonos de arriba a abajo como si no pudiera dar crédito al hecho de que existamos.

—Son elementalistas, querido.

El tal Candace se levanta como un resorte y clava su mirada en nosotros.

—Estás de broma —murmura.

—Tranquilo —le sugiere ella—. No están aquí para nada malo, sabes que no te expondría.

—Vuestra esposa nos ha hablado de vos —le aclara Axan—. Necesitamos información sobre el paradero de Ymparta y si vos habéis estado allí... Somos elementalistas —concluye, abriéndose ligeramente el cuello de la camisa y mostrándole el símbolo al hombre.

—Sin embargo —vuelve a decir Elonia— no es esa la única razón por la que los he traído hasta aquí, Candace. Quítate la ropa de cintura hacia arriba —me ordena.

Axan y yo nos miramos, como si la tabernera hubiera perdido el juicio. Como ve que no hago nada, se me acerca y trata de sacarme la ropa entre mis protestas y remilgos, no a que me despoje de parte de mi indumentaria, sino a la razón por la que debo hacerlo. Axan no puede ocultar una mueca divertida mientras el elementalista sigue mirándome como si fuera un bicho raro. Elonia se sitúa detrás de mí y coloca sus manos sobre mi abdomen.

—Es uno de ellos... —susurra, con la boca pegada a mi espalda.

—¿Estás segura? —pregunta Candace.

—Completamente. Edrych está aquí —añade ella, alzando la cabeza y observando el entorno, como si pudiera verte. Increíble, ¿no?

—¿Quién es Edrych? —interviene Axan.

—Edrych es el enviado para encontrarte —me responde Elonía a mí—; los dioses quieren que los reúna a todos. Aunque temo que hay muy pocos y tú ya no sirves.

—¿De qué estás hablando? —insisto.

—Eres un diluviano, descendiente de los antiguos zyklos —me explica. Alzo una ceja, incrédulo.

—¿Un diluviano?

—¿Acaso no sabes lo que son?

—Sé lo que son pero...

—En cualquier caso, ya no sirve —dice entonces Candace, dejándose caer de nuevo sobre su mecedora, con gesto apesadumbrado—. Otro que ya no sirve...

—¿No sirvo para qué? —inquiero, mientras me visto.

—Una vez sometido a la instrucción elementalista, tu poder como diluviano ya no sirve de nada. Desciendes de los zyklos y por tanto, dominas un elemento por encima de los otros tres pero una vez que los has aprendido a utilizar todos, los has equilibrado y por tanto, has reducido el poder de ese que te hacia prácticamente invencible.

Así que es eso... Llevo toda mi vida con tu nombre grabado en la cabeza, Edrych; con la extraña certeza de que un día me encontrarías, aun sin saber quién eres y para qué me requerirías; ni siquiera quién instauró en mi mente esa idea. Y es que por triste que resulte, mis primeros recuerdos se remontan a los complejos devastanos. En los últimos años, ni siquiera he llegado a plantearme qué hubo antes, como si mi existencia hubiera dado inicio con ellos. Pero no puede ser así; los devastanos no pueden concebir vida y por tanto, yo no soy un hijo suyo.

—¿Por qué me envían a buscarte a Ymparta si no estás allí?

—No sé quién te haya enviado —responde él, con indolencia—. Pero probablemente no sepa que ya no imparto elementalismo allí. En cualquier caso, soy la única manera que tienes de acceder a esa academia. Ya deberías saber que no cualquiera puede llegar hasta allí; solo los elementalistas designados para tal fin pueden guiar hasta las academias. Ni siquiera los druidas por sí solos pueden acceder.

—¿Es cierto que allí están los mejores alumnos de las cinco academias?

—pregunta Axan.

Ahora sí, Candace nos mira.

—Supongo que sí —responde.

—¿Y por qué tú no estás allí? —intervengo yo ahora—. ¿Por qué tampoco formas parte del ejército elemental?

—Porque huí de Ymparta.

—Huiste... —murmuro—. Dime cómo llegar.

No me apetece lo más mínimo prolongar la estancia con un vulgar desertor, un cobarde que se refugia en las montañas de una aldea perdida en el culo del mundo, sin atreverse, si quiera a luchar.

—Tranquilo, Nazam —interviene Elonia—. No te dejarán entrar en Ymparta.

—¿Por qué no? Soy un elementalista y Dogma ha caído.

La noticia les cae a Elonia y Candace como un jarro de agua fría y eso lo hacen evidente en sus respectivas expresiones.

—Axan y yo logramos escapar del ataque devastano —sigo explicándoles.

—¿Y por qué no os alistáis ahora en el ejército elemental? —nos pregunta Candace—. ¿Qué buscáis en Ymparta?

—Es curioso que eso lo sugieras tú, que eres un desertor.

El hombre se pone en pie de nuevo y se acerca despacio hacia mí. Leo el dolor en su mirada pero yo no he inventado esta realidad.

—Mi cabeza tiene un precio para los elementalistas, muchacho. No me escondo de nada pero tampoco lucharé en favor de ellos ni les serviré mi muerte en bandeja.

—¿Y por qué tiene precio vuestra cabeza? —interviene Axan.

—Es una larga historia y nada os importa. Que se larguen. No debiste haberlos traído.

Axan se dispone a reponer algo pero Elonia lo sujeta del brazo y lo arrastra, mientras que con su otra mano, me agarra a mí, apremiándonos a salir de la sala y dejar solo a Candace. Una vez fuera del salón, Elonia me suelta y habla:

—¿Qué queda del devastanos que un día fuiste?

La cuestión me deja tan helado que por un momento dudo acerca de si ya he regresado fuera o de si sigo en el interior de la cabaña. Busco a Axan, que me sostiene la mirada sin modificar lo más mínimo su expresión. Elonia avanza un paso y recorre mi brazo con su dedo. Ya dejó patente que conoce el origen de lo que hay en mi brazo pero el hecho de que me lo repita me

inquieta.

—Nada —respondo, más por impulso que por convicción—. O casi nada —rectifico después.

—Me temo que queda más de lo que crees.

Me rebasa y camina, colocándose de nuevo el chal y dirigiéndose hacia la puerta de salida pero yo la sujeto del brazo y la obligo a detenerse:

—¿A qué te refieres?

—Te formas en Lonoa y Lonoa cae; te refugias en Dogma y Dogma cae. ¿Ahora pretendes ir a Ymparta? ¿Qué otras evidencias necesitas, Nazam?

—¿Me estás responsabilizando de la caída de las academias?

—Puede que los devastanos lo estén buscando por algo —interviene Axan — pero él no tiene la culpa de eso.

—Él es el gran aliado de todo eso —responde Elonia con dureza—. Dijiste que te envían a Ymparta.

—Rubik —confirmando, temeroso. Ella ya lo sabe pero la palabra 'cómplice' martillea en mi cabeza confusa.

La druida permanece pensativa.

—Tu misión fue siempre la de llevar a los devastanos a las academias. Ya lo has hecho con dos de ellas y ahora, Ymparta es el siguiente objetivo.

Niego con la cabeza mientras reculo hasta que mi espalda topa contra la pared.

—No cumplo ninguna misión; menos aún la de entregar las academias.

—Puede que no lo hagas de forma consciente, Nazam pero es lo que tu runa les indica a los devastanos: un camino directo hacia las academias en las que has estado, la forma de llegar hasta ellas. Desde el momento en el que fuiste rescatado de los complejo devastanos por los elementalistas, el plan pasaba por convertirte en uno de ellos, hacer caer la academias y recuperarte para su causa.

—¿El plan de quién? —pregunta Axan.

Yo estoy tan horrorizado que soy incapaz de abrir la boca.

—El plan de Rubik. El de Urian.

Alzo la cabeza y la miro. Imposible.

—Una de las primeras medidas que tomaron los devastanos durante su llegada fue la de perseguir y asesinar a los druidas, ya lo sabéis. Algunos lucharon; otros afrontaron su final con dignidad y por último, uno de ellos se vendió.

—¿Cómo lo sabes? —insiste Axan.

—Si Rubik es un traidor, ¿por qué iban a dejarlo entrar en las academias?
—añado yo

—Porque no lo saben.

—¿Y tú? —insisto, alterado—. ¿Por qué no les has advertido?

—Porque no lo he sabido hasta ahora. Tu runa revela mucha más información de la que podrías imaginar y aunque llevo mucho tiempo sospechando que alguien ayuda al 'Emperador', no sabía quién era.

Me llevo las manos a la cara y mi espalda resbala a través de la pared hasta que acabo sentado en el suelo, hecho un ovillo, orando interiormente por que el mundo me trague.

Dime que no lo sabías, Edrych. Dime que mi lucha por convertirme en un elementalista y aportar a la causa contra los devastanos no era objeto de burla entre tú y tus dioses.

Axan se agacha a mi lado.

—Desiste en tu idea de llegar hasta Ymparta, muchacho—. No vuelvas a pisar una academia elementalista y si realmente quieres aportar a la causa mientras Urian no te reclame, hazlo luchando junto a los demás; cruza al Sur, si es preciso y deja de exponer la única arma que tenemos para mantener la esperanza.

—Dijiste que es un diluviano —estalla Axan, poniéndose en pie de nuevo—. Descendiente de los zyklos, el gran problema de los devastanos. ¿Y ahora lo apremias a quitarse del medio? No creo que pueda desestimarse así su ayuda.

—Su condición de diluviano ya no sirve de nada tras haberse convertido en un elementalista. Bien lo sabría Urian y por eso permitió que los elementalistas lo liberasen y lo convirtieran en uno de los suyos. El 'Emperador' puede luchar contra ellos y vencerlos pero las cosas se complicarían mucho más contra un diluviano y evidentemente él no va a arriesgarse a una posible sublevación en ese caso. Ahora, aunque no lograra manipularte, no supondrías para él mayor problema que el resto de los elementalistas.

—¿Y entonces por qué nos has traído ante Candace?

—Para que veáis las cosas por vosotros mismos. Para que también él pudiera veros y para que tu runa hablase. ¿Qué importa? Ahora ya sabéis lo que hay. Debéis marcharos.

Elonia abandona el lugar, abre la puerta y el frío que penetra desde fuera no es mayor que el que hiela mi sangre en este momento.

No sé cuánto tiempo lleve con la frente pegada al cristal de la ventana en la posada pero la noche empieza ya a cubrir el cielo de un tono gris plomizo que arranca en su oscuridad los últimos fulgores del sol vespertino. Axan entra en la habitación después de haber bajado a cenar algo a la taberna y se sienta a mi lado, en silencio durante unos segundos. Me yergo y le miro, haciendo una mueca con los labios que trato en vano de convertir en sonrisa.

—En todo esto hay algo que no cuadra —me dice—. Tú no debes pisar ninguna academia elementalista y Rubik es un traidor pero es ese tal Candace quien se esconde de los propios elementalistas y cuya cabeza tiene un precio. ¿Por qué?

—No lo sé —respondo—. Pero cada cual ha de cargar con su cruz.

Por primera vez en mucho tiempo, muestro mi brazo desnudo sin que nadie me haya apremiado a hacerlo. Ni te imaginas, Edrych, la cantidad de veces que ha desfilado por mi mente la posibilidad de cortármelo, de arrancar de mí de una vez y para siempre, lo único que me relaciona con ellos, un deseo que ahora fortalezco más que nunca porque según Elonia soy un traidor a una causa por la que llevo luchando desde que tenía 13 años. Soy, de algún modo, el responsable de la muerte de Sacha y los muchachos en Lonoa; de todos los alumnos que estudiaban elementalismo allí. También de Dogma, de Alexandra; incluso de Kristanna. A pesar de todo eso, Axan no me mira con desprecio ni con asco o con miedo.

Se acerca a mí y me abraza, infundiéndome la sensación de que todo irá bien, de que sabré qué hacer. Cuando nos separamos, dejo de tenerlo tan claro.

—Sea como fuere —me dice Axan, mientras se incorpora— lo que es evidente es que hemos de llegar hasta Ymparta y advertir a todos de que Rubik es un maldito traidor; que avisen en las demás academias.

—Es imposible llegar hasta ellas... —respondo, colocándome el guante de nuevo—. La única persona que podría llevarnos no lo hará.

—Candace asegura que su cabeza tiene un precio entre los elementalistas. Y en este momento, su esposa tontea con varios de ellos en la taberna. Puede que la posibilidad de que le entreguemos lo que tanto quieren en bandeja de plata, active las ganas de Candace y Elonia por ayudarnos.

Me pongo también en pie.

—¿Por las malas? No parecías así de malo en Dogma...

Se acerca, coloca sus manos sobre mi cintura y me muerde el labio inferior.

—Te sorprendería lo malo que puedo llegar a ser.

Sonríe y desaparece a través de la misma puerta desde la que acaba de entrar; aparentemente ya con un plan hurdido en su mente. Lo sigo hasta la taberna, pues asegura que Elonia está flirteando con un grupo de elementalistas, algo que tal vez sirva como empujón para que el *matrimonio feliz* se anime a darnos la información que necesitamos.

El ambiente en la taberna es hoy de gran jolgorio. Atestada hasta la bandera, los hombres y mujeres que la ocupan, cantan y gritan con despreocupación. No sé qué demonios celebran pero el ambiente trae a mi memoria la última noche en Dogma. Yo ni siquiera pisé la sala principal para celebrar que Axan y yo éramos elementalistas de pleno derecho pero vi y oí suficiente como para asociarlo a lo que ahora acontece en la taberna.

Sigo a Axan, que serpentea entre la gente, encaminándose hacia el fondo de la sala, donde un grupo de cinco elementalistas charlan con bastante menos distensión. A pesar de no haber llegado a enrolarnos en las filas del ejército elemental, conozco a la perfección sus ropajes grises con motivos rojos. A buen seguro se dirigen hacia algún asentamiento, pues de todos es sabido que los campamentos elementalistas se salpican por doquier en escuadrones no demasiado numerosos.

Antes de que logremos llegar hasta la mesa, Elonia se cruza en nuestro camino. Su gesto denota un visible enfado y en su mano derecha sostiene un cántaro con algún tipo de olorosa bebida.

—¿Adónde vais? —nos pregunta.

—Solo queremos saludar a los elementalistas —responde Axan—. Son de los nuestros.

—Ya... No soy idiota y me he acostado con los dos.

Axan alza una ceja y me mira, divertido.

—¿Y qué? —pregunto yo.

—Que sé lo que estáis tramando.

—¿En serio? —exclama Axan, sonriendo—. ¿Una hora con cada uno de nosotros y nos conoces a la perfección?

—Te sorprendería lo que puedo llegar a conocer con desnudar a un hombre en todos los sentidos. Seguidme.

Cruzamos una mirada dubitativa y acabamos tras los pasos de Elonia hasta la calle, donde el frío de la noche azota con una dureza extrema. El viento silbante sopla con furia, rasgando los copos de nieve que nos golpean en la cara.

—Solo queremos poder llegar hasta Ymparta y advertirles de la traición de Rubik —le explica Axan.

—Eso te ha hecho creer tu gran amor —dice con sorna, mientras me mira — pero su misión en todo esto es otra muy distinta, ya os lo dije.

—Él no irá —responde Axan, tras un largo silencio—. Iré yo. Dadme acceso a mí. Tienen que saber lo que está pasando.

—Son unos necios —replica Elonia, enfadada—. Los elementalistas se creen por encima del resto por ser los únicos capaces contra los devastanos.

—¿Por qué expulsaron a tu marido de Ymparta? —intervengo por primera vez. No ha de ser difícil deducir que sea lo que sea, es algo que los enfrenta a los elementalistas y que por tanto, hace que ni ella ni Candace tengan interés alguno en ayudar en las academias pero los alumnos de estas no tienen la culpa de nada.

—Ya deberías saberlo —espetea ella con dureza—. Los elementalistas pueden plantar batalla pero no serán definitivos si no hacen uso de una fuerza mayor. Los druidas lo advertimos tiempo atrás; trajimos un mensaje de los dioses y por eso 'El Emperador' nos quería muertos. Pero ellos convertirán a todos los que son como tú en elementalistas y destruirán nuestra arma más poderosa: los diluvianos.

—¿Eso os enfrenta a ellos? —inquiero, incrédulo.

—Como instructor en Ymparta, Candace quería poner en uso lo que ya se estaba practicando en Zundrak. Pero no se lo permitieron; quisieron expulsarlo y arrebatarse su poder, todo su conocimiento, fruto de años de esfuerzo y entrega. Por eso huyó.

—¿Lo que se estaba poniendo en uso en Zundrak? —pregunta Axan, con el ceño fruncido.

—Sí.

—Fuese lo que fuera —intervengo yo—, no debía ser algo demasiado positivo; no en vano es la academia con más expulsados y abandonos de las cinco, ¿no?

—Sí —responde Elonia, tras un largo silencio—. Así es.

—Más allá de todo eso —vuelve a decir Axan—, los alumnos no tienen la culpa. Han muerto todos los de Lonoa y Dogma. Hay que poner sobre aviso a

los demás.

—Los demás no correrán peligro mientras tu querido novio no pise sus academias. Eres el único que puede conducir a los devastanos hasta allí —me dice—. No vayas y los mantendrás alejados.

—Insuficiente —respondo, dando un paso al frente y acercándome a ella—. Más allá de darle acceso a los devastanos, Rubik seguirá campando a través de las distintas academias, conociendo todos y cada uno de los movimientos que los elementalistas tracen contra Urian y poniendo a este al corriente. Han de saber qué es y si ni tú ni tu marido nos facilitáis el acceso, ateneos a las consecuencias.

Para mi sorpresa y la de Axan, Elonia sonrío y se rasga la camisa. El frío azota con una crudeza más que notable pero ella sigue con su absurdo arrebatado y rompe su falda de un seco tirón.

—Oye, ¿qué problema tienes con...?

La voz de Axan se interrumpe con los gritos de Elonia.

—¡Auxilio! ¡Ayuda!

Se deja caer al suelo y en menos de treinta segundos, media taberna está en la calle, observando la escena; entre el gentío, los elementalistas.

—¿Qué está pasando? —pregunta un hombre, mientras ayuda a la avezada tabernera a ponerse en pie.

—Intentaron violarme —murmura ella entre falsas lágrimas.

Axan y yo cruzamos una mirada, incrédulos y absortos ante la situación.

—Eso no es cierto —trata de defenderse él—. No le hemos puesto una mano encima. A quien sí deberíais ponérsela —añade, dirigiéndose a los elementalistas— es a su marido, antiguo instructor de Ymparta y fugado de allí desde hace tiempo. Nosotros somos de los vuestros.

—¿Qué diantre estás diciendo? —inquire el tabernero, acercándose un par de pasos—. Ella no está casada y mucho menos con un elementalista. Es mi... ella es mi...

Uno de los interpelados avanza y se coloca delante de nosotros. Trata de bajarme el cuello de la camisa para comprobar si realmente somos elementalistas pero yo apreso su brazo con mi mano y le lanzo una muda advertencia con la mirada. Tratando de que las cosas no se compliquen más, Axan sí les muestra su signo sin necesidad de que intenten nada con él.

—Si sois elementalistas —dice el que se ha colocado frente a nosotros—, ¿qué estáis haciendo aquí?

—Escapamos de Dogma tras el ataque sufrido —responde Axan.

Los otros cuatro elementalistas desenvainan sus espadas y se adelantan unos metros.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunto yo.

—No hay supervivientes en Dogma.

—Claro que hay...

—Rubik nos lo aseguró —me interrumpe de nuevo.

—Rubik es un jodido traidor —interviene Axan, alterado—. Hacedlo saber en todas las academias.

—Son prófugos —sugiere otro de los cuatro que flanquean al que está más adelantado.

—¡No somos prófugos! —grita de nuevo Axan—. Su maldito marido lo es o su amante o lo que quiera que sea el tal Candace.

—¿Qué sabéis de Candace? —vuelve a preguntar el elementalista que parece llevar la voz cantante—. ¿Acaso estáis con él?

—Lo hemos conocido hace escasas horas —nos justifico yo.

—Elementalistas que tratan de violar mujeres —grita un cliente de la taberna—. Vuestros aires de superioridad son cada vez más vomitivos.

—¡No nos mezcléis con esta basura! —responde un elementalista—. No tenemos nada que ver con ellos y puedo aseguraros que serán castigados. Alumnos de Candace, nada menos. Escoria, como él.

—Axan... —murmuro.

—¡Tifón! —grita él.

Conjura las runas necesarias y en menos de cinco segundos, la potencia del viento se multiplica en un remolino que hace volar por los aires el techo de la taberna y que eleva los gritos de todos en un murmullo ahogado. Corremos rápidamente aunque sabemos de sobra que los elementalistas van a respondernos y a poder seguirnos sin dificultad. Pero somos los mejores alumnos de Lonoa y Dogma respectivamente, una condición que vamos a hacer valer.

—¿Hace un Vórtice? —me pregunta Axan mientras corre.

—¡Vamos! —respondo yo, sonriendo.

Invocar un Vórtice en movimiento es algo mucho más complejo de lo que pudo ser hacerlo en estático pero supongo que los desafíos han de ir adquiriendo una mayor dificultad, no es cierto, ¿Edrych? Axan desenvaina sus espadas y yo hago lo mismo con las mías.

—¡Tierra! —grita él.

Me congratula comprobar que el remolino que nos rodea durante las

invocaciones lo hace ahora aunque estemos corriendo. El que nos envuelve es un aire más caliente que el gélido viento que sopla desde las cumbres del norte; casi resulta gratificante.

—¡Aire! —exclamo yo.

El viento aumenta en potencia mientras Axan y yo continuamos corriendo y de hecho, me hace sentir más liviano a la hora de sortear las trabas durante el avance: un tronco tumbado en el suelo, un socavón, etc.

—¡Agua! —vuelvo a gritar.

La implicación del tercer elemento le resta calidez al aire que nos envolvía y este se torna más acorde al entorno que nos rodea. Los rayos y la electricidad que orbitan en torno a nosotros, empiezan a provocar agujeros en la nieve, fundiéndola al instante.

Los elementalistas nos siguen y aunque nos lanzan ataques del mismo tipo, sostenidos en diferentes elementos, Axan y yo seguimos centrados en algo que los detendrá a todos: el Vórtice. Puede que no alcancemos la misma potencia que durante la prueba en la academia de Dogma; de hecho, ni siquiera sabremos qué potencia marque esta vez el Vórtice pero lo único importante es quitarse de encima la persecución de los elementalistas porque, por absurdo que resulte, se han convertido, ahora mismo, en nuestros enemigos.

—¡Fuego! —grita Axan.

Nos detenemos cuando el aro de fuego gira en torno a nosotros con una potencia descomunal. Yo puedo sentirlo en mi piel que arde y estoy convencido de que Axan también. En su expresión atisbo disfrute, esa sensación de superioridad que te confiere estar dominando los elementos en esta magnitud. Nuestros cinco perseguidores se han detenido y nos miran asombrados. Son elementalistas; graduados; deben llevar muchos años luchando en la guerra, a juzgar por las edades que aparentan y sin embargo, se sienten sorprendidos por la fuerza que le imprimimos al Vórtice.

Patidifusos aún, no esperaban nuestra acometida y, espadas en mano, nos lanzamos a por ellos, necesitando apenas dos o tres movimientos para librarnos de su resitencia y seguir prolongando nuestra huida.

5 Ocho almas

Mojo mi rostro con el agua helada de la alberca que hay en el patio posterior. Apenas puedo observar mi reflejo pero las ojeras dejan patente que ha sido una mala noche. No es que pueda haber alguna buena en este lugar pero cuando te acostumbras al frío, a la incomodidad de los camastros, al tufo y a las recurrentes pesadillas que te despiertan cada pocos minutos, terminas dando por bueno un más que discutible descanso. Esta vez, sin embargo, hay mil pensamientos que multiplican mi insomnio. Las imágenes que pueblan mis pesadillas son más vívidas que nunca; los niños muertos a mi alrededor, la sensación de hundir una espada sobre su blanda piel. Chasqueo la lengua y paseo la mirada por el lugar. Los truenos lejanos nos recuerdan que alguna vez llovió por estas tierras pero no volverá a hacerlo mientras haya devastanos. Brianna también se transforma momentáneamente en una carga para mis desgracias. No he vuelto a saber nada de ella desde que desapareció tras los pasos de Zach; ni me he atrevido a buscarla ni ella lo ha hecho tampoco, por lo que ignoro qué la llevó a desaparecer cuando todo parecía indicar que su novio me ha vendido.

Realmente no puedo hablar de traición, ya que él nunca ha sido una persona en quien confiase y mucho menos apreciase pero al menos en nombre del mínimo de hombría que le atribuía creí que sabría agradecer el hecho de que le haya salvado la vida en más de una ocasión. Iluso. Cuando un cobarde ve su vida en juego, no conoce de agradecimientos ni de ningún otro tipo de sentimiento que no sea el de una egoísta supervivencia.

Estamos a pocos minutos de la última prueba y por primera vez desde que llegué aquí, me siento nervioso.

Me incorporo y camino de regreso al edificio, dejando tras de mí a un grupo de supervivientes que parecen tan inquietos como yo. No es para menos. Hoy nos jugamos todo. De entre los que quedamos, saldrán aquellos que puedan acometer el cruce del Yndoria. Sin garantías pero con una oportunidad más que digna de ser aprovechada.

Mientras camino no puedo evitar pensar en Druksen. Todo sucedió tan

deprisa que apenas logro asimilar que está muerto. Un elementalista ha de poseer un poder descomunal, con seguridad no para salir vivo de unos complejos devastados donde hay por lo menos una decena de estos cuando él está solo pero sí, al menos, para ofrecer una resistencia más que digna. Sin embargo, él apenas lo hizo.

Kaleria ya me explicó que trató de no poner en evidencia su identidad para que, al mismo tiempo, yo no quedase más expuesto pero me temo que la acción de Zach hizo inútil su muerte.

Me detengo en el umbral de acceso a los pasillo al ver a Zach y Brianna hablando; o más bien, discutiendo. Él la sujeta de los hombros y la zarandea. Ella se zafa y le propina un puñetazo ante el que él se dispone a responder.

—Si la tocas, estás muerto, hijo de puta.

Los dos me miran cuando me acerco. Brianna camina hacia mí y me sujeta de la camisa, tirando sin lograr moverme lo más mínimo.

—Blaze, vámonos —me dice—. Tenemos una prueba y no merece la pena perder tiempo.

—¿Te ha pegado alguna vez? —le pregunto sin apartar la mirada de Zach.

—Por supuesto que no. Si se hubiera atrevido a hacerlo, estaría muerto. Vámonos.

—Déjame solo con él un momento, Bri.

—No. Tenemos una jodida prueba y no quiero que nada te distraiga.

—Entonces déjame un momento con él —le respondo, mirándola ahora a ella.

Me conoce demasiado como para saber que no cejaré en mi empeño y que si no es ella quien cede, esto me estará torturando durante el desarrollo de la maldita prueba. Suspira, resignada y sin borrar el rictus de enfado que se le traza en el rostro.

—No tardes.

Se marcha de camino al patio principal y yo me acerco más a Zach.

—Lo siento —me dice él—. No... no quería golpearla. Nunca lo he hecho, te lo juro. No soy así.

—¿Y cómo eres? —le pregunto, sonriendo—. Porque tengo la sensación, Zach, de que eres un misterio para todos. Un jodido cobarde pero te inscribes en la Fratrís. Te borras de una prueba sin consecuencias y ahora vuelves otra vez a tomar parte. No sé lo que te han prometido a cambio de irte de la lengua pero no lo cumplirán.

—No sé de qué me hablas.

—Les has contado lo del fuego, ¿verdad? —añado, acercándome más aún. El miedo es tan nítido en sus ojos que estoy a punto de apiadarme de él. Pero me basta con pensar en lo que iba a hacerle a Bri para que las ganas de eso se me pasen.

—¿Puedes culparme por querer sobrevivir? —acaba confesándome—. Estoy enamorado de Brianna, a pesar de lo que pienses. Se empecinó en inscribirse en esta maldita pesadilla cuando supo que tú y tus dos amigos ibais a hacerlo también. ¡Y yo solo quería estar con ella! —grita—. ¿Pero qué persona en su sano juicio iba a meterse aquí, sabiendo que no vivirás para contarlo?

—Qué bonito —ironizo—. Buscaste la forma de asegurar tu culo pero no el de Bri. Ella te da igual.

—No me da igual, pero ella sabe luchar y vosotros ibais a protegerla.

—¿Acaso no te hemos protegido a ti, aun sin merecerlo, maldita basura?

—Lo hacíais por ella, no por mí.

—Por supuesto que lo hacíamos por ella.

—Pero ya no hay razón para que lo hagáis, ¿no? Brianna me ha dejado y sé que es por ti, malnacido. Sé que os acostasteis la otra noche, igual que también se ha acostado con los otros dos sin...

No llega a terminar de hablar. Antes de que pueda tomar aire para seguir está tumbado en el suelo, con el labio reventado y el miedo y la rabia dominándolo a partes iguales.

Sin embargo, sé que algo en mi mirada le advierte de lo poco conveniente de devolverme el golpe. Se limita a ponerse en pie y llevarse la mano a la boca, riendo de forma nerviosa.

—Tú sí que estás muerto. Estás muerto, Saukard —me advierte.

Brianna vuelve, si es que realmente se había marchado y se cruza con él, que la mira sin abrir la boca.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Vámonos.

Me sujeta de la mano y me obliga a darme la vuelta.

—Te ha delatado, ¿verdad?

No digo nada. Me duele hacerla conocedora del error que ha cometido con ese imbécil pero tampoco quiero negarle la evidencia. Traga saliva y me suelta.

—Lo siento —me dice—. Es culpa mía.

Sabía que esto ocurriría, por eso no quería que supiera nada, al menos

hasta después de la prueba. Ahora soy yo quien le coge la mano.

—Bri, tú no tienes la culpa de nada.

—Sí, claro que la tengo. Os impuse su presencia todo el tiempo y por eso supo que habías sido tú quien prendió fuego a la plaza.

—Fui poco cuidadoso al hablar del tema aun estando él delante. Todos lo fuimos. Pero me importa una mierda que se haya ido de la lengua o que los devastanos sepan lo que soy. Vamos a superar la maldita prueba y ellos no podrán hacer nada.

—¿Crees que le dan importancia a las normas que ellos mismos establecen? Te matarán cuando quieran.

Niego con la cabeza.

—Llevarán el juego hasta el final, Bri. Cometen el error de subestimar a todo el que no es un rey o un soldado. Creen que todos hemos sucumbido a la desesperanza y han convertido nuestras vidas en un juego. Ese es un error del que obtendremos provecho. Puede que me quieran muerto, pero si supero la prueba de hoy, me dejarán llegar hasta el Yndoria. Y te juro que una vez allí, no habrá nada ni nadie que me impida cruzar el puente. Y tú lo harás conmigo; Lukas, Axel. Los cuatro juntos. Como siempre fue.

Consigo arrancarle una sonrisa. Triste pero sonrisa al fin y al cabo. Me abraza y le doy un beso en la frente.

—Vamos allá... *Chica*.

—Vamos allá... *Antorcha*.

En pocos minutos nos hemos reunido con Lukas y Axel, a quienes hemos decidido no contarles nada de lo sucedido con Zach, concentrados como han de estar en la superación de la última prueba.

Aguardamos en el acceso al coliseo, un angosto y oscuro pasillo, donde los escasos participantes que quedamos, nos afinamos como ganado. El nerviosismo es hoy especialmente notorio, pues centenares de hombres y mujeres de Targon y otras poblaciones, pugnaron por este momento; hoy, solo 15 luchamos por ello.

Lukas sonrío y me propina un codazo, reclamando mi atención.

—Parece que el amigo Zach ha tropezado en algún sitio —me dice, en alusión al golpe que tiene en el labio.

—O alguien ha empezado a conocerlo... —añada Axel.

—Sí, eso parece —respondo yo.

Zach no nos aparta la vista de encima y Brianna me mira, nerviosa pero seguimos guardando silencio al respecto. Ya habrá tiempo para aclaraciones. Me toma la mano de forma discreta y yo se la aprieto, sonriendo.

—Vamos allá, muchachos —nos apremia Axel.

Los portones se abren y salimos al coliseo, en medio de un atestado graderío, como ha venido siendo habitual durante todos y cada uno de los 25 días que ha durado la Fratrís. No en todos ha habido pruebas, pues la espera y el nerviosismo que esto genera es parte del juego, parte de la diversión para los devastanos.

Alzo la mirada y observo a Urian, sentado en su particular trono. Casi parece incierto que mientras sus ejércitos arrasan con todo más allá de estos muros, él esté aquí, disfrutando de esta barbarie sin concederle la menor importancia a la Devastación y a la oposición que los elementalistas le ponen.

O... ¿acaso significa eso que los ejércitos elementales han sido derrotados? Busco a Kaleria entre la multitud y la encuentro rápidamente, con la misma determinación que ha exhibido desde que la Fratrís empezase, a pesar de que Druksen ya no está con ella. Solo eran dos. El puente de Yndoria está tomado desde el Sur, de modo que los elementalistas no pueden cruzar. Solo ahora lamento no haber encontrado un momento para hablar con ella y preguntarle por la situación, aunque bien es cierto que tanto ella como Druksen se han mostrado distantes en todo momento, poco dispuestos a que nos vieran juntos.

Pensar en la situación de los elementalistas trae a mi mente a mi hermano Liam. ¿Cómo estará? ¿En qué lado del puente andará? ¿Pensará tanto en mí como yo pienso en él o acaso me dará por muerto y olvidado? Supongo que si existe un modo de averiguarlo, ese es superando esta maldita prueba, cruzando el puente y llegando a las academias. Me costará mucho más que al resto porque mi buen amigo Zach se ha encargado de ello pero no renuncio a mis posibilidades y voy a estrujarlas al máximo.

Estamos dispuestos de forma circular en el centro de la arena, tal y como se nos ha indicado. Un devastano camina por detrás de nosotros con paso indolente, explicándonos el objetivo de la última prueba. A diferencia de ayer, hoy es un convertido quien nos habla:

—Bajo la arena del coliseo hay enterrados 14 brazaletes; siete rojos; siete azules. Determinarán los dos equipos que hoy se midan en la prueba. El

pequeño problema inicial es que sois 15. Uno de vosotros se quedará sin y será ejecutado. El resto tomará parte en una prueba, cuyo objetivo se os explicará cuando finalice la primera parte. Así pues... empezado a buscar.

Todos salimos corriendo y nos echamos de rodillas sobre la arena, desenterrando lo que sea con desesperación, en busca de uno de los malditos brazaletes. Retiro la mano ensangrentada y me doy cuenta de que hay cuchillas enterradas también. Sonrío y sigo buscando hasta dar con un brazalete azul. Resoplo, mientras lo coloco en mi brazo y observo a los demás. Brianna no tarda en dar con otro, rojo. Algunos hombres y mujeres gritan y se alzan al dar con los suyos y mi atención se centra en Axel y Lukas. El primero de ellos grita, sonriendo al dar con otro brazalete rojo.

Me pongo en pie y me fijo en Lukas, que corre de un sitio a otro, buscando con gravedad y, también, con las manos llenas de sangre y cortes. Mi nerviosismo va en aumento cuando solo quedan él y una mujer. No tengo ni la menor idea de cómo se llama pero ha mostrado una fiereza en la lucha que no tiene nada que envidiarle a un hombre. No puedo negar que, pese a no haber cruzado una palabra con ella, lamento que sea la que esté en el otro extremo de la balanza con Lukas. Supongo, sin embargo, que lo lamentaría con cualquiera... O casi. Hasta el imbécil de Zach coloca su brazalete azul alrededor de su bíceps, aunque supongo que a él le habrán echado una mano al respecto de la ubicación del mismo, al fin y al cabo hasta que a los devastanos les aburra el juego, un trato es un trato.

—Vamos, Lukas —grita Axel.

Brianna mantiene las manos sobre su boca, tratando de ocultar su nerviosismo y yo cierro los ojos, orando interiormente. Hasta que al fin Lukas grita y nos muestra a todos un brazalete rojo.

Sin demora alguna, un devastano —de los auténticos— entra en el coliseo montado sobre uno de los extraños caballos que poseen. El que nos había explicado el objetivo y funcionamiento de la prueba camina hacia la mujer que se ha quedado sin brazalete y le coloca una soga la cuello. Ella no hace nada por intentar evitarlo, pues sabe que aunque pueda prolongar la lucha o incluso matar a algún que otro devastano, su sentencia está más que dictada. Por el contrario, alza la cabeza, orgullosa y mantiene la mirada al frente.

Yo aparto la mía y aprieto los ojos con mis dedos, mientras el convertido le entrega el extremo de la soga al devastano que monta sobre el caballo. Este arranca a cabalgar y el cuerpo de la mujer es arrastrado alrededor del perímetro del coliseo. Una vuelta y otra y otra más. Ella trata inútilmente de

aflojar el nudo mientras patalea y se revuelve.

Brianna se da la vuelta, incapaz de seguir mirando y aunque me matan las ganas de parar esto, no quiero llamar más la atención. Tengo los ojos de Urian clavados en mí todo el tiempo y eso es una muestra más que suficiente de que espera el más mínimo gesto por mi parte para darme muerte.

Tengo que ser práctico y frío, al menos mientras pueda. No conozco de nada a esa mujer y no es más que otra víctima; la enésima. Pero no puedo permanecer ajeno a todo cuando le prenden fuego y ella intenta gritar sin lograrlo. Cuando el caballo pasa por mi lado, descargo la espada sobre el abdomen de ella, acabando de una vez con su agonía. El jinete se detiene y me mira. Después, busca a Urian con la mirada y este se limita a sonreír. Hace un gesto con la mano y el caballo se marcha, despacio.

Los portones a través de los que accedimos se abren de nuevo y aparece otro convertido con un niño de la mano. Cierro los ojos y resoplo; otra vez niños. Supongo que estos malnacidos saben que ayer estuve a punto de morir por quedarme bloqueado al ser críos los que estaban en frente y ese es un factor que no van a desaprovechar.

Otro convertido aparece con otro chiquillo de la mano; y otro más lo hace después y así sucesivamente. Mientras, el particular maestro de ceremonias de hoy, sigue hablando sobre la prueba:

—Ayer visteis morir a varios niños por la espada de uno de los vuestros. —Todos me miran—. Y para resarciros de tan dantesca visión —añade el devastano con sorna— hoy haréis lo contrario: salvarlos. Cada uno de vosotros tendrá a un niño asignado. Deberéis ponerlo a salvo.

—¿A salvo de qué? —pregunta uno de los participantes.

Una plataforma empieza a alzarse en el centro del coliseo. Parece incierto que bajo la arena pudiera ocultarse esa estructura pero dado que también vi una hidra emerger desde las profundidades el primer día, supongo que no estoy en disposición de determinar qué puede o no esconderse bajo el suelo de este sitio. La parte superior es una plataforma lisa; debajo, hay unos barrotes que conforman una celda muy pequeña, de forma cuadrangular.

—Solo habrá espacio para diez niños; cinco de cada equipo. Salvad al chiquillo y, no solo habréis ganado vuestra libertad, sino también la suya. Ellos, arriba. Vosotros, abajo. Salvadlos de todo —zanja.

Un devastano se me acerca con una chiquilla rubia de melena desgredada y cara sucia. Sus enormes ojos azules me miran aterrados. Está temblando y

el labio se le deforma en una constante mueca que se alterna con pucheros. Debe tener unos cinco u seis años.

Me agacho frente a ella y trato de esbozar una sonrisa. No puedo evitar recordar a la chiquilla que perdió a su abuelo tras la persecución de un cerbero. A buen seguro, estos niños han sido capturados, raptados desde el seno familiar como tantos otros pero aún no han empezado con ellos el proceso de conversión, razón por la cual siguen siendo solo niños aterrados, muy alejados aún de aquellos que el día anterior trataron de matarme.

—Hola, preciosa. —Ella me mira como si yo mismo fuese un devastano. Y lamento no tener la maña que Axel maneja con los niños pero esto es todo lo que hay—. ¿Cómo te llamas?

—Sabine —responde ella.

—De acuerdo, Sabine. Vamos a conseguirlo, ¿me oyes? —Asiente—. Pero tienes que hacerme caso. Debes mantenerte pegada a mí todo el tiempo, como si fueses mi sombra. No corras si yo no corro ni te detengas si yo no me detengo.

Asiente de nuevo y las lágrimas no dejan de trazarle caminos sobre las mejillas. Cierro los ojos y me incorporo. Ella sigue temblando y la abrazo, percibiendo al instante sus bracitos rodeándome la cintura, aferrada a mí como si yo fuese su tabla de salvación. Observo la plataforma en el centro del coliseo y trato de trazar en mi mente mil escapatorias ante cualquier tipo de peligro: cerberos, otro tipo de criaturas o incluso los propios devastanos. Pero trazar un plan así es muy complicado cuando ni siquiera sé por dónde andarán mis enemigos. Por si eso fuera poco, la visión que tengo frente a mí acaba de desarmarme por completo. Tania camina de la mano de otro devastano; golpeada, magullada, con la ropa hecha jirones y el pelo enmarañado. Mi hermana me mira y sus labios llegan a murmurar mi nombre pero la persona a quien se la asignan es Zach. Me alegraría, teniendo en cuenta que los devastanos le deben algo que han ido pagándole con la supervivencia pero además de que no sé en qué momento dejará de divertirles jugar con la credulidad de ese pobre imbécil, está el hecho de que van a por mí. Que Tania esté aquí no es casualidad.

Antes de darme cuenta, Axel se planta frente a mí y me sujeta de la cara, obligándome a mirarlo. Brianna me agarra de la mano sin que yo desvíe mi atención de Axel, aunque alcanzo a ver a Lukas por encima de su hombro, visiblemente preocupado.

—Escúchame bien, Blaze Saukard —me dice el propio Axel, recuperando

toda mi atención—, tienes dos opciones: la primera es volverte loco de la rabia, tratar de matar a Zach, a los devastanos y a todo el que se te cruce en el camino, en cuyo caso lo más probable es que el que acabe muerto seas tú y, de paso, Tania. La otra opción es echarle frialdad, pensar las cosas con calma y actuar con serenidad, cautela e inteligencia. Le servirás de mucho más a tu hermana si estás vivo, ¿de acuerdo? Blaze... —insiste.

Asiento.

—No vamos a permitir que le pase nada a Tania —interviene Lukas.

Miro a Brianna, que no es capaz de decirme nada. Tampoco yo a ella. Prefiero no hacerla partícipe, ni a ella ni a los muchachos de los oscuros pensamientos que surcan mi mente. ¿Estará bien Megan? Si mi hermana pequeña está aquí, ¿dónde está ella? Por todos los dioses. He pasado auténticos infiernos aquí dentro pero ninguno de ellos me había hecho plantearme lo acertado o equivocado de haberme inscrito en la Fratrís, o de tomar parte activa en la rebelión contra los devastanos ni en la lucha con los elementalistas. Pero ahora... Si me hubiera limitado a seguir viviendo en Targon, robando comida, visitando a mis hermanas en secreto... Tania no estaría ahora aquí. Otros lucharían por mi libertad pero yo estaría en una posición más cómoda, acostumbrado a una esclavitud que he convertido en mi modo de vida. De pronto tengo la sensación de que no debería haber llevado a cabo nada de lo que he hecho en el último mes. Pero en cuanto Sabine me sujeta de la mano para dar inicio a la prueba y me mira desde sus enormes ojos azules, me obligo a desterrar esos pensamientos. Porque hay esperanza en ellos; y su esperanza reside en mí. Está ante una situación frente a la que no puede hacer nada y si yo no la saco de ella morirá. Ella es la viva representación del Sur; ella, igual que Tania. Y voy a ser yo quien la salve. Sí, quiero ser yo. No quiero que sean otros quienes se dejen la vida en esto mientras yo me siento a esperar. Quiero dar un jodido paso al frente y pelear por la libertad de Sabine, de Tania, de Megan, de Axel y Lukas, de Brianna. De todos. Por mi propia libertad.

Busco a mi hermana con la mirada y no me resulta difícil encontrarla. Le sonrío y me doy dos golpecitos en el pecho, sobre el corazón; me beso el puño y lo lanzo al aire. Ella asiente y fuerza una sonrisa aterrada. Pero también Tania confía en mi y sea como sea que lo haga, no voy a fallarle.

El cansancio es una segunda piel que nos viste después de que la enésima bestia caiga desplomada al suelo cuando esta vez Axel encuentra su punto débil y hunde su acero en lo que debía ser su abdomen. Aprovechando la

pequeña tregua que se sucede siempre entre bestia y bestia, corro con Sabine de la mano hasta la estructura central, a la que hemos podido acercarnos un par de veces sin llegar a ascender. Esta vez sí lo logramos.

Trepar a través de la jaula hasta la plataforma no resulta en absoluto sencillo. La altura hasta la parte superior es de unos tres o cuatro metros y apenas existen puntos de apoyo. Sabine es pequeña pero yo estoy exhausto y su peso suma una carga que me dificulta enormemente el ascenso. Zach está trepando algo más arriba, haciendo arduos esfuerzos mientras sujeta la muñeca de Tania, que se mantiene apoyada en un punto concreto de la estructura. Comprobar que el imbécil cobarde al que le ha sido encomendada se ha limitado a mantenerse alejado de todo bicho viviente hasta encontrar un hueco por el que poner a salvo a Tania ha sido, esta vez, un alivio. Pero no todo está ya hecho. Ella es más baja que yo y moverse de un sitio a otro le resulta mucho más complicado, además de la nula ayuda que tiene con su particular salvador, que se limita a tirar de su mano como en su día tiraba de la de Brianna para liberarla del grillete que la ligaba a mí.

—Vamos, Tania —la apremio al llegar a su lado.

Ella me mira, temerosa. Está empapada en sudor y las heridas aún le laten en la cara. Además está agotada.

La voz de un devastano irrumpe en la prueba, que aún no ha finalizado para lanzar una voraz advertencia:

—Solo queda lugar para un miembro del equipo azul. Daos prisa —concluye sonriendo.

Por un momento, la vacilación se prende en mí. Por todos los dioses, Edrych, si realmente eres un enviado de ellos, dime qué debo hacer. ¿Dejar que Zach salve a mi hermana o salvar yo a la pequeña Sabine? Si ese malnacido la rescata a ella, también él será libre y yo me habré condenado. Pero mi libertad y la de Sabine tendrían como precio la condenación de Tania. ¿Cómo cojones voy a escoger?

—Blaze... —murmura Sabine, que continúa aferrada a mi cuello—. No aguanto más.

Tomo aire y vuelvo a mirar a mi hermana.

—Resiste, Tania, por favor.

Ella sigue ofreciéndome el silencio por respuesta y, sin esperar nada más, sigo trepando con premura para evitar que las manos de Sabine se abran en una caída que, de un modo u otro, resultaría letal para ella. En pocos segundos rebaso a un fatigado Zach, que me mira como si hubiera visto al

mismísimo diablo pasar por su lado. Devuelvo la vista abajo y observo a mi hermana con la frente pegada sobre uno de los barrotes; está llorando, destrozada y vencida.

—¿En serio vas a ser capaz de salvar a esa cría a costa de la muerte de tu hermana? —me pregunta Zach, con esfuerzo.

Apenas me resta un metro para alcanzar la parte segura de la plataforma y yo me siento como un miserable al estar dudando sobre la necesidad de ayudar a Sabine. Solo tiene cinco años y en la fuerza con la que me sujeta, deja patente su confianza en mí. ¿Cómo puedo estar valorando la posibilidad de traicionarla? Fácil, porque al otro lado de esta asquerosa balanza está mi hermana de 12 años.

Zach me rebasa, tirando aún de Tania, cuya mano sangra.

—¡Vamos, joder! —la azuza.

—¡No puedo más! —grita ella, sollozando—. Me duele mucho el brazo.

—¡Sube, maldita seas! —sigue gritando él.

—¡Déjala! —exclamo yo, iracundo ante el trato que le está dispensando.

En ese momento percibo cómo las manos de Sabine empiezan a resbalarse, a tirar de mi piel.

—Blaze... —murmura.

Y yo sigo inmóvil, clavado, bloqueado. Sabine o Tania. Tania o Sabine.

Zach agarra a mi hermana del pelo y tira con fuerza, arrancándole un grito. De forma impulsiva, saco una daga del cinturón y se la clavo en la mano a él, que la suelta en medio de un patético quejido.

—¡Tania! —grito.

Mi hermana cae pero logra agarrarse y permanece sujeta algo más abajo, llorando aún e incapaz de alzar la mirada.

—¡Maldita puta! —grita Zach—. No moriré por tu culpa, ¿me oyes, zorra?

Sabine resbala y yo la agarro, dejando caer la daga y con una firme determinación trazada en la mente. No sé si sea obra tuya pero si es así, gracias, Edrych. Se acabó la sumisión, el cumplimiento de las normas a rajatabla. Subo como si en la parte superior de esta maldita plataforma estuviera esa libertad por la que tanto luchamos. Cojo a Sabine con un último esfuerzo y las manos de los otros niños la ayudan a subir hasta allí cuando se lo pido, pisando al fin un suelo que le ofrece seguridad ante las bestias que aún pueblan la arena y los propios devastanos.

—¡La has condenado, desgraciado! —me grita Zach—. ¿De veras te compensará verme morir si así arrastro a tu hermana? ¡Está muerta, Saukard!

Continúo bajando de regreso a la arena, ignorando las palabras de un pobre imbécil que se sabe muerto y que solo busca morir matando. Pero mis planes pasan por algo muy alejado.

—¡Aguenta, preciosa! —le pido a Tania al rebasarla durante el descenso.

Ella no se mueve y su mirada me hace temer lo peor pero no hay tiempo que perder y sigo deslizándome a través de los barrotes hasta que mis pies tocan de nuevo el polvo del coliseo. Recupero mi daga y corro entre la locura que aún se está llevando a cabo entre los participantes que luchan por llegar hasta la celda y treparla. No es fácil, ya que los cerberos y demás monstruos devastanos corren de un lado a otro, cortando el paso constantemente.

Me arrodillo ante el cadáver de un hombre y trago saliva al fijar mi mirada en el chiquillo que hay tendido a su lado con el estómago abierto. Mientras desato el brazalete rojo que ambos llevan en sus respectivos brazos, murmuro una oración. Que los dioses se apiaden de ellos, Edrych y que les concedan el descanso que, sin duda, merecen.

Me deshago de mi brazalete y tomo el del cadáver. Puede que solo hubiera lugar para un miembro más del equipo azul pero al rojo le queda otro más. Me vuelvo repentinamente cuando escucho un rugido y un impacto seco tras de mí: el rugido, uno de esos lagartos gigantes. El crujido, la espada de Axel partiéndole el cuello.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto.

—¿Ahora te vas a poner a charlar? ¡Vamos!

Cuando me levanto, me doy cuenta de que Brianna está ayudando a Tania a subir, mientras Lukas trepa por su lado a una mayor velocidad en el intento por darle caza a un iracundo Zach. Pero de forma inesperada, este se deja caer y arrastra a Brianna hasta el suelo. Lukas logra sujetar a Tania para que no caiga también y trata de asegurarla en un agarre más firme. Corro hasta allí, junto a Axel cuando vemos que Zach sujeta a Bri del brazo y la levanta en peso. Ella le golpea en la cara y esta vez, él se la devuelve. Brianna cae al suelo y Zach la busca, envuelto en una cólera nueva, forjada a buen seguro por el hecho de haberse quedado sin salvación. Está perdido, sabe que es su final pese a lo que fuese que los devastanos le prometieron y tratará de hacer, corrijo, de hacerme el mayor daño posible. Brianna sabe luchar y se defiende bien pero Zach agarra su daga la hiere en el rostro. Axel y yo aceleramos el paso al tiempo que Lukas se deja caer también desde la plataforma. Sujeta a Zach y lo golpea con furia, mientras Axel se detiene con Brianna, que sigue tendida en el suelo.

—Bri —grito yo.

—¡Ocúpate de Tania! —me responde Axel—. ¡Vamos, Blaze!

Su cuerpo me tapa a Brianna pero si mi amigo me apremia a ocuparme de mi hermana, deduzco que ha de estar bien. Corro hasta la jaula antes de que la otra participante, que acaba de llegar también hasta aquí, sujetando al niño, me dé alcance.

—Vamos, Tania —la apremio cuan llego a su altura. Le coloco también el brazalete rojo—. Solo queda un sitio y es tuyo.

—No puedo, Blaze.

—Sí puedes. Un último maldito esfuerzo y se acabó, ¿me oyes? Agárrate a mí, vamos.

Se me aferra y multiplicando el esfuerzo que hube de hacer con Sabine, asciendo lenta y dificultosamente. Pero también de manera constante y sin otro pensamiento en mi cabeza que la plataforma que acabamos alcanzando ante el grito crispado de mi rival. Ayudo a Tania a subir y ella respira, aliviada y sonriéndome.

—Te quiero —le digo.

—Yo también, Blaze.

—Yo también, Blaze —añade Sabine, con los ojillos novedosamente risueños.

Le sonrío y regreso abajo en el momento en el que Lukas le propina un puñetazo a Zach que da con él en el suelo, completamente K.O. Sin embargo, ni siquiera eso me genera regocijo cuando veo que Axel sigue con Brianna, que está tendida en el suelo con la cara ensangrentada. Me arrodillo junto a ella y le aparto el pelo.

—Bri, te pondrás bien —le digo—. Solo es un corte.

—Hay que llevarla a los complejos —me dice Axel—. Necesito parar la hemorragia.

—Hijo de puta —masculla Lukas.

Se vuelve y patea el cuerpo de Zach, que yace tendido sobre la arena, inconsciente.

—Tenemos, pues a los vencedores —interviene la voz del devastano.

—¡Él no era un miembro del equipo rojo! —grita la mujer, última participante con vida de ese equipo. Se sabía ganadora, supongo, pues el resto del equipo rojo ha muerto y a ella solo le faltaba llegar hasta la parte superior de la plataforma. Sin embargo me adelanté en una maniobra que nadie puede calificar de ilegal, simple y llanamente porque en estas malditas pruebas nada

lo es.

El devastano se acerca a ella y le hunde una daga en el cuello. El niño que la acompañaba grita y llora, despavorido pero entonces...

—¡No! —bramo yo.

La misma daga atraviesa el corazón del pequeño, que cae desplomado a su lado.

Yo sigo aún arrodillado junto a Brianna pero Axel no pierde más el tiempo ni espera más para incorporarse, cargar con ella y desaparecer de allí aun sin el permiso de nadie. Es uno de los vencedores de la última prueba, de modo que los devastanos no le harán nada. Aún. Lukas y yo tratamos de seguirle pero el propio Axel nos apremia a no hacerlo.

Mientras permanecemos en la arena, un devastano se acerca a Zach, que ya recupera la consciencia y trata de levantarse.

—Los perdedores —sentencia el devastano— deben morir.

Zach nos mira con desesperación pero Lukas tira su espada al suelo mientras se sacude las manos, dejando claro que no hará nada por ayudarlo. Yo doy media vuelta y después de dedicarle una última mirada a Tania, camino de regreso a la oscura puerta que nos trajo hasta aquí. Lukas no me sigue; quiere ver a Zach morir y pronto los gritos que dejo a mi espalda se tornan en un frío silencio. Segundos después percibo un brazo por encima de mi hombro y observo a Lukas, que también me mira; tiene sangre en la cara. Y no es suya.

Cuando estoy a punto de llegar al acceso de entrada y salida al coliseo, alguien me sujeta desde el graderío, donde las voces son ensordecedoras. Es Viglio.

—Es increíble que hayas sido capaz de llegar hasta aquí, muchacho —me dice—. Eres nuestra última esperanza, muchacho. Cruza el jodido puente y haznos libres por todos los que...

Un devastano me empuja y la muchedumbre en la grada ahoga la voz de Viglio mientras intenta hacerme llegar su particular mensaje.

Axel no nos ha indicado aún que podamos entrar pero yo no puedo esperar más. Lleva ya más de una hora con Brianna y necesito saber que está bien. Mientras camino hacia el camastro me cruzo con las mirada de reprobación

de los escasos supervivientes que me acompañarán al valle de Talka mañana al amanecer. Probablemente no se hayan tomado muy a bien mi maniobra para salvar a Sabine y Tania pero eso es, en este momento, lo que menos me importa.

Axel camina hacia aquí y me coloca la mano en el pecho, deteniéndome.

—¿Cómo está?

—Viva. Pero es mejor que la dejes sola un rato.

Avanzo, apartándole la mano a Axel.

—Blaze...

Y desoyendo su voz. A Bri me la encuentro de espaldas, sentada sobre el camastro y con la cabeza gacha, una cortina de cabello rubio y enmarañado ocultándole el rostro. Aminoro el ritmo y me arrodillo frente a ella. Alza la cabeza y me mira desde una frialdad que me sobrecoge. Un corte le atraviesa el rostro de lado a lado, arrancando desde la comisura de su labio, cruzándose en diagonal por debajo de su nariz y sesgando peligrosamente la piel cerca su ojo izquierdo hasta perderse en la sien.

—Todo pasa por algo —me dice con un hilo de voz—. He sido una imbécil.

—¿A qué te refieres? —le pregunto.

—La estúpida idea de que la gente no viera en mí a un chico en el cuerpo de una chica; la estúpida idea de que me vieran como a las otras muchachas. La estúpida idea de que me vieran bonita. Esto es un golpe de realidad.

—Esto es una herida causada por un hijo de puta. Nada más, Brianna.

Niega con la cabeza y vuelve a bajar la mirada. Yo me acerco más y sujeto su barbilla, alzándosela

—Mi madre solía decir que las cicatrices son mapas de supervivencia y superación.

Coloco mi dedo en el inicio de su corte, sin apenas rozarlo mientras los ojos de Brianna empiezan a encharcarse.

—Este mapa empezaría en un abismo insondable —murmuro mientras mi dedo pasea sobre sus labios entreabiertos y en silencio—. Un abismo en el que a uno no le importaría perderse. —Recorro el trazado de la herida, ascendiendo—. Y si sales con vida de allí, alcanzas una suave llanura —sus mejillas—, un lugar donde tomar debido descanso hasta dar, por fin, con el destino final: el cielo —sus ojos—. Un cielo donde el sol es la luz guía. No la apagues nunca, Bri. Porque entonces estaré perdido.

Aparto la mano cuando ella ya está llorando.

—Tendré esto en la cara toda la vida, Blaze. Axel dice que al curarse quedará una cicatriz. Y... cielos, tengo mil cicatrices en el cuerpo; nunca me ha importado eso pero en mitad de la cara solo hará que...

—Solo hará que sigas teniendo la cara más bonita del mundo —la interrumpo.

Sonríe con amargura.

—Dices eso porque eres mi amigo.

—Digo eso porque tengo ojos y puedo ver, Brianna.

—No eres objetivo, Blaze.

—Estoy enamorado de ti; no puedo ser objetivo.

Respiro al comprobar que mi nueva confesión, en la que llueve sobre mojado, le retira algo de amargura a su sonrisa. Se señala la cara con los dos índices.

—¿Aun así?

Me acerco más a ella, sujeto sus manos y las aparto de su cara.

—Abandonaste la seguridad de la plataforma para salvarle la vida a mi hermana. Y eso acabó generando esto. ¿Cómo crees que...?

—Eso habla de admiración, Blaze, de gratitud. No de amor.

—Hay mucho de gratitud y admiración en el amor, Bri. Hay algo que cambió la forma en la que te miro, la forma en la que te veo. Y puedo asegurarte que no es una cicatriz. Fue un beso.

Mato la distancia que nos separa y con todo el cuidado del que soy capaz mis labios rozan los suyos. La herida es aún muy reciente y ha de escocerle horrores. Brianna me abraza y sus miedos se derrumban. Observo a Axel y Lukas acercándose. Ella se aparta y se incorpora para abrazar también al primero de ellos.

—Siento haberte gritado —le dice.

—No tienes nada por lo que disculparte, Bri.

Axel la besa en la cabeza y le da un toquecito en la barbilla cuando ella se aparta. Lukas la toma de la mano.

—¿Sabes que hay algo increíblemente sexy en una chica con una cicatriz? —le dice.

Brianna ríe.

—¿En serio? —pregunta.

—Sí, por supuesto. Eres una guerrera y ya sabes que a mí no me van las damiselas.

—A ti te van todas.

Lukas ríe y los dos se funden en un abrazo. Él la sujeta por la cintura y le da una vuelta en el aire; la besa en la mejilla y vuelve a dejarla en el suelo.

—Lo hemos conseguido, chicos —zanja Axel—. Mañana llegaremos a Talka.

—No bajéis la guardia en la última noche —les solicito, incorporándome.

—¿Dormiremos juntos? —pregunta Brianna.

—No sabes qué hacer para tenerme al lado, ¿verdad preciosa?

Brianna ríe mientras Axel le da una colleja a Lukas.

—Tú, en un extremo y Bri, en el otro —le dice.

—Y tú, en medio, a su lado, ¿no, padre Axel?

—No, yo a tu lado, precioso.

Ver la cara de Lukas en este momento no tiene precio y el estallido de las carcajadas nos recuerda que cada uno de nosotros es un puerto para los demás al que regresar tras la tormenta. Las heridas en el rostro o en el cuerpo nunca serán mayores ni más profundas que las cicatrices del alma. Pero estamos vivos y aún somos capaces de sonreír. Otra derrota más para los devastados.

6 Separación

Hace rato que nos sabemos libres de nuestros perseguidores pero hemos continuado alejándonos, relegando la espesura e introduciéndonos de lleno en la peligrosa montaña. Cuando la niebla se dispersa, logramos ver unas elevadas cumbres que identificamos como las Alboradas; casi nos parece incierto estar tan cerca. La nieve cubre cada centímetro de tierra y se aferra por igual a las finas ramas de los escasos árboles desnudos que le plantan cara, soberbios, al temporal. Este ha amainado considerablemente pero los copos siguen descolgándose del cielo, mientras el viento sopla a ráfagas.

Me vuelvo al escuchar un sonido sordo y compruebo, entonces, que Axan ha caído de rodillas sobre la nieve. Regreso sobre mis pasos y me agacho a su lado, alzando su cabeza. Le sangra la nariz y de pronto, una sombra oscura se dibuja debajo de sus ojos verdes. Le aparto el pelo de la cara y compruebo que está ardiendo.

—Axan... —murmuro—. ¿Puedes seguir?

Asiente y trata de esbozar una sonrisa.

—Estoy bien —responde él, incorporándose—. No estoy acostumbrado a un frío tan riguroso. Nada que ver con Dogma. Eso es todo.

—Dudo mucho que aquí vayamos a encontrar algún sitio donde refugiarnos. Tienes que aguantar un poco más. En las Alboradas ha de haber algún campamento elementalista.

Él se limita a asentir de nuevo y a continuar avanzando penosamente mientras yo lo observo, en absoluto convencido de sus posibilidades si las cosas continúan así. No lo ha mencionado pero sé que la invocación del Vórtice también suma a su ya debilitada situación. Observo cómo invoca una frágil espiral de fuego que lo rodea, ofreciéndole algo de calidez pero la precariedad de su estado es tal que el fuego se extingue lentamente y él se detiene. Camino hasta su lado.

—Axan...

—Sigue tú —me dice.

—¿Qué? —exclamo absorto.

—Es absurdo que hayamos llegado hasta aquí para nada. Continúa hasta las Alboradas.

—No pienso dejarte aquí.

—Nazam, escucha...

Pero no hay nada que escuchar. Lo agarro como un saco de patatas y cargo con él a los hombros ante su escasa resistencia por que lo deje. Acelero el paso cuando percibo su cuerpo en peso muerto sobre mí; sé que ha caído inconsciente y mis piernas sacan chispas, caminando hacia ninguna parte cuando la inquietud por su destino me recuerda que su salud se apaga.

La niebla que por momentos permite distinguir las cumbres en la lejanía se espesa de nuevo y por un momento tengo la sensación de estar dando vueltas pero me obligo a caminar; puede que con rumbo hacia ninguna parte pero la sensación de quedarme quieto cuando Axan se muere me destrozaría, así que me limito a andar, andar y seguir andando.

Pierdo la noción del tiempo pero la luz del día declina tras las montañas y yo solo puedo respirar cansancio. Tengo las manos congeladas, los dientes me castañetean y casi no puedo mover ni un solo músculo de la cara. La tormenta arrecia al final de la jornada y todo cuanto se abre ante mí es nieve, nieve y más nieve. Me detengo junto al grueso tronco de un enorme árbol y abrazo a Axan con fuerza, mientras prendo un vigoroso fuego que nos da calidez. Para mí puede resultar suficiente un rato frente a las vivas llamas que bailan seductoras pero Axan necesita algo más. Su respiración apenas se percibe; en horas, no ha despertado de su inconsciencia y los espasmos se confunden con el temblor que lo azota. Es ridículo que dos elementalistas vayan a morir en medio de una montaña, sin plantar cara a los devastanos y vencidos únicamente por el frío y la nieve pero supongo, Edrych, que esto no es más que un duro recordatorio: dominamos los elementos, somos capaces de invocar tormentas, de utilizar runas de agua, fuego, aire y tierra pero la madre naturaleza siempre estará por encima. No podemos hacer nada ante una tormenta que ella convoque ni eliminar el frío en una tierra gélida. Aprendamos cuanto aprendamos y sean cuales sean nuestros coeficientes, hay algo o alguien que siempre estará por encima de nosotros, una realidad que, necesariamente trae a mi memoria lo que Elonia dijo esta tarde, lo que dijo el propio Candace: convertido en un elementalista, un diluviano carece de utilidad y poder. ¿Y si no hubiera aprendido a utilizar los otros tres elementos que equilibraban el mío natural? No tengo ni idea de cuál era pero con él hubiera sido capaz de cosas que nunca lograré con el dominio de los

cuatro. Paradójico.

Acaricio el rostro de Axan y no puedo evitar pensar en dónde estaría si nuestros caminos no se hubieran cruzado. Dogma seguiría en pie, eso seguro. Puede que nadie viese en aquella academia garantías para afrontar el Vórtice con él y continuase allí, siendo un estudiante de último año al que solo le restaba licenciarse. O puede que alguien se hubiera dado cuenta de su enorme valía y ya estuviese destinado a algún campamento elementalista. Pero estar a mi lado lo ha llevado a un destino muy distinto.

—Axan... —murmuro, tratando de despertarlo.

Su respiración sigue apagándose pero no hay nada que yo pueda hacer y, por primera vez en mi vida, la impotencia me aterra. Me incorporo, dejándolo tendido en la nieve, junto al fuego. Lo miro con desesperación y el bloqueo en mi cabeza es incapaz de encontrar una solución.

Entonces escucho un crujido seco en la inmensidad de aquel lugar y me vuelvo, desenvainando. Un fulgor azulado se acerca y no tardo en comprobar que es la figura de un hombre, sosteniendo ese débil resplandor que batalla contra la creciente oscuridad. Me tengo al comprobar que es Candace.

—Delatarme fue una mala idea —me dice.

El orgullo me clama por responderle. Delatar a un prófugo es lo mínimo con lo que hemos de cumplir pero dado que ahora mismo nosotros dos somos algo bastante parecido, prefiero ahorrarme la respuesta fácil. Además, el estado de Axan apremia, así que dejo a un lado, no solo el mencionado orgullo, sino también la soberbia.

—solo queríamos advertir en Ymparta de la traición de Rubik —me justifico.

No puedo dejar de volverme para observar a Axan, necesitado de constatar que su pecho sigue subiendo y bajando, por poco que esto se perciba. Consciente de mi impaciencia, Candace alza su mirada por encima de mi hombro.

—¿Qué le pasa a tu amigo? —me pregunta.

—No se encuentra bien.

—Puedo ayudarlo —me dice, tras un largo silencio.

—¿Y por qué ibas a hacerlo? Hemos querido entregarte.

—Y habéis acabado perseguidos por los elementalistas, según me ha contado Elonia. Al fin y al cabo, sois prófugos, como yo.

—No somos... —me interrumpo. Supongo que a efectos prácticos sí lo somos. Y la gran prioridad ahora pasa por ayudar a Axan. Sin embargo, eso

no debe hacerme perder las cosas de vista:

—¿Cómo sé que no querrás entregarnos tú ahora esta vez?

—No tengo ningún interés en servirles ni ayudarles, ya te lo dije. Y siendo un diluviano privado de su poder, no debería resultarte tan difícil entender por qué.

Vuelvo a mirar a Axan y trato, rápidamente de valorar la situación.

—No tiene muy buena pinta —me dice Candace—. Si no actúas deprisa, podría ser tarde.

—De acuerdo —zanjo. Me detesto por un segundo; nunca he sido tan fácilmente influenciable pero supongo que ahora no tengo alternativa.

Aunque ya no se ve nada, mantengo la mirada pegada a los cristales de la cabaña de Candace. El temor a que los elementalistas aparezcan me sume en una apremiante inquietud. Me llevo la mano a la cara y me apoyo con la otra sobre el alféizar. ¿En qué momento hemos pasado de convertirnos en elementalistas y graduarnos en la academia para unirnos a la lucha contra los devastanos a huir de los propios elementalistas? ¿Cómo han podido torcerse tanto las cosas? Supongo que para muchos de ellos, creer en la traición de Rubik resultará tan complicado como inicialmente me lo pareció a mí.

La madera del suelo cruje a cada paso que doy, nervioso. Candace me pidió que me mantuviera alejado de la habitación mientras él trataba de ayudar a Axan y así lo estoy haciendo pero el tiempo pasa y no tengo la más mínima noticia de qué está sucediendo.

Apoyo la cadera en una cajonera y me cruzo de brazos, reteniendo las ganas de erguirme y mostrar mi desesperación cuando el elementalista, si es que aún puedo calificarlo así, aparece con el rostro empapado en sudor y las manos manchadas de sangre. Me tenso al instante pero no llego a expresarlo ni a decir nada, tal es mi nivel de bloqueo.

—Ese muchacho no está bien —observa Candace—. Es decir, él...

—Se está muriendo. Lo sé. ¿Cómo se encuentra ahora? —pregunto, tratando de desterrar mis propias palabras.

—No sé decirte... La fiebre ha remitido y no está tan débil pero... su salud es muy precaria. No debería permitirse que personas así sigan la instrucción en las academias —concluye, mientras se limpia las manos con calma.

—¿Personas así? —pregunto, absorto.

—Se supone que las academias preparan guerreros. Ese joven podría vivir mucho más sin el desgaste de las invocaciones.

Niego con la cabeza.

—Esta es su forma de vida. Esto es vivir para él: luchar, aportar, dejar su impronta de algún modo.

—Muy digno, chico pero a los ejércitos elementales les aportará poco y a él mismo... en fin.

—Elonia dijo que te marchaste de Ymparta cuando iban a castigarte arrebatándote tu condición de elementalista por querer llevar hasta allí lo que ya se estaba haciendo en Zundrak. ¿Qué es?

Candace deja el trapo con el que se ha limpiado las manos sobre la mesa y suspira, con aire de cansancio. Toma asiento en la misma mecedora en la que lo vimos por vez primera hace apenas unas pocas horas, esta misma mañana; parecen días enteros.

—Zundrak cuestionaba la necesidad de instruir a diluvianos. Ellos eran más poderosos que los elementalistas pero los instructores de las otras cuatro academias insistían en la necesidad de que los otros tres elementos equilibrasen a aquel que los hacía más poderosos. Así lo habían establecido los dioses en los orígenes.

—Eso es lo que siempre he tenido entendido.

Candace asiente.

—Son pocos, muchacho. Y aunque tarde, aprendimos que los diluvianos eran más fuertes que los elementalistas. ¿Podemos estar en lo cierto si les arrebatamos aquello que los diferencia?

—¿En Zundrak no lo hacían?

—En Zundrak se abogó por respetar a los diluvianos.

—Pero ahora es la peor academia de las cinco, según tengo entendido. No parece que vuestro propósito diera muy buenos resultados. Los dioses prohibieron el dominio de un solo elemento y puede que centraros en los diluvianos os hiciera olvidaros de los elementalsitas. No todos los que quieren aprender a dominar los elementos son descendientes de los zyklos y parece que a estos, los habéis convertido en alumnos mediocres. Rubik dijo que...

Guardo silencio mientras Candace me mira. ¿Doy crédito a lo que me dijo un traidor? No sé qué pensar; él fue también el que informó a los elementalistas de que en Dogma no había supervivientes. ¿Pensaría acaso que

todos habíamos muerto? Lo cierto es que Elonia, quien nos puso al corriente sobre la traición de Rubik, tampoco ha demostrado ser alguien de gran confianza, pues ha sido ella la que ha inventado una patraña para que los clientes de la taberna quisieran lincharnos a Axan y a mí. Cinco elementalistas entre ellos.

Resoplo y me dejo caer sobre una silla. No tengo ni la menor idea de en quién confiar, a quién creer. El druida siempre ha estado ahí, cuidándome de alguna manera o al menos es como yo lo he sentido desde que era un crío resabiado con el mundo que llegaba por primera vez a una academia elementalista, en Lonoa. Ni he tenido tiempo para procesar la información ni tampoco tiempo para lamentarme de la supuesta traición pero de ser esta cierta, resultaría totalmente decepcionante.

—¿Qué te une a Elonia? —le pregunto a Candace. Necesito conocer cuáles son sus intereses y qué persigue ella, qué la mantiene trabajando en una taberna que ella misma califica como lugar de paso para elementalistas.

—Ella me ayudó a ocultarme cuando huí de Ymparta. Si escasos son los diluvianos que quedan, tanto o más lo son los druidas. La mayoría fueron asesinados, ya lo sabes.

—¿Y qué la mantiene aquí? —insisto.

—Diluvianos —murmura, mirándome—. Encontrarlos.

—¿Y para qué? ¿Convertirlos en elementalistas?

Candace sonríe.

—No es poco —me dice.

—No... —respondo yo, en absoluto convencido ya—. Supongo que no.

—Elonia piensa que yo podría ser capaz de instruir a un diluviano, de potenciar su elemento y convertirlos en guerreros válidos para la lucha contra los devastanos. Pero al margen de los propios elementalistas, que jamás aceptarían algo así.

—¿Y qué crees tú? —añado, tras un largo silencio.

—No lo sé... Domino los cuatro elementos pero... siempre lo hice en equilibrio a pesar... de ser un elor.

—¿Un elor?

—Un diluviano, cuyo elemento de origen era el Agua.

—¿A ti también...?

—A mí también me convirtieron en un elementalista. Lo cierto es que llegué a Ymparta con apenas seis años y sin tener la menor idea de qué era. Si lo hubiera sabido, nunca hubiera permitido que me arrebatasen lo que era

mío. Aunque lo establecieran los mismísimos dioses.

El elementalista se pone en pie con gesto abatido y se encamina hacia el pasillo. Alza la cabeza y me mira:

—No juzgues tan duramente a Zundrak y a sus alumnos.

Tras verlo desaparecer, me armo de valor y camino hasta la habitación en la que Axan descansa. Un vacío extraño me atenaza cuando cruzo la puerta tras la que se encuentra. Está tendido en la cama, con los ojos cerrados y el pelo pegado a la frente; ni rastro de esa sonrisa socarrona; ni rastro del verde hipnótico de sus ojos; ni rastro del más mínimo gesto de complicidad. Lo observo, acercándome y es como si estuviera... muerto. A medida que las distancias con él se recortaban en Dogma, tuve cada vez más claro que no quería que ese inexorable momento llegase; ahora que lo veo emulándolo, un temor me arrastra y amenaza con volverme loco.

—Axan...

Sacudo con delicadeza su hombro y entreabre los ojos, sonriendo entre espasmos.

—Joder, después de todo lo que has pasado en Dogma ¿te va a tumbar la fiebre?

Niega con la cabeza.

—Solo necesito un poco de descanso —murmura—. Solo eso... ¿Dónde estamos?

—En la cabaña de Candace.

Hace ademán de incorporarse, alarmado pero coloco mi mano sobre su pecho y lo obligo a mantenerse tumbado.

—Todo está bien. La druida no está aquí y el elementalista no parece tan malo...

—Quisimos delatarlo...

—Y aun así, te trajo hasta aquí y te ha sanado. He estado hablando con él, cosas de las que te pondré al corriente cuando te recuperes. Pero ahora tienes que descansar.

Axan me sujeta de la pechera y tira de mí hasta tumbarme sobre él. Me besa y solo ahora recuerdo lo mucho que lo necesitaba. Desde que abandonamos Dogma todo ha estado del revés, sin tiempo para nosotros dos, un tiempo que se nos agota y que necesito cada vez más.

—Te diría que te acuestes aquí conmigo —me susurra al oído— pero no quisiera que también tú acabes con fiebre.

—Eso no me importaría pero ¿te imaginas la cara del elementalista si por

la mañana me descubre entre tus sábanas?

—Eso no me importaría a mí.

Lo beso en la frente y me incorporo, soltando su mano despacio.

—Descansa.

—Nazam...

Me vuelvo, ya sujetando el pomo.

—Te quiero.

Sonrío.

—Yo también.

Abandono la habitación y cierro la puerta. Camino despacio, de regreso a la sala principal y allí me detengo, mudo: un devastano.

Echo el ojo a la espada que hay sobre la mesa, la mía, e interiormente me reclamo por bajar la guardia. Nunca he sido tan sumamente descuidado. Pero la suave voz del devastano, trata de disuadirme en mi idea.

—No hace falta que blandas ningún arma, Nazam.

Supongo que no ha de sorprenderme que conozcan mi nombre pero lo cierto es que me eriza la piel percibir esa familiaridad en un timbre de voz tan vacío.

—Creí que no podíais acceder hasta aquí.

Casi puedo imaginar la sonrisa bajo su capucha oscura.

—¿Cuándo vas a entender que eres nuestra llave de entrada a sitios imposibles? No es tan fácil dejar atrás el pasado, Nazam. Hoy eres un devastano y mañana no. Las cosas no funcionan así y lo mínimo que Urian espera de ti es gratitud por todo cuanto te dio.

—Gratitud... Por convertirme en un asesino, entre otras cosas igual de miserables.

—Gratitud por hacerte formar parte del bando vencedor.

—No seréis vosotros —afirmo, con tal vacío en el convencimiento de mi voz que hasta él ha de haberse dado cuenta.

—Uno no puede dejar de ser lo que fue, Nazam. Puedes enterrar tu pasado, olvidarlo, ocultarlo. Pero no eliminarlo. Siempre serás uno de los nuestros. Y los sabes.

Da media vuelta y se marcha de forma sigilosa, abriendo la puerta y sin que Candace y mucho menos Axan se hayan percatado de su llegada. Elonia dijo que nunca encontraríamos este sitio y, ciertamente, por nosotros mismos nunca lo hubiéramos hecho, al menos no de forma natural. Pero un devastano se ha presentado aquí, tal y como ya sucedió en las academias, dejándome

claro que allí dónde yo esté, ellos siempre podrán llegar; recordándome de forma inexorable que siempre fui y siempre seré uno de ellos.

7 El lado débil

Alzo una ceja mientras observo el panorama que he dejado en el camastro. Brianna duerme con la cabeza apoyada sobre el brazo de Axel, mientras que la mano de Lukas descansa sobre uno de sus pechos. La sujeto con cuidado y la desciendo hasta el abdomen. «Mucho mejor».

Recojo mis dagas de manera silenciosa y ahogo un grito al darme la vuelta y topar con Kaleria.

—Joder, ¿qué demonios haces? —murmuro.

—No, ¿qué haces tú? ¿Adónde crees que vas?

—A mi casa. Volveré antes del alba.

—A tu casa... ¿a qué?

—A comprobar que Megan y Tania están bien. Esos bastardos aseguraron que liberarían a los críos que salvamos pero sobra decir que su palabra no es muy fiable. Y en cuanto a mi otra hermana... si Tania estaba aquí es porque algo le hicieron a Megan. Quiero asegurarme de que está bien.

—Si te pillan saliendo de aquí, te matarán. Y adiós a todo.

—Entonces vete a dormir, deja de hacer ruido y confía en mí.

Kaleria niega con la cabeza.

—No irás a ninguna parte.

—No pienso cruzar el jodido puente sin saber que mis hermanas están bien.

—En ese caso, yo iré a verlas.

—¿Tú?

—Sí, yo. Siempre es preferible que me capturen a mí en caso de que las cosas salgan mal a que lo hagan contigo.

—Ni hablar. No pienso permitir que te arriesgues.

—Lo que yo no pienso permitir es que tú arriesgues la paz de Asthais por ir a ver a tu hermanas. O voy yo o te quedas sin saber cómo están. Tú decides.

Suspiro, exasperado ante la férrea testarudez de Kaleria. Sé perfectamente que no puedo hacerla ceder y aunque no quiero ponerla en peligro, tampoco puedo irme sin saber que Megan y Tania están bien.

—Volveré antes de que salga el sol —concluye, sin necesidad de que yo pronuncie una sola palabra más—. Si no lo consigo, encontraré el modo de hacerte llegar la información que requieres.

—Kaleria... —la llamo cuando se iba—, gracias.

Se da la vuelta de nuevo y desaparece. Suspiro, preocupado y tomo asiento junto a Lukas, que no tarda en darse media vuelta y echarme la mano encima. Genial.

Me despierto sobresaltado cuando a Lukas se le cae la espada.

—Lo siento —me dice.

Axel también está en pie, guardándose las dagas en el cinturón.

—¿Dónde está Brianna? —pregunto.

—Ha ido a lavarse la cara en la alberca —responde el propio Axel—. Nos vamos en pocos minutos.

—¿Y nadie pensaba despertarme?

—Estabas tan mono... —responde Lukas, con sorna.

Me levanto sin mediar palabra y sin atender a los llamamientos de Axel y Lukas. El sol despunta ya en el horizonte y aún no sé nada de Kaleria, así que acelero el paso hasta abandonar los pasillos y salir fuera. Reprimo un escalofrío; hace ya mucho tiempo que la luz del sol no calienta de forma agradable; solo quema en los días más bochornosos y apenas se convierte en una cruel tentación de lo que antaño fue en los días más fríos.

Y entonces la veo: El cuerpo de Kaleria se balancea en la soga que se aferra alrededor de su cuello. Sus ojos oscuros permanecen abiertos de par en par, sin expresión, sin brillo. Tiene la cara golpeada y la ropa manchada de sangre, una aterradora visión que cobra intensidad con las dos letras que lleva trazadas en la camisa sucia: OK.

Me llevo la mano a la frente y exhalo aire, como si así fuera capaz de expulsar también el horror de lo que veo y el sentimiento de culpa para conmigo mismo.

Cuando me doy cuenta tengo a los muchachos a mi lado; Brianna incluida.

—¿Qué ha pasado?—pregunta Axel, sin dejar de mirar a Kaleria.

—Es evidente que la han matado —responde Lukas.

—¿Pero por qué? Ayer superé la última prueba igual que todos nosotros.

Regreso dentro a buscar el resto de mis pertenencias. No me apetece lo más mínimo asistir a esta conversación en la que los muchachos tratan de dar con la causa que ha llevado a Kaleria a la muerte, mientras yo me hundo en el pozo de la culpa. Tanto la propia Kaleria como Druksen aseguraban que mi condición de diluviano me convierte en alguien primordial para el desarrollo de la guerra y, por tanto, mi presencia en el Norte se hace más que urgente pero ¿cuántas vidas va a costar eso? Además de aquellos que dejo atrás en la Sanguinem Fratrís, ¿también voy a tener que sumar las vidas de personas inocentes que luchan por mí? Esto es demasiado, Edrych. Y lo único positivo que saco de esta basura es que Megan y Tania están bien; o al menos eso quiso transmitirme Kaleria antes de morir.

Cuando bajo del carromato, siento pinchazos en las piernas. Ignoro el tiempo exacto que hemos pasado aquí metidos pero abandonamos los complejos devastanos al alba y ahora, el sol languidece buscando refugio en las montañas.

El espacio durante el viaje ha sido angosto, como de costumbre pero ahora solo me acompañaban mis tres amigos y otros tres desconocidos, supervivientes también en la Fratrís: dos hombres fornidos y una mujer de color.

Atrás han quedado los complejos devastanos y, frente a nosotros solo el valle de Talka, muy distinto a lo que imaginamos desde Targon. La ciudad se divisa desde la colina, convertida en un pequeño reducto de piedra y arena. Cuando tomas asiento en la ribera del río, alzas la mirada hacia este sitio, imaginando una tupida alfombra de hierba verde, antesala al camino hacia la libertad. Sin embargo, todo aquí está tan seco y podrido como en la propia Targon y, pensado fríamente, no hay razón para creer que aquí las cosas iban a ser mejores. Esto es el Sur y todo está devastado.

Avanzamos a pie a través del escarpado sendero que ha de llevarnos al Yndoria. Nada en la expresión de Bri, Axel y Lukas delata su sentir pero en lo que a mí respecta, los nervios se agolpan en mi estómago como pequeños duendecillos que saltan. Nos cruzamos con algunos devastanos, pues de todos es sabido que el valle está vigilado desde hace mucho tiempo, razón

que impide a los elementalistas seguir llegando hasta aquí a través del único acceso posible.

Brianna me da la mano y cuando la miro, me sonrío. Aún tiene la cara llena de golpes causados por las distintas pruebas en la Fratrís; heridas y cortes, aunque ninguno tan llamativo como la cicatriz que le cruza el rostro, incapaz de afearla lo más mínimo. Le devuelvo la sonrisa y aprieto más fuerte su mano cuando al fin alcanzamos la parte más elevada de la loma y lo tenemos frente a nosotros: el Yndoria.

Su fuerte estructura se pierde entre las nubes, como si fuera una entra al cielo. Desde aquí puedo ver que la madera que conforman sus tablones está grabada con multitud de detalles que suponen un laborioso trabajo. Siempre había oído del Yndoria que fue construido por dioses o titanes, por mil tipos de criaturas diferentes, ninguna de las cuales se mueve entre nosotros y la existencia de las cuales ponemos continuamente en entredicho pero visualizar lo maravilloso de la pasarela del puente, hace evidente que no es un simple ser humano quien lo ha construido. Su pasarela es estrecha y una cuerda plateada hace las veces de pasamanos. A pesar del viento que sopla aquí arriba, el puente colgante apenas se mueve, aunque supongo que la parte central ha de ser más susceptible de ello. Hace falta un día con su noche para alcanzar el punto intermedio del Yndoria e imaginar la sensación de estar allí me genera un vuelco en el estómago porque ha de ser algo parecido a caminar por el cielo.

La visión de un devastano cruzándose frente a nosotros y tapándonos la visión del puente, me saca de mis pensamientos. Es un convertido.

—Marcharéis de dos en dos —nos dice—. Cada pareja tendrá media hora de ventaja con respecto a la anterior. Dado que una de las últimas participantes fue castigada anoche... uno de vosotros partirá solo.

Pensar en Kaleria amenaza con hacerme un nudo en el estómago pero trato de desterrar su imagen; ahora no puedo permitírmelo.

—¿Y en base a qué se decidirá quién marcha antes o quién después? —pregunta Axel.

—En base a lo que yo diga.

Lukas sonrío mientras niega con la cabeza.

—Seleccionaré a uno de vosotros y ese uno escogerá un acompañante. Recordad que solo dos llegarán al otro lado.

Camina paseando entre nosotros y dejando claro que no se regirá por nada de lo visto en la Fratrís, sino por un simple capricho.

—Tú.

Escoge a uno de los hombres que nos acompañaban, que sonríe y no lo duda a la hora de marcharse solo. Al igual que yo, el hombre portaba un grillete en el cuello, distinguiéndolo como un prisionero. Sin más dilación, empieza a cruzar el Yndoria y pronto su silueta se pierde entre las nubes que engullen el puente, tal es la altura a la que está situado.

—Tú.

El segundo elegido es Axel, que se vuelve y nos mira.

—Llévate a Blaze —responde Lukas, en voz baja—. Es importante que llegue.

Niego con la cabeza.

—Llévate a Bri —repongo yo.

—Nada de eso —se queja ella.

El hombre que queda pone los ojos en blanco, exasperado. Supongo que su pensamiento interno es que si nadie quiere ir, él se apunta; al fin y al cabo, partir en segundo lugar es todo un logro.

—Hay que ser prácticos —vuelve a decir Brianna—, Lukas tiene razón. Debe ser Blaze quien lo haga. El hecho de que tú llegues al otro lado puede suponer la diferencia.

—¿A costa de que vosotros no lleguéis?

—Sabremos hacérselo, Saukard; no llegar al otro lado, no implica morir —repite Lukas.

Valoro interiormente la opción pero no me convence lo más mínimo; ya he visto morir a demasiadas personas por mí. Incluir a Lukas y Brianna en esa particular lista es algo que no soportaría. Sin embargo, el devastano nos saca del dilema cuando ve que Axel me echa el brazo por encima del hombro.

—Él no puede ir —dice.

—¿Por qué no? —pregunta Axel.

—Porque es el seleccionado para partir en último lugar.

Sonrío. ¿Cómo no lo había previsto?

Lukas se dispone a reclamar algo pero lo sujeto del brazo y tiro de él.

—Sabes de sobra por qué lo hace, así que no te expongas inútilmente. Axel, llévate a Brianna.

—No voy a irme —espeta ella.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunta Lukas—. ¿Quedarte aquí?

—Yo cruzaré con Blaze.

La miramos los tres como si hubiera dicho un disparate.

—No voy a arriesgarte de ese modo. Tú cruzarás con cualquiera menos conmigo, antes incluso con ese tipo —añado, señalando con la cabeza al desconocido.

—¿Es mucho pedir que os decidáis de una jodida vez? —reclama este.

Axel y Brianna se miran, como si fueran capaces de mantener su propia conversación sin palabras y yo cierro los ojos, resignado cuando los labios de él pronuncian un nombre:

—Lukas.

El interpelado lo mira, sorprendido. Después nos devuelve la atención que el propio Axel nunca nos ha quitado en ningún momento. Da un paso al frente y extiende los brazos.

—Acercaos —nos pide.

Lukas se aferra a él y luego Brianna y luego yo. Conformamos otro de esos improvisados corros que tantas veces nos han servido para dar rienda suelta a los anhelos, a las confianzas, a mil cosas que debían recordarnos que estamos juntos pase lo que pase.

—No voy a prolongar esto en un drama absurdo —dice Axel—. Nos vemos al otro lado.

Lukas sonrío y me mira. Pero yo no puedo devolverle el gesto cómplice. Los abrazos y los besos sellan la despedida, aunque aún nos queda media hora para esta juntos, el margen que han de darle a la anterior pareja.

—Tú.

El devastano sigue seleccionando participantes para que escojan a quien afrontará con ellos el cruce del Yndoria. Me lamento al comprobar que no es Brianna y supongo que tampoco es difícil explicar por qué. Saben que ella es mi debilidad aquí dentro y su juego macabro establecerá que crucemos juntos porque sea lo que sea lo que tienen planeado durante el trayecto para atravesar el Ynodria, querrán que sea ella quien me acompañe, quien sufra, quien me vea sufrir.

Aunque puede que sus planes no salgan bien, algo que curiosamente no me tranquiliza. El seleccionado escruta a Brianna y la señala con un gesto.

—Ella.

—No —repone Bri de inmediato—. No voy a cruzar contigo.

—Te he escogido.

—Pues piénsalo bien porque cruzar el puente ya es lo suficientemente jodido como para hacerlo con alguien que tratará de tirarte de él a cada paso.

El hombre sonrío y solo ahora me doy cuenta de que es aquel que la

devoraba con la mirada en la alberca. En circunstancias normales no temería que pueda intentar algo con ella porque Brianna está capacitada para romperle la cara a tres de cada cuatro hombres, pero no debo obviar el hecho de que este tipo ha llegado hasta la última prueba en la Fratrís devastana, y eso lo convierte en alguien sumamente peligroso.

—Vamos —lo azuza Axel, escoge a otro.

—No quiero escoger a otro —repone él.

—No cruzarás con ella —interviene Lukas.

—¿Y quién me lo va a impedir? ¿Tú?

Observo a la mujer que queda sin que nadie la haya elegido. Sin duda sería una buena compañera, alta, robusta, de brazos musculados y pétrea expresión. Pero en este momento no valoro otra cosa que no sea cruzar con Brianna, una complexión mucho menos corpulenta, más delgada y pequeña pero una garantía, sin lugar a dudas. Además, no pienso dejarla cruzar con ese cerdo que la miraba... ¿como yo? No, como yo no. Él no está enamorado de ella.

—No cruzarás con ella —intervengo al fin.

—Qué codiciada la rubita... ¿Quién me la disputa?

—Yo —interviene ella misma, situándose frente a él.

Axel, Lukas y yo nos miramos. Siempre hemos confiado en su capacidad pero a la mínima saltaremos. Una mínima que no llega. Brianna le asesta tal puñetazo al pobre diablo que cae al suelo con la mandíbula desencajada y la sorpresa dibujada en unos ojos abiertos como platos.

—Entiendo que quieras cruzar conmigo —añade ella— pero yo necesito algo más.

—En tal caso, cruza con el niño —espetea él, henchido en ira—. No me acercaría a una zorra como tú ni por accidente; menos aún con esa horrorosa cicatriz partiéndote la cara.

Brianna nos sujeta a Axel y a mí de sendas manos, deteniendo nuestra embestida.

—No perdamos más el tiempo, chicos —nos dice—. Nuestra prioridad no pasa por mantener estúpidas riñas aquí con futuros cadáveres.

Para nuestra sorpresa y como no podía ser de otro modo al estar sujetos Axel y yo, es Lukas quien le asesta un nuevo puñetazo a aquel hombre, que sigue tendido en el suelo, ahora escupiendo sangre.

—Ten cuidado con lo que dices porque puede que no sea el Yndoria el que acabe con tu vida —le advierte.

Brianna sonríe y nos suelta. Se acerca a Lukas y lo sujeta del brazo, apartándolo de all . Fin de la disputa.

Axel y el propio Lukas se apoyan sobre una roca y tratan de calmarse, mientras yo me siento tras de ellos, espalda con espalda. Bri me sigue. La sujeto de la cara y la beso sin importarme si quiera que mis dos amigos están mirando; a buen seguro, Lukas riéndose; Axel, palideciendo por momentos. Después, mantengo mi frente pegada a la suya, con los ojos cerrados.

Ella sonríe.

— A qué ha venido eso?

— Necesitas que te lo explique? —pregunto, apartándome un poco y sin dejar de acariciarle el pelo.

Niega con la cabeza.

—No me acostumbro a... que t  y yo... a sentir estas cosas en el estómago cuando est s cerca.

Le dedico un largo silencio hasta volver a hablar:

—Tal y como Lukas dijo, no cruzar no significa morir... aunque no estoy muy seguro de qué signifique cuando est s sobre un puente colgante desde el que no ves el suelo... Pero sea lo que sea, mi prioridad es mantenerte con vida. Quiero que lo sepas.

—Tu prioridad ha de ser cruzar, Blaze.

—Esa es mi tercera prioridad.

— Y la segunda?

Me echo hacia atrás, colocando la cabeza sobre los hombros de Axel y Lukas.

—Que estos dos también vivan.

Lukas me da un beso en la frente y me aparta de un empujón ante la carcajada de Axel.

—No s  exactamente cómo —responde Brianna—. Somos cuatro y solo dos han de poder llegar pero lo lograremos. Todos.

La espera se hace exasperante. Hace ya una hora desde que Axel y Lukas se adentraron en la pasarela del Yndoria y media desde que lo hicieron el imbécil y su acompañante. Ahora nos toca a Brianna y a mí. Mientras ella

pisa por primera vez los tablones del Yndoria, yo le dedico una última mirada a los tres devastanos que se han mantenido allí en todo momento con nosotros, en silencio: uno de verdad y dos convertidos. Al auténtico solo le distingo el brillo en unos ojos oscuros, ocultos bajo una capucha. No distingo nada en su expresión pero sé que se está riendo y sé también que el auténtico juego empieza ahora.

Pongo el pie derecho sobre la estable y fuerte madera del puente y avanzo tras los pasos de Brianna. El Yndoria es tan estrecho que los dedos de mis dos manos se deslizan sobre las cuerdas que conforman el pasamanos, dejando claro que si extendiendo los brazos, la longitud sería mayor que el ancho del propio puente. Eso suma al vértigo. No tardo en darme la vuelta y comprobar que las nubes impiden ya la visión de las Alboradas del Sur. Ahora es, como preveía, caminar a través del cielo. Apenas se atisban unos pocos metros por delante y por detrás, como si el puente fuese una diminuta pasarela de madera colgando en el aire pero de todos es sabido que su extensión es quilométrica. No puedo dejar de maravillarme con los grabados que cubren cada centímetro de su tersa superficie; animales de todo tipo, muchos de los cuales no he visto en mi vida y probablemente, ni siquiera existan. Quizás lo hayan hecho alguna vez o puede que solo sean creaciones de la enrevesada mente de un dios. O un titán. O quién sabe qué criatura.

Alzo la mirada al cielo y casi puedo distinguir tus ojos, Edrych. No me olvido de ti aunque no te mencione; cada paso, cada palabra, cada gesto que hago es por ti. Tu llegada ha desembocado en esto y he llegado hasta el Yndoria en el momento que tú estableciste. Aún no tengo demasiado claro tu papel en mi existencia pero sí es evidente que sin ti no estaría en este punto. Cada símbolo que desentrañas es un paso más en mi particular historia y a un destino u otro, conocido o desconocido incluso para ti, ha de acabar llevándome.

Tan distraído voy pensando en ti, que el traspíe de Brianna me despierta súbitamente y devuelve mi mirada a un mundo más terrenal —el mío— aunque en este momento y dada la visión que me rodea, hasta eso pueda poner en duda. Mi acto instintivo es sujetarla del brazo.

—¿Estás bien?

Asiente sin haber podido eliminar por completo de su rostro la expresión asustada. Suspira y se apoya peligrosamente sobre la cuerda que le queda a la altura de la cadera.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta. La miro, confuso por la pregunta—.

Hemos soñado con esto tanto tiempo... y en vez de sentir alegría o euforia... no sé, es extraño.

—Te dije que el precio por alcanzar esto no nos dejaría indiferentes, Bri. Dejamos Targon atrás, nuestra vida, nuestra familia...

—Samina no me perdonará jamás —me interrumpe.

—No creo que debas disculparte por buscar tu libertad.

—La dejo sola.

—Tu hermana es una mujer fuerte y decidida; prudente, además. Sabrá cuidarse hasta que logremos liberar el Sur, Bri.

Sonríe.

—Liberar el Sur.

Suspira y aunque la idea suena como un anhelo inalcanzable, en este momento me veo incapaz de decirle nada más.

—Sigamos —concluye ella.

Llevamos tanto rato caminando que creo que las piernas me funcionan solas. Brianna se vuelve y camina hacia atrás, sujetándose en el pasamano.

—Bri... —le advierto.

Ella cierra los ojos y sonríe.

—Viento... —murmura.

Le devuelvo la sonrisa aunque soy incapaz de apartar mi inquietud ante su temeraria maniobra. Pero puedo entenderla. En el Sur no hay ningún tipo de variación climatológica desde que los devastanos llegasen: no llueve, no nieva, no sopla el viento. El sol es el único elemento capaz de mantenerse sobre el cielo, victorioso y en lo que de niño solía tomar como referencia como una inquebrantable certeza de que siempre habrá algo que pueda vencer a los devastanos. Así es como solía hacérmelo ver mi hermano Liam. Su recuerdo es, en buena parte, responsable de cada paso que doy, además de ti, Edrych. O quizás, tú seas causa y él, consecuencia. Pero pensar en que el papel que pueda tener en la guerra determine en buena parte su suerte, me apremia a continuar.

Brianna se detiene y se agarra con la misma fuerza que yo a la cuerda que se sitúa en el lateral cuando un zumbido sordo sacude la estructura del puente, generando en ella un leve y apenas perceptible balanceo. Bri y yo nos miramos, en silencio hasta que ella lo rompe.

—¿Qué es eso? —pregunta con un hilo de voz, como si el volumen de sus

palabras pudiera influir en la oscilación del puente.

—No lo sé.

Desenvaino la espada y escruto el entorno: cielo arriba, cielo abajo y cielo a mi alrededor. Solo ahora me doy cuenta de que el vapor de las nubes más altas ha desaparecido y la pasarela inacabable del Yndoria se extiende por delante y por detrás. La sacudida me tensa aún más y en apenas pocos minutos lo vemos aparecer por nuestra derecha. Un punto negro en mitad del horizonte, pequeño; imposible distinguir de qué se trata hasta que se acerca a gran velocidad. No puedo creerlo: un grifo. Siempre habíamos oído que en las montañas de Titania habitaban esas increíbles criaturas, mascotas de los titanes pero como toda leyenda, la incapacidad de nadie para atestiguar un encuentro real, había acabado convirtiéndolo todo en un cuento. Sin embargo, este viene directo hacia nosotros, con sus enormes alas extendidas y el pico entreabierto, reclamando por un hambre que espera saciar con nosotros.

—Agárrate, Bri.

La cuerda que ejerce de pasamano está destrenzada en varios puntos, como consecuencia, supongo del paso del tiempo y las inclemencias meteorológicas que aquí aguanta el puente. Sujeto uno de esos cabos y lo enredo en torno a mi mano y muñeca. Brianna hace lo mismo y de esta manera, aguantamos estoicamente la embestida del grifo, que se limita a pasar por debajo del puente, zarandeándolo de forma notoria. El viento generado por sus alas nos hubiera hecho caer al vacío —nunca mejor dicho— si no hubiésemos estado bien sujetos. Pero está claro que el grifo no piensa darse por vencido tan fácilmente y da la vuelta más adelante, regresando. Guardo la espada en la vaina y me hago con el arco y las flechas, viéndome obligado a soltar mi mano. Brianna me sujeta de la cintura y mientras yo inicio una frenética descarga sobre el vientre del imponente animal, ella me agarra, impidiendo que me caiga. Nos agachamos cuando pasa sobre nuestras cabezas y ahora es Bri quien desenvaina.

—Haz que se acerque —exclama—. Tú lo acribillas y yo le doy el golpe de gracia.

—Me parece que lo estás subestimando, Bri. Hablar de golpe de gracia puede ser extremadamente optimista.

—Pues los golpes de gracia, como sea. Vamos, dale.

Retomo el ritmo: carga, descarga; carga, descarga. Mi puntería no es la de Lukas pero el objetivo es grande y se acerca, de modo que no me cuesta demasiado hacerle unos cuantos agujeros que no le han hecho mucha gracia.

Se acerca y aletea con fuerza, meciendo el puente y sacudiéndonos con el viento de sus alas mientras Brianna le hunde la espada en el estómago una y otra vez, arrancándole auténticos aullidos y un sonido agudo que no sabría cómo calificar, a parte de estridente e insoportable. La sangre de la bestia nos salpica en la cara y esta llega a arañarme con una garra, aunque Bri ha tratado inútilmente de echarme hacia atrás. Malherido, el grifo se posa sobre el puente, reventando unos cuantos tablones y haciendo que se balancee de forma alarmante.

Miro atónito a Brianna, que se suelta de la cuerda a la que se mantenía aferrada y pasa por debajo de mi brazo hasta estar frente al grifo. Lo acuchilla una y otra vez, mientras yo la sujeto de la cintura. La bestia deja caer el cuello hacia adelante y el resto del cuerpo lo sigue caída abajo.

Observo entonces que Bri tiene un pedazo de grifo en la mano. Por todos los dioses, qué asco. Sin embargo, ella voltea la cabeza y me mira sonriente.

—Ya tenemos comida —me dice.

Le devuelvo la sonrisa mientras le aparto la sangre de la cara. Ella da media vuelta y me besa, aferrándose con fuerza desde la nuca. Como si hiciera falta.

—¿Vas a comerte un grifo? —le susurro a apenas pocos centímetros de su rostro.

Ella asiente con vehemencia.

—Tú me lo asarás, ¿verdad *Antorcha*?

Hago más amplia mi sonrisa.

—Por eso querías cruzar conmigo, ¿no? Para que te ase la comida.

—Me has pillado.

—Da mucho asco —añado, mientras toqueteo el pedazo de carne que Bri le ha arrancado a aquella cosa de... ni sé de dónde ni quiero saberlo.

—Es carne —replica ella.

—Da mucho asco —repito.

Brianna ríe y me estampa el pedazo de grifo contra el estómago para que yo lo agarre.

—Caliéntalo, Saukard.

Camino con un sigilo estúpido, convencido de que de un momento a otro,

esa cosa empezará a hacer algo en mi estómago, provocándome vómitos, fiebre o algún tipo de letal enfermedad. Nada puede sentar bien cuando te lo comes con el asco con el que yo lo he hecho. Pero por el momento, me sirve para no perder la fuerza y poder avanzar el resto del día sin sentir que las piernas se me doblan. Además, calcinada se ha hecho mucho más comestible. No sé controlar el fuego, así que me he pasado un poco, cosa que Brianna me ha recriminado más de lo sanamente soportable. Pero qué voy a hacer, es mi Bri.

Es curioso, a medida que nos acercamos al Norte el calor arrecia, aunque algo me dice que ha de ser más bien alguna especie de truco devastano. Ahora soy yo quien avanza delante y Brianna la que me sigue. Por momentos se me hace necesario cerrar los ojos y apretarlos con fuerza, buscar alguna forma de modificar la visión que nos rodea, pues es todo el tiempo la misma. O la fijas en los tablones del puente, cuyos hermosos grabados ya han dejado de llamar mi atención o te pierdes en la mareante sensación de un cielo perpetuo: azul, azul, azul.

Me detengo súbitamente, propiciando lo mismo en Brianna. Ella da un paso más y coloca su barbilla sobre mi hombro.

—¿Qué pasa?

En ese momento y sin necesidad de respuesta, comprueba que hay algo tirado en el puente, más adelante. Estamos lejos para distinguir gran cosa pero cuando seis personas han partido antes que tú, ¿qué más puede ser, sino uno de ellos? El estómago se me encoge ante la posibilidad de que sean Axel o Lukas. Bri se aparta sin decir nada y yo la miro, ofreciéndole el mismo incómodo silencio. Tomo aire y me armo de valor. Sea lo que sea, no va a cambiar por demorarlo más, ¿verdad, Edrych? Camino sujeto a las cuerdas laterales, tratando de evitar que un posible susto me haga caer abajo. Y respiro aliviado cuando, ya antes de llegar junto al cuerpo sin vida, reparo en que no es el de ninguno de mis dos amigos, sino el del energúmeno que trató de acompañar a Brianna. Tiene la cara llena de cortes y un enorme arañazo en el pecho. ¿Es posible que haya sido el grifo el que haya acabado con él? En lo que a Bri y a mí respecta, no nos ha puesto en demasiadas dificultades, por lo que me sorprendería que pudiera tratarse de eso pero lo cierto es que ni tengo la menor idea ni me importa lo más mínimo.

—Era cuestión de tiempo que alguien lo matara —observa Bri.

No respondo y sin mayor demora, aparto el cuerpo de aquel hombre con el pie, empujándolo a la incierta caída que queda en la garganta del Yndoria. Lo

vemos precipitarse hasta acabar convertido en apenas una partícula de sí mismo.

—Un menos —vuelve a decir Brianna.

Retomamos la marcha con cierta despreocupación. Trato de espolearme a mí mismo cada vez que mi mente se relaja pero resulta difícil cuando todo a lo que dedicas las horas es a andar a través de un entorno que no se inmuta, sobre un camino que parece mantenerte clavado todo el tiempo en el mismo sitio. Es como mover los pies sin desplazarte. El sol ya no nos ilumina desde aquí, pues al ponerse por el Oeste, queda oculto tras las cimas de Titania, legendario hogar de los titanes. Al igual que los grifos, siempre habían sido simples leyendas pero ahora no puedo evitar fijar la vista en la dirección en la que han de alzarse las lejanas cumbres y preguntarme si realmente existirán. ¿Qué papel tendrían en la Devastación si estuviesen ahí, en alguna parte? Lucharían contra los devastanos porque estos quieren destruir un mundo que también es suyo, a pesar de que vivan aislados y alejados de todo en Titania pero ¿qué posibilidades tendrían?

Una gota de agua me hace cejar en mis pensamientos. Me detengo y percibo otra más cayéndome en la cara, y otra y otra y otra más. Me vuelvo, incrédulo y observo a una Brianna tan sorprendida como yo.

—Está lloviendo —me dice.

—No puedo creerlo...

Al igual que el viento, también la lluvia había desaparecido de Targon; de todo el territorio Sur de Asthais a decir verdad. Ascender al Yndoria es como recuperar todo aquello que en su día nos fue arrebatado.

Pronto la lluvia arrecia y nos calamos de la cabeza a los pies. Por suerte, la temperatura convierte la sensación en algo agradable, aunque temo que eso pueda variar al llegar la noche. Sin embargo, todo aquello que nos devuelve algo, nos recuerda que la reconquista no es total y que por ahora, lluvia, viento e incluso libertad son vagas ilusiones que aún no tenemos derecho a calificar como nuestras: algo se acerca desde la lejanía y nos preparamos para recibir la nueva visita de otro grifo. Tengo 19 años, llevo toda mi vida sin ver uno y en el mismo día, dos. La magia del Yndoria, sin lugar a dudas. Sin embargo, cuando la criatura se acerca, compruebo que no es un grifo; es mucho más grande, su color es de un verde oscuro y desvaído. Tiene escamas en el cuerpo y dos devastanos sobre su lomo. Genial. La criatura pasa volando tan cerca del puente que lo hace balancearse con brusquedad pero ni siquiera eso impide a los dos particulares viajeros de la bestia, saltar sobre la

pasarela. Algunos tabloncillos se desprenden y caen al abismo, mientras Brianna y yo desenvainamos. Uno de los devastanos está frente a mí; el otro, frente a ella. Son auténticos, nada de convertidos y por tanto, solo me queda aferrarme a la endeble ilusión de que yo pueda matarlos, como ya logré hacer con uno de ellos en la plaza. Si mi condición de diluviano tiene algo que ver en esto, podré conseguirlo, aunque no así Brianna, que habrá de limitar su cometido a mantenerse con vida.

La noche es tan oscura y estamos tan cansados que hemos decidido detenernos un rato. Si prendo una llama y consigo controlarla lo suficiente como para no incendiar el puente —que para más señas es de madera—, lograremos avanzar durante la negrura, cosa que posiblemente no puedan hacer nuestros contrincantes, es decir, la pareja que partió en primer lugar y el tipo que ha de quedar solo tras la muerte del imbécil. Y dado que partimos con esa ventaja, nos permitimos el lujo de sentarnos un rato.

La lucha con los devastanos nos ha causado algunas heridas pero logramos deshacernos de ellos gracias a mi condición de diluviano y a la pierna derecha de Bri, que empujó al otro hacia el abismo. Para que luego digan que un humano no puede contra un devastano.

El puente es tan estrecho que me coloco con las piernas abiertas, una a cada lado de la pasarela, colgando en un abismo de insondable caída. Brianna está sentada enfrente, también con sus piernas abiertas, sus rodillas sobre las mías. Mientras yo me vendo la muñeca que crujió en la pelea con el devastano, ella mastica otro pedazo de grifo que guardó en su zurrón al no acabárselo todo durante el día. Le dedico miradas de soslayo, admirándome en su capacidad por comer esa basura sin renegar. Muevo la cabeza despacio, tratando de desentumecer el cuello, que ha permanecido apresado en el grillete durante varias semanas; algo bueno he sacado del encuentro de esta tarde, pues me lo han arrancado de un soberbio golpe.

—¿Te duele? —me pregunta Brianna, mientras mastica.

—La muñeca, apenas; el cuello, un poco más.

—Lo tienes en carne viva.

—Se pasará. Es lo de menos. ¿Cómo puedes comer esa mierda?

Brianna me sonrío.

—Tú también la comiste hoy. ¿Estás seguro de que no quieres?

—Está asqueroso.

—No hay otra cosa.

—Puedo aguantar un par de días sin comer.

—Puede que tardemos más.

—Si me veo al límite, prometo que te pediré; mientras pueda evitarlo, ni en sueños.

Se encoge de hombros y se pasea la lengua por el labio inferior para llevarse a la boca un pedazo de grifo; después se lame el dedo y yo me quedo embobado, mirándola.

—¿Qué pasa, Saukard? —me pregunta de un modo sugerente.

—Nada.

Sigue masticando el trozo que le quedaba y apoya sus manos detrás de ella, echando la cabeza hacia atrás. La alza de nuevo y se desabrocha un botón de la camisa.

—¿Por qué me miras así? —inquire de nuevo, con socarronería.

«¿En serio lo preguntas?»

Todavía tiene el pelo mojado y se desabrocha un segundo botón.

—¿No tienes calor, Blaze? —me susurra.

Sonrío.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto.

—¿No te parece el puente de Yndoria el mejor lugar del mundo para... hacer el amor?

La cuestión me deja helado. O tal vez todo lo contrario. El caso que lejos de entrar en planteamientos estúpidos, la agarro de las caderas y la acerco más a mí con un movimiento seco. Pierdo mis dedos entre sus ondas rubias y mis labios buscan los suyos con un hambre que no lograría saciar la carne de grifo ni de ninguna otra criatura en este mundo. Brianna me saca la camisa por la cabeza y sujeto su mano, sin dejar de besarla, antes de que la deje caer y vaya a tener que seguir cruzando el puente desnudo. Desliza sus labios sobre mi pecho, acompañando sus manos, mientras yo mantengo las mías resbalando entre su pelo. Después me mira a los ojos y se deshace de su jubón; no lleva nada más. La observo, a punto de perder el control y refrenándome únicamente por algún tipo de inconfesado temor.

Ella me sujeta la mano y la coloca sobre su pecho desnudo, apretándola. Me avergüenza recordar ahora las veces que Lukas ha mencionado el generoso volumen de los pechos de Bri; tenerlos ahora entre las manos es un

placentero regalo que no estoy sabiendo aprovechar como debiera. Ni siquiera me atrevo a tocarla.

—¿Qué pasa? —me pregunta en mitad de una respiración acelerada—. ¿Eras así de tímido con Laelia?

Niego con la cabeza.

—No tiene nada que ver con eso.

—¿Entonces? —vuelve a preguntar. Me besa en la mejilla y desliza sus labios hacia mi cuello, con cuidado, amenazando con volverme loco—. ¿No me deseas?

Trago saliva.

—Claro que te deseo, Brianna.

La sujeto de la barbilla y la beso, exigiéndole de alguna manera un silencio que no me obligue a confesar esta estupidez.

—¿Entonces qué pasa? —insiste ella.

Sus manos enloquecen recorriendo mi espalda, mis costados, mis brazos, apresando mi boca en un beso que no permite la respuesta que me solicita.

—Blaze...

Mi nombre me llega como un susurro a escasos centímetros de mi cara.

—Zach y tú... ¿llegasteis a...?

Se detiene en seco y me mira.

—¿Te molestaría?

—No es eso.

—¿Entonces...? Zach y yo no llegamos a hacerlo —me aclara.

Le aparto un mechón de su cabello y se coloco detrás de la oreja.

—Entonces esta sería tu primera vez, ¿no?

Brianna sonrío mientras asiente.

—Otra primera vez contigo —responde, antes de besarme.

—Siempre serás sagrada para mí, Bri. Quiero que lo sepas y que no creas que trato de aprovecharme de...

—Déjate de idioteces, Blaze —me exige, alterada.

Por momentos me siento ridículo. Mientras hablo, ella ya se ha despojado de su pantalón y trata de hacer lo mismo con el mío. La ayudo, levantándome momentáneamente. Sus manos apresan mi cintura, mientras mis dedos se deslizan sobre su espalda. Con la otra mano, me mantengo sujeto al particular pasamanos del puente porque si no, terminaremos por caernos.

Vuelvo a sentarme ante su sutil empujón, sin soltar las cuerdas y ella lo hace sobre mí, tratando ambos de mantener un complicado equilibrio.

Brianna se mueve mientras los besos de uno y otro prenden silenciosos caminos trazando en nuestros cuerpos mapas que nunca olvidaremos. El único brazo que logro mantener libre, se deleita en la curva de su cintura, apretándola contra mí, bajando más. Nuestras respiraciones son lo único que oímos, aunque el viento brame, aunque en la cumbres de Titania los truenos lejanos amenacen con tormenta, aunque la cautela advierta de mil cosas en nuestras cabezas y los latidos de nuestros corazones desbocados se unan a la sinfonía.

Brianna echa atrás la cabeza y mi mano pasea desde su cara, resbalando sobre su cuello hacia su pecho, una caída que acompaño con besos. Recula un poco más y me arrastra para que me coloque encima de ella. No solo no vamos sobrados de espacio, sino que un movimiento en falso puede costarnos muy caro pero sin duda alguna, el riesgo merece la pena. Hacer el amor con la persona de la que estás enamorado en un puente colgante que simboliza la libertad para muchos de aquellos que viven esclavizados por el miedo y la desesperanza, mientras caminamos hacia todo lo contrario. Con las estrellas como únicos testigos, el cielo como lecho, el aire como aliado. Cada uno de sus gemidos dispara algo nuevo en mí y constato que aunque haya estado con muchas otras chicas, esta es la primera vez que hago el amor con una. Brianna alza los brazos sobre su cabeza, sujetándose a los tablones del puente, completamente entregada. Sus gemidos y los míos se entrelazan en un lenguaje sin palabras que nos dice mucho más. Mis manos recorren su cuerpo perfecto, cada curva, cada línea, cada centímetro de su piel reclama más de mí y yo estoy dispuesto a dárselo todo, sin reservas. Sus piernas se aferran a mis caderas y en un movimiento, el puente oscila levemente, haciéndome parar. Vuelvo a sujetarme a la cuerda que había terminado por soltar, perdido solo en la visión de Brianna. Retomo el movimiento sobre ella, obedeciendo a mi voluntad y a su propia mirada suplicante, de acuerdo ambos en un pacto conjunto. Y cuando el sudor nos cubre ya a los dos, convirtiéndonos en uno, me derrumbo sobre ella, que me abraza con fuerza.

La noche aún lo cubre todo alrededor cuando emprendemos la marcha. Lo hacemos a un ritmo más lento, especialmente yo. Mantengo mi mano derecha en llamas, un fuego que logro mantener en un tamaño y fulgor adecuado; al menos nos permite ver dónde poner el pie en el siguiente paso. Llevamos ya

un buen rato avanzando así y aunque al principio las variaciones de la llama se tornaban en un tormento que apenas me permitía dar tres pasos seguidos, parece que logro mantenerla estable.

Brianna camina detrás de mí. Recordar lo que acabamos de vivir aún me dibuja una sonrisa en la cara. Por los dioses, Edrych, jamás pensé que pudiera llegar a sentir esto por alguien, mucho menos por Brianna, a quien he tenido frente a mí durante toda mi vida sin darme cuenta de que pudiera llegar a ser mucho más que una amiga.

Tropiezo con algo y me detengo, al tiempo que Brianna me sujeta del brazo.

—Blaze, cuidado —me advierte—. ¿Qué hay?

De acuerdo, lo adorné, la llama no da para tanto como creía; de hecho, topo con el acompañante del imbécil que encontramos esta mañana. Al igual que él, tiene mil golpes en la cara y a diferencia del otro, su cuerpo pende colgando del puente, en el espacio que han dejado los tres tablones que faltan.

—¿Qué le ha pasado a este? —pregunta Bri.

—No lo sé. Y que me perdone, el tipo no me había hecho nada pero...

Alzo la pierna y la deajo caer con la suficiente fuerza como para que el cuerpo del pobre hombre, caiga abajo y nos despeje el camino.

—Blaze, haz crecer el fuego —me pide Brianna—. Si no, no podremos ver cuántos tablones ha tirado ese pobre diablo.

—Bri, no lo controlo. Si lo hago crecer podemos acabar ardiendo.

Me abraza por la cintura.

—¿Otra vez?

Sonrío y niego con la cabeza. Ella se aparta y me mira. Supongo que a pesar de mi nulo convencimiento, tiene razón y lo sé.

—Apártate más —le pido.

Ella obedece.

—Un poco más.

Pone los ojos en blanco y me hace un gesto con la mano.

—¿Quieres que vuelva a Targon?

Suspiro. Supongo que sería el lugar más seguro para esto. Trato de hacer emerger más fuerza de la llama y, milagrosamente, lo consigo; la suficiente como para ver que faltan demasiados tablones como para sortear el hueco de un salto.

—¿Qué puede haber ocasionado esto aquí arriba? —pregunta Brianna, acercándose de nuevo.

—¿Devastanos? No te olvides de que esto es todavía una prueba. Y no te olvides, tampoco, de que me quieren muerto.

Bri guarda silencio y soy yo quien habla de nuevo:

—Deberíamos esperar a que se haga de día para cruzar; no sabemos cuántos tablones faltan. Es una locura sortear esto a ciegas.

—De ninguna manera. Con el fuego veremos perfectamente. Mantenlo así.

Me rebasa y se coloca en el lateral del puente. Faltan tablones pero Brianna pretende avanzar el trecho en el que no haya sujeta al pasamanos y apoyando los pies en el cabo que hay en la parte inferior, donde deberían ir, precisamente, ligados los tablones.

Sigo pensando que lo más sensato es esperar pero no puedo dejarla sola, primero porque si yo me mantengo aquí, ella no verá y segundo porque siento que la seguiría aunque se metiese en el mismísimo infierno. Apoyo los pies en el mismo punto que ella, con la gran diferencia de que me toca avanzar con una sola mano, pues si toco la cuerda con el fuego, sobra decir qué ocurriría.

Y como andamos metidos en una prueba devastana, todo puede, siempre, empeorar. Escuchamos un golpe seco algo más adelante. Brianna me mira pero no llega a decir nada cuando el golpe se repite otra vez. Alzo la mano y trato de imprimirle fuerza a la llama. Lo logro aunque solo alcanzamos a ver una pasarela de vacío ante nuestros pies... y de pronto, una sombra que emerge desde algún sitio, rompiendo el enésimo tablón y prolongando el hueco.

—Sombríos —murmuramos los dos al unísono.

Hace tanto tiempo que no veía a uno que casi había olvidado su existencia pero los sombríos acompañaron a los devastanos a su llegada a Targon y los reinos y aldeas del Sur cuando dio inicio la Devastación. Esas sombras oscuras que apenas gozan de forma y surcan el aire como estrellas fugaces, dejan tras de sí un vacío que la vida no puede reemplazar. Son etéreos y solo me queda esperar que, al igual que sucediera con sus propietarios, también pueda contra ellos o de lo contrario, habremos de acabar de recorrer el Yndoria aferrados a la fina cuerda, algo que minará nuestra resistencia hasta acabar poniéndola en jaque.

Mientras avanzamos, el sombrío sigue destrozando parte del puente.

—Bri, hay que acabar con él.

—¿Y cómo? Son sombras. Algo parecido a los devastanos.

—Ponte detrás de mí.

—¿Qué vas a hacer?

—Intentar calcinarlo.

De forma costosa y con sumo cuidado, Brianna rebasa mi cuerpo, rozándome con el suyo para no soltarse de la cuerda que nos sirve de asidero.

—Ten cuidado, Blaze.

—Apoyo, Bri; no presión. De eso ya voy servido.

Me da un beso en la mejilla y me susurra en el oído:

—Puedes hacerlo

Sonríó y le estampo un beso en los labios.

—Mucho mejor.

Alzo el brazo todo lo que puedo para que, en caso de descontrol, el fuego no queme la estructura del Yndoria, aunque no sé si vaya a ser tan fácil evitar eso. Concentro todo en el estómago; no sé exactamente qué: la rabia por la situación del Sur, el anhelo por la de Lukas y Axel, el amor por Brianna, por mi hermano; la furia por la muerte de Kaleria y Druksen, ambos por mí; el horror de aquella tarde infernal con los niños que maté. Y el fuego estalla en mi mano, empujándome ligeramente y atrapando de lleno a la pequeña sombra que emite un alarido escalofriante. En circunstancias normales solo es una especie de masa oscura que corre de un lado a otro; ahora, su forma queda definida por el fuego que la devora, abrasándola. Después cae al vacío y mientras descansamos aliviados, un nuevo grito nos pone en alerta, aunque por razones muy diferentes.

—¡¿Blaze?! ¡¿Bri?!

Ella y yo nos miramos.

—¿Lukas? —exclamo.

—¿Axel? —añade Brianna.

—No puedo creerlo —grita la conocida voz de Axel—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

—Estábamos dando un paseo, ¿a ti qué te parece? —le respondo.

Solo los oigo porque la oscuridad no me permite verlos y la situación del puente en este tramo, tampoco me facilita el avance.

—Muy gracioso, Saukard —interviene Lukas.

—Lukas, ¿dónde estás? —pregunta Axel.

—¿No estáis juntos? —exclama Brianna, confusa.

—Aparta —le pido.

Ella recula un poco de nuevo y acrecienta la llama, una práctica que estoy empezando a dominar de forma sorprendente: crecer, decrecer, potenciar,

disparar incluso. Me gusta. Es práctico y útil. Lo hago de nuevo, fortalezco la llama y comprobamos que Axel está varios metros más allá, en la parte del puente donde la pasarela vuelve a existir sin mostrar el vacío aterrador que queda debajo entre la inexistencia de los tablones que el sombrío arrancó. Lukas, por contra, se mantiene sujeto a la misma cuerda que Brianna y yo y con los pies apoyados en el único tablón que queda intacto en ese espacio vacío.

—Te has quedado aislado, ¿Lukas? —pregunta Brianna.

—Con ese bicho ahí y sin ver un pimiento, puedes avanzar tú si quieres. Mantenme el fuego, *Antorcha*.

Mientras Lukas empieza a avanzar, sujeto al pasamanos del puente, Brianna y yo lo imitamos. Hay un buen trecho hasta la particular estabilidad en la que Axel se encuentra pero solo es cuestión de tiempo. Si llega otro sombrío, ya sé cómo quitármelo del medio y si llega cualquier otra cosa... Puede que el fuego sea la solución a buena parte de los problemas con los que podemos encontrarnos aquí; al fin y al cabo, soy un diluviano, descendiente de ífugos.

Tras un largo y silencioso avance, estamos al fin todos pisando lo más parecido a tierra firme, o el equivalente en el Yndoria: tablones viejos de madera que apenas sostienen un puente milenario bajo el cual no se alcanza a ver lo que hay.

—¿Cómo os habéis quedado tan atrás? —les pregunto.

Brianna abraza a Axel y Lukas, que también me saludan a mí de manera efusiva.

—No todos somos antorchas andantes —responde Lukas—. Durante la noche nos ha sido imposible dar un paso y antes de que el sol se escondiese, el sombrío ese ya había destrozado medio puente.

—Eso sin contar con la ventisca de esta mañana —añade Axel.

—Parece que no soy el único al que no quieren ver en la meta.

—Lo toman todo como un juego —me responde de nuevo Axel—; saben que somos tus amigos y que cualquiera de nosotros lo pase mal, puede servir para condicionarte.

Asiento.

—¿Cómo estáis para seguir avanzando? —pregunto.

—Muerto —contesta Lukas—. Estoy herido.

El pantalón de mi amigo está hecho jirones, así que se aparta un poco la tela rasgada y observamos un buen arañazo.

—¿El grifo? —inquiero, observando la herida con atención.

—¿También os lo encontrasteis? —interviene Axel.

—Ya lo creo... Bri se los come.

La interpelada sonrío mientras se acerca.

—Déjame ver eso.

Se agacha a mi lado y comprobamos que la herida, no solo no está cerrada, sino que muestra un preocupante aspecto.

—Hay que curarlo —sentencia Brianna—. Deberíamos descansar un rato; no aguantarás mucho más así, Lukas.

—¿Bromeas, *Chica*?

—Hace horas que le he dicho lo mismo que tú —dice entonces Axel—. Pero ya sabes lo testarudo que es.

—Bien, pues esta noche dormimos aquí, señores.

8 En los dos bandos

Me ajusto la capa y vuelvo la mirada atrás por última vez. La tenue luz del candil que Candace tiene prendido en el salón apenas es ya un puntito en el horizonte. Mientras camino, soy incapaz de desasirme del nudo en la garganta que me aprieta y me ahoga. No tengo ni la menor idea de dónde dirigirme, pues lo único que tengo claro es lo que, de algún modo, ya se me estaba gritando a la cara hace mucho, lo que yo mismo le reconocí a Saudar y Korb en Dogma: que nunca lograré librarme de mi pasado, que allí donde estoy yo, los devastanos tienen vía libre y que, por descontado, no pondré en peligro a nadie más; mucho menos a Axan. Pensar en él es lo único que me hace volver la cabeza constantemente, detenerme y calibrar las cosas, tratar de buscar algún modo de poder solventar esto sin separarme de él pero no lo hay. Si continúo a su lado, estaré exponiéndolo continuamente y no pienso hacerlo. Conociéndole, supongo que no lo entenderá cuando despierte y se dé cuenta de que me he marchado. Lo interpretará como un abandono pero es mejor eso a vivir con alguien al lado que ofrece el mejor servicio posible a tu enemigo.

Alzo la mirada al cielo y compruebo que es todavía noche oscura. Cada una de mis exhalaciones levanta una nubecilla de vapor contra mi cara, mientras sigo ascendiendo a través de la loma de la montaña, hundiendo mis pies en la espesa capa de nieve que cubre hasta algo por debajo de las rodillas.

Y mi caminar se prolonga hasta que los primeros fulgores del alba empiezan a despuntar en el horizonte. Entonces me detengo y los veo: un grupo de devastanos que me observan desde el vacío de sus rostros ocultos bajo las oscuras capuchas que portan. Y lo peor: ahora y solo ahora soy consciente de que yo también los estaba buscando; de que, de algún modo sabía que nos reuniríamos aquí. Mientras me aproximo más hacia ellos, empiezo a cuestionarme toda mi vida, toda la lucha en mis últimos años de existencia, cada cosa que dije o hice, cada gesto, cada palabra, cada acercamiento. ¿Todo tenía como fin la conquista de una meta programada por

Urian? Hace apenas unas pocas horas me lamentaba por la traición de Rubik pero ahora también yo soy un jodido traidor. La sensación es tan extraña que apenas soy capaz de procesarla: soy consciente pero no lo fui antes. Mi corazón está establecido en el bando de los elementalistas, no por ellos en sí, sino por muchos de los que conocí en Lonoa y Dogma. Mi cabeza, sin embargo, aun conociendo la maldad de la que hacen gala los devastanos, está con ellos. Soy uno de ellos.

Cuando estoy a punto de llegar junto al grupo, una túnica roja emerge desde las sombras, captando toda mi atención, algo que no resulta difícil en medio de los negros atuendos que portan los devastanos. Esa túnica roja es Rubik.

Llego frente a él, algo más adelantado respecto de los demás, y me detengo. Él es el único, cuya respiración desprende, también, esa nubecilla de vaho. Los devastanos no toman aire ni lo exhalan; no están vivos ni muertos. Lo que no existe no puede morir. Por eso solo los elementalistas pueden plantarles cara: porque son vida y muerte, elementos que se avivan y se extinguen unos a otros, que equilibran cada uno de los estados.

—Debías llegar hasta Ymparta —me dice únicamente.

—Te precipitaste en el ataque a Dogma. Llegamos a esa aldea de la mala muerte —respondo, mientras le señalo con la cabeza hacia atrás—. En cualquier caso, no estoy seguro de que llegar a Ymparta hubiera servido de gran cosa. Candace no es ya un instructor allí.

Rubik frunce el ceño, confuso ante la información que le doy.

—Supongo que no era extraño que acabasen expulsándolo —masculla, pensativo.

—Él se marchó. Iban a obligarle a renunciar a todo, como un alumno asustadizo que no osa continuar con la instrucción y abandona la academia.

—Elementalistas... El caso es que aun no pudiendo potenciar tu Vórtice, nos hubieses abierto el camino a Ymparta y hubiéramos podido destruirla. No es poco.

—¿Por qué te vendiste? —le pregunto, tras un largo silencio.

Rubik sonrío.

—Porque no soy idiota. Urian estaba asesinando a todos los druidas, así que alzar la cabeza y hacer gala de la estúpida dignidad que muchos mostraron solo me hubiera servido para acabar muerto. Le ofrecí un trato y aceptó.

—Un trato...

—Ayuda contra los elementalistas, apoyo para luchar contra ellos, formas de destruir las academias, de minar su estrategia en cada batalla. Y al menos un devastano que consiguiera dominar los elementos, conocer exactamente lo mismo que ellos, masacrarles desde sus propios conocimientos y tornar los elementos contra ellos mismos.

—Que yo dejase de ser un diluviano no tuvo nada que ver, ¿no?

—Supongo que matábamos dos pájaros de un tiro —responde él con calma, mientras camina, con las manos a la espalda. Observo a los devastanos, que asisten a la conversación como estatuas de hielo, inmóviles, en silencio, sin aportar lo más mínimo.

Al ver que no digo nada, Rubik sigue hablando:

—Convirtiéndote en un elementalista, nos asegurábamos de que en nuestras filas no habría nadie capacitado para acabar con nosotros. Y al mismo tiempo, te surtíamos del poder suficiente como para ser nuestro aliado. Puedes sentirte afortunado —añade—. Los niños que arrastramos a los complejos con sospechas de que pueden ser diluvianos, son asesinado al momento. Tú no.

—¿Por qué yo no?

—Porque había algo especial en ti, Nazam. Demostraste ser el mejor devastano de tu generación al frente de sus propias legiones. Y también el mejor elementalista de todos cuantos pasaron por las cinco academias. Eres, de algún modo, un elegido de los dioses. Eso no se desecha a la ligera.

Uno de los devastanos avanza unos pocos pasos y se coloca junto a Rubik, hablándome:

—Urian quiere que estés al frente en este lado del Yndoria. La Fratrís está tocando a su fin y en poco tiempo, los ganadores llegarán a través del puente. Hemos de ocuparnos de ellos.

—¿De los simples ganadores de la Sanguinem Fratrís? —A mí mismo me sorprende el menosprecio que desprende mi propia voz hacia las vidas de personas que luchan por sobrevivir en unas pruebas macabras que los han llevado a aventurarse a cruzar el Yndoria.

—Parece que no son simples ganadores —responde Rubik—. Al menos uno de ellos.

—¿y qué es?

—Un diluviano. Hay que impedir que llegue hasta los elementalistas pero cerca del puente hay un campamento.

—¿Y por qué le ha permitido Urian cruzar entonces?

—La desesperanza es más grande cuando se nada para morir en la orilla. Una muerte rápida no sirve a los propósitos de 'El Emperador', Nazam, ya deberías saberlo.

—Sí pero por lo poco que sé de los diluvianos, el riesgo de que uno de ellos llegue hasta este lado del Yndoria podría no merecer la pena, ¿no te parece?

—Oh, la merecerá, ya lo creo que sí. ¿Sabes cuántas personas tienen puestas aquí sus esperanzas en los diluvianos? Más de las que piensas, Nazam, te lo aseguro. Ver a uno de ellos morir ante los elementalistas será devastador.

—Nadie lo verá.

—Sí, lo verán. No va solo. Vamos.

Rubik camina de forma costosa sobre la nieve y los devastanos lo siguen hasta los caballos que esperan algo más apartados, animales iguales a sus propietarios, muertos sin estar muertos; vivos sin estar vivos. Solo el de Rubik es distinto, un bonito corcel de pelaje marrón que se muestra nervioso en todo momento. Para mí hay preparado otro de las extrañas monturas devastanas. Avanzo lentamente y monto sobre ella para emprender la marcha al frente de este pequeño escuadrón que solo ha venido aquí a buscarme.

Mientras retomamos la marcha no puedo dejar de preguntarme cuál es tu papel conmigo, Edrych. Eres un enviado de los dioses, esa es una de las pocas cosas que ahora mismo tengo claras. Sin embargo, ¿qué quieres de mí si soy uno de ellos? No puede existir ningún tipo de salvación en mi persona, ningún tipo de esperanza para el bando elementalista al que deseo pertenecer a pesar de que no me siento parte de ellos. ¿Qué sentido tiene que no pierdas de vista cada paso que doy? ¿Que sigas desenredando los símbolos que me llevan a un camino que tal vez ni siquiera tú conozcas pero sí tus dioses?

Batallar en estas dudas me devuelve a Axan a la mente. Ahora mismo, siento que él es mi único nexo de unión con lo que realmente quiero ser, con lo que necesito ser pero no con lo que soy. Ojalá logre ingresar en el ejército elemental, como le corresponde tras haberse graduado en Dogma. Y solo le pido a tus dioses, a ti mismo, no tener que cruzármelo nunca en una batalla que nos lleve a comprobar hasta dónde alcanza la lealtad que un día nos juramos.

Cuando alcanzamos el lugar indicado por el propio Rubik, atisbamos las primeras señales de presencia elementalista. El humo de alguna fogata se visualiza a lo lejos y antes de seguir avanzando planificamos la estrategia de ataque. Al parecer, mis acompañantes ya han estudiado el asentamiento y saben que está conformado por un total de 25 elementalistas. El sitio, ofrece poca escapatoria, pues los acantilados multiplican el peligro del descenso al estar helados y cubiertos de nieve, mientras que una huida hacia adelante los conduciría hasta el puente de Yndoria. Poco sensato introducirse en su pasarela, si tenemos en cuenta que al Sur, está tomado por los devastanos en el valle de Talka.

Sin más demora, nos apresuramos hasta el campamento elementalista, gozando del factor sorpresa como algo fundamental. Cabalgamos a toda prisa mientras los sorprendidos elementalistas corren de un lado a otro, tratando de improvisar una respuesta a la altura. Mientras me acerco a gran velocidad, la voz imaginaria de Axan me reclama: «¿Cómo puedes estar haciendo esto?». «Te defendí en Dogma; fui el único que creyó en ti». «Mi última esperanza, mi última ilusión». Su última mentira. El fugaz rostro de Alexandra también surca mi mente como un mundo reproche por la decepción que Axan se llevará como último presente por mí parte en este mundo. La culpa hace que me detenga y el caballo me haga caer al suelo, acuciado por mi repentino frenazo. De rodillas sobre la nieve, apenas logro cruzar mi espada para detener la del enemigo: un elementalista; aquello que llevo pugnando toda mi vida por ser. Ni siquiera ahora, en el fragor de la batalla, sé con qué bando estoy. Reculo, deteniendo acometidas y devolviéndolas con escaso ímpetu. Leo el desconcierto en los elementalistas porque visto con sus mismos atuendos y, sin embargo, peleo contra ellos. Busco a Rubik con la mirada sin lograr encontrarlo. Es un druida; pelear no es lo suyo pero además, este es un traidor y por tanto, no puede dejar que los elementalistas lo vean y puedan identificarlo en otras academias, impidiéndole la entrada. Por sí solo él no puede conducir hasta allí a los devastanos pero sí pasearse entre aquellos que trazan una estrategia que él delatará ante el gran enemigo: Urian. Mi padre.

Mi mente lo califica de esa manera de forma traicionera y es entonces, sumido en un inoportuno caos mental, cuando alguien me hiere —ignoro quién ha sido y a qué bando pertenece— y yo recupero un control que nunca he llegado a perder. Me vuelvo y hundo mi acero, prendido en llama contra un devastano, cuyos ojos me estarían mirando, seguramente, si pudiera verlos. Cae desplomado al suelo y lo mismo sucede con otros tantos más,

hasta que al fin, entre unos y otros, logramos acabar con los siervos de Urian. O con casi todos, puesto que yo sigo con vida. Pero ya nadie me ataca ni me mira de forma extraña. No sé cuántos de ellos me habrán visto acabar con vidas elementalistas; probablemente, ninguno.

—¿Quién eres? —me pregunta un hombre de barba oscura.

—Me llamo Nazam. Alumno de Dogma.

Por un momento, me sorprende haber ignorado a Lonoa en mi vida. Supongo que mi instrucción allí solo fue una parte más de la mentira, mientras que en Dogma desperté a varias realidades tan extremas como increíbles.

—Llegan rumores de la caída de la academia —interviene entonces una mujer—. Dime que no es cierto.

—Lo es —respondo, tras un largo silencio.

Rubik aparece entre la bruma de la batalla, con el desconcierto trazado en su rostro. Me mira fugazmente pero sus pasos cansados se dirigen hacia los doce elementalistas que quedan, según puedo contar.

—Dogma ha caído —anuncia.

La desolación en los rostros elementalistas es más que evidente.

—Lo sabemos —responde la mujer, de nuevo—. Este joven era alumno allí. ¿Lo conoces?

—Sí, claro —confirma él, mientras me mira—. Por supuesto que conozco a Nazam.

Diría que su mirada me recrimina algo en silencio. Probablemente, hubiéramos podido acabar con todo el campamento si no hubiera decidido pasarme al bando opuesto en mitad de la batalla. En la certeza de que no habría supervivientes que pudieran delatarle, incluso él habría podido ayudarnos. Pero está claro que no adquirirá el menor riesgo de que eso suceda y al verme luchar contra los devastanos, sus planes se verían modificados. No sabe qué puede esperar de mí, ya que aparentemente, controlarme no resulta tan sencillo como hubieran podido imaginar. Y sirva o no sirva de algo, no puedo negar que eso me produce una enorme satisfacción.

—¡Prended una pira para los cadáveres! —grita un hombre.

La atención se dispersa de este punto y los preparativos para dar la más digna sepultura posible a los caídos toman prioridad. Yo prefiero no prestarle atención a eso, consciente de que a algunos de ellos los he matado yo.

—¿Siguen con vida los participantes de la Fratrís? —pregunta la mujer a

Rubik.

—Sí, eso creo —responde él, dubitativo—. Avanzan a través del puente.

—¿También el diluviano?

—Sobre todo él debe mantenerse con vida.

—En un par de días, si el tiempo no se complica —interviene otro hombre, más alto que el que habló en primer término y con unos llamativos ojos grises— habremos llegado hasta el Valle el Miedo. Hay que estar pendientes para ayudarles, pues a buen seguro, Urian no permitirá que lleguen más allá.

—Los ayudaremos —concluye Rubik, mirándome—. Y Nazam se unirá a nuestra causa, ¿verdad?

—Cuenta con ello —respondo, con frialdad.

Alzo la mirada cuando un Ave Fénix eleva el vuelo frente a nuestros ojos y se aleja, valle a través. La transformación en el pájaro de fuego es una de las últimas runas que aprendemos en ese elemento. Resulta imposible describir la sensación de libertad que se siente al transformarse en uno de ellos y sentir cómo el fuego te devora por dentro mientras surcas el aire sin escollos, sin nada que te detenga o te frene. Sin embargo, una vez aprendido, transformarse en un Fénix está prohibido dentro de las academias, pues no podemos salir de ellas.

—¿Adónde va? —pregunto.

—Estamos vigilando la zona —responde el hombre más alto—. Rubik asegura que el diluviano sigue vivo y cerca ya de este lado del Yndoria. Hay que proteger su vida como sea.

—¿Y qué haréis con él? —insisto.

No puedo evitar la curiosidad por conocer si lo convertirán en un elementalista o respetarán su condición diluviana como Candace defendía hacer.

El hombre me mira de arriba a abajo y no me responde. Soy uno de los suyos y a pesar de todo, él no tiene razones para dudar pero supongo que acaba de conocerme y todavía habrá de evaluar la confianza de la que soy merecedor. Para él ahora mismo soy solo un chiquillo recién graduado en Dogma. No tiene ni la más remota idea de la verdad, pues hasta yo mismo dudo ahora de ella: ¿soy el mejor elementalista que han dado las cinco academias o soy el mejor discípulo que Urian ha tenido en sus legiones? Difícil acertar, básicamente porque soy ambas cosas.

—¡Nos vamos! —exclama el elementalista de la barba.

Y todos recogen el campamento para llegar hasta el Valle del Miedo, antesala al acceso Norte del puente de Yndoria.

Rubik se me acerca y me traspasa con la mirada.

—A Urian no va a hacerle mucha gracia esto —me dice, mientras ambos mantenemos la atención en las maniobras para despedir a los caídos. Dos elementalistas prenden fuego, mientras otros tantos traen los cuerpos de sus compañeros y, en medio de las oraciones que nos enseñan en los templos de las academias, los colocan entre las llamas que ellos mismos han generado.

Ahora sí, clavo la mirada en Rubik:

—Fijas mucha atención en cómo le sentarán las cosas al 'Emperador' y muy poca en cómo le sentarán a los elementalistas cuando conozcan de tu traición.

El druida sonrío.

—¿Por qué no les has dicho nada tú?

—Porque no me creerán pero no soy el único que está al corriente. Y visto lo visto, solo necesito dejar que las cosas sigan su curso para que acaben dándose cuenta.

La sonrisa se le esfuma de los labios.

—Nadie creerá a Candace. Dijiste que se había ido cuando amenazaron con arrebatárselo todo y si vive oculto en la montaña es porque lo quieren, vivo o muerto.

—¿Sabías que no eres el único druida que queda con vida? Aunque no todos lo lograron por vender su lealtad, como tú.

—Es curioso que eso me lo digas tú. Tampoco harán caso a Elonia. Ayudar a un elementalista prófugo a esconderse no le hará ganar muchos puntos para gozar de la consideración en las academias.

Ahora soy yo quien lo mira, con gravedad. Hace un momento ni siquiera sabía que Candace ya no es instructor en Ymparta y ahora está al corriente de todo. Consciente de mis pensamientos, habla de nuevo:

—Leer la mente de las personas siempre fue una práctica sucia para los druidas pero supongo que con alguien como tú, el término se convierte en algo bastante confuso, ¿no te parece?

-No os ayudaré -concluyo.

La sonrisa vuelve a iluminarle el rostro.

-Cada cosa que haces, cada palabra que pronuncias... ¿cómo sabes si es decisión tuya o de Urian? No tienes ni la menor idea.

Camina despacio, alejándose de mí y acercándose hasta la pira, donde alza

los brazos y lleva a cabo su particular ritual para despedir a los caídos. Resulta curiosa la entereza con la que los elementalistas despiden a los suyos, aunque supongo que tantos años de guerra, recrudescen hasta el corazón más noble y que la muerte es parte de su propia existencia, aunque no todos lo aceptemos con la misma resignación.

Me acerco también hasta la pira, pensando de nuevo en Axan y, por primera vez desde que me separase de él, abandonándolo en casa de Candace, las sensaciones que me embargan son algo muy distinto: satisfacción por haber podido darle la vuelta a lo que, en principio, iba a ser una escabechina para los elementalistas. He matado a algunos, sí pero he salvado a otros. Y ese pequeño logro es un motivo más de esperanza. Puede que aún no todo esté perdido en mí y ese hilo conductor que me ata a la luz en nombre de Axan, sea, tal vez, el cabo hacia mi propia salvación. Aunque Rubik trate de confundirme.

9 Alma libre

Retomamos la marcha juntos cuando apenas la luz del alba empieza a despuntar desde algún sitio. Aquí no se ven montañas ni tierra pero el cielo está completamente despejado y aunque el frío empieza a alzarse sobre el calor, esperamos que la calidez del astro rey nos facilite algo más el avance. Tampoco sopla el viento, aunque lejos de congratularnos por eso, solo podemos temer lo peor. Si el clima no nos zancadillea, los devastanos lo harán.

Dormir sobre el Yndoria no ha sido tarea sencilla. Unos apoyados sobre otros, nos hemos turnado para que al menos uno se mantuviera siempre despierto, ya que el más mínimo movimiento, podía dar con nuestros huesos en lo que sea que haya allí abajo.

Es curioso: toda la vida deseando llegar hasta el puente de Yndoria y ahora que al fin estamos sobre él, no vemos la hora de abandonarlo.

En este momento abro la procesión, sin apartar las manos de las dagas que guardo en mi cinturón. Lukas camina detrás de mí, Brianna lo sigue a él y Axel cierra la marcha. Entre él y el propio Lukas se han comido el último trozo que Bri guardaba de grifo. Como no podía ser de ningún otro modo, no les ha gustado lo más mínimo pero ellos no habían logrado comer nada desde que partimos de Talka y ante el hambre, cualquier cosa es buena, al menos para evitar que las piernas se te tornen gelatina.

Las curas de Axel y Bri han hecho mejorar ostensiblemente el aspecto de la pierna de Lukas pero para ninguno de nosotros es un secreto que se hace necesario llegar y que alguien más ducho pueda tratar el arañazo para que sane por completo.

Después de casi un día y medio de avance con un par de paradas de poco tiempo para que la pierna de Lukas descanse, topamos con un nuevo regalo del cielo: nieve. Más allá de la presencia de los devastanos en el Sur, tampoco nevaría en circunstancias normales, pues allí el calor es mucho más característico y ni siquiera los inviernos son excesivamente fríos. Así pues, el regalo es doble, como doble es su filo. No vamos lo suficientemente abrigados y pronto la nívea precipitación nos cala hasta los huesos y empieza a posarse sobre la superficie del puente, haciéndola más resbaladiza.

Una sucesión de ráfagas heladas sopla desde el Este, sacudiendo el puente con furia. El viento cortante se suma al inclemente tiempo para azotarnos y complicar el avance. Por momentos nos detenemos, temerosos en cierto modo de dar un paso en falso. He prendido el fuego durante un buen rato para avanzar con algo más de calidez pero entre la nevada que arrecia y el viento que brama, se me hace imposible mantener la llama encendida.

Permanezco clavado en mi sitio cuando atisbo una mancha negra acercándose desde lejos. ¿He dicho una? Son incontables. La misma extraña bestia que nos atacó a Brianna y a mí antes de topar con Lukas y Axel llega multiplicada y sobrevolando el horizonte con el mismo número de devastanos montados sobre su lomo.

Bajo la cabeza, tratando de digerir mi propia desazón. Supongo que pensar que podíamos sortear cualquier obstáculo y llegar hasta el Norte fue iluso por mi parte; también por parte de Druksen y Kaleria, máxime si los devastanos saben o sospechan lo que soy. No me dejarán llegar. Puede incluso que nadie lo haya logrado jamás.

Me vuelvo al detectar la mano de Brianna apretando la mía; la miro y me sonrío sin ganas. Aprecio de veras el gesto y le devuelvo el apretón. Lukas y Axel no pueden apartar sus ojos de la multitud de bestias voladoras que llegan y de los devastanos que las montan.

Sin embargo, en lugar de atacarnos, surcan el puente por encima de nuestras cabezas; otras lo hacen por debajo pero ninguna nos embiste ni trata de dañarnos, algo que no nos hace cantar victoria. No están por aquí de paseo, eso está más que claro.

Doy un respingo y Brianna grita cuando algo impacta sobre la pasarela del puente y reparamos en que es la cabeza de la mujer que partió en primer lugar, junto con otro hombre. Ha caído junto a Lukas y este se deshace de ella, propinándole una patada.

—Qué asco... —murmura.

Después, sin embargo, nos cae un brazo y el otro; una pierna, la cabeza de su compañero, el tronco mutilado y Lukas es incapaz de reprimir las ganas de vomitar mientras los demás apartamos todo lo que nos cae encima. Es una advertencia y al mismo tiempo una demostración más de su juego: este no pasa por que otros lleguen al Norte antes que yo. El cebo es el Norte, cierto. Y el iluso que ha de tratar de llegar, soy yo. Me han quitado del medio a todo rival salvo a Lukas y Axel porque saben, simple y llanamente, que no son adversarios o que, cuanto menos yo no los veo así. Son personas a las que quiero y aprecio y por tanto, resultan más valiosas vivas, como parte de la diversión, que muertas. Pero parte de esa misma diversión pasa por ofrecerme la oportunidad de ser yo quien alcance la meta en primer término. Supongo que el deber de elegir a uno de mis tres amigos también tiene algo que ver en el particular morbo que les genera esta situación.

Mis pensamientos se disipan como niebla cuando los pies de un devastano impactan contra el puente tras haber saltado de su particular montura: es Urian.

Da un par de pasos acercándose y casi a la vez, los muchachos y yo desenvainamos. Es un devastano, 'el Emperador', tal y como todos lo llaman, por lo cual ni Bri ni Axel ni Lukas tienen ninguna posibilidad contra él; puede que ni siquiera yo la tenga ahora mismo. Pero ¿qué podemos hacer, sino luchar?

Él me mira con una sonrisa ladeada. Su larga melena blanca desciende hasta su cintura, contrastando apenas con una piel del mismo color. Es sumamente alto y su figura, musculada y bien formada, impone sobremanera.

Sus ojos son de un rojo intenso y llamativo, y ahora mismo están fijos en mí.

Trago saliva cuando veo que también desenvaina su espada. Puede que el diluviano que soy resulte una buena materia prima para convertirse en alguien capaz de plantarle cara pero ahora mismo no puedo. No es solo un devastano; es aquel que dirige a todos los vacíos, como coloquialmente los llamamos, el principal responsable de la devastación que asola el Sur de Asthais y que está, incluso, empezando a introducirse en el Norte, según me contó Druksen.

—Blaze... —murmura Axel.

Pero yo ya no lo escucho.

—Creen que tu sangre puede salvarlos —me dice Urian. Creo que es la primera vez que lo oigo hablar. Tiene un timbre monótono, como el resto de devastanos y a su vez, su tono es más grave, más profundo y sereno, como el de un viejo sabio. Al mismo tiempo, algo en él resulta escalofriante—. Pero será tu sangre la que los destruya, ¿tú qué crees?

—Que sería fantástico matarte en el Yndoria; todo un símbolo.

Le imprimo a mi voz más seguridad e incluso más soberbia de la que realmente siento. Porque algo en la presencia de Urian destila miedo y un poco merecido respeto.

Se acerca sin más y descarga su espada sobre mí, que cruzo la mía para contener el golpe. Una sensación extraña me recorre de arriba a abajo, una sensación que se repite con su segunda acometida. Trato de devolverle un ataque sin éxito y el bofetón que me asesta me tumba hacia atrás, a punto de echarme abajo. De hecho, hubiera caído de no ser por la oportuna intervención de Axel, cruzando el pie para frenar mi cuerpo. Tengo la cara sangrando, pues el guante que porta está repleto de puntas afiladas con las que me ha desgarrado la piel. Me pongo en pie y observo que Brianna está pálida; Lukas, mudo.

—¿Qué piensas hacer una vez en el Norte, Blaze Saukard? —me pregunta mientras me incorporo.

Me sorprendería el hecho de que conozca mi nombre de no ser por que sé sobradamente que Zach se lo dijo; eso y quién sabe cuántas cosas más sobre mí, al margen, claro está, de que fui yo quien prendió fuego a la plaza.

Urian maneja su espada con destreza y da un paso más hacia adelante pero esta vez, algo se enciende en mí y no es solo la idea de que tengo armas mejores contra él, sino la propia arma en sí: el fuego. Repito el particular ritual que llevé a cabo con el sombrero y hago estallar una llamarada que

obliga a Urian a recular, sorprendido. Ha de saber de lo que soy capaz pero supongo que no se lo esperaba; es arriesgado utilizar el fuego en la pasarela del Yndoria pero cuando lo tienes a él delante, ¿qué puedes perder?

'El Emperador' observa su brazo, donde se le traza una quemadura que no estaba ahí hace un momento. Alza la mano y pasea sus dedos sobre su cara, donde se le dibuja otra. Debe haber pasado años enfrentándose a elementalistas y, sin embargo, esta es la primera quemadura que veo en su cuerpo y rostro, algo que infunde en mí un oculto valor. No es momento de satisfacción ni celebraciones pero haber sido capaz de eso sin dominar, si quiera, el elemento fuego como se supone que debo ser capaz, insufla en mi ánimo una renovada esperanza.

Urian recula y yo lo miro, confuso. ¿Ya está? ¿Un par de quemaduras y se retira? Su particular ejército ha desaparecido junto a sus monturas y los copos de nieve siguen cayendo, empujados por un viento que no amaina. Tan sumergido estaba en la presencia de Urian y en la pelea con él que ni siquiera había continuado siendo consciente de todo ello. 'El Emperador' sonríe y alza la espada sobre su cabeza.

—Nos vemos en el Norte —me dice.

—¡Agarraos a las cuerdas! —grito de modo instintivo.

De pronto, descarga su acero sobre el puente y, para nuestra sorpresa, la estructura se parte en dos, abriendo un abismo que descuelga el puente como dos péndulos gigantes: la parte que ya hemos recorrido impactará en la roca de las Alboradas del Sur; la parte que aún hemos de recorrer, lo hará en las del Norte. En ambos casos el golpe será brutal y eso contando que todos se hayan sujetado a tiempo a algo que no les haya permitido caer.

Todo ha ocurrido rápidamente pero en mi cabeza lo vivo como si el tiempo fuese una goma que se estira, prolongando cada momento. Urian ha saltado a un lado y la montura en la que viajaba y que ha debido permanecer agazapada en algún lugar, ha podido llegar a tiempo de sostenerlo para desaparecer, horizonte a través.

Yo sigo agarrado a la cuerda lateral que conforma el pasamanos del puente. Apenas consigo ver el cabello alborotado de Brianna por debajo de mí; la rubia cabeza de Lukas y los anchos hombros de Axel. Pero sé que lo peor está por llegar. El puente sigue volando directo hacia la montaña y solo su larga extensión hará que tarde en chocar contra la piedra.

—¡Sujetaos fuerte! —grito de nuevo.

Y tras un vuelo frenético e interminable por fin atisbo el muro donde

impactará el Yndoria, la roca de las Alboradas del Norte, cuya tierra firme, no obstante, nos quedará varios metros por encima de nuestras cabezas. Cierro los ojos y trato de poner los pies por delante aunque el golpe hace que sienta como si todos mis huesos se hubieran quebrado de repente, como si los mantuviera temblando en el interior de mi cuerpo. Mientras resbalo hacia abajo, grito para sacar fuerzas de donde no las tengo y mantenerme clavado en mi sitio, deteniendo la caída. Aún tardo en abrir los ojos. Mi hombro ha vuelto a salirse de sitio pero a pesar del dolor que suele caracterizar a este momento, me veo obligado a darle prioridad a otros aspectos.

—¡Chicos! —exclamo, dolorido—. Bri, Lukas, Axel.

Brianna está gritando bastante más abajo y todo a mi alrededor desaparece en el afán de ir a ayudarla: el dolor en mi hombro, la verticalidad del puente, el adormecimiento de todos mis músculos...

Me quemo en las manos mientras voy bajando, apoyando los pies en la roca de la montaña.

—Lukas, ¿estás bien?

Es el primero al que encuentro en el descenso y aunque no llega a responderme de viva voz, asiente. Tiene un enorme moretón en la frente y sangre en la sien pero está consciente y aunque tenga que tumbar mil reticencias para dejarlo solo, necesito comprobar que los demás también están bien.

—Lukas, necesito que te mantengas despierto, ¿de acuerdo?

—Sí —responde, costosamente.

—¡Bri!

Sigo bajando, deslizándome por la cuerda. Sujeta de una mano, Brianna se resbala y llego a tiempo para sostenerla de la cintura y comprobar que tiene el brazo completamente rasgado, un arañazo que le deja la piel en carne viva. Los golpes y la sangre le marcan la cara pero también está consciente y aunque dolorida, ahora solo necesito que pueda aguantar aferrada a algo.

—Bri, mi niña, tienes que esperarme un momento, ¿de acuerdo? Lukas está bien y necesito comprobar que Axel también, ¿sí? ¡Axel! —grito.

Es el que ha terminado más abajo y aunque parece bien aferrado y sin aparentes problemas, necesito comprobar que no tiene heridas que exijan urgencia.

Brianna está llorando, aterrada, como no puede ser de otro modo pero asiente y logro que apoye sus pies en el espacio que ha dejado en el puente un tablón suelto; uno de tantos.

Sigo bajando unos pocos metros más y me detengo ante la mirada fija y cristalina de Axel. Un moretón oscuro le inflama la sien derecha. Ni una herida más.

—Axel... —murmuro.

La estructura del puente cede ligeramente hacia abajo.

—Blaze —me grita Lukas—, la cuerda se está destrenzando aquí; hay que subir un poco más. Esto va a caerse.

Pero yo soy incapaz de abrir la boca. Axel me mira y al mismo tiempo, no lo hace. Su brazo ha quedado envuelto en un cabo de cuerda al que debió tratar de aferrarse. Eso es lo único que impide que se haya caído. Está partido y él tiene el cuello ladeado.

—Axel —lo llamo de nuevo con un hilo de voz. Sé que no responderá. Sé que todo ha terminado aquí. Pero no puedo darle crédito. No quiero darle crédito.

Las lágrimas se me arremolinan en los ojos y me resbalan como gotas de lluvia contra los cristales, ventanas hacia un mundo que se derrumba. Sujeto su rostro y uno mi frente a la suya mientras trato de digerir la tristeza, la rabia, la impotencia.

El puente cede de nuevo.

—Blaze —grita ahora Brianna—. Hay que subir.

—¿Qué pasa? —pregunta Lukas—. ¿Está bien Axel?

Cierro los ojos y doy rienda suelta al llanto. No puedo más.

—Blaze... —insiste Brianna.

—Vamos, ¿qué pasa? —pregunta Lukas, visiblemente nervioso—. ¿Está inconsciente? Espera. Bajaré y te ayudaré; lo subiremos.

—No bajes —logro responderle al fin—. No hace falta.

—¿Cómo que no hace falta? *El Huesos* pesa lo suyo; si no te ayudo no podrás ni...

—¡Está muerto! —grito, furioso.

Brianna rompe a llorar, incapaz de articular palabra.

—No está muerto —brama Lukas, bajando de forma penosa—. ¿Cómo va a estar muerto ese maldito imbécil? Está inconsciente y si no hacemos algo...

—¡Está muerto, Lukas! No respira, no parpadea, su corazón no late. ¡Está muerto! Está muerto... —murmuro.

Una tercera cesión del puente nos advierte de lo poco conveniente de seguir aquí, lamentándonos por algo que ya no tiene solución.

—Subid. Vamos —los apremio, tragándome las lágrimas.

Sujeto de nuevo el rostro de Axel y lo beso en la frente.

—Eres libre, hermano. Esos malnacidos no enterrarán tu cuerpo en una fosa común en Targon, como hacen con todos. Tu alma ha volado sobre el Yndoria, símbolo de libertad. Juramos que tocaríamos las Alboradas del Norte y lo hemos hecho, Axel. Tú también. Ahora eres libre. En cuerpo y alma. Te quiero.

Miro hacia arriba y trato de celebrar que Lukas esté ayudando a Brianna a subir, en un silencio roto, muerto y desolado. Pero práctico. Asciendo costosamente, ignorando el dolor de mi hombro, las lágrimas que empañan mi visión y entre los continuos crujidos de la madera, llego junto a Lukas y Bri.

—Hay que cortar esto o la cuerda destrenzada acabará por arrastrar todo el puente.

Lukas asiente con la cara bañada en lágrimas, al igual que Brianna. Observamos a Axel por última vez y su cabello meciéndose al antojo del viento que ha amainado me trae el recuerdo de nuestro último robo en el local de abastecimiento. Suspiro profundamente y corto las cuerdas que nos separarán de Axel para siempre. El tramo de puente, más dañado, tira del resto de la estructura y la arrastrará si no lo desunimos. Una vez cortadas todas las ligaduras, el pedazo del Yndoria se pierde en el abismo y con él, parte de nuestras propias vidas, esa parte más serena y pausada; la parte de la sonrisa calmada, la parte protectora, la parte sanadora: *El Huesos*. Nada volverá a ser ya nunca lo mismo. Cierro los ojos y alzo la cabeza hacia el cielo. Sé que hemos de continuar pero necesitamos una tregua; una parada en el camino, un tiempo de duelo, así que me siento en el hueco entre dos tablones y me mantengo quieto y en silencio.

No sé cuánto tiempo ha pasado. La nieve ha dejado de caer hace rato y ahora, un cielo plomizo se alza sobre nuestras cabezas y también bajo ellas, tal es la altura a la que se ubica el Yndoria. El único pedazo de tierra que vemos es aquel al que está pegado ahora mismo el puente después de que su estructura se partiera por la mitad, obra de Urian.

La pérdida de Axel me deja un vacío extraño por dentro. Mantengo el hombro fuera de su sitio sin que nadie haya insistido en la necesidad de

volver a encajarlo, como habría hecho él. Brianna se mantiene en una posición incómoda sin que el buenazo de Axel haya buscado la forma de que se encuentre mejor, su niña, la gran protegida de ese grandullón. Nadie podía faltarle al respeto a Bri si él estaba delante. Y después de las peleas con Lukas, frecuentes entre nosotros por el fuerte carácter que ambos tenemos, Axel no estará ya ahí para hacernos ver que estamos siendo unos imbéciles, que somos amigos y que nos queremos.

Él ya no estará para esas mil cosas que llevaban su sello pero precisamente por eso, debemos ser nosotros quienes sigamos haciéndolo; para honrarle.

Me muevo y trepo, apoyándome en un par de tablones hasta que llego al hueco en el que Bri se ha sentado, enredando sus brazos en las cuerdas del pasamanos. Aún está llorando y sus ojos azules se fijan en mí cuando acaricio su rostro. La beso en la frente y trato de que mi expresión no la hunda aún más.

—Tenemos que seguir, Brianna.

—¿Cómo vamos a seguir sin él, Blaze? —me dice al fin—. No puedo. No quiero.

Coloco su pelo detrás de su oreja.

—Sabes que te reñiría si te oyera hablar así, ¿verdad?

—Ya no me reñirá. Ni me protegerá.

—Yo sí te reñiré. Y te protegeré. No soy él pero hay algo de él en mí, como había algo de mí en él. Hay algo de él en todos nosotros, Bri, algo que hemos de mantener. Siempre.

Suspira profundamente y sonrío con una tristeza devastadora. Me acaricia la cara y me da un beso en los labios.

—Lukas...

Miro hacia arriba: algo más apartado, Lukas sigue sumido en un novedoso silencio.

—No puedo creer que ya no esté —dice únicamente. No puedo creer que no vaya a volver a verlo nunca más.

Llego hasa su lado con el hombro ardiendo y él me mira con la expresión vacía.

—Siempre fue torpe en estas cosas —sigue diciendo—. Cuando saltábamos de los edificios siempre caía mal. ¿Cómo íbamos a esperar que supiera colocarse para no reventarse la cabeza contra la jodida montaña?

—Lukas, cierra el pico —le exige Brianna.

Él no responde; se acomoda como puede y fija sus ojos llorosos en mí.

—Hay que colocarte el hombro —me dice.

Asiento.

Brianna trepa por la estructura, uniéndose a nosotros.

—No lo harás tú —le responde a Lukas—. No tienes ni idea.

—Adelante —acepta él—. Tú eras la alumna aventajada de *El Huesos*.

Dado que Lukas es quien mejor apoyado está, sostiene a Brianna de la cintura mientras ella trata de valorar la dislocación del hombro.

—Te va a doler —me dice.

Asiento. Lo sé de sobra. Cierro los ojos y los aprieto con fuerza mientras Bri lleva, de un movimiento seco y rápido, mi hombro a su sitio. Grito y apoyo la frente sobre uno de los tablones de madera, tratando de recuperarme. Percibo la mano de Lukas en mi nuca, revolviéndome el pelo.

—¿Estás bien? —me pregunta Bri.

—Sí... —le respondo sin apenas voz—. Sigamos. Hay que llegar arriba.

—¿Cuánto crees que nos falta? —interviene Lukas, enjugándose las lágrimas con el antebrazo.

—No lo sé.

Me gustaría ofrecerle una contestación más optimista, algo que no sume a la carga que ya tenemos pero supongo que mentir o inventar no servirá de gran cosa. Ascenderemos a través de la estructura del puente roto y solo nos queda rezar por que no quede un gran trecho, pues trepando sobre la caída vertical del Yndoria todo resultará mucho más complicado.

Me siento fatigado y con las manos doloridas por estar sujetándome todo el tiempo a cuerdas y maderas rotas y desgastadas. Ya no recuerdo la última vez que bebí agua y evocar la carne de grifo empieza a convertirse en mi mente en una succulenta tentación que hace evidente que a estas alturas me comería cualquier cosa. Pero lo único que se modifica en nuestro entorno es el tono del cielo. La noche se lleva consigo la última luz y ni siquiera así nos detenemos. Apenas se ve pero sabemos que solo es necesario buscar un tablón de apoyo, una cuerda, un hueco entre la madera, un asidero en definitiva. No nos hace falta ver. Aunque prácticamente no hemos abierto la boca, supongo que tanto Bri como Lukas y yo mismo lo vemos del mismo modo: una parada en el camino es sentarse mirando a la nada, esperando a la luz del nuevo día. Ya nadie puede llegar antes que nosotros y ni siquiera le concedemos importancia a ese hecho; hace rato que esto dejó de ser una prueba en la absurda Fratrís, pero todo lo que no implique mantener la mente ocupada, nos llevará de cabeza al recuerdo de Axel. No es que debamos huir

de él pero ahora mismo su imagen resulta demoledora, un argumento de doble filo: la razón para seguir; la razón para rendirnos.

Mi mente distraída en mil idioteces regresa al mundo real cuando Brianna resbala, llegando a golpearme con el pie, ya que está subiendo por encima de mí. Lukas lo hace en primer lugar.

—Bri, ¿estás bien? —le pregunto.

—Estoy agotada.

—Deberíamos parar un poco —interviene Lukas, más arriba—. No conseguiremos llegar a este ritmo, sin comer, sin descansar, sin dormir...

—¿Y cómo sugieras que durmamos? —le pregunto.

No responde y el hecho de que Lukas no suelte un disparate ahora mismo resulta muy significativo. Sin embargo es Brianna lo que encuentra el modo de fabricar su particular cama. Agarrándose con sumo cuidado a las cuerdas, asciende un poco más y le propina fuertes patadas a dos tablones que se desprenden y caen hacia el vacío. Introduce sus piernas en el hueco hasta sus caderas y se ata la cintura con un trozo de cabo destrezando. Lo que antes nos servía como particular barandilla del puente se deshace por momentos y además de servirnos como asidero, Bri acaba de demostrarnos que pueden resultar una perfecta sujeción mientras dormimos. Un movimiento en falso y al menos no caeremos hacia la profundísima garganta del Yndoria. Aprieta con fuerza el nudo y apoya la barbilla sobre sus brazos en otro hueco de la pasarela con el cuerpo encorvado hacia adelante.

—Buenas noches —murmura.

—¿En serio vas a dormir ahí? —le pregunta Lukas.

—No he visto que se te haya ocurrido nada mejor. Y no sé tú pero yo estoy muerta.

Lukas no dice nada más y yo me mantengo en la misma posición en la que estaba. Aunque lograrse encajarme del mismo modo que Bri, sé que no lograría pegar ojo. Demasiadas cosas en la cabeza.

—Es increíble que el propio Urian se haya presentado ante nosotros —observa Lukas, como si fuese capaz de leerme la mente—. Mucho has de preocuparles a los devastanos, Blaze.

—¿Hay más como tú? —me pregunta Brianna.

Supongo que pensar que iba a poder dormir en esta situación, máxime si Lukas y yo iniciamos una conversación, era un tanto utópico.

—No lo sé. Druksen dijo que no al lado Sur del Yndoria. Puede que los haya en el Norte. Para eso he de llegar a la academia de Zundrak.

—¿Y qué tiene la de Zundrak que no tengan las otras? —insiste Brianna.

—Para empezar, ya no están en pie todas ellas, pues Dogma cayó según me explicó el propio Druksen. Dijo que Zundrak es la mejor, que no me desviase de ella aunque los elementalistas quisieran llevarme a Ymparta.

—¿Qué importa? —exclama Lukas—. No llegaremos a ninguna.

—Lukas, ¿por qué no te echas una cabezadita? —le sugiere Brianna.

—Mira dónde y cómo estamos —le responde él—. ¿En serio crees que tenemos alguna posibilidad?

—Solo hay que subir —replica ella, con poca convicción.

—¿Hasta cuándo? ¿Cuánto crees que podremos aguantar trepando y trepando y trepando sin comida ni agua, sin posibilidad de dormir? ¡Cuánto!

—Lukas, cálmate un poco —intervengo.

—Oh, sí, claro. Calmándonos lograremos algo.

—Vete a la mierda, Lukas y si crees que no vamos a poder conseguirlo, entonces apártate y déjanos a Blaze y a mí seguir.

—Adelante, señorita. Tú tienes la oportunidad de seguir y no todo el mundo puede decir lo mismo, así que aprovéchala.

—Yo no tengo la culpa de lo que le ha pasado a Axel —le replica ella—. Y no intentes hacerme creer que eres el único que sufre.

—Tú apenas estabas ya con él —grita Lukas—. Centrada en el imbécil de *El Lechugas* ni siquiera tenías tiempo para estar con nosotros.

—Lukas... —murmuro.

—¿Qué? ¿Que de pronto te has colado de ella y ya no se le puede decir nada? Íos al diablo.

Lukas empieza a trepar con tal rabia en las entrañas que temo que pueda dar un paso en falso. Entiendo su sentir pero no está siendo justo. Apoyándome en las cuerdas laterales, subo hasta colocarme frente a Brianna. Le brillan los ojos y sin más demora, se desliga el cabo que mantiene su cintura atada.

—Bri...

—¿Qué es lo que hay que hacer para que esté contento? —exclama—. ¿Saltar?

—Hay que darle tiempo.

—¿Y a mí?

—Tú eres más fuerte que él.

Niega con la cabeza y detecto el temblor en sus manos mientras acaba de deshacerse de las cuerdas que le aseguraban cierta estabilidad. Sujeto una de

ellas con la única que a mí me queda libre y pego mi frente a la suya.

—Tranquilízate.

—No quiero tranquilizarme.

—Brianna...

Sigue tan nerviosa que la abrazo, la beso en la cabeza y respiro al comprobar que me responde, que se calma.

—Querías descansar... —le digo después.

—Es mejor que lo sigamos. En el estado en el que está...

—¿Seguro? Estás cansada.

—Puedo hacer un último esfuerzo, Blaze.

La miro y ella me sonrío, un soplo de aire fresco en esta oscuridad que crece y que, por momentos, me priva de verla.

—Te quiero —le confieso.

Hace más amplia su sonrisa y me acaricia la cara, que debo de tener destrozada, merced del puñetazo de Urian.

—Yo también.

Después de este pequeño paréntesis, en mitad del caos, Bri y yo nos disponemos a seguir a Lukas pero algo nos apremia a hacerlo a una mayor rapidez: la estructura del puente empieza a temblar, a vibrar y por el movimiento que empieza a sacudir la parte inferior, nos tememos que algo esté ascendiendo a través de él. Clavamos la mirada en el oscuro fondo pero el tramo de puente que cuelga bajo nuestros pies es tan largo que no alcanzamos a ver lo que sea que produce este movimiento.

—Sube —le digo a Brianna—. Vamos, rápido, sube.

—¿Qué es? —pregunta ella, nerviosa.

—¿Qué demonios está pasando? —interviene Lukas, más arriba.

—¡Corred, vamos, subid!

Mientras ellos trepan hacia arriba, yo permanezco inmóvil en mi sitio; no sé qué esté subiendo desde el puente pero sea lo que sea, no podremos huir de ello. Extiendo el brazo, alejándolo de la estructura de madera y prendo fuego. Trago saliva al ver lo que veo: devastanos. Trepan igual que lo hacemos nosotros pero con una aparente mayor facilidad. No sé de dónde han salido, cómo han llegado hasta allí o cuánto tiempo llevan pero lo que está claro es que si no nos deshacemos de ellos, que nos atrapen será solo cuestión de tiempo. Suben a una velocidad imposible y sin más demora, prendo fuego al puente con la intención de que la parte por la que ellos suben se desprenda y caiga, separándose de aquella en la que estamos nosotros y librándonos así

de ellos pero no es fácil que las llamas prendan en la superficie nevada y, por ende, mojada. Tampoco puedo imprimirle mayor fuerza al fuego, pues atraparía a Brianna, que ha detenido su avance y me mira, al igual que Lukas, algo más arriba.

—¡Seguid subiendo, maldita sea! —les grito.

Pero no logro ni pronunciar más palabras ni tampoco a efectuar más movimientos antes de notar cómo un devastano me sujeta del tobillo y tira de mí hacia abajo. Trato de zafarme y le imprimo más fuerza al fuego; en esa dirección sí puedo hacerlo sin coartarme pero mientras unos dos o tres devastanos se precipitan al vacío, otros tantos siguen subiendo y uno más me rebasa rápidamente por el costado.

Saco la daga y logro herirlo, aunque eso no lo detiene y acaba dando alcance a Brianna, por más que haya tratado de evitarlo. La agarra del pelo y la golpea en la cara cuando ella intenta defenderse. Conozco bien la fuerza de los devastanos porque en más de una ocasión me he metido en líos en Targon en los que he probado, de buena tinta, el férreo agarre de sus manos enguantadas o la ira contenida que poseen sus golpes. Ahora solo puedo sentir una furia que debo amarrar para no dar rienda suelta a un fuego descontrolado que pueda dañar a Bri o a Lukas. Haber centrado mi atención en ella ha hecho que apague el fuego y los devastanos que subían por debajo de mí permanecen inmóviles, sabedores de que ahora mismo nos tienen en sus manos. Uno de ellos llega a colocarse a mi lado y a ponerme una daga en el cuello.

—A las Alboradas del Norte solo pueden llegar dos —me dice, con su voz sin timbre y vacía—. Debes decidir qué dos, Blaze Saukard.

—Ellos dos —respondo, de manera casi automática.

—No seas imbécil, Blaze —interviene Lukas—. Tú no puedes morir.

—Cierra el pico, Lukas.

A estas alturas supongo que los devastanos saben lo que soy o, cuanto menos, lo sospechan pero mientras persista la duda, preservar mi identidad o lo que soy, se me presume vital. Puede que no tengan certezas.

—No vamos a irnos mientras tú te sacrificas, Blaze —añade Brianna.

—Ellos dos —repito.

Alzo la mirada y me encuentro con los ojos de Bri y los de Lukas. No me rebaten nada y yo espero que entiendan que si existe alguien con la capacidad de escapar con vida de esta situación, ese soy yo. Si no lo hay, entonces afrontaré el final y lo que eso pueda causar en la guerra de la Devastación

pero lo que tengo claro es que no podría vivir con el peso de sustentar mi existencia sobre la muerte de las personas a las que quiero. Suficiente carga arrastro ya con la pérdida de Axel. Esa no la elegí yo; no lo haré ahora con la de Lukas o la de Brianna.

—Podéis iros —les indica el devastano.

Aquel que sujetaba a Bri la suelta, permitiéndole que se marche.

—No nos dejarán irnos —vuelve a decir Lukas—. Solo es parte del juego.

—A estas alturas ya deberías saber que vivos nos proporcionáis un mejor servicio que muertos —le responde el devastano.

—Vivos y en el Sur —replica Lukas otra vez—; esclavizados, desesperanzados, sorteando cada jodido día para seguir viviendo. El Norte es distinto. Ahí son libres y no os vomitan ni un ápice de la basura que necesitáis para subsistir.

—Que trasladéis la desesperanza al Norte es tan importante como que sigáis agonizando con ella en el Sur. No nos conformaremos con el lado débil del Yndoria.

El lado débil. El Sur. Sufrimos los primeros efectos de la Devastación. La llegada de los devastanos fue una situación novedosa con la que topamos sin esperarlo. Nos masacraron. En el Norte se encuentran las academias elementalistas; los únicos preparados para hacer frente a los devastanos. Ellos están listos; llevan años viviendo la guerra de otro modo, curtiéndose. No sufrieron el letal factor sorpresa que a nosotros nos costó la vida. Pero el Sur no es el lado débil del Yndoria por más que ellos lo crean así. Aunque arrasados la mayoría, entre sus escombros laten corazones aguerridos y esperanzados; ojos que se alzaban hacia la silueta de un puente que ha de haber desaparecido de su particular cielo. Partido en dos, su esperanza llega ahora de otro modo. Pero sigue viviendo aunque los devastanos la subestimen.

—Marchaos —murmuro—. Rápido.

Brianna hace ademán de bajar hasta aquí pero el devastano que la sujetaba, la agarra de nuevo, empujándola hacia arriba. Aun así, se inclina hacia adelante y llega a besarme. Con su boca aún pegada a la mía le pido:

—Corred. Trepad como no lo habéis hecho en vuestra vida, Bri; necesito que me despejéis el puente.

—¿Qué tramas? —pregunta mientras me besa de nuevo.

Ya no hay tiempo para respuestas. El devastano la empuja de nuevo y yo le hago una mueca para que obedezca y no complique más las cosas.

Ella y Lukas empiezan a trepar, alejándose entre continuas paradas para mirarme y asegurarse, supongo, de que sigo con vida. Yo percibo la atención del devastano que se sostiene a mi lado fija en mí. No sé si sean ojos o qué exactamente lo que se oculta bajo la capucha negra; tampoco importa. Solo sé que espera algo de mí. ¿Una súplica quizás? ¿Que me derrumbe? ¿Una reacción alocada, saltando al vacío? No obtendrá nada; o al menos, nada de lo que espera. O puede que sí... Cierro los ojos y elucubro acerca de la distancia que ha de quedarnos respecto de la tierra firme de las Alboradas del Norte; no puede ser demasiada. Recorrer el puente exigía dos días y dos noches, el mismo tiempo que hemos invertido, más el alba que ya despunta en el horizonte. Han sido trabas y adversidades continuas, una detrás de otra pero hemos sabido sortearlas bien, sin perder excesivo tiempo. El último tramo de avance, con el puente ya roto y en vertical, ha sido algo más lento pero constante. Y siendo así las cosas, solo me queda encomendarme al 'todo o nada', jugármela de una vez porque sé que esto es cuestión de tiempo y que estaré muerto antes de darme cuenta si no muevo ficha. Alzo la mirada de nuevo y cuando apenas distingo ya la figura de Brianna, como un puntito perdiéndose en la lejanía, me aparto rápidamente, sujetándome siempre a la cuerda del puente y le propino una patada en la cara al devastano que ni se inmuta. Está claro que los métodos tradicionales no son los que sirven con ellos por muy diluviano que yo sea. Me sujeta de la pechera y trata de soltarme para hacerme caer pero resisto aferrándome aunque quedo suspendido en el aire. El devastano que amenazó antes a Brianna corta la cuerda desde la parte superior y cedo, bajando unos pocos metros más. Me deslizo y me dejo caer, arrastrando a dos devastanos más, cuyos cuerpos se pierden en la garganta del Yndoria pero sé que hay más debajo y que el puente puede alcanzar una longitud excesiva si sigo resbalando. Las manos me queman por el roce con la cuerda, así que me detengo, aferrándome con más fuerza y apoyando —ahora sí— los pies en los huecos que dejaron los tablones que cedieron. Si prolongo esto no haré más que sumar golpes y sangre para acabar muriendo igualmente, de modo que ante la sorpresa de los devastanos e incluso la mía propia, hago estallar una llamarada que se expande en todas direcciones, alcanzándome a mí mismo. El fuego se propaga por el puente arriba y por el puente abajo como mechas, y mientras los devastanos caen retorciéndose y emitiendo todo tipo de sonidos, yo solo puedo pensar en Brianna y Lukas; esperar que estén lo suficientemente lejos como para no sufrir las consecuencias de esto. El puente queda totalmente

destruido y acaba de romperse para rubricar una caída agónica. El aire me golpea en la cara mientras cierro los ojos y trato de implantar en mi mente la idea de que no sentiré nada cuando llegue abajo; un golpe seco, una fracción de segundo, cero sufrimiento. Trato de gritar, impulsado por la liberación de adrenalina pero no me sale la voz y en el momento en el que creo que voy a perder la consciencia, algo me sujeta, refrenando la caída, amortiguándola y finalmente, deteniéndola. Ni siquiera puedo abrir los ojos pero percibo mi muñeca esclava de un férreo agarre y lo que antes era un vertiginoso descenso, convertido ahora en un agradable aunque costoso ascenso. Desde mi posición solo puedo distinguir la roca de la montaña y una especie de plumaje caliente y suave sobre el que estoy recostado. Me siento aturdido, como si aún tratase de recuperar el aire que se empeñaba en huir de mis pulmones durante el descenso.

Ni sé el tiempo que transcurre ni el modo exacto en el que se han producido las cosas pero de pronto me encuentro tumbado sobre una superficie fría, con manos que me tocan la cara y voces que suenan distorsionadas; se alejan y se acercan como una masa viscosa. Las imágenes borrosas se aclaran y trato de abarcar a Brianna, que llora. Alguien no me deja. Lukas está a su lado pero solo puedo alcanzar a verlos sobre el hombro de alguien: una mujer flanqueada por dos hombres, ataviados todos ellos con curiosos trajes, mirándome con cara de pocos amigos y toqueteándome.

—Son elementalistas —me aclara Lukas—. Es milagroso que llegasen a tiempo para ayudarnos. Te has cargado el puente.

—¿Cómo estás? —me pregunta Brianna.

—Bien.

La mujer y uno de los hombres me sujetan desde sendas manos y tiran de mí, haciendo que me siente. Observo entonces que mi cuerpo desprende humo y está excesivamente caliente. El fuego. La extensión del lugar en el que estamos es una gruesa capa de nieve, fundida a mi alrededor. Observo que por detrás de los tres elementalistas más cercanos hay un nutrido grupo más y un hombre con túnica roja.

Me vuelvo al escuchar un gruñido y topo con algo espectacular: un águila de fuego que sacude la cabeza.

—Es un Fénix —me explica Lukas, como si fuera consciente de todas las dudas que asaltan mi mente. Lo miro y sonrío—. ¿No es fascinante?

—Es increíble... —murmuro mientras logro ponerme en pie.

—Como increíble es lo que has hecho con el puente sin ser un

elementalista —interviene por primera vez la voz de la mujer. Me vuelvo—. Porque tus amigos aseguran que no lo eres.

—No lo soy. Soy un diluviano.

A pesar de lo que creí que originaría mi afirmación, los gestos no son de sorpresa, confusión o incredulidad, sino de sonrisas que se trazan en los labios de todos.

—Un diluviano... —murmura ella.

—Eso me reveló alguien afín a la sublevación contra los devastanos: un hombre, Viglio y dos elementalistas lo corroboraron: Druksen y Kaleria.

—¿Dónde están ellos? —exclama uno de los dos hombres, adelantándose unos pocos pasos hasta situarse frente a nosotros. Es el que se había mantenido en un plano más secundario durante todo el tiempo que llevo consciente—. ¿Cómo se encuentran?

—Están muertos —interviene Lukas, al atestiguar mi silencio.

El elementalista baja la mirada, visiblemente consternado. El otro coloca la mano sobre su hombro.

—Si es cierto lo que dices —vuelve a hablar la elementalista— será necesario que llegues hasta la academia de Ymparta y aprendas, rápidamente a dominar los elementos para sernos de utilidad en la guerra. ¿Estarías dispuesto?

Guardo silencio. No sé hasta qué punto resulte sensato mencionar que no es Ymparta, sino Zundrak la academia a la que Druksen me recomendó ir. El elementalista me pidió que por más que quisieran llevarme a Ymparta, insistiera con llegar hasta Zundrak, con lo cual parece evidente que él sabía adónde tratarían de llevarme, una academia en desacuerdo con aquella a la que él quería que fuese. Pero las hipótesis en mi cabeza se dispararon desde el momento en el que Druksen me habló de alguien que está en Ymparta sin que tuviera que ser así. El nombre de Liam se ha convertido en una posibilidad tan remota como persistente. Y he quí la gran duda, Edrych, ¿qué diferencia a las dos academias? ¿Por qué una y no otra? ¿A cuál debo ir? Puede que haya llegado el momento de que dejes de ser testigo de mi existencia y te conviertas en parte decisiva de mi destino. Nunca he subestimado a los dioses aunque su abandono haya enviado a mi pueblo a la esclavitud y la devastación, así que como enviado de ellos, tu elección será mi próximo paso.